



YANIS VAROUFAKIS

OTRA REALIDAD

¿CÓMO SERÍA UN MUNDO JUSTO Y
UNA SOCIEDAD IGUALITARIA?

CRÓNICAS DE UN PRESENTE ALTERNATIVO



Lectulandia

Estamos en 2025. Hace años, tras la crisis financiera global de 2008, nació una nueva sociedad poscapitalista, un mundo nuevo y valiente en el que los principios de la democracia, la igualdad y la justicia están verdaderamente arraigados en la economía.

En su nuevo libro, Yanis Varoufakis, uno de los líderes políticos, económicos y morales de nuestro tiempo, nos ofrece una visión fascinante y ágil de esta realidad alternativa. Y lo hace recurriendo a los pensadores más importantes de la cultura europea, de Platón a Marx, así como a los experimentos mentales de la ciencia ficción. A través de los ojos de tres personajes —un economista liberal, una feminista radical y una experta en tecnología de izquierdas— entenderemos lo que es necesario para crear ese mundo, pero también cuál es el coste de hacerlo.

Una visión transformadora que nos obliga a enfrentarnos a las preguntas y *trade-offs* que fundamentan todas las sociedades: ¿cómo encontrar un equilibrio entre libertad y justicia? ¿Cómo potenciar lo mejor que puede ofrecer la humanidad sin abrir la puerta a lo peor?

Otra realidad responde a algunas de las preguntas más urgentes de la actualidad sobre el capitalismo, la democracia y la justicia social. Pero también nos desafía a considerar hasta dónde estamos dispuestos a llegar para lograr nuestros ideales.

Yanis Varoufakis

Otra realidad

¿Cómo sería un mundo justo y una sociedad igualitaria?

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2022

Título original: *Another Now: Dispatches from an Alternative Present*

Yanis Varoufakis, 2018

Traducción: Alexandre Casanovas López

Fotografía de cubierta: Danae Stratou

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo

1. La modernidad vencida

Iris

Eva

Costa

2. Otra realidad

Liberación

Una revisión del Anillo de los lidios

El poder del «para siempre»

El HALPEVAM

Cerbera

Diploma

3. Corpo-sindicalismo

Sin jefes, sin sueldos, sin problemas

Una persona, una acción, un voto

Acumulación: desigualdad democratizada

Patrimonio: un fondo fiduciario para cada niño

Dividendo: el derecho universal a los beneficios del capital social

La riqueza es como un lenguaje

Préstamos básicos y sencillos

¡TATIANA está viva!

4. Así murió el capitalismo

El fin de la banca

Los rebeldes OC

Tecno-rebeldes

De vuelta al ruedo

5. Comienza el ajuste de cuentas

Creer en lo imposible

Variedades de opresión

Titularidad líquida

¿Seguir el flujo evolutivo o coquetear con la extinción?

Liquidez electrificada

El nacimiento de la Tecnoestructura
El cesto y las manzanas podridas
¿La apuesta de un tonto?
La controversia de la cafetería
El sabático

6. Mercados sin capitalismo

Más personal que político
Fontaneros contra camareros
Dinero
Comercio
La tierra
Fronteras
Renacimiento digital
Un PIB sumamente degradado
¿Al rescate del mercado?

7. Problemas en el paraíso

Una cucaracha dura de pelar
Guerra al amor
Amor y muerte después del capitalismo
La crisis de 2022
Con verter lo superfluo no hay bastante
Liberarse del mercado

8. Vuelve el ajuste de cuentas

Toxoplasmosis digital
Corona contra crisis
Jeff contra Akwesi
Los infelices años veinte
Dóciles en la buena noche

9. Éxodo

Demasiado bien
¿Venís?
¿Adónde?
La soberanía del bien
¿Poder para hacer qué?
El paso
La locura de Hefesto
No hay vuelta atrás

Epílogo

Sobre el autor

Notas

Para Danaë,
sin quien otra realidad sería impensable;
y esta realidad, intolerable.

Prólogo

Hoy hace un año que enterramos a Iris en un ataúd rojo y negro. Rojo por el fuego revolucionario que ardía siempre en su vientre. Y negro para recordarnos, como ella nunca dejó de hacer, la existencia de un irreductible lado oscuro dentro de cada uno de nosotros.

El funeral de Iris transcurrió como ella habría querido, salvo por la ausencia de Eva en la ceremonia. Los homenajes dieron el encomio adecuado a mi extraordinaria amiga, pero las palabras no consiguieron llegarme. Habían pasado veinte años desde que había visto juntas a Iris y a Eva por última vez. Recuerdo que las dos estaban sentadas en el patio de Iris: Eva sostenía su habitual copa de Pinot Grigio e Iris la reprendía con sus frecuentes invectivas, que solo interrumpía para dar otro sorbo a un vaso de vodka bien frío. «¿Por qué extraña razón Iris decidiría acoger a Eva y ponerla bajo su manto protector?», recuerdo preguntarme.

Para una mujer que jamás habría podido concebir un mercado honesto, una guerra noble o una huelga injusta, aquella amistad resultaba más que improbable. Eva era una exempleada de un banco de inversión en pleno proceso de rehabilitación, reconvertida ahora en mordaz profesora de economía de corte conservador. Lejos de tener un carácter ganador, Eva personificaba la definición del cínico formulada por Oscar Wilde: alguien que lo sabe todo sobre precios, pero nada sobre valores.

—Y ni siquiera estoy segura de que sepa algo de precios. —Iris se había atrevido a añadir con cierta sorna en su presencia.

Sin embargo, mientras el ataúd de Iris se hundía en la tierra, la ausencia de Eva era una carga difícil de soportar.

Tras la desaparición de Iris y Eva, Costa era el único que quedaba de nuestra vieja banda. El día que murió Iris le envié un par de mensajes a un viejo número que todavía conservaba. Fue en vano. Resignado a soportar el funeral sin su compañía, me llevé una verdadera sorpresa cuando lo vi en un rincón. No era nada fácil descubrir su presencia: una figura solitaria apoyada

en un plátano de sombra, que observaba desde la distancia mientras Iris descendía a su lugar de reposo.

Cuando los asistentes al funeral empezaron a dispersarse, decidí acercarme a donde estaba y, por fortuna, enseguida me di cuenta de que su expresión se iluminaba. Aunque ya no quedaba ni rastro de su entusiasmo juvenil, sus ojos todavía brillaban con aquella característica combinación de genio y sensibilidad. Pero, en cuanto nos pusimos a hablar, me pareció una persona agobiada y rayana en la paranoia, obsesionada con «el diario» y la importancia de que no cayera en las «manos equivocadas». Fue entonces cuando me di cuenta de que Iris se había confabulado con Costa antes de llamarme desde el hospital de curas paliativas, dos semanas antes de que su cuerpo se rindiera al cáncer.

Las llamadas de Iris llegaron a finales de junio de 2035, y me arrancaron de una reclusión que duraba ya dos décadas. La última vez que había visto a todo el grupo fue en agosto de 2015, cuando decidí dejarme caer por Brighton mientras mi vida entraba en las primeras fases de un colapso que no guardaba relación con ellos. Cuando entré en la habitación del hospital, Iris tuvo que esforzarse para incorporarse, decidida a reunir toda su menguante energía para recibirme. Se saltó los preliminares, señaló un diario que descansaba sobre su mesilla de noche y me hizo un gesto para que lo cogiera.

—Viene con una directriz y una exigencia —susurró.

La directriz era clara. Tenía que centrarme en los «mensajes» contenidos en el diario y usarlos para «abrir los ojos del mundo a una posibilidad que es incapaz de imaginar sin un poco de ayuda». En cuanto a la exigencia, me hizo prometer que no revelaría los «detalles técnicos» que contenía.

—A su debido momento, entenderás lo que quiero decir —murmuró.

Por fin, en un intento de suavizar la situación, me dijo con la autoridad y la franqueza que la caracterizaban:

—Métete a fondo en el diario cuando esté muerta y enterrada. —Con el deseo de no molestarla más, la cogí de la mano y le hice la promesa que me exigía.

Poco podía imaginar que «a su debido momento» significaría que Costa iba a aparecer en su funeral para darme instrucciones, lo que hizo hasta quedarse afónico en un rincón del aparcamiento del cementerio. Cuando leyera el diario de Iris, me dijo, debía tomar precauciones con los corporativos.

—Iris quería que tú tuvieras su diario. Quería que alguien contara nuestra historia para que el mundo entienda que sí hay una alternativa. Pero también

sé que te advirtió de una única y estricta condición: ni el más mínimo detalle de la información relacionada con mis inventos, y que aparece en el diario, puede caer en sus manos. ¡Di en voz alta que lo has entendido!

Le aseguré de nuevo que sí, que lo entendía. Me miró fijamente a los ojos para confirmar que estaba siendo sincero.

—Todos estos años, Yango, no hemos comprendido bien lo que ocurría —dijo al final—. Sabíamos que todo lo que tenía que ver con nosotros mismos se estaba convirtiendo en una mercancía. Que todo lo que hacíamos y decíamos se registraba y se vendía. Pero de lo que no nos habíamos dado cuenta era de que el proceso de digitalizarlo todo estaba proletarizando a todo el mundo, incluso a los jefes, a la gente con puestos de responsabilidad. Piensa en ello, Yango. Piensa en ello.

Ya había pasado una buena temporada desde la última vez en que me vi recibiendo un estallido verbal parecido, pero ahora, en cierto modo, me parecía mucho más conveniente, sobre todo si teníamos en cuenta que acabábamos de dar sepultura a la activista revolucionaria más brillante que jamás he conocido.

—¿Qué significa en realidad ser un proletario? —prosiguió Costa, sin esperar mi respuesta—. Déjame explicártelo. Desde mi amarga experiencia. Significa que solo eres un engranaje de un proceso de producción que depende por completo de todo lo que haces y piensas, mientras te excluye de ser nada más que su mero producto. Significa el fin de la soberanía, la conversión del valor de la experiencia en valor de cambio, la derrota final de la autonomía.

Sin ninguna pista de por qué me contaba todo aquello, me limité a darle la razón.

—Por eso *aún* estoy aquí, Yango. Por eso me he quedado en segundo plano. Para evitar nuestra derrota final a manos de esos cabrones. No puedo impedir que un día sean capaces de diseñarlo por su cuenta, pero que me muera aquí mismo si dejo que se queden con mi creación y la utilicen para exprimir la última gota de humanidad que queda en cada uno de nosotros.

Satisfecho tras haberme informado de todos los detalles, Costa sacó un aparato de su mochila y lo depositó en mis manos.

—Es un dispositivo inhibidor de campaña, a prueba de tontos —me dijo con cierto desdén. Me enseñó la manera de conectarlo para evitar que los «cabrones» pudieran acceder al diario de Iris.

Con la esperanza de ponernos al día después de tantos años, le propuse que fuéramos a cenar, o al menos a tomar una copa. Costa solo me miró a los

ojos, me dio un fuerte abrazo y se marchó sin echar la vista atrás.

Mientras se alejaba, con los ojos clavados en el suelo, la letra de una melancólica canción griega que aprendí en mi adolescencia surgió de repente en mi cabeza.

*Anoche vi a un amigo vagabundeando,
una antigualla deforme sobre una motocicleta.
Los perros de la calle iban tras él
a través de las calles desiertas.*

Asimismo, también recordé a un visitante solemne, de mediana edad y que vestía un raído chubasquero, que una noche de invierno se presentó en nuestra casa, en Atenas, para entregarle a mi padre algunos libros medio destrozados de temática comunista.

—En 1946 compartimos una celda en comisaría —susurró papá con tristeza cuando su camarada se adentró en la noche fría y lluviosa unas horas más tarde.

Las palabras de Costa, sin embargo, también me recordaron a alguien más: a Sam, el personaje protagonista de una película de ciencia ficción. Sam es un minero que trabaja como un esclavo en la cara oculta de la Luna, y que se vuelve loco cuando descubre que solo es uno más de los numerosos clones fabricados por su empresa para disponer de un suministro constante de trabajadores baratos y desechables, y a quien además han engañado con una serie de recuerdos implantados para que crea que su familia, que falleció hace tiempo, todavía está viva en la Tierra, esperando su regreso. «La ciencia ficción es la arqueología del futuro», dijo en una ocasión un filósofo de izquierdas. Pero, hoy en día, está a punto de ofrecernos el mejor documental sobre nuestro presente.

Los funerales de mis amigos me suelen dejar aletargado, pero más o menos funcional. Sin embargo, al volver del cementerio después del funeral de Iris, me costó bastante recuperar mi presente. El diario encuadernado en piel que Iris me había entregado descansaba tentador en mi escritorio. Lo ignoré durante el resto de la jornada, pero al día siguiente, a primera hora de la mañana, no pude hacer otra cosa que rendirme. Me senté frente al escritorio y abrí su pesada tapa.

Dos flechas rojas invadieron mi campo de visión cuando las lentillas de realidad híbrida detectaron el contenido audiovisual del diario. En una reacción instintiva, apagué la interfaz háptica y cerré el libro de golpe. Costa me había ordenado explícitamente que conectara el dispositivo inhibidor de

frecuencias antes de abrir el diario. Avergonzado por mi error, me levanté de la silla para ir a buscarlo. Solo cuando el dispositivo estuvo por fin sobre la mesa, emitiendo un zumbido de lo más reconfortante, tuve la oportunidad de sumergirme en los recuerdos de Iris en una situación insólita: en total privacidad.

Tardé nueve días y nueve noches en revisar todo el diario y asimilar los recuerdos manuscritos de Iris, así como el contenido audiovisual incluido en sus páginas. A mitad de camino, me encontré con los extraordinarios sucesos del año 2025, en los que Costa, Eva y ella misma se vieron involucrados, y fui capaz de entender por qué Iris estaba tan empeñada en que alguien contara su historia. Cuando llegué por fin al final, y durante dos largos meses, me costó esquivar la necesidad de ponerme a hacer lo que siempre hago cuando estoy inquieto o he perdido el equilibrio: escribir. Así que utilicé aquellos sesenta días para digerir bien el material, y para leerlo, verlo y escucharlo una y otra vez.

El relato contenido en el diario de Iris me afectó profundamente. Iris sabía que eso era lo que iba a ocurrir, como también sabía que me resultaría imposible no ponerlo en palabras, para bien o para mal. El libro que estás a punto de leer, querido lector, ha requerido nueve años y medio para hacerse realidad. Y, así, justo un año después de que enterráramos a Iris en aquel ataúd rojo y negro, estoy a punto, solo con pulsar una tecla, de enviar el manuscrito a su editor. Ojalá Iris pudiera decirme de alguna forma qué me he dejado en el tintero.

El grueso del diario, y gran parte de lo que sigue a continuación, adopta la forma de una serie de diálogos. Iris estaba mucho más interesada en los debates intelectuales y políticos que en los acontecimientos que los habían provocado. En un intento de hacer justicia a las ideas y los puntos de vista de mis amigos, me ha parecido necesario narrar aquellos debates como si yo hubiera sido testigo de los mismos, con la pretensión de haber vivido un pasado del que estuve ausente para poder completar unas conversaciones en las que nunca participé. En el proceso, me he visto en la necesidad de atribuir a Iris, Eva y Costa unas ideas y emociones que son producto de mi imaginación; aunque solo lo he hecho porque tenía la sensación de que esos añadidos eran cruciales para transmitir la esencia de sus experiencias; para contar quiénes eran en realidad todas esas buenas personas. Por las libertades que me he tomado, y por los errores que he cometido, me disculpo profusa y felizmente.

*YANGO VARO, 10.05 a. m.
Sábado, 28 de julio de 2036*

1

La modernidad vencida

Iris

Iris y yo nos conocimos en la distopía que era la vida universitaria inglesa. Ambos estábamos deprimidos, ella en Sussex y yo en Essex. «Sexo [sex] con un prefijo», solíamos bromear. A principios de 1982 nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Fue en la London School of Economics, en uno de los innumerables encuentros organizados por activistas de izquierdas con el propósito de combatir el thatcherismo. Tras dos horas escuchando a oradores tediosos, que se dedicaban a echar los hígados desde el escenario, Iris se levantó para hacer su aportación. Estuvo magnífica.

—Mientras escuchaba a los oradores anteriores —dijo en un tono resuelto pero jovial—, no dejaba de pensar en mi interior: ¡Dadme a Maggie Thatcher, siempre! —Como resultaba evidente que disfrutaba con las expresiones de consternación del público, continuó—: A diferencia de vosotros, mis queridos amigos, Maggie lo ha comprendido. Vivimos en un momento revolucionario. El armisticio de la guerra de clases ha terminado. Si queremos defender a los débiles, no podemos ir a la defensiva. Tenemos que defender lo mismo que ella: acabemos con el viejo sistema; y traigamos uno completamente nuevo. No el sistema distópico de Maggie, está claro, pero sí uno completamente nuevo. Todos os dedicáis a embalsamar cadáveres, mientras Thatcher está cavando tumbas. Si me condenaran a escoger entre ella y vosotros, siempre la escogería a ella. Por más monstruosa que pueda llegar a ser, ¡al menos siempre se la puede subvertir!

Aquello fue mi bautismo de fuego con el feroz espíritu de Iris. Pero, aunque sus palabras causaron una gran impresión en muchos de nosotros, también la condenaron al ostracismo. A los radicales no les suele gustar que nadie denuncie su banalidad. Cuando en una ocasión la acusé de comportarse

como un lobo solitario, y no como una auténtica defensora de la solidaridad, me respondió orgullosa y sin ninguna ironía:

—¡Esa soy yo!

Con los años, la tendencia natural de Iris a enemistarse con aquellos que comulgaban con su visión del mundo se fue agravando en proporción a la adopción del ideal contrario por el conjunto de la sociedad. El mayor triunfo de Thatcher, desde su punto de vista, era haber logrado que pareciera inconcebible que una persona pudiera hacer algo sin obtener nada a cambio para sí misma. Rebelde hasta la médula, Iris se sentía tan asqueada como estimulada por haber comprendido que todos estaban metidos en el asunto, que todos codiciaban un poder ilimitado allí donde pudieran conseguirlo; incluso en las asambleas donde se denunciaba a Thatcher, la City y las formas más refinadas de avaricia. De este modo, Iris era una feminista apasionada que no podía soportar a la mayoría de las feministas, por considerarlas unos actores privilegiados que tenían miedo de la libertad sexual, además de la costumbre de hablar sobre —y en nombre de— aquellas que deberían estar liderando el movimiento contra el patriarcado. Era una lesbiana que también se acostaba con hombres por «una tendencia a la solidaridad con el género defectuoso y una predilección por tocar las narices a las lesbianas». Era una marxista que despreciaba a la mayoría de los marxistas por utilizar la narrativa emancipadora de Marx para abusar de otros camaradas, construir su propio núcleo de poder, ganar puestos de influencia, acostarse con alumnas influenciables y, al final, tomar el control del Politburó y enviar al gulag a cualquiera que los cuestionara. Pero, ante todo, Iris era la pensadora radical del pensamiento radical. Brillante y enérgica ahora; problemática y exasperante después.

Aquella noche en la London School of Economics nos pusimos a charlar, posiblemente porque fui la única persona del público que la aplaudió. Unos pocos meses después, una triste noche de diciembre de 1982, Iris me llamó para decirme que estaba ayudando a organizar una manifestación de mujeres a las puertas de alguna base de la RAF —las fuerzas aéreas británicas—, para oponerse al despliegue de unos misiles de crucero estadounidenses orientados a Europa del Este. ¿Podía dejarme caer por la concentración para brindarles mi apoyo? Llegué a Greenham Common a última hora del día siguiente. Bajo una fuerte lluvia, treinta mil mujeres intentaban unir sus manos rodeando la base ante la decidida oposición de la policía. Justo cuando decidí que sería imposible encontrar a Iris en aquel caos, la localicé en medio de la tierra fría y

embarrada, mientras dos mujeres arrodilladas a su lado taponaban con un pañuelo el corte que tenía en la frente y que no dejaba de sangrar.

—De parte de un defensor del reino con exceso de celo —me dijo sonriendo orgullosa.

A sus veintiocho años, aunque parecía más joven, Iris llevaba tres cursos completos dando clases de Antropología Social después de terminar su investigación de campo en África, donde había recopilado el léxico y redactado la gramática de las lenguas habladas por dos tribus de Camerún. Unos años más joven, yo me peleaba con mi propio doctorado sobre modelos matemáticos, que Iris despreciaba, no sin razón, por ser «buenos ejercicios de masturbación lógico-positivista». Durante los cinco años siguientes, en los ratos libres que nos dejaban nuestros deberes universitarios, nos sumamos a múltiples causas perdidas; de todas ellas, la huelga de los mineros de 1984-1985 y la disputa de Wapping de 1986-1987 serían las más desalentadoras^[1]. Ciento cinco semanas montando piquetes, recaudando fondos y resistiendo en el bando equivocado de la historia nos tendrían que haber separado para siempre... o unido en una amistad indestructible.

Recuerdo que un día, en 1987, fui a verla al hospital después de que la policía montada pasara por encima de ella a las afueras de las relucientes instalaciones de Rupert Murdoch en Wapping, y le pregunté si en alguna ocasión había pensado en dejarlo todo por miedo al dolor físico. Iris respondió que, cuando te unes a una causa justa, aprendes a vivir la vida con la permanente sensación de que en cualquier momento podrías abandonarla, pero sin que nunca te atrevas a hacerlo. No, su único pesar era que organizábamos una lucha fabulosa en defensa de grupos que merecían que alguien los defendiera, pero en honor de causas que sonaban a «anacronismo».

—¿Por qué no podemos poner al país de rodillas para exigir energías limpias y libertad de prensa, en vez de dedicarnos a defender las sucias centrales térmicas que queman carbón y a los hombres que son los líderes sindicales de un periódico de derechas?

La derrota nunca pudo ensuciar el dulce placer que obtenía cuando luchaba con todo en su contra. Y no hubo retirada que pudiera empañar su entusiasmo; a ella le gustaba decir que «una causa justa nunca está perdida», y solo temía que fuéramos unos leones enviados al campo de batalla por un grupo de asnos^[2]. Entre los autoproclamados líderes de la izquierda, distinguía dos clases diferentes: los que defendían los privilegios que les había concedido el moribundo orden de posguerra y, después, todos los

demás, los más radicales, empeñados en sustituir el sistema dominante por un patriarcado distinto, pero igual de opresivo. Solo cuando aquella misma noche tuve que llevarla a su casa, en Brighton, desde el hospital, me di cuenta de hasta qué punto estaba poseída por aquella convicción.

—OK, digamos entonces que somos la vanguardia. Pero ¿la vanguardia para qué?

El arrebato de Iris, que rompió un largo silencio, me sobresaltó.

—Recuerda bien mis palabras. En el momento en que nuestros camaradas huelan el poder por primera vez, sacrificarán cualquier principio que puedan tener. Y aquellos de nosotros que decidan permanecer en la disidencia serán demonizados o, lo que es aún más probable, ridiculizados.

Cuando nos detuvimos en la puerta de su casa, parecía taciturna y abatida. Era la primera vez que la veía así.

—No puedo defender todo eso —anunció—. Simplemente no puedo. —Y entonces salió del coche.

Unos pocos meses después, a comienzos del verano de 1987, Margaret Thatcher ganaba sus terceras elecciones consecutivas. Al día siguiente, Iris renunció a su trabajo en la universidad. También dejó de asistir a reuniones políticas. Ni la universidad ni los piquetes le despertaban ya aquella ilusión que le permitía seguir adelante. Gracias a una modesta herencia que había recibido en los últimos años de su adolescencia de parte de un entrañable anciano, un aristócrata a quien le encantaba escandalizar a la sociedad más refinada de la época llamándose a sí mismo «la reina de los maricas», pudo permitirse el lujo de plantarse y dejarlo todo.

—Por alguna razón, él me veía como una musa a la que tenía que mantener, que Dios le bendiga.

Y, por alguna extraña razón, me pareció que su justificación tenía todo el sentido del mundo y decidí no indagar más en la cuestión.

Cuando le pregunté las razones de aquella doble huida, me respondió enseñándome dos hojas de papel. Una era una circular de la Universidad de Sussex en la que se describía a los estudiantes como «clientes».

—Si eso es lo que son, pertenecen a la clase de los que nunca tienen la razón —comentó.

La segunda hoja era un informe interno del Partido Laborista que hacía referencia a la célebre Cláusula IV de su acta de constitución, el compromiso histórico del partido de «garantizar para los trabajadores, tanto manuales como intelectuales, todos los frutos de su diligencia... a partir del principio de la propiedad compartida de los medios de producción, distribución e

intercambio, y el mejor sistema posible de administración y control popular de cada sector o servicio». Desde 1959, siempre había alguien dentro del partido que quería eliminar aquel compromiso con el concepto de nacionalización, pero los sindicatos habían resistido las presiones. Debido a su talento para interpretar las señales, Iris sabía muy bien lo que anunciaba aquel informe interno. A raíz de las derrotas recientes, los líderes del partido se estaban preparando para abandonar —incluso como una vaga ilusión— el sueño de compartir la propiedad sobre los servicios públicos, las fábricas, los ferrocarriles y los distintos mercados y calles mayores donde se desarrolla el comercio. El juego ha terminado, pensaba Iris.

—Mil novecientos ochenta y siete es un año tan bueno como cualquier otro para que los sindicatos mueran y pasen al olvido, haciendo compañía a nuestras universidades. Y también para que yo vuelva a mis tapices. —Que es precisamente lo que hizo.

Iris había aprendido el arte de tejer elaborados tapices durante su estancia en Camerún. Sus profesores habían sido los habitantes de los pueblos donde se hospedaba mientras se dedicaba a documentar sus idiomas. Allí la costumbre era que las mujeres trabajaran todo el día en el campo, mientras los hombres se quedaban en casa para cocinar, limpiar, cuidar a los niños y tejer. Aprendió a tejer tapices de la mano de unos hombres cuya posición social dependía de la belleza de sus obras, y cuyas técnicas de costura, que no parecían seguir ningún patrón, liberaron su imaginación. El resultado serían unas deslumbrantes representaciones de complejas, y en ocasiones libidinosas, escenas que se inspiraban en la imaginería africana, europea, india y japonesa.

Iris interpretó el triunfo de Thatcher como la señal de que era el momento de retirarse a su cubil y entregarse a una forma artística que desafiara las estructuras familiares de la sociedad. Cómo no, en un par de años ya habían empezado a venderse a unos precios muy respetables en las galerías de Londres y Ginebra, incluso en subastas. Mientras escribo estas líneas, uno de los primeros tapices que confeccionó aquel verano, que muestra a un luchador de sumo realizando un baile erótico en Buckingham Palace, cuelga sobre mi mesa; su superficie lanosa está un poco deshilachada y ya amarillea, pero su poder irreverente permanece intacto después de cuarenta y ocho años.

Por la noche, sin embargo, todo seguía como siempre en la casa adosada de Iris en Brighton. Su hogar siguió siendo el santuario de siempre para nuestro círculo de amigos y conocidos, que muchas noches se reunían en su casa para debatir y tomar una copa, y para recibir en igual medida los ánimos,

vítos y reproches de Iris. En los años siguientes se comportó como una contradicción bien elaborada: la gregaria reclusa de Brighton que acogía con pasión a cualquiera que necesitara su apoyo mientras, al mismo tiempo, evitaba meticulosamente el compromiso con cualquier causa o persona. Hasta que, claro está, Eva entró en escena veinticinco años después.

Eva

Eva se instaló en la casa contigua una tarde de verano de 2012. Aquella californiana de veintiocho años llegó en taxi, directamente desde Gatwick, con su hijo Thomas, que por entonces solo tenía cinco años, y acompañada de tres grandes maletas. Minutos después, Iris llamaba a su puerta con cierta insistencia para invitarla a tomar una copa de vino, como gesto de bienvenida, y para conocer a quienquiera que estuviera de visita durante la velada.

Tras acostar a Thomas y enlazar el intercomunicador del niño con su teléfono móvil, Eva decidió pasarse por casa de Iris. En su presentación ante los asistentes, Eva explicó que se había trasladado a Brighton desde Estados Unidos para dar clases por primera vez en la Universidad de Sussex. Hacía un año más o menos que había terminado su doctorado en Princeton, cuyo título («Tres ensayos sobre modelos de teoría de juegos en la psicología evolutiva») ofrecería a Iris un sinfín de oportunidades para reírse sin piedad de ella a lo largo de los años. Las burlas, sin embargo, escondían una creciente empatía, debida, en parte, al descubrimiento de que Eva se encontraba en plena fuga: tanto su carrera académica como su pasaje a Inglaterra eran los ingredientes de una huida mucho más amplia. Lo que por aquel entonces Iris jamás hubiera podido imaginar era la distancia que recorrería Eva en su huida trece años después, durante los últimos días de 2025.

En la historia de Eva, la casualidad y el talento para las matemáticas eran fundamentales. En 2006, tras licenciarse en Física Teórica en Stanford con solo veintidós años, decidió seguir a su privilegiada estirpe para probar las mieles de Wall Street, primero como becaria en Goldman Sachs y después como ingeniera financiera con un sueldo absurdo en Lehman Brothers, el *Titanic* del mundo financiero. Cuando Lehman chocó contra su iceberg en otoño de 2008, Eva no solo abandonó un barco que se iba a pique, sino también el enorme escándalo asociado. Tras unos meses que dedicó a aclararse las ideas, se matriculó en la Facultad de Economía de Princeton a comienzos de 2009, decidida a perderse en teorías abstractas, completamente

matemáticas, y a refugiarse en los sermones económicos que le habían permitido mantener un cierto rigor como financiera.

Poco después de llegar a Princeton descubrió que estaba embarazada. Iris se dio cuenta de la meticulosidad con la que Eva evitó mencionar al padre, para proceder a relatar enseguida los nueve meses vividos en un peculiar aislamiento, con la mente y el cuerpo en dos reinos completamente divergentes: mientras la primera navegaba a través de las abstracciones más extremas, el segundo, con un niño creciendo en su interior, la dotaba de una conciencia sobre su propia condición material como jamás había conocido.

Durante los dos primeros años de la vida de Thomas, Eva apenas vio a nadie que no fuera su hijo o, en alguna ocasión, su supervisor en la universidad. Iris se la imaginaba como un cruce entre una *pietà* de la Costa Este y un teniente traumatizado que escapa de la carnicería del campo de batalla y se retira al monasterio que había bendecido las santas masacres de sus generales.

—Huyó de Wall Street para esconderse en Princeton —recuerdo a Iris mascullando— y pulir las teorías que apuntalaban sus crímenes financieros en Lehman.

Y en 2012, con un reciente doctorado en su haber, Eva se retiró otra vez, en esta ocasión para abandonar su país y su lucrativo sistema universitario por Gran Bretaña y la Universidad de Sussex. No había llegado a la treintena y la vida de Eva ya parecía una operación de evacuación permanente.

Iris y Eva provenían de universos intelectuales y morales diferentes, pero, como al final llegarían a reconocer, fue su sentido compartido del trauma y la paradoja lo que colocó los cimientos de un vínculo de lo más peculiar. Iris, la magnífica teórica y practicante de la acción colectiva, operaba como un ejército de una sola mujer. Eva, una individualista a toda prueba, sentía un profundo desamparo y la ausencia de lazos humanos en su vida. Aunque ninguna de las dos quería reconocerlo, la paradoja de una era el reflejo de la contradicción de la otra. Y lo mismo sucedía con sus traumas.

Eva había nacido en 1984, el año de la huelga de los mineros. El fracaso de aquella huelga fue el Waterloo de Iris, que marcaría su vida con el sello de la derrota permanente. Pero si la huelga de los mineros había representado todo aquello para Iris, el hundimiento de Lehman Brothers tenía el mismo significado para Eva. Y si en 1984 nos dimos cuenta, con profundo pesar, de que viviríamos el resto de nuestra existencia como perdedores de la historia, en 2008 Eva descubrió que la historia irrumpía en su casa con la misma fuerza destructora, capaz de romper cualquier alma y socavar todo optimismo.

A su manera, las dos habían vivido la impactante epifanía de que su mundo había dejado de existir. Aquello demostraría ser la fuerza que las acabaría arrastrando, a pesar de su resistencia extenuante, por el camino que conducía a una extraña pero firme amistad.

Aquella noche de verano de 2012, cuando Eva cruzó el umbral de Iris por primera vez, el ambiente dejó atrás la alegría para dar paso a la incomodidad de una forma bastante brusca. Iris había invitado a Eva para actuar como una buena vecina, por solidaridad feminista con una madre soltera que estaba sola y en apuros en un país nuevo... y por simple curiosidad. Pero en cuanto Eva mencionó su pasado bancario, Iris no pudo contenerse.

—Lo único que los banqueros saben hacer bien es absorber todo el oxígeno de la sociedad —afirmó Iris—. Dedicar una cantidad extraordinaria de recursos a los mayores timadores, mientras conceden préstamos que siempre son demasiado grandes o demasiado pequeños, pero nunca, nunca a aquellos que de verdad necesitan el dinero o que planean hacer cosas útiles con él. Así que, en general —espetó a Eva con una cierta condescendencia—, creo que es bueno que hayas pasado de destrozar las vidas de la gente a escala planetaria a contaminar las mentes de la juventud de Inglaterra con tus sermones sobre la eficiencia de los mercados financieros.

Eva carecía de la encantadora insolencia de Iris, pero tampoco se dejaba acobardar.

—La gente comercia en los mercados por el mismo motivo por el que hacen negocios cumpliendo con las leyes de la gravedad —contraatacó—. ¿Propones eliminarlas también? ¿Es que dotar a los jóvenes de las habilidades que necesitan para sobrevivir en el mundo en el que viven no es preferible a contaminar sus mentes con un sinfín de utopías?

—Mi querida Eva —respondió Iris—, la universidad no va de enseñar conocimientos y habilidades. Va de producir subordinados flexibles que se mueran de ganas de hacer lo que les dicen. Tú estás ahí para fabricar a jóvenes dispuestos a ser moldeados a partir de las prioridades de sus futuros jefes. Y el primer paso es conseguir que se traguen sin rechistar tu fe en que los mercados son tan naturales como la gravedad, y en que el beneficio es la única aspiración que vale la pena.

Ahora la una y luego la otra, Eva respondía a todos los insultos de Iris con sus réplicas pasivo-agresivas.

—No niego el daño que han hecho los mercados y la especulación —contestó Eva en un momento de la discusión—, pero hacer dinero sucio nunca podrá perjudicar tanto a la humanidad como tus sueños colectivistas. Tienes

buenas intenciones, pero estás preparando el terreno para el próximo *archipiélago gulag*. Te opones a la mercantilización. ¡Mi trabajo consiste en convencer a mis alumnos de que es la mayor esperanza de la humanidad!

En un gesto poco habitual, Iris permitió que Eva continuara con su perezosa respuesta. Resultaba evidente que la joven estadounidense había tocado alguna fibra sensible; sin lugar a dudas, la misma que hacía años había causado su abandono de la vida universitaria y el activismo político. Frustrada por el autoritarismo de la izquierda, Iris se veía ahora —por primera vez en su vida— anhelando una dosis del empobrecido libertarianismo de Eva^[3]. Así que, en vez de escoger una respuesta fácil, de la docena que como mínimo tenía a su disposición, Iris solo sonrió, levantó su copa y, recurriendo a Shakespeare, como hacía a menudo cuando se sentía pícara y traviesa, brindó a Eva una pomposa bienvenida a Inglaterra, a «esta preciosa isla situada en un mar de plata». Fue el final de su primera confrontación.

Tras unos breves instantes, Eva se excusó diciendo que Thomas llevaba demasiado tiempo solo y dio las buenas noches.

«Pobre chica, no tiene ninguna oportunidad —garabateó Iris en su diario aquella noche—. Esta Inglaterra nunca yació, y nunca yacerá, a los orgullosos pies de un conquistador».

Eva ya empezaba a formar parte de ella.

Costa

Costa llegó a nuestro círculo mucho antes que Eva. Me crucé con él por primera vez en el King's College de Londres, en 1989, en otra tediosa asamblea dedicada a machacar a Thatcher. Ingeniero competente, nacido en Grecia, educado en Alemania y, por aquel entonces, trabajando en Ámsterdam, Costa había sido invitado para ofrecer una perspectiva de izquierdas sobre lo que pronto se convertiría en la nueva economía. Su profético discurso no tenía ninguna oportunidad ante aquel auditorio.

En 1989, la izquierda británica se había levantado en armas contra la famosa *poll tax* de Thatcher y su inminente implantación, primero en Escocia y luego en Inglaterra y Gales^[4]. Incluso los miembros del público más versados en las nuevas tecnologías todavía trabajaban en torpes Amstrads^[5] con disquetes y sin conexión a internet. ¿Qué podían hacer con el apasionado llamamiento de Costa a combatir el *establishment* con «mensajería digital, ingeniería financiera e inteligencia artificial»?

—¡Las fantasías propias de la ciencia ficción son un lujo cuando la gente está sufriendo, colega! —gritó una persona entre el público.

—El capitalismo y la ciencia ficción comparten una cosa —respondió muy tranquilo—. Negocian con activos futuros usando una divisa ficticia. Incluso si estas herramientas aún fueran exclusivas del mundo de la ciencia ficción, son nuestra mejor defensa. Créeme, a la mínima oportunidad, los poderosos van a librar una guerra sin cuartel contra todos nosotros usando esas armas de alta tecnología. Tenemos que desplegarlas primero si queremos tener alguna posibilidad de defendernos.

Su indiferencia ante la hostilidad de la muchedumbre me recordó mi primer encuentro con Iris, hacía siete años. Al terminar, solo necesitamos una pequeña conversación para dejar claro que compartíamos demasiadas cosas. Les echamos la culpa a nuestros mismos orígenes, en la isla de Creta. Nos fuimos juntos de la asamblea y acabamos en un descuidado restaurante hindú unas cuantas manzanas al sur del Támesis, donde seguimos hablando hasta pasada la medianoche.

Hombre algo tímido, y más o menos de mi edad, Costa había sido simultáneamente un evangelista y un hereje de la tecnología desde su adolescencia en Arjanes, una pequeña aldea al sur de Heraclión. Tras el instituto, como muchos griegos de mi generación, se marchó a «Europa». En 1979 se matriculó en la Universidad de Stuttgart para licenciarse en Ingeniería. Cinco años después, en cuanto se graduó, recibió una oferta de Dornier para diseñar el *software* que guiaba sus misiles. Durante tres años, su fascinación por los desafíos de la ingeniería entró en directa contradicción con su conciencia. Para 1988 su conciencia había ganado y Costa presentó la renuncia. En menos de un mes encontró el trabajo de sus sueños en Cornea PLC, una pequeña empresa de Ámsterdam donde trabajaría diseñando implantes biónicos para personas ciegas.

Costa solo llevaba un año en Cornea cuando nos conocimos, pero, de nuevo, el desencanto ya había hecho mella en él. Había descubierto que el impulso empresarial por el beneficio no era menos mortífero en el sector sanitario que en el armamentístico. Unos meses antes, había diseñado una mejora para un microchip que ampliaba enormemente las capacidades del implante; un avance que comunicó rebosante de satisfacción a sus superiores. Como respuesta, recibió una nota donde le felicitaban por el rendimiento del nuevo dispositivo, para a continuación informarle de que esa nueva versión del chip tendría que quedarse en un cajón. La intención de Cornea era seguir vendiendo el chip actual, muy inferior, de forma indefinida.

Cuando Costa protestó, su superior inmediato le explicó el razonamiento de la empresa. Su principal competidor estaba sufriendo para mejorar el implante que Cornea ya comercializaba, que tenía un coste bajo y se vendía bien. Por lo tanto, no era necesario disponer de una versión mejor y más cara para seguir en cabeza. En cambio, con solo filtrar la información de que Cornea tenía una nueva versión esperando entre bastidores, sus competidores entenderían que era mejor abandonar las investigaciones, mientras que, al mismo tiempo, la empresa también evitaba la posibilidad de que practicasen ingeniería inversa con el nuevo chip si salía al mercado.

—Mis jefes entienden —me explicó— que el mejor camino para llegar a los beneficios es establecer primero un monopolio, y después aplicar una estrategia que consista en matar de hambre al mercado de ese producto que han monopolizado.

La idea de que fuera posible negar a una persona ciega la ayuda que su chip podía ofrecer le llenaba de rabia. Las razones de la empresa para frenar su lanzamiento y el poder que tenía para hacerlo le revolvían el estómago. Aquellas dos emociones acabarían provocando su marcha de la empresa y el inicio de lo que sería una carrera profesional similar a una montaña rusa en los años siguientes.

Aquella noche, mientras le escuchaba, tuve una idea descabellada. Costa tenía que conocer a Iris. Era una jugada arriesgada. Solo podía imaginarme que Iris le trataría de la peor manera, para poner a prueba su espíritu. Pero tenía la sensación de que el encuentro podía llevar a algún lugar interesante.

—Ven y te presentaré a la señorita Havisham de nuestra revolución fallida —le insistí. Al final conseguí convencerle, y la noche siguiente nos subimos al coche y fuimos a Brighton.

Si Costa estuviera hecho de un material más resistente, no me habría preocupado tanto. Pero parecía frágil, y en absoluto preparado para la excéntrica ferocidad de Iris. Afortunadamente, mis miedos resultaron infundados. Iris enseguida le cogió el gusto a Costa. Reconoció una extraña cualidad en él: la predisposición a absorber el sufrimiento de los demás para detener su transmisión y la bajeza que engendra. Para Iris, el universo tecnológico en el que vivía era completamente extraño, y por eso escuchaba entusiasmada las ideas que Costa compartía. Cuando se fue aquella noche para no perder el último tren a Londres, el cinismo natural de Iris seguía a raya.

—A pesar de su graciosísimo acento greco-alemán, tu nuevo amigo es la reencarnación de William Morris —dijo entusiasmada—. Hay algo en él que

detesta los métodos deshumanizados con los que se producen las nuevas tecnologías. Si existiera la posibilidad de que los humanos que las fabrican pudieran elaborarlas como artesanos... no como máquinas que engendran a otras máquinas. Y, sin embargo, eso no impide que siga apreciando la belleza y las virtudes que nos ofrecen.

Costa abrió a Iris una ventana a un nuevo mundo. Desde un principio quedó claro que ella consideraba aquella forma de ver las cosas tan hipnótica como desconcertante. Y así comenzó una amistad que duraría el resto de sus vidas.

Ahora me doy cuenta de que, con la llegada de Eva a nuestro círculo, muchos años después, se habían juntado tres personas que, cada una a su manera, primero habían sido seducidas, y después vencidas, por la modernidad: Iris, por la larga sucesión de decepcionantes desastres protagonizados por la izquierda, desde la tragedia vivida por sus heroínas del Viejo Continente, Rosa Luxemburgo y Aleksandra Kolontái, hasta el triunfo de la Gran Bretaña de Thatcher; Eva, por las armas de destrucción masiva del mundo financiero y el «riesgo sin riesgo» que ella misma había vendido; Costa, por cometer el error de poner su fe en manos de los poderes emancipadores de la revolución digital.

Cada uno de ellos acabó viviendo en un aislamiento autoimpuesto. Iris, en su casa adosada de Brighton. Eva, en la universidad inglesa. Costa, como veremos más adelante, en su laboratorio. Pero gracias a su amistad y a la reacción de Costa a su particular dilema, aquel aislamiento se transformaría en algo muy parecido a su perfecto opuesto; al menos durante unos breves y apasionantes meses de la segunda mitad de 2025.

2 Otra realidad

Liberación

La reacción de Costa a su derrota personal comenzó a principios de los años noventa. Demostraría ser trascendental.

Sin llamar la atención, empezó a utilizar las instalaciones de Cornea para llevar a cabo sus proyectos personales de investigación, aprovechando la política de puertas abiertas de la empresa, que tenía como objetivo incentivar a los ingenieros para que exploraran a fondo su creatividad. Desde un inicio, su principal interés fueron los implantes cerebrales. Seguía presentando nuevos diseños y actualizaciones con la frecuencia necesaria para que su jefe estuviera contento, pero sus innovaciones más importantes —y eran muchas— se las guardaba para sí mismo.

Hacia el final de aquella década, sin embargo, no pudo evitar que su atención se distrajera con otras cuestiones: el valor astronómico de las acciones de las empresas tecnológicas, Cornea entre ellas. Convencido de que pronto entrarían en barrena, utilizó sus ahorros para operar en corto con todas las acciones tecnológicas que cayeron en sus manos^[6]. Y cuando, al final, la burbuja de las punto.com estalló en el año 2001, Costa consiguió reunir una cantidad de dinero muy considerable; la suficiente para obtener una libertad que le permitiera asumir riesgos y abandonar la empresa. Dejó su trabajo en Cornea de inmediato y comunicó a Iris que iba a trasladarse a San Francisco. Sus visitas serían menos frecuentes. Fue el golpe de suerte que buscaba desde hacía tiempo: la oportunidad de establecerse en Silicon Valley.

Costa aceptó un trabajo en una empresa que desarrollaba implantes digitales para controlar el dolor sin recurrir a los fármacos. Pero sus esperanzas de que Silicon Valley pudiera ser un lugar diferente se desvanecieron enseguida cuando, una vez más, la empresa guardó en un cajón otro de sus inventos bajo el pretexto de alargar la vida útil de los productos

que ya tenía en el mercado. Así, Costa retomó su anterior estrategia: usar las instalaciones de la empresa para trabajar en secreto en sus propios proyectos.

Mientras tanto, la bolsa se estaba recuperando a toda velocidad; tan deprisa, de hecho, que Costa sospechó de nuevo. La historia estaba a punto de volver a repetirse. Cuando, un par de años después, un banco se puso en contacto con él para ofrecerle el 120 por ciento de una hipoteca, por cualquier cantidad y propiedad inmobiliaria de la bahía de San Francisco, Costa confió en sus instintos —que ya habían demostrado su valía en el anterior *crack* bursátil— y volvió a utilizar todos sus ahorros para operar en corto contra aquellos bancos que negociaban con derivados de origen estadounidense respaldados por préstamos hipotecarios; es decir, contra la práctica totalidad del sistema bancario occidental. Y así, cuando en octubre de 2008 el mundo de las finanzas pasó por su propia experiencia cercana a la muerte, que también significaría el final de la carrera de Eva en Lehman Brothers, Costa descubrió que tenía en su poder una cesta valorada en varios millones de dólares.

«Libre al fin en el valle de los sueños rotos» fue la fórmula que utilizó para anunciar que sus circunstancias habían cambiado en una carta manuscrita a Iris, quien la guardó en un apartado especial de su diario dedicado a las misivas más trascendentales de Costa. «Ahora puedo hacer algo útil con todos los dispositivos que he inventado, y que no podía desarrollar por la falta de tiempo y de los recursos necesarios», escribió esperanzado.

El día después de la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, Costa dejó su trabajo, alquiló un gran local en el centro de San Francisco y empezó a trabajar para poner en funcionamiento sus innovaciones tecnológicas más secretas.

Una revisión del Anillo de los lidios

Costa oyó por primera vez la fábula de Giges en el instituto, durante su adolescencia, en palabras de su profesor de literatura, un tipo que era la versión cretense de Quentin Crisp, y que además se acabaría haciendo un nombre como digno poeta. Mientras sufría en su laboratorio para tratar de encontrar una aplicación humanista a sus inventos, el anillo de Giges le dio una buena idea.

Según el mito, Giges era un pastor pobre del antiguo reino de Lidia que un día, por casualidad, encontró un anillo mágico. Al ponerse el anillo y girarlo

en su dedo, descubrió que se volvía invisible. Así que Gíges fue a palacio, sedujo a la reina, asesinó al rey y se autoproclamó gobernador de Lidia. En *La República*, Platón pone en boca de Sócrates esta pregunta: si encontraras un anillo similar, ¿sería racional *no* usarlo para hacer lo que te viniera en gana? Costa recordaba muy bien la respuesta de Sócrates: cualquiera que use el poder del anillo para conseguir lo que quiera se convertirá en esclavo de sus propios apetitos. La felicidad, y no solo la moralidad, depende de la capacidad de cada cual para *no* usar el poder exorbitante del anillo.

Costa no era tan romántico como para pensar que los seres humanos seguirían el consejo de Sócrates. Sabía muy bien que casi todo el mundo sucumbiría a la tentación de usar el anillo, y de una forma muy parecida a la de Gíges. Pero, al mismo tiempo, siempre había pensado que un dispositivo más poderoso que el anillo obligaría a cualquier persona a reflexionar muy seriamente y, en consecuencia, a liberarse de una visión bastante contraproducente de sí misma. Tres años después de que Costa se aislara en su laboratorio de San Francisco, el mito de Gíges adquirió un significado tan urgente como original cuando se le ocurrió la idea de diseñar un dispositivo muy parecido.

La inspiración visitó a Costa cuando estaba de visita en casa de un colega, en Seattle. Allí observó que el adolescente de la casa estaba enfrascado en un videojuego compitiendo con miles de participantes reales, que debían de ser otros jóvenes que también estaban sentados en sus habitaciones y que aparecían en la pantalla en forma de avatares. Por instinto natural, Costa se quedó petrificado, pero también sintió una cierta fascinación al descubrir la existencia de aquellas comunidades emergentes.

Costa se dio cuenta de que el objetivo final de las empresas de videojuegos de Silicon Valley —y, por lo tanto, el Santo Grial del sector tecnológico— sería un dispositivo que reemplazara las inciertas posibilidades de la vida cotidiana por una máquina de realidad virtual que adaptara sus propuestas a los deseos individuales de cada ser humano. Pero, al mismo tiempo, todas las personas desean establecer conexiones con sus semejantes: interactuar con una máquina resulta aceptable mientras la fantasía sea compartida. Matar a un avatar, conocer a la persona real que se esconde detrás, resulta mucho más satisfactorio que liquidar a un invasor extraterrestre generado por un ordenador. Esta necesidad de ver y ser visto explica por qué esos juegos que permiten al usuario compartir la acción con millones de personas, sin dejar de estar enclaustrado en una habitación, tienen tanta demanda.

Costa llegó a la conclusión de que el problema debía de ser el mismo en la vida real que en los videojuegos: anhelamos la compañía de otras mentes, cuya aceptación nos parece significativa, porque no están bajo nuestro control... incluso cuando lo que buscamos es, precisamente, controlarlas. Cuando hacen cosas que no queremos que hagan, nos molestamos. Pero en el momento en que las controlamos por completo, su aprobación ya no nos proporciona ningún placer. Siempre resulta extraordinariamente complejo comprender que el placer que se obtiene mediante esta clase de control es ilusorio, en especial cuando la gente está dispuesta a sacrificarlo casi todo para conseguirlo. La valiente idea de Costa resolvería aquel misterio de una vez por todas. El artilugio que planeaba construir, su Máquina de la Libertad, como él mismo la llamaba en broma, permitiría que millones de personas vivieran en un único mundo virtual, mientras experimentaban sus interacciones mutuas de formas muy diferentes. No solo moldearía un universo de felicidad, sino un *multiverso* de placeres infinitos, simultáneos, superpuestos.

Imagínate la proeza de lograr que Juan disfrute de un paseo con María mientras, al mismo tiempo, María asiste a una obra de Shakespeare con Juan... ¡o incluso con otra persona! Una máquina que nos permita experimentar —y compartir— nuestros deseos, todos juntos y a la vez. La libertad, por fin, no solo de la escasez, sino también de las cosas que los demás nos hacen... o esperan o quieren de nosotros. De buenas a primeras, la gente actuaría, pensaría y se comportaría en sincronía absoluta con nuestros sueños, esperanzas y aspiraciones. Nuestras limitaciones quedarían obsoletas, como un lejano recuerdo de una primitiva existencia; nuestros dilemas, desaparecidos; todas las contrapartidas, erradicadas; satisfacción ilimitada al alcance de la mano.

Un poder tan infinito como para moldear el mundo a imagen y semejanza de cada persona superaba la imaginación de los antiguos mitólogos y convertía el anillo de Giges en un objeto insignificante y vulgar. Sócrates confiaba en convencernos de que renunciaríamos al anillo, por el principio de que su poder destruiría nuestras vidas, pero ¿no parece imposible que alguien pueda disuadirnos de entrar en un *multiverso* de felicidad ilimitada? A no ser —pensaba Costa— que el precio a pagar por entrar en el mundo de la Máquina de la Libertad fuera que nunca podrías salir de él.

El poder del «para siempre»

Todos los genios confían en una conjetura cuestionable. Costa confiaba en dos. La primera era que, en el último momento, la mayoría de la gente declinaría la oportunidad de pasar el resto de su vida en la Máquina de la Libertad. La segunda era que ese paso atrás representaría, básicamente, una liberación para toda la humanidad.

Costa sabía, por supuesto, que todos sentiríamos la terrible tentación de entrar en la Máquina de la Libertad. Aquel era el objetivo básico de todo el asunto. Cuanto más difícil fuera resistirse, mayor sería la liberación que obtendrían quienes se negaran a entrar. Pero ¿habría alguien capaz de rechazar la propuesta? Costa quería creer que, al final, todos declinaríamos la oferta. «Para siempre» es demasiado tiempo, incluso para seguir en un estado de absoluta felicidad, por no mencionar lo que representaría vivir en una ilusión creada por una máquina. Hasta los tontos, los hedonistas radicales y los depresivos patológicos se negarían a rendirse para siempre a una máquina. Ante la visión de un anillo de Giges tangible y definitivo, Costa no tenía la menor duda de que nos llevaríamos una buena sorpresa cuando nos viéramos diciendo que «no». Y suponía que, en el momento en que rechazáramos aquel *multiverso* perfecto, nos veríamos arrastrados a una espiral existencial, que tendría como resultado un estado de verdadera lucidez. De repente, comprenderíamos la verdad que Sócrates quería que entendiéramos: la mayor esclavitud es la que causan nuestros propios apetitos. Con su simple existencia, la Máquina de la Libertad nos ofrecería la extraordinaria oportunidad de vivir la más liberadora de las epifanías: que la vida es algo más que satisfacer el deseo y eliminar el dolor.

La vida de Costa cambió en el mismo instante en que aquel razonamiento le condujo a la siguiente convicción: Sócrates no consiguió el efecto que buscaba con el anillo de Giges porque el artilugio no tenía un poder ilimitado y, sobre todo, porque no era real. No era más que un mito, un experimento mental. Pero ¿qué ocurriría si Costa fuera capaz de adaptar y desarrollar sus distintas invenciones para diseñar una Máquina de la Libertad funcional, demostrar entonces que cumplía su cometido y, a continuación, ofrecer a la gente la opción real de entregarse a ella para siempre? ¿Y qué pasaría si, a la hora de la verdad, la gente rechazara la oferta? Costa no solo habría ido más lejos que Sócrates, sino que además habría descubierto la forma de debilitar la mismísima esencia del capitalismo: la predisposición de los seres humanos a pensar en sí mismos como consumidores.

Tradicionalmente, la izquierda reprendía al capitalismo por generar en nosotros un conjunto de deseos que ese mismo capitalismo tiene la obligación

de frustrar. Costa estaba de acuerdo con esa crítica, pero quería llevarla un poco más lejos: incluso si el capitalismo fuera capaz de cumplir sus promesas, y satisfacer cualquier antojo consumista que pudiera infundir en nosotros, en realidad solo conseguiría destruir cualquier posibilidad de alcanzar la verdadera libertad y, con ella, de tener una vida plena; la *eudaimonia*, como sus antiguos antepasados la llamaban. La Máquina de la Libertad revelaría, de una vez por todas, la vacuidad, los sinsabores y la frustración de las satisfacciones que tenemos a nuestra disposición cuando nos convierten en consumidores. En la mente de Costa, irremediablemente romántica, seríamos capaces de ver que un estado de felicidad permanente, como el que promete el capitalismo, es en realidad una forma de purgatorio. Para liberarnos de un monopolista, nada resulta más sencillo que darnos cuenta de que no queremos su mercancía. La pregunta era la siguiente: ¿Costa sería capaz de construir la Máquina de la Libertad... de verdad?

EL HALPEVAM

Tras liberarse del trabajo asalariado, Costa dedicó los primeros tres años de su nueva vida a revisar y mejorar su obra anterior: no solo los ojos biónicos y los implantes analgésicos, sino una infinidad de dispositivos que se fusionaban con el cerebro y el sistema nervioso para poder controlar los sentidos.

En 2012 ya había desarrollado una interfaz hombre-máquina altamente compleja y efectiva, que describió en una carta a Iris como «una solución fascinante a un problema desconocido hasta entonces». Cuando, unos meses después, su idea para la Máquina de la Libertad cobró forma, empezó a sentirse abrumado por el impactante descubrimiento de que, con las modificaciones oportunas, sus dispositivos podían convertirse en la columna vertebral de un prototipo funcional.

La modestia le prohibía referirse a su prototipo como la «Máquina de la Libertad». Prefirió escoger un término más técnico, «HALPEVAM»: el Maximizador Algorítmico y Heurístico del Valor de la Experiencia y el Placer^[7]. Más adelante, cuando tuvo que revelar su existencia a Iris y Eva por culpa de unas extraordinarias circunstancias, Costa les presentó el HALPEVAM como el perfecto opuesto de las máquinas misantrópicas de *Matrix*. En el clásico de 1999, una red de máquinas construye una realidad virtual donde quiere esclavizar a todas las mentes humanas del planeta, mientras se dedica a explotar sus cuerpos para obtener la energía termal con la

que alimentar su desalmado imperio. El HALPEVAM, por el contrario, sería el mejor esclavo de la humanidad.

Durante las primeras etapas del desarrollo del HALPEVAM, Costa tuvo que enfrentarse a un problema teórico: ¿qué forma adoptaría el tiempo dentro del *multiverso* del HALPEVAM? En concreto, ¿cómo se viviría el paso del tiempo si la gente tenía experiencias infinitas y simultáneas? ¿Sería cierto que una vida de experiencias ilimitadas y solapadas no necesitaba durar más de un nanosegundo? El tiempo sería infinito, pero también infinitesimalmente breve. ¿Había descubierto el secreto para incorporar un cielo eterno a una vida cada vez más breve? Aquellas preguntas lo paralizaron durante unas cuantas semanas. Tuvo que surgir otro problema, aún más acuciante, para que Costa saliera del atolladero.

Para que el HALPEVAM actuara como un liberador, resultaba fundamental que nadie tuviera motivos para creer que se trataba de una máquina lavadora de cerebros; una preocupación muy razonable cuando tienes que decidir si vas a enchufarte a un aparato capaz de trastear en tu mente. Porque si la gente declinaba la posibilidad de entrar en el HALPEVAM por miedo a sufrir un lavado de cerebro, no rechazaría la oferta por las razones que Costa buscaba. Era, por lo tanto, absolutamente esencial que las experiencias que el HALPEVAM iba a ofrecer a cada usuario se generaran a partir de los propios deseos de cada persona... y nada más. Si existía alguna posibilidad de que la máquina funcionara según los planes de su programador, o de que fuera capaz de infundir deseos extraños en cualquier ser humano, sus usuarios se convertirían en esclavos efectivos de la máquina y todo el proyecto se vería amenazado. Esta idea se convirtió en la primera directriz del HALPEVAM: una prohibición, integrada en su circuitería, que evitaba que la máquina pudiera introducir en el cerebro de sus usuarios *cualquier cosa* que no viniera con ellos en el momento de entrar en su utopía digital.

El siguiente desafío consistía en encontrar la forma de captar una imagen completa y detallada de los deseos, pasiones, creencias, caprichos y predilecciones de cada usuario. No bastaba con una instantánea del contenido del cerebro en el momento de unirse a la máquina. El HALPEVAM también debía encontrar la manera de acceder a información muy concreta, completa e imparcial sobre las experiencias del pasado. Costa llegó a la conclusión de que la única forma de obtener esa cosecha pasaba por la hipótesis de que nuestras experiencias vitales dejaran alguna clase de registro físico y permanente. Como todos los prodigios de la ciencia, Costa imaginó primero

la existencia de dicho registro —un rastro o una estela que dejamos a nuestro paso, compuesto de cantidad de experiencias— antes de ponerse a construir los instrumentos que pudieran detectarlo. Y para convencerse de su existencia le puso un nombre: CREST, por sus siglas en inglés (Rastro Subatómico del Engrama Cerebral Recurrente)^[8].

La búsqueda del CREST ya se había alargado unos ocho años cuando, en 2020, el mundo entró en cuarentena. Costa apenas se habría dado cuenta, aislado como estaba en su laboratorio, si no hubiera sido por la repentina afluencia de invitaciones para charlar que llegaban a través de alguna aplicación, y que le enviaban los pocos amigos con los que aún mantenía el contacto. En un primer momento, se resistió a aquellas invitaciones electrónicas. Pero en abril de 2020 sus instrumentos empezaron a detectar la existencia del CREST. Entusiasmado, y a pesar de su obsesión por el secretismo, aceptó una videollamada de la única persona en quien podía confiar para compartir su felicidad: Iris.

—Intenta imaginártelo como la estela cuántica de nuestras vidas, que nuestros cambiantes engramas van dejando de una manera muy discreta —explicaba Costa a Iris—. Suena complejo, lo sé, pero ¡en realidad no podría ser más sencillo!

—¿Te refieres a algo similar a un río de la vida subatómico? —preguntó Iris.

—Sí, exactamente —dijo—. Un río del que no puedes salir dos veces.

—A ver, o has perdido la cabeza por completo —respondió Iris—, o crees que soy la tonta más ingenua del mundo. O podría ser que fueran las dos. Sea como sea, estoy encantada de ver que no has cambiado en nada.

En el verano de 2021, Costa había desarrollado un sistema que no solo permitía acceder al CREST, sino también reconstruir las experiencias que contenía, por lo que ya podía acceder a la materia prima que el HALPEVAM necesitaba para generar un *multiverso* prácticamente infinito a partir de las realidades de sus usuarios. «Estoy en la *cresta* de la felicidad», podía leerse en su críptico mensaje de texto a Iris, enviado el feliz día en que por primera vez se conectó al sistema^[9].

Por seguridad, Costa programó el HALPEVAM para que desconectara su cerebro del CREST un instante después de que se completara la vinculación. Pero, durante los escasos milisegundos en los que habitó aquel mundo, experimentó una vertiginosa forma de arrebató; una ojeada a una vida que superaba con creces los sueños más salvajes que cualquiera pudiera albergar.

Aquel momento breve y fugaz era la experiencia más embriagadora que pudiera imaginarse.

Necesitó varias horas para asimilar lo que había ocurrido. Pero, en cuanto Costa fue capaz de aceptar la increíble realidad de lo que había creado, sus terroríficas implicaciones multiplicaron su nerviosismo hasta desembocar en un ataque de ansiedad: ¿qué pasaría si las grandes empresas se enteraban de lo que había hecho? ¿Había alguna forma de impedir que alguien pirateara el sistema o se apropiara de su invención? ¿Qué ocurriría si las grandes tecnológicas ponían sus manos sobre el CREST, la fuente de datos definitiva sobre todos y cada uno de nosotros?

Presa del pánico, y con la idea de proteger su invención, Costa focalizó todo su talento y energía en construir el cortafuegos más potente que pudiera imaginarse. Y fue así como creó Cerbero, un formidable dispositivo de seguridad cuya estrambótica avería lo cambiaría todo.

Cerbero

Cuando Iris, en un gesto de ternura, me confió su diario durante los días anteriores a su fallecimiento, me obligó a jurar que cumpliría una segunda directriz; una orden que Costa había diseñado precisamente para mí.

—Nuestro querido Costa se ha vuelto paranoico —me explicó Iris—. Pero, por otro lado, ¿no fue Joseph Heller quien señaló que el simple hecho de volverse paranoico no significa que no te la tengan jurada?

Mi directiva primaria era clara: no podía divulgar ningún detalle del diario que pudiera ser de utilidad a quienes querían acceder al CREST para descifrar el código de Cerbero. Pensé que aquello era una bendición en forma de prohibición, ya que me liberaba de la obligación de estudiar cualquier detalle técnico importante que escapara de mi capacidad de comprensión. Basta con decir que Costa diseñó un sistema donde el acceso al HALPEVAM y al CREST dependía de un largo número PIN derivado de su propia secuencia de ADN, pero que evolucionaba constantemente a partir de un proceso estocástico sincronizado con sus propios engramas. Incluso si los *hackers* lograban hacerse con su ADN, les sería imposible descifrar el código de Costa si no podían acceder también a sus pensamientos en tiempo real. En teoría, Costa había logrado que nadie pudiera acceder al CREST; nadie salvo él mismo.

Durante los tres años siguientes, Costa vivió al borde del ataque de nervios mientras desarrollaba y perfeccionaba el HALPEVAM, a la espera de que llegara el momento de anunciar al mundo entero, y con absoluta seguridad, que cualquiera podía acceder ya a un *multiverso* de felicidad. Y entonces, el sábado 25 de enero de 2025, la realidad decidió entrometerse con su brutalidad habitual. Costa había pasado la velada con unos amigos griegos, celebrando un aniversario que significaba mucho para ellos y nada para el resto del mundo. Al regresar a su laboratorio, el corazón le dio un vuelco cuando vio que alguien había forzado la entrada. Y, poco después, su alma se rompía al descubrir que los intrusos habían estado a punto de acceder al CREST.

Repasando los acontecimientos de aquella noche, que aparecían recogidos en el diario de Iris, entendí por fin la relevancia de lo que me había dicho en su funeral. Costa había dedicado su vida a evitar que los «cabrones», como él los llamaba, pudieran acceder al CREST con el fin de crear un mercado privado de las emociones, los recuerdos y las ideas; en otras palabras, para convertir el HALPEVAM en su opuesto y forjar la mayor esclavitud imaginable para la humanidad. Costa descubrió que los intrusos habían utilizado el ADN que había en su cepillo de dientes y una tecnología que permitía escanear las ondas cerebrales a distancia, capaz de monitorizar sus pensamientos en tiempo real, y que se habían quedado a solo unos minutos de descifrar su número PIN. Su fracaso únicamente se debía a las paredes del bar subterráneo donde Costa y sus amigos habían quedado, lo bastante gruesas como para interferir con la transmisión.

Espoleado por la cercanía del desastre, Costa empezó a diseñar Cerbero. Bautizado en honor de la mítica bestia bicéfala que custodiaba el Hades, el reino de los muertos, se trataba de un sistema de seguridad perfeccionado que incorporaba dos características novedosas. La primera era una mejora del código, que solo permitía acceder al CREST si el cerebro de Costa lo deseaba activamente. La segunda era una herramienta al estilo del Día del Juicio Final, inspirada en la delirante estrategia de la guerra atómica —la Destrucción Mutua Asegurada (MAD, por sus siglas en inglés)—, con la que el Pentágono había tonteado durante los años cincuenta: la creación de una bomba tan colosal que destruyera la vida en la Tierra si el enemigo se atrevía a lanzar una cabeza nuclear, y de esta forma disuadirle de hacerlo. Así que, según el mismo principio, Costa decidió desalentar a las grandes tecnológicas mediante un dispositivo que tendría la potencia suficiente para destruir el CREST si se producía un acceso no autorizado.

A principios de abril, el primer prototipo de Cerbero ya estaba listo para entrar en la fase de pruebas. Los exámenes requerían la destrucción de una única hebra del rastro subatómico del CREST en condiciones de absoluto aislamiento, dentro de una cámara especial. El truco consistía en seleccionar la cantidad justa y precisa. Cualquier exceso podía dañar o incluso destruir el CREST por completo. Su defecto impediría demostrar el poder de Cerbero.

«Entiendo la angustia —escribió a Iris— de los primeros investigadores médicos que buscaban la dosis exacta de la vacuna de la viruela. Para proteger el CREST de la avaricia de las grandes tecnológicas, parece que debo arriesgarme a destruirlo».

Pero, como no podía revertir el descubrimiento del CREST, sentía que no tenía elección. Programó la fecha de la primera prueba de Cerbero para el 7 de abril de 2025. A medida que se acercaba el día fijado, la confianza de Costa en la idoneidad del camino escogido era cada vez más sólida.

Diploma

Simple es la visión del paisaje tedioso. Pero, como demostraron los inesperados resultados de la prueba de Cerbero, son los espacios complejos e intrincados donde se encuentran el genio, la intriga y la sorpresa.

Einstein fue quien nos explicó por primera vez la idea de un pliegue en el espacio-tiempo; un fenómeno que podría permitir la comunicación instantánea o los viajes en el tiempo y el espacio a través de un agujero de gusano. Pero la fascinación por esos pliegues y el poder que esconden tienen sus raíces en nuestros propios mitos.

Cuando el rey Preto de Argos decidió librarse del joven Belerofonte, a quien su esposa había intentado seducir sin demasiado éxito, el mito nos cuenta que diseñó lo que parecía el crimen perfecto. Preto hizo llamar a Belerofonte y le asignó una misión secreta de vital importancia. La tarea del joven era entregar en persona una carta a Yóbates, rey de Licia y suegro de Preto.

—No debes mostrar la carta a nadie bajo ninguna circunstancia, ni tampoco leerla tú mismo —ordenó a Belerofonte—. Si lo haces, tu propia seguridad y la de nuestro reino se verían amenazadas.

Ansioso por satisfacer a su rey, el joven juró que cumpliría con las instrucciones recibidas y que no abriría la carta bajo ninguna circunstancia. Satisfecho, Preto escribió en un papiro las letales instrucciones para el

destinatario: «Mata al portador de esta misiva. Si no confías en mí y él sigue con vida, tu reino estará en peligro».

Entonces, Preto la plegó un par de veces con sumo cuidado, la cerró bien y, a continuación, entregó el *diploma* —el término griego para una hoja de papel doblada en dos ocasiones— a Belerofonte, y le pidió que emprendiera el viaje.

Pero, al doblar la carta, Preto no se dio cuenta de que había emborronado la tinta fresca, difuminando algunas palabras, así que cuando Yóbates desenrolló el papiro, todo lo que pudo leer fue lo siguiente: «Si tú... matas al portador de esta misiva... tu reino estará en peligro». Y así fue como Belerofonte salvó la vida. Hasta que Einstein no reinventó nuestra visión del cosmos, un pliegue nunca había tenido un impacto tan trascendental en la conciencia colectiva de la civilización occidental.

A última hora del 7 de abril de 2025, todo parecía indicar que Cerbero había pasado la prueba, y con todos los honores. El rastro subatómico estaba perfectamente codificado, y sin daños perceptibles en el conjunto del CREST. Satisfecho con los resultados preliminares, Costa programó el HALPEVAM para que ejecutara un diagnóstico completo durante la noche, cerró la puerta del laboratorio y se metió en la cama, donde, por primera vez en muchos años, disfrutó de un largo sueño profundo e ininterrumpido.

La mañana del 8 de abril de 2025, un martes, Costa se despertó de buen humor, convencido de que Cerbero pronto estaría operativo y de que su plan para liberar a la humanidad podría hacerse realidad. Todavía con la taza de café en la mano, empezó a leer los datos del diagnóstico que el HALPEVAM había completado durante la noche.

Los datos no tenían sentido. No es que fueran incomprensibles. Todo lo contrario: eran bien legibles y revelaban una estructura que reconoció al instante. De hecho, cuanto más los analizaba, más claros se volvían ante sus ojos. Mientras leía el torrente de números y líneas de código impresos en papel, se percató de que estaba observando un mensaje; codificado, sí, pero escrito en inglés y, por lo visto, dirigido a él. Se puso a trabajar para descifrarlo.

—¿Quién eres? ¿Y qué es lo que quieres? —empezaba el mensaje.

¡Eran las mismas preguntas a las que él buscaba dar respuesta! ¿Y de dónde diantres venía aquel mensaje? ¿Y quién era el remitente?

Nuevos análisis, más detallados, le proporcionaron la respuesta, tan irrefutable como incomprensible: el mensaje provenía de su misma ubicación exacta, en San Francisco, y había sido enviado por una persona que tenía un

ADN idéntico al suyo. Por un instante se preguntó si se había vuelto loco, o si, de algún modo, había sido él mismo quien había escrito el mensaje para olvidarlo después. ¿Era posible que el HALPEVAM hubiera cobrado vida propia? Pero no, las pruebas demostraban que, de alguna forma que parecía imposible, el mensaje había llegado durante la noche, mientras él dormía y el laboratorio estaba cerrado. Lo había escrito él mismo, en aquel preciso lugar, la noche del 7 de abril de 2025, y aun así sabía a ciencia cierta, por la presencia de la cerradura de seguridad, que nadie había abierto el laboratorio hasta esa misma mañana y que, en lo que a él respectaba, solo había disfrutado de las mejores horas de sueño que había tenido en muchos años. Era como si el mensaje proviniera de un presente paralelo: de una versión alternativa de sí mismo que vivía en otra realidad simultánea.

Aunque tuvo que invertir casi un mes en experimentos y análisis detallados, el elemento que proporcionó a Costa la pista que necesitaba para resolver el rompecabezas no fue otro que el mito de Preto, Belerofonte y el *diploma*. De algún modo, y por increíble que fuera, la energía utilizada durante las pruebas de Cerbero y la codificación del CREST había bastado para crear un minúsculo pliegue en el espacio-tiempo y abrir un agujero de gusano de Einstein-Rosen, tal como ambos científicos habían anticipado. A pesar de que no era más ancho que una partícula subatómica, aquel minúsculo conducto era suficiente para que un flujo de datos se deslizara de un lado a otro.

A diferencia del *diploma* de Belerofonte, que culminó en una boda con una princesa licia, con quien sería feliz el resto de su vida, la versión de Costa desencadenó una oleada de mensajes que convirtieron su ya agotadora existencia en un caos absoluto. Para finales de junio, Costa había encontrado el modo de comunicarse con la persona que le escribía desde aquella *Otra Realidad*. Mediante una tecnología de mensajería propia de los años setenta del siglo pasado, el procesamiento por lotes, tan primitiva que solo requería un ancho de banda minúsculo, Costa se las había apañado para enviar sus mensajes a través del agujero de gusano y recibir las respuestas, a veces de varios miles de caracteres... que llegaban uno a uno.

Cuando la comunicación quedó establecida, Costa decidió entregarse completamente a ella. Aparcó toda idea preconcebida acerca de los objetivos previstos del HALPEVAM. Por culpa de la fastidiosa demora entre mensajes, los avances eran muy lentos, pero, en menos de cuatro semanas, fue capaz de vislumbrar una imagen bastante precisa de aquella persona —una versión alternativa de sí mismo— y del mundo que habitaba.

Al comparar sus notas del pasado, Costa y Kosti —el nombre que escogió para su versión de sí mismo en la *Otra Realidad*— llegaron a la conclusión de que sus experiencias personales y sus trayectorias históricas eran idénticas, pero solo hasta un momento temporal muy concreto, donde los recuerdos se ramificaban y conducían a dos realidades claramente diferentes. Hasta aquel preciso instante, la *Otra Realidad* era idéntica a la nuestra, histórica, política, social y económicamente; pero, desde aquel momento exacto en adelante, parecía más que evidente que había drásticas diferencias. El momento en que se establecía aquella divergencia podía fijarse en el otoño de 2008; casi en el momento exacto del gran *crack* financiero.

A medida que iba descifrando los mensajes de Kosti, la sorpresa inicial de Costa por su mera existencia se fue transformando en un *shock* mayúsculo debido a su contenido. Costa siempre había creído que el *crack* del 2008 había sido una crisis demasiado buena como para haberla desperdiciado, y que, sin embargo, eso era precisamente lo que había ocurrido. Podría haberse utilizado para transformar la sociedad de forma radical. En cambio, no solo reconstruimos el mundo tal como era antes, sino que, al rescatar a los bancos y obligar a la clase trabajadora a pagar por las deudas, doblamos la apuesta e instituímos un régimen global en el que el poder económico y político se entregó de manera efectiva, y a precio de coste, a los banqueros más corruptos del mundo. Costa siempre había creído que teníamos una alternativa. Un camino que nunca nos atrevimos a seguir. Ahora tenía los mensajes de Kosti para demostrarlo; o al menos eso parecía.

Como Kosti le entretenía con sus propias consultas sobre nuestra triste realidad, Costa procuró limitarse a preguntar acerca de las cuestiones más urgentes. ¿Qué quería decir Kosti cuando mencionaba que la empresa para la que trabajaba ya no tenía jefe? ¿Y a qué se refería en realidad cuando comentó que ya no había bancos? ¿Y que nadie tenía tierras en propiedad ni pagaba impuestos? ¿Cuál había sido el catalizador de una transformación tan trascendental en un periodo de tiempo tan breve? Con cada nueva respuesta, Costa iba acumulando un tesoro informativo sobre la *Otra Realidad*. Registró con absoluta minuciosidad su correspondencia con Kosti, con la idea de recopilarla y editarla en un diálogo único y continuo para anticiparse al día en que tuviera la oportunidad de compartir con Iris todo lo que había descubierto.

3

Corpo-sindicalismo

Sin jefes, sin sueldos, sin problemas

—Muy bien, así es como hacemos las cosas por aquí —empezaba el relato de Kosti sobre la empresa en la que trabajaba—. Nadie le dice a nadie lo que tiene que hacer. Escogemos con total libertad a las personas y los equipos con quienes queremos trabajar, y también el tiempo que queremos dedicar a los proyectos que se llevan a cabo. En nuestra empresa, todo se encuentra en un estado de flujo constante. El personal cambia, se forman nuevos equipos, los viejos proyectos desaparecen, se diseñan nuevas tareas. No hay jefes que puedan ordenar nada a nadie. El orden espontáneo y la responsabilidad personal son más fuertes que el miedo al caos.

Kosti explicó que aquel flujo constante era una de las características distintivas de la vida corporativa en la *Otra Realidad*. Cuando las jerarquías se utilizan para asociar a personas con roles y equipos concretos, el resultado es burdo, ineficiente, opresivo. La ansiedad por el propio estatus y la necesidad de satisfacer a los superiores son la causa de que la transparencia sea una quimera. La plantilla desconoce por completo las ventajas o los inconvenientes de trabajar con ciertos jefes o compañeros, el nivel de disfuncionalidad o satisfacción de los distintos equipos, el aburrimiento o las recompensas asociados a los diferentes proyectos. Las jerarquías solo se perpetúan y se reproducen, lo que genera una terrible disparidad entre el prestigio de una persona y su verdadera contribución a la empresa. La gran ventaja de las jerarquías, la seguridad de que todas las posiciones estén cubiertas dentro de la organización, es una pérdida inapreciable.

Tal como reconocía Kosti, en este modelo de gestión horizontal el absentismo es frecuente. Pero que las ausencias estén a la vista de todos hace de ellas un elemento muy útil. Cuando los integrantes de la plantilla se dan cuenta de que hay un espacio vacío donde estaba la mesa de David, en el

sexto piso, y descubren en la intranet de la empresa que se ha mudado a la cuarta planta para trabajar con Juan, Antonio y María, todo el mundo aprende una lección importante sobre la relevancia del trabajo que se lleva a cabo en ese rincón del cuarto piso. Como todo el mundo puede votar libremente según su propio criterio, el valor relativo de cada proyecto está sujeto a una evaluación colectiva y continua. En palabras de Kosti, si la imprevisibilidad es el precio a pagar por la autonomía de la plantilla, se trata de una cantidad minúscula.

—Pero, cuando llega el momento de contratar a alguien, ¿tampoco hay ninguna jerarquía? —preguntó Costa—. ¿Es que no hay tareas de poca importancia que nadie *quiere* realizar?

—No, no hay ninguna jerarquía, en ningún nivel, ni siquiera en los procesos de selección o cuando hay que asignar todas esas tareas de mierda —respondió.

Kosti explicó que el personal se contrata de manera informal, sin la necesidad de ningún departamento de Recursos Humanos. Si, por ejemplo, Juan y David necesitan incorporar a un diseñador gráfico a su equipo, pero no pueden encontrar a uno dentro de la empresa, publican un aviso en la intranet donde se presentan como el Comité de Selección, e invitan a los demás a unirse si así lo desean. Una vez formado, ese comité improvisado cuelga un anuncio en la web pública de la empresa para solicitar candidatos. Acto seguido, el comité confecciona la lista de seleccionados y realiza las entrevistas, a las que puede asistir cualquier miembro de la plantilla, ya sea por videoconferencia, a través de la intranet o en persona. Finalmente, Juan, David y el resto del equipo anuncian su veredicto, y cualquiera que lo desee puede votar a favor o en contra del candidato escogido.

Este mismo proceso se utiliza para cubrir cualquier puesto de trabajo, incluso las posiciones de contabilidad o administración de toda la vida. Se contrata a cada trabajador con la premisa de que, una vez dentro de la empresa, nadie puede obligarle a ser administrativo o contable. Kosti añadió que, de hecho, resulta bastante habitual que las personas contratadas para realizar esas tareas acaben ampliando sus horizontes y asuman roles más creativos, de un modo que las jerarquías no permitirían jamás. No obstante, y quizá por un cierto sentido del deber moral, suelen desempeñar las tareas para las que fueron contratadas en un primer momento durante largos periodos de tiempo.

—Pero ¿qué pasa con el sueldo? —Costa estaba impresionado, pero aún demostraba su incredulidad—. ¡Tiene que haber alguien que decida quién

cobra cuánto!

—No, tampoco hay ninguna jerarquía involucrada en el proceso de asignar las nóminas —fue la respuesta de Kosti.

Los ingresos de cualquier empresa se dividen en cinco partes. La primera, el 5 por ciento de todos los ingresos para ser exactos, se la queda el gobierno. El 95 por ciento restante se divide en cuatro partidas: una primera cantidad para cubrir los gastos fijos de la empresa (como el material, licencias, alquiler, consumos y pago de intereses); la segunda parte se destina a investigación y desarrollo (I + D); la tercera tajada se utiliza para pagar el sueldo base a los trabajadores, y, por último, el dinero restante se destina a primas y bonos.

El tamaño relativo de esas cuatro partidas se decide de manera colectiva a partir del principio «una persona, un voto». Si alguien quiere proponer un cambio en la distribución actual de las partidas, tiene que presentar en público su nueva fórmula. Por ejemplo, si hay personas que quieren aumentar la cantidad destinada al sueldo base, tienen la obligación de explicar en qué partidas van a aplicar la necesaria reducción. Si solo se presenta una única propuesta alternativa para la distribución del próximo ejercicio, basta con convocar un sencillo referéndum con dos opciones. Pero, por regla general, siempre se presentan varios planes de negocio contrapuestos, cada uno de ellos acompañado de su enmarañada lógica. En este caso se utiliza un sistema de votación más complejo.

Antes de votar, el personal tiene al menos un mes de plazo para estudiar las propuestas, debatirlas en público y forjarse su propia opinión. A continuación, las distintas propuestas se clasifican por orden de preferencia mediante un sistema de voto electrónico. Si entre las propuestas que aparecen más veces como primera opción no hay ninguna que tenga la mayoría absoluta, se lleva a cabo un proceso de eliminación. El plan que aparece menos veces en primera posición se elimina, y todos sus votos se redistribuyen entre las segundas opciones de los votantes. Este sencillo proceso algorítmico se va repitiendo hasta que uno de los planes obtiene más de la mitad de los votos.

Tras determinar el dinero que la empresa asignará a las distintas partidas, la suma reservada a pagar las nóminas se divide de forma equitativa entre todo el personal: desde el personal administrativo recién contratado a los diseñadores o ingenieros estrella de la plantilla.

Costa apreciaba la simplicidad del sistema, pero no acababa de entender cómo podía distribuirse de forma democrática la última partida del

presupuesto, la destinada a primas y bonos.

—Y las decisiones relativas a la cantidad que cobra cada trabajador en concepto de primas ¿no requieren la existencia de una jerarquía? —insistía.

—¿Te acuerdas del Festival de Eurovisión? —preguntó Kosti.

Costa recordaba muy bien aquella espantosa celebración del mal gusto.

—Entonces quizá también recuerdes el sistema de votación que se utilizaba después de todas aquellas horribles actuaciones: todos los países participantes tenían un número concreto de puntos que debían asignar a las canciones del resto; pero nunca a la propia canción. La canción que obtenía más puntos era la ganadora. Básicamente, usamos el mismo sistema de puntuación para determinar las primas de cada miembro de la empresa —aclaró Kosti.

Cada año, antes de las vacaciones de Navidad, Kosti recibe cien puntos de mérito que debe repartir entre sus compañeros. Puede asignar sus cien puntos a una sola persona, quizá porque considera que ha hecho un trabajo tan único como excepcional, o puede repartirlos en partes más pequeñas entre los compañeros que han realizado otras contribuciones que destacan por encima de la media. Simultáneamente, todos sus compañeros pasan por el mismo proceso, por lo que cada miembro de la plantilla recibe un porcentaje del total de puntos, y esa es la cifra que determina la cantidad que recibirá del fondo destinado a primas y bonos. Si, por ejemplo, Kosti recibe el 3 por ciento del total de puntos, su prima equivaldrá al 3 por ciento del fondo asignado a pagar los bonos de la empresa, cuya cantidad ya se había determinado previamente utilizando el algoritmo de votos preferentes.

Es posible que, por sus orígenes mediterráneos, la primera preocupación de Costa fuera que el sistema sufriera todo tipo de abusos.

—Si se tratara de una empresa griega o italiana —confiaría a Eva unas semanas más tarde—, no tengo ninguna duda de que la mayoría de la gente buscaría acuerdos de reciprocidad con sus amigos y aliados: «Te doy mis cien puntos si tú me devuelves el favor».

Pero cuando planteó la cuestión a Kosti, recibió una respuesta muy interesante.

Kosti le explicó que, en realidad, sus compañeros de trabajo ni siquiera contemplaban esa posibilidad. De hecho, para mantener la vigencia de tan valiosa norma social, confían en una obra de arte de una naturaleza muy particular. En una habitación enorme, iluminada en penumbra, junto a otras obras de arte que han donado amigos y empleados, hay una instalación compuesta de rayos láser que se mantiene permanentemente conectada

durante los doce meses siguientes a la asignación de las primas. El sistema proyecta un holograma donde todos los miembros de la empresa aparecen representados como un avatar de su propia elección. Si alguien tiene dificultades para asociar un avatar con la persona real, puede utilizar una interfaz muy sencilla para identificarla y localizarla. Entre los distintos avatares aparecen una serie de flechas de grosores diferentes, que representan el flujo de puntos que los trabajadores se han asignado, mientras que el grosor de esas flechas es directamente proporcional al número de votos otorgados. De este modo, cualquier reciprocidad sospechosa salta a la vista de inmediato: si la flecha más grande que sale del avatar de David va en dirección al de Juan, y del avatar de Juan sale otra flecha de igual tamaño justo en la dirección opuesta, David y Juan van a tener que esforzarse mucho en la sala de descanso para explicar a sus colegas esta notable coincidencia de afectos mutuos.

Costa estaba fascinado. La empresa que Kosti describía no solo había eliminado los jefes y las jerarquías, sino que también había extirpado una de las injusticias básicas del capitalismo: que los propietarios de las empresas controlan sus beneficios, mientras que las personas que trabajan en ella solo reciben un salario. Ante esa visión, Costa cayó en la cuenta de que le hubiera encantado trabajar en una empresa como aquella.

Una persona, una acción, un voto

«No podemos ser libres si uno de nosotros está encadenado». Costa se sorprendió a sí mismo tarareando aquel viejo clásico del *rhythm'n'blues*, que nos recuerda que la libertad individual es imposible si no se erradica la esclavitud en todas y cada una de sus formas. Y él sabía muy bien que la peor forma de esclavitud es aquella que consentimos por la falta de una alternativa viable.

Un verano, a principios de los años noventa, Costa estaba de vacaciones en Tailandia cuando se enteró de que se había producido un incendio en una fábrica de pantalones vaqueros que había en las proximidades, y donde habían muerto calcinados la práctica totalidad de los empleados del turno de noche. La razón por la que había muerto tanta gente era que, para ahorrar dinero en seguridad, los directivos habían cerrado las puertas del edificio mientras los trabajadores que había en el interior seguían con sus tareas. Para mayor

consternación, Costa descubrió que todos los trabajadores habían firmado un documento en el que daban su consentimiento a aquella práctica.

Aquel grave incidente reforzó en Costa la creencia de que el trabajo asalariado era una forma de esclavitud. Del mismo modo en que resulta intolerable que una persona posea a otra en propiedad, sin que importe lo más mínimo la generosidad con la que el dueño trata al esclavo, un contrato salarial injusto y mezquino también resulta inadmisibile, independientemente del sueldo y de las condiciones de trabajo. Como no podía imaginar el sistema para liberar a las masas del sistema de salarios, Costa centró todos sus esfuerzos en liberarse a sí mismo; en convertirse en su propio jefe. El precio que había pagado por su liberación, que obtuvo vendiendo en corto acciones y derivados durante las crisis bursátiles de 2001 y 2008, fue una gran mancha en un rincón de su propia alma. Como se sentía un impostor, nunca abrió la boca sobre lo que había hecho. Pero en los muchos momentos en los que se sorprendía tarareando su propia versión de la canción —«no podemos ser libres si uno de nosotros es un asalariado»—, su conciencia culpable se manifestaba con una punzada.

Y aun así ¿qué iba a decirle a alguien como Eva, que no tardaría ni un segundo en señalar la imposibilidad de dirigir una sociedad industrial avanzada sin un sistema de trabajo asalariado? Se echaría a reír si defendiera su eliminación como la vía para abolir los salarios injustos. Lo único que Eva consideraba injusto era prohibir a dos adultos negociar entre sí en los términos que consideraran oportunos. Restringir esa libertad era tan injusto como estúpido, ya que destruía el impulso emprendedor que nos libera a todos de la pobreza y la necesidad.

A pesar de que aún no había podido ordenar todas aquellas ideas en su cabeza, la descripción que había hecho Kosti de la vida empresarial en la *Otra Realidad* cambió por completo el mundo de Costa. Ahora sí era capaz de imaginar una empresa tecnológica moderna donde todo el mundo compartiera sus ingresos netos, en proporción, sin embargo, con la opinión predominante sobre la aportación de cada uno, sin distinciones entre quienes recogen los beneficios y quienes reciben un salario como remuneración.

La eliminación de los jefes y las jerarquías no resultaba menos trascendental. Cuando era un adolescente a mediados de los años setenta, Costa tenía un amigo en el colegio, Gregory, que se declaraba anarquista. Mientras la mayoría de los adolescentes, sobre todo en Creta, se sentían atraídos por la izquierda y su retórica anticapitalista, Gregory la rechazaba. Gregory estaba obsesionado, en cambio, con el movimiento anarcosindicalista

de principios del siglo xx, en especial con la variedad surgida en Cataluña hacia 1910. El principio básico del movimiento era que el poder es el peor enemigo de la civilización, sobre todo cuando se canaliza a través de jerarquías, que solo sacan lo peor de todos nosotros. Como los radicales de izquierda, los anarcosindicalistas se oponían a la propiedad privada y a la nociva división de los ingresos entre sueldos para los subordinados y beneficios para los dueños. Pero los anarcosindicalistas fueron un poco más lejos, y también se oponían a la mera existencia del Estado, al que consideraban el principal defensor de la propiedad privada y las jerarquías empresariales.

Para evitar la tiranía del poder, los anarcosindicalistas que habían moldeado el pensamiento de Gregory se encomendaban a la sustitución de las jerarquías empresariales por sistemas descentralizados que se basaban en la igualdad de derechos y el principio «una persona, un voto». Por supuesto, el movimiento descarriló por la animadversión tanto de la clase dirigente como de la izquierda comunista, pero también por culpa de las primitivas tecnologías de la época, que obstaculizaban la puesta en práctica de su ideario. Pero los principios que Gregory compartió con Costa causaron en él una honda impresión.

—Además del capital —Gregory advirtió a Costa—, debemos tener cuidado con el poder.

La influencia que ejerció aquella idea sobre Costa no dejaría de aumentar con el paso del tiempo.

A mediados de los años ochenta, en plena búsqueda de alternativas al capitalismo, Costa había analizado al detalle el modelo soviético de gestión empresarial y planificación económica. Le causó una indudable indiferencia. En teoría, la titularidad de las empresas soviéticas era colectiva, y en apariencia todos sus empleados compartían los ingresos netos. Y, a pesar de todo lo anterior, estaban dirigidas por jerarquías tan despiadadas a la hora de imponer sus propias relaciones de poder como cualquier sistema que Henry Ford o Jeff Bezos hubieran podido inventar.

Si Costa había aprendido algo de su experiencia en el mundo corporativo, era que el poder pervierte y que las jerarquías solo sirven para reproducirse, engendrando aún más poder corruptor. De hecho, llegó a la conclusión de que la titularidad formal de una empresa es de menor importancia que la forma en que el poder se estructura y se reproduce en su seno. Aunque la ausencia del derecho a la propiedad privada frenaba la capacidad de enriquecimiento de los jefes soviéticos, no limitaba el poder dictatorial de sus jerarquías sobre los

trabajadores y, en muchos casos, también sobre los consumidores y las comunidades locales. Así, cuando en 1991 el sistema comunista se vino abajo, Costa sintió una cierta aflicción por la desaparición de la única alternativa al capitalismo, aunque su caída no le sorprendiera lo más mínimo. Las advertencias de Gregory le habían permitido anticipar que las jerarquías de la Unión Soviética convertirían su colectivismo despótico en un sistema de feudalismo industrial.

En uno de sus mensajes, Kosti preguntó a Costa si aún seguía en contacto con Gregory.

—Merece saber que en algún lugar del universo hay una nueva realidad empresarial que ha adoptado muchas de sus ideas —dijo Kosti.

¡Cuánto le hubiera gustado a Costa transmitir a Gregory las excelentes noticias que llegaban de la *Otra Realidad!* Pero la verdad es que ninguno de los dos fue capaz de localizarlo. Pero cuando trataba de imaginar la réplica de Gregory, Costa se percató de que carecía de respuestas para muchas de las preguntas más difíciles que le habría planteado. ¿Qué clase de estructura sobre la propiedad sostenía el sistema empresarial de toma de decisiones, basado en «una persona, un voto»? ¿Quién —si es que había un quién— poseía en realidad el capital de la empresa, y no solo sus reservas financieras, sino también su reputación, o sea, la capacidad de su marca para provocar una reacción en la cabeza o el corazón del público? ¿Qué pasaba cuando la gente se llevaba mal o quería irse?

Las breves pero sorprendentes respuestas de Kosti no dejaban de llegar. Nadie podía poseer acciones de la empresa si no trabajaba en ella, lo que solo ocurría tras superar una entrevista y una votación posterior de toda la plantilla para dar el visto bueno a la nueva incorporación. Quienes eran admitidos recibían una acción, ni más ni menos. El hecho de que algunos empleados estuvieran mejor considerados que otros y cobraran más, gracias a unas primas más elevadas, no se traducían en un mayor número de votos. Esos trabajadores, seguramente, tenían más influencia en los debates previos a cualquier votación, como ocurre con los diputados más brillantes de un parlamento, pero la ley «una persona, un voto» era fundamental.

Poco a poco, Costa se fue dando cuenta de que, cuando esa estructura empresarial se extendiera por la economía, mejorando y sustituyendo los modelos preexistentes, las bolsas mundiales desaparecerían. Kosti le confirmó que, efectivamente, a principios de la década de 2020 las bolsas cayeron en la irrelevancia económica, a imagen y semejanza de los mercados de criptodivisas o de intercambio de sellos: presentes, pero intrascendentes. En

lugar de las acciones líquidas y negociables de *Nuestra Realidad*, que otorgan a sus propietarios un derecho sobre los beneficios futuros que otros producen, en la *Otra Realidad* las acciones eran como una franquicia: el derecho personal, automático e intransferible de participar en igualdad de condiciones en los procesos de decisión de la empresa en la que uno trabaja.

Las implicaciones eran trascendentales: por primera vez desde la irrupción del capitalismo, las esferas política y económica volvían a reintegrarse. Antes del capitalismo, el poder político y el económico eran indistinguibles. Los príncipes eran ricos, y solo los ricos eran príncipes. El poder político se traducía de manera automática en poder para extraer la riqueza de los demás, ya fuera mediante coacción o conquista. Y el poder de coaccionar se traducía en títulos, castillos, cetros y tiaras. El capitalismo cambió todo aquello. Con la creación de las rutas de comercio internacionales también se produjo la ascensión de una nueva clase de mercaderes: un grupo poderoso económicamente, a pesar de su falta de influencia política y de su modesta posición social. Por primera vez, el poder económico se separaba de la autoridad política. El divorcio culminó cuando aquellos mercaderes se convirtieron en los principales propietarios de la industria y, finalmente, en los amos del sector financiero y tecnológico en todo el mundo. Iris había inculcado a Costa aquellas ideas durante largos y frecuentes debates.

En aquel contexto, «una persona, una acción, un voto» era un concepto verdaderamente revolucionario; un paso decisivo para reintegrar las esferas económica y política. En *Nuestra Realidad* estamos acostumbrados a ejercer el poder en unas elecciones según el principio «una persona, un voto», pero en las asambleas generales de accionistas una persona tiene tantos votos como acciones en su haber. Cuanto más rico seas, más acciones podrás comprar, y más votos podrás emitir para defender tus propios intereses. En términos generales, esta práctica conduce a estrategias empresariales que maximizan los dividendos de las personas o instituciones que acaparan un mayor número de acciones, lo que suele dar como resultado unos beneficios a corto plazo para ese grupo a expensas de los intereses a largo plazo de toda la sociedad; y, en ocasiones, incluso de la propia empresa. Y, así, la minoría que ya posee un gran número de acciones tiene la posibilidad de acumular aún más, lo cual le concede el poder de acaparar todavía más... y así indefinidamente.

En cambio, Kosti y sus compañeros de trabajo solo pueden tener una acción, lo que les otorga un único voto —y solo uno— en las asambleas abiertas donde se deciden todos los asuntos empresariales de importancia estratégica, desde las cuestiones relativas a la gestión y la planificación hasta

el reparto de los beneficios netos. Este proceso no solo garantiza una reducción drástica de la desigualdad salarial; el reparto equitativo del poder fomenta la toma de decisiones que favorecen al colectivo, así como los intereses a largo plazo, en vez del beneficio individual a corto plazo. Y como el consumo en el mercado es también una forma de votación —cuando decidimos comprar una marca de yogur y no otra, entregamos una parte de nuestro poder económico al fabricante en detrimento de su competencia—, la menor desigualdad salarial de la *Otra Realidad* promete una mayor equidad a la hora de determinar los productos a los que la sociedad dedica sus limitados recursos.

Para Costa, las ventajas de este sistema eran muy evidentes, pero lo que no estaba tan claro era la forma en que cualquier persona podía reunir los recursos necesarios para arrancar una empresa desde cero. Costa estaba acostumbrado a un mundo donde la bolsa era capaz de financiar una empresa emergente y, por supuesto, hacer asquerosamente ricos a sus propietarios, muchos años antes de que la empresa obtuviera un solo céntimo de beneficio.

—Sin la bolsa —preguntó Costa a Kosti—, ¿cómo se forma y se acumula el capital?

Acumulación: desigualdad democratizada

La respuesta de Kosti fue la siguiente. El Banco Central concede a todos los residentes una cuenta corriente. Recibe el nombre de «Capital Personal», abreviado «PerCap». El PerCap de cada persona incluye tres fondos distintos que están protegidos y separados por unos muros infranqueables: Acumulación, Patrimonio y Dividendo.

Los ingresos que Kosti obtiene de su actividad profesional —o sea, el sueldo base y las primas— se abonan en el fondo Acumulación de su PerCap. Por lo tanto, las personas que trabajan en las mejores empresas tendrán un saldo más alto en su fondo Acumulación, igual que aquellas que reciben unas primas más elevadas. En este sentido, de los tres fondos que componen el PerCap, el de Acumulación sería el menos innovador, así como la esfera donde la desigualdad se manifiesta con total libertad.

—Pero ten en cuenta que estamos hablando de una desigualdad completamente democrática —Kosti acertó en señalar—, en el sentido de que las personas que reciben unas primas más elevadas no las obtienen por el poder que han ido acumulando, sino porque sus compañeros de trabajo han

utilizado el sistema «una acción, un voto» para darles ese dinero por los méritos que han percibido.

Patrimonio: un fondo fiduciario para cada niño

Todos los bebés nacen desnudos. Poco después, sin embargo, unos pocos visten caros ropajes y emprenden el camino hacia una vida privilegiada, mientras que la mayoría llevan harapos y tienen que hacer milagros para huir de una vida de agotamiento, explotación, servidumbre y miedo. Ese es el tipo de desigualdad que define *Nuestra Realidad*, desde la cuna hasta el lecho de muerte.

No ocurre así en la *Otra Realidad*. Allí, en cuanto un niño nace, el Estado crea en el Banco Central su fondo patrimonial PerCap e ingresa en su cuenta una suma considerable de dinero, idéntica para cualquier recién nacido. Los bebés aún nacen desnudos, pero todos vienen al mundo con un fajo de billetes que la sociedad les proporciona.

Todo esto significa que cuando alcanzan la mayoría de edad y están preparados para empezar a trabajar en una empresa, o para crear la suya propia, en solitario o en compañía de terceros, todos los jóvenes tienen un capital que pueden utilizar. Para protegerles de la tentación de gastárselo de manera imprudente, el fondo Patrimonio es el que tiene menos liquidez de los tres que componen el PerCap, ya que incluye una serie de restricciones que deben eliminarse antes de que cualquier menor de sesenta y cinco años pueda utilizarlo.

Por supuesto, hay algunos niños que nacen en familias privilegiadas, como en *Nuestra Realidad*. Sin embargo, en la *Otra Realidad* nadie nace bajo esa horrible libertad que Costa conoció por primera vez cuando era niño, mientras leía la inscripción grabada en la tumba de su escritor favorito, Nikos Kazantzakis: «NO ESPERO NADA. NO TEMO A NADA. SOY LIBRE».

—Pero ¿qué ocurre con los niños pobres hasta que tienen la edad necesaria para acceder a su Patrimonio? —preguntó Costa.

Dividendo: el derecho universal a los beneficios del capital social

Kosti aclaró que es aquí donde entra en juego el tercer fondo del PerCap: el Dividendo. El Banco Central deposita en este fondo una suma mensual, cuyo tamaño depende de la edad de cada persona. En gran medida, el dividendo se financia con los ingresos empresariales que recibe el Estado. En efecto, el Estado grava con impuestos todas las empresas, que normalmente equivalen al 5 por ciento de sus ingresos brutos, para poder ofrecer una renta social a todos los ciudadanos. En combinación con el fondo Patrimonio, que todo el mundo recibe al nacer, el Dividendo garantiza la erradicación de la pobreza a medida que el bebé vaya creciendo y se convierta en niño, joven y adulto.

El objetivo de los pagos mensuales es liberar a la gente del miedo a la pobreza, pero también de la degradante y cruel evaluación de los recursos económicos personales que efectúa el Estado del bienestar. Proporciona a quienes no están interesados en el mundo corporativo los ingresos suficientes para poder ofrecer una incalculable contribución a la sociedad que ningún mercado puede valorar de la forma adecuada; por ejemplo, en el sector de los cuidados personales, la conservación del medio ambiente o el arte no comercial.

—Incluso para ejercer su derecho a la vagancia —añadió Kosti provocativo.

De todas las ventajas del Dividendo, Kosti quiso ensalzar una en particular: libera a los pobres de la denominada «red de seguridad» que, en realidad, los acaba atrapando en la miseria permanente. En vez de actuar como una red que no los deja escapar, el Dividendo se comporta como una sólida base que sustenta a los más pobres y desafortunados, lo cual les brinda la oportunidad de aspirar a algo mejor. Ofrece a los jóvenes la libertad para experimentar con carreras diferentes y estudiar materias no lucrativas, desde cerámica sumeria a astrofísica. Sin necesidad de nada más, imposibilita la clase de explotación que en *Nuestra Realidad* damos por sentada en la denominada «economía de bolos», con su archipiélago de contratos de cero horas^[10].

Costa estaba al corriente de las distintas propuestas planteadas para instaurar una renta básica universal, muchas de las cuales circulaban desde los años setenta del siglo pasado. No le gustaban demasiado. Como muchas personas de izquierdas, consideraba que el derecho a la vagancia era un concepto esencialmente burgués. Pero su mayor recelo, como a continuación describió a Kosti, era que la idea de utilizar los impuestos de los proletarios, que se rompen la espalda trabajando, para regalarle el dinero a un zángano,

que se pasa el día holgazaneando frente al televisor, solo podía llevar a la división y la fractura social.

—Es antitético al concepto de solidaridad de la clase trabajadora —dijo.

—Pero olvidas que aquí nadie paga impuestos sobre el consumo o sobre la renta —respondió Kosti—. El dividendo es una remuneración que *vuelve* a cada ciudadano en concepto de su *propiedad* parcial sobre el capital de toda la sociedad.

Costa admitió que no había pensado en este detalle. De hecho, su opinión sobre el Dividendo mejoró de manera espectacular cuando Kosti señaló que en la *Otra Realidad* solo se aplicaban dos impuestos: el impuesto de sociedades —a las empresas— y el impuesto sobre el suelo. Nada de impuesto sobre la renta. Nada de impuestos al consumo o al valor añadido (IVA). Nadie pagaba ni un céntimo de su sueldo al Estado, ni tampoco en el momento de comprar algo, ya fuera un bien o un servicio. A Costa le resultaba tan difícil comprender este punto como a Eva le costaría más adelante aceptar una sociedad sin mercados de valores. Pero cuando asimiló la idea, comprendió que el Dividendo tenía sentido, y de un modo muy distinto al que proponía la renta básica universal en las décadas de 1970 y 1980. La clave era que el dividendo no se financiaba con los impuestos; era, en realidad, un verdadero dividendo que la gente recibía por su condición de copropietaria del capital social que producía de forma colectiva; incluso si no dedicaba su tiempo a hacer aquello que todos entendemos como «trabajar».

La riqueza es como un lenguaje

Una de las observaciones más sorprendentes de Ludwig Wittgenstein es que la existencia de un lenguaje privado resulta imposible. Por definición, el lenguaje solo puede generarse de manera colectiva. A Iris le encantaba señalar que lo mismo puede decirse de la riqueza. En contradicción directa con ese mito que tanto han fomentado los rentistas y los capitalistas, y que defiende que los individuos producen la riqueza para que más adelante sea el Estado quien la colectivice a través de los impuestos, Iris sostenía que la riqueza, como el lenguaje, solo puede producirse de forma colectiva. Únicamente entonces se privatiza por parte de aquellos que disponen del poder para hacerlo.

Para ilustrar su punto de vista, Iris señalaba que las formas premodernas del capital, como las tierras de labranza y las semillas, se desarrollaban

colectivamente durante generaciones gracias al trabajo del campesinado antes de que los terratenientes se apropiaran de todo. Hoy en día, todos los dispositivos de Apple, Samsung, Google o Microsoft dependen de una infraestructura y unos componentes que solo han podido desarrollarse gracias a las ayudas económicas del Estado, o que solamente han podido hacerse realidad gracias a la inspiración que proporciona el patrimonio ideológico de la sociedad, y que ha ido creciendo del mismo modo que el cancionero o el romancero popular: en comunidad. Aunque las grandes tecnológicas se han apropiado con avidez de todo este capital social —y se han llenado los bolsillos en el proceso—, nunca han pagado ningún dividendo al resto de la sociedad. Y la cosa no termina aquí. Cada vez que buscamos algo en Google, navegamos usando una *app* o publicamos una foto en Facebook o Instagram, contribuimos al capital social de esas grandes corporaciones con nuestros datos. ¿Adivinas quién está recogiendo todos los dividendos?

Costa siempre había creído que la solución al problema pasaba por aumentar los impuestos sobre los beneficios a las tecnológicas o, en sus momentos más radicales, por nacionalizar Google y a todos los de su misma ralea. Ahora empezaba a pensar que el Dividendo que Kosti describía era un sistema mucho más efectivo que los impuestos o las nacionalizaciones: que todo el mundo tuviera el derecho a participar en los beneficios del capital social solo reflejaba la inversión colectiva de la que depende el capital empresarial. Y como es imposible calcular el capital exacto que una empresa debe a la sociedad, la única forma de decidir qué porcentaje de sus ingresos debería devolver a la ciudadanía es por medio de una decisión democrática; en concreto, el requisito legal de que una parte de los ingresos de una empresa (el 5 por ciento en el caso de Kosti) deban enviarse automáticamente al Banco Central, desde donde se transfieren de nuevo para financiar, en parte, el Patrimonio de los niños y el Dividendo de los adultos. Igual que Kosti y sus compañeros de trabajo comparten una misma tajada de los ingresos de la empresa con su sueldo básico, la sociedad también comparte un porcentaje del rendimiento del capital de las empresas con su renta básica.

«¡Qué idea tan maravillosa!», era lo que pensaba Costa, que a estas alturas había dejado atrás su instintivo escepticismo. Y, sin embargo, aún había preguntas pendientes. Sin la existencia del capital inversor que proporcionan las acciones y la bolsa, ¿cómo podían crearse empresas como la de Kosti? ¿Y qué ocurre si Kosti acaba discutiendo con sus compañeros o desea irse a otra parte? ¿Se iría con las manos vacías?

Préstamos básicos y sencillos

Las empresas necesitan recursos y personal. Costa no veía demasiadas diferencias entre el sistema de contratación de la *Otra Realidad* y los métodos que ya conocía, a pesar de la naturaleza espontánea y democrática del proceso de selección. Pero en lo referente a la asignación de recursos la diferencia era verdaderamente radical.

Antes de que su fortuna privada le liberara del mercado laboral, todas las ofertas de trabajo que Costa había recibido incluían una apenas velada exhortación a demostrar su confianza en la empresa mediante la compra de sus acciones. Más adelante, le ofrecieron opciones sobre acciones: el derecho legal, pero rescindible, de comprar acciones de la empresa en una fecha futura a un precio bajo y prefijado. Las opciones sobre acciones son un poderoso instrumento en *Nuestra Realidad*. Enriquecen a los que ya están metidos en el ajo, pero también actúan como un fabuloso dispositivo disciplinario: una jugosa zanahoria que te ofrecen como incentivo, pero que tu jefe puede eliminar con solo chasquear los dedos. En cambio, el mismo día de su contratación, Kosti recibió una única acción de la empresa a la que se incorporaba; gratis, sin compromisos, igual que un estudiante recibe su carné de la biblioteca o un nuevo empleado su pase de seguridad. A Kosti ni se le hubiera ocurrido la posibilidad de comprar unas cuantas acciones más de la empresa. De hecho, el éxito del sistema «una acción, una persona» radicaba en que la simple idea de comprar y vender acciones se había convertido en algo tan execrable como comerciar con votos o con niños.

Y, sin embargo, un mercado de valores permite que el ahorro —provenga de una cuenta bancaria personal o de un gran fondo de pensiones— pueda volver a ponerse en circulación como una inversión; el mecanismo crucial del que dependen las empresas de *Nuestra Realidad* para nacer y crecer. Entonces ¿cómo poner de nuevo en circulación los ahorros de la gente en ausencia de un mercado similar? ¿Cómo conseguían financiación las empresas? ¿Cómo se convertía el dinero ahorrado en una inversión real? ¿Cómo se cristalizaba la energía laboral del pasado en nueva maquinaria, en nuevos medios de producir cosas?

—A través de préstamos directos a las empresas, facilitados por las cuentas PerCap de cada persona —explicó Kosti.

Tras su contratación, Kosti recibió la noticia de que tenía la opción de transferir a la empresa una parte de sus fondos PerCap. De esta forma, aunque no puede comprar derechos de titularidad sobre ninguna empresa, sí tiene la

posibilidad, e incluso el incentivo, de prestarles dinero, en especial a la corporación para la que trabaja. El incentivo de conceder un préstamo a tu nueva comunidad profesional tiene una doble vertiente: una sensación de compromiso mutuo y, en un sentido más práctico, la idea de que, de otra forma, la empresa tendría que depender de préstamos concedidos por terceros, quizá con un recargo adicional que reflejara el mayor riesgo que perciben quienes son ajenos a la organización. Desde luego, los jóvenes que consiguen su primer trabajo no tienen ahorros en el fondo Acumulación de su PerCap, pero, si lo desean, pueden prestar a su nueva empresa una parte de su Patrimonio PerCap, en lo que sería su primer uso del fondo fiduciario que se les concedió al nacer.

No obstante, cualquier persona tiene la libertad de prestar dinero a una empresa que no sea la suya. Y eso es lo que Kosti había hecho. Durante varios años, había vivido del sueldo base de su empresa y del Dividendo mensual mientras ahorraba sus primas en el fondo Acumulación, del que después había sacado un dinero que entregó a crédito a otras empresas cuyos bienes y servicios a la comunidad, desde su punto de vista, merecían todo su apoyo, cobrando además un pequeño interés por el dinero que había prestado. En el caso de que se marchara a otra empresa, Kosti se llevaría su PerCap con él, que también podría utilizar para conceder otros préstamos a su nueva corporación. Un mercado libre para esos préstamos básicos, por lo tanto, permite que las empresas puedan acceder al PerCap de los ciudadanos y que, a cambio, los ahorradores puedan entrar en un mercado líquido que da un buen uso a sus ahorros PerCap.

En cuanto a lo que ocurre cuando un integrante de la plantilla deja la empresa, es muy sencillo: el empleado en cuestión hace caja y sigue su propio camino con la cantidad que tiene en su PerCap personal. Los despidos son, por supuesto, más dolorosos. Igual que cualquier persona de la empresa puede invitar a otras para formar un comité de selección y contratar a más personal, los trabajadores también tienen la posibilidad de formar un comité de investigación para decidir si ha llegado el momento de desprenderse de un compañero que rinde por debajo de lo esperado o que muestra un comportamiento inaceptable. Después de que el comité haya escuchado a todas las partes y completado su deliberación, que se efectúa en público ante cualquier miembro de la plantilla que quiera observar un proceso tan angustioso, una votación final de todo el personal resuelve la cuestión.

La cuenta PerCap que tiene todo el mundo desde el día de su nacimiento simplifica mucho las cosas. Tanto al llegar a una empresa como al

abandonarla, te sigue allá donde vayas. Tanto si Kosti deja la empresa de manera voluntaria como si le despiden, no existe ningún imperativo legal por el que haya que pagarle una compensación o indemnización por despido. Desde luego, si sus colegas así lo desean, pueden organizar una votación para transferirle una parte de sus ingresos, ya sea del sueldo base o de las primas, como regalo en reconocimiento de los servicios prestados a la empresa, o como un medio de suavizar el disgusto del despido. Si no es así, Kosti se iría solo con su PerCap.

En el espacio limitado que Kosti tenía para explicar las leyes que afectaban a las empresas en la *Otra Realidad*, quiso añadir dos detalles importantes. El primero guardaba relación con los trámites para disolver empresas o sociedades pequeñas. Cuando dos compañeros de trabajo ya no ven las cosas de la misma forma, la imposibilidad de ganar una votación por mayoría impide tomar una decisión sobre quién se queda y quién se va de la empresa. En estos casos, se activa la Cláusula de Desempate: cada uno escribe una cifra en un sobre cerrado, que debe representar el valor económico que asigna a su permanencia en la empresa. Cuando la cifra se hace pública, el máximo pujador se queda la empresa. Sin embargo, el precio de quedársela es que el ganador tendrá que prestar a la empresa una suma idéntica a la puja ganadora, que extraerá de su PerCap; y, al mismo tiempo, pagar un impuesto estatal proporcional a la oferta. Por el propio diseño de la Cláusula de Desempate, el socio que tiene en mejor consideración la capacidad de la empresa para amortizar su deuda y contribuir a la sociedad es quien se la queda.

El segundo detalle respondía a otra de las inquietudes de Costa: ¿cómo obligar a las empresas a tener en cuenta los intereses de aquellos que no trabajan directamente para ellas, o sea, los consumidores, las comunidades y el conjunto de la sociedad? En *Nuestra Realidad* (capitalista), los únicos intereses que los ejecutivos de cualquier empresa deben atender por imperativo legal son los de sus accionistas. El resto debemos vivir con la esperanza de que el Estado y sus administraciones no acaben *secuestrados* por las grandes empresas, sino que nos protegerán frente a ellas, al menos hasta cierto punto.

Sin embargo, durante los dos últimos siglos, el cártel de megaempresas y megabancos que dirige el mundo ha demostrado una gran habilidad a la hora de diluir, esquivar y, por último, burlar los marcos normativos diseñados para limitar su poder: desde la legislación bancaria a la protección de los trabajadores, pasando por los estándares medioambientales y el diálogo con

las comunidades locales. En opinión de Costa, el auge de las grandes tecnológicas había empeorado aún más una situación que ya era bastante mala, puesto que Facebook y todos los de su calaña habían convertido el abuso a sus usuarios en un deporte olímpico. ¡Lo que habría dado Costa por ser testigo de su castración!

Kosti le contó que, en la *Otra Realidad*, las empresas son, por naturaleza, mucho menos dominantes. La desaparición de la bolsa y la implantación de las estructuras de gestión horizontales habían conseguido que las empresas tuvieran un tamaño relativamente pequeño: lo más habitual era que las plantillas estuvieran compuestas por unos pocos cientos de personas. Sin embargo, Kosti quiso dejar claro que la opinión pública había exigido la creación de un mecanismo que garantizara la responsabilidad de las empresas ante la sociedad. De ahí la Ley de Responsabilidad Social de la *Otra Realidad*, que estipula que todas las empresas deben evaluarse a partir de un Índice de Utilidad Social por comités regionales escogidos aleatoriamente, conocidos como «Jurados Ciudadanos». Sin embargo, los miembros de esos jurados no se escogen entre el conjunto de la ciudadanía, sino entre los participantes de una comunidad digital formada por las partes interesadas, que se constituye siempre que se funda una nueva empresa, y a la que en cualquier momento pueden incorporarse sus usuarios, sus clientes y los municipios a los que la empresa sirve o afecta. La conducta, las actividades y los efectos sobre la comunidad de cada empresa están, en última instancia, supervisados por estos jurados, que puntúan periódicamente a las corporaciones usando un sistema estandarizado de clasificación social, desarrollado y perfeccionado paso a paso en distintos sectores y jurisdicciones. Una vez comprobadas y verificadas, estas clasificaciones se publican en la red, al alcance de cualquiera con solo tocar una pantalla.

La puntuación social que otorgan los jurados está diseñada para fomentar que las personas que trabajan en una empresa se preocupen de las que están fuera de ella. Si las puntuaciones de una empresa caen una y otra vez por debajo de un umbral determinado, se ordena una investigación oficial que puede tener como resultado el cese de su actividad, en cuyo caso puede procederse a su cierre o subasta pública, para que cualquier otro grupo que quiera tratar de hacerlo mejor tenga la oportunidad de intentarlo. Aunque esta situación se da en muy pocos casos, la mera existencia de esta espada de Damocles es el factor que ha puesto fin a las prácticas abusivas. Aunque, en realidad, las puntuaciones sociales que elaboran los Jurados Ciudadanos han marcado la diferencia a otro nivel, mucho más sutil.

Por la propia naturaleza humana, nos regocijamos en la gloria, o nos escondemos por vergüenza, de las organizaciones de las que formamos —o formábamos— parte. Eva, por ejemplo, se sentía estigmatizada por su pasado en Lehman, que consumió la mayor parte del capital social que había ganado en Stanford. En el mismo instante en que las acciones de Lehman se desplomaron, dejó de ser la dueña del universo y se transformó en una paria. Asimismo, la tendencia a cuantificar y clasificar a los demás recurriendo a las cifras también resulta muy humana, por más desagradable y molesta que sea. Pero, mientras en *Nuestra Realidad* se utiliza un único número, a pesar de que fluctúa sin cesar, para llevar a cabo ese proceso —el precio de la acción de una empresa—, en la *Otra Realidad* no existe esa referencia, y, por lo tanto, las puntuaciones de los Jurados Ciudadanos llenan el vacío.

Kosti explicó que la clasificación social de su empresa acabó influyendo en él mismo. En el ámbito laboral, la gente suele comprobar la puntuación de las empresas de los demás antes de forjar una colaboración o iniciar una negociación para llegar a un acuerdo. Al final, es inevitable que estas clasificaciones sociales acaben llegando al ámbito personal y se utilicen de un modo más informal, igual que buscamos en la red las opiniones de otros usuarios sobre un producto o una película.

Quizá sea aún más importante que, si Kosti quiere pasar página y buscar trabajo en otra parte, quienes se interesen por su candidatura no solo van a escrutar su currículum personal, sino también la clasificación social de su antigua empresa. Evidentemente, la primera parada obligatoria siempre será el historial personal de Kosti, que se refleja en el histórico de las votaciones de sus compañeros; o sea, los puntos de mérito que ha recibido a lo largo de los años cuando llegaba el momento de asignar las primas. No obstante, los comités de selección también escrutarán la evaluación colectiva y otros indicadores de su empresa que reflejen su relación con el conjunto de la comunidad; igual que los estudiantes de *Nuestra Realidad* se fijan en la tabla de puntuaciones de una universidad cuando piensan en matricularse en una carrera en particular.

Costa podía ver el atractivo del sistema. Pero también debía hacer un pequeño esfuerzo para esquivar una cierta sensación de repugnancia. Tenía la sensación de que convertir a las personas en números era algo horrible. La forma más segura de acabar con la calidad es convertirla en una cantidad. ¿No era eso lo que el capitalismo nos había hecho a todos? ¿Reducir cualquier valor a un precio, todo intercambio a una transacción, cada obra de una belleza incalculable a un objeto de deseo cuantificable? Aun así, y a pesar de

su idealismo, Costa también admitía que una economía democrática, a gran escala y tecnológicamente avanzada, no podía gestionarse como una comuna. Necesita números. La cuantificación es inevitable.

—Si al final nos van a reducir a números, será mejor que diseñemos un sistema en el que esos números se determinen de manera democrática —opinó.

—La arbitrariedad es el gran aliado contra la tiranía —respondió Kosti—. Si los jurados que determinan todos esos números se escogieran siguiendo un proceso que no incluyera la selección aleatoria, podrían ser susceptibles a influencias externas y, en última instancia, al abuso y la tiranía. Incluso en el caso de que se escogieran en unas elecciones, por ejemplo, enseguida se crearía una nueva oligarquía. De hecho, hemos tomado prestada esta idea tan fabulosa de los antiguos atenienses. Por más sexistas e imperialistas que fueran esos antiguos atenienses, era bastante remarcable que casi todos los funcionarios públicos de la ciudad, entre los que se incluía a los jueces, se escogieran de manera arbitraria. Detestaban las elecciones... ¡y sabían de lo que hablaban!

Mientras reflexionaba sobre todo lo que Kosti había descrito, Costa miró por la ventana de su laboratorio. Vio a los habitantes de San Francisco de camino al trabajo y se dio cuenta de que todos llevaban la invisible rémora de un número colgando del cuello; un número que, para la gran mayoría, está impregnado de un sufrimiento que se traduce en incontables noches de insomnio por las facturas y las hipotecas impagadas. Un número que calculan, desde la más absoluta opacidad, las mismas personas que ayudaron a causar el *crack* de 2008, cuando dieron su sentida aprobación a las prácticas más horripilantes del sector bancario. Un número que amplía la brecha entre la riqueza y la pobreza privadas, y que refleja el poder de cada persona en una sociedad que ha abolido cualquier pretensión de instaurar una democracia económica. Un número repulsivo que refleja un sistema repulsivo. Aquel número era su puntuación crediticia.

—Si tenemos que llevar un número a cuentas —Costa tuvo que admitir—, la verdad es que también podría revelar nuestra puntuación social, no solo nuestra puntuación crediticia. Un número calculado con transparencia, y de manera colectiva, por una muestra aleatoria de tus propios conciudadanos; y no por los criados de los banqueros.

¡TATIANA está viva!

Cada pedacito de información que Costa recopilaba sobre la *Otra Realidad* le recordaba a Iris. ¿Qué pensaría ella de todo aquello? Trató de imaginarse las preguntas que plantearía a Kosti. Y temía su cólera si llegaba a descubrir que, hasta aquel momento, no había descubierto nada relacionado con el tratamiento que la *Otra Realidad* dispensaba a cuestiones como el patriarcado, el racismo, la política sexual, la democracia o el cambio climático. Se extrañó al pensar que Eva también podría formular buenas preguntas sobre otras cuestiones del mundo de Kosti, en particular sobre el grado de protección de las libertades personales.

Preso del entusiasmo, no se había puesto en contacto con Iris desde el 7 de abril, el mismo día que llevó a cabo la fatídica prueba con Cerbero. En cuanto a Eva, a pesar de que apenas se habían visto en los últimos años, Iris había conseguido que Costa no dejara de tenerla presente con sus frecuentes menciones a sus discusiones más destacadas. Ahora, cuando era él quien tenía la llave de la *Otra Realidad*, aquellas dos personas, cada una a su manera, se encontraban en una posición excepcional para ayudarlo a dar un sentido a todo aquel asunto. Había llegado el momento de tomarse un descanso, alejarse del HALPEVAM y agasajarlas con una visita.

Antes de viajar a Brighton, necesitaba poner a Iris sobre aviso. Con un mensaje enigmático que solo ella pudiera descifrar habría más que suficiente, sobre todo si prometía disipar uno de sus terrores más primarios: que, quizá, Thatcher podría haber tenido razón. Que, quizá, el capitalismo financiero era, con todos sus defectos, mejor que las alternativas disponibles. Que, quizá, ante la falta de alternativas comprensibles, nuestro presente mercantilizado era nuestra única opción viable.

En las asambleas de los años ochenta, Iris siempre despotricaba del famoso alegato de Thatcher «No hay alternativa». (*There Is No Alternative*), al que se refería como TINA, mientras se empeñaba en defender a TATIANA, su prima radical y enemiga mortal; una doctrina opuesta que afirmaba que sí, que sorprendentemente sí había UNA alternativa^[11]. Tras dos meses de correspondencia con Kosti, Costa envió a Iris el mensaje triunfal: «TINA era mentira. TATIANA está viva. Tengo las pruebas. Te veo la semana que viene».

Una semana después, partió en dirección a Brighton para explicárselo en persona.

4

Así murió el capitalismo

El fin de la banca

Costa no tenía ni idea de cómo podría convencer a Iris y Eva para que lo tomaran en serio. Convencerlas de que la *Otra Realidad* existía de verdad, y de que había encontrado la forma de comunicarse con el *Otro Costa*, parecía muy poco probable. Y, sin embargo, su mayor miedo era lo que ocurriría si tenía éxito en su empresa.

Estaba seguro de que Iris le reprendería por plantear a Kosti las preguntas erróneas. Y esperaba que Eva se lamentara de que sus preguntas no hubieran abordado la cuestión del dinero, el rol del gobierno y, sobre todo, el derecho de propiedad sobre el suelo y los recursos más escasos. Su estrategia de defensa consistía en pedirles que vieran aquellas primeras transcripciones como una especie de aperitivo, y que entendieran su visita como la oportunidad de proponer preguntas que después él mismo plantearía a Kosti.

Durante el vuelo de larga distancia a Gatwick y el posterior viaje en taxi a casa de Iris, el cerebro de Costa trabajaba a toda velocidad. Además de su preocupación por las impredecibles reacciones de Iris y Eva a sus inconcebibles noticias, había algo más que no dejaba de agobiarle. En su interior sabía que había pasado por alto algo importante, que había sido incapaz de comprender la verdadera relevancia de los mensajes de Kosti. Pero, poco después de tomar tierra, por fin tuvo la tremenda revelación: «¡Esos cabrones han eliminado los bancos!».

No cabía ninguna duda. Kosti había dicho que todo el mundo disponía, desde el día de su nacimiento, de una cuenta digital en el Banco Central del país: el PerCap. Cada PerCap incluía el Patrimonio, el capital que se heredaba del conjunto de la sociedad; el Dividendo, un depósito en el que el Estado ingresaba una cantidad mensual; y el fondo de Acumulación, una cuenta de ahorro donde se guardaba cualquier otra ganancia o remuneración. Partiendo

de la base de que la gente podía efectuar todos sus pagos a través de esta última cuenta: ¿por qué alguien necesitaría otra cuenta en un banco comercial? La banca comercial había perdido su única razón de ser.

Y lo mismo ocurría con los bancos de inversión. Costa no dejaba de sorprenderse de que hubiera tan poca gente que supiera lo que hacían en realidad. A pesar de su nombre, invertir es precisamente lo que no hacen: al menos no en talento, herramientas, paneles solares, hospitales o cualquier otra cosa que tenga un valor tangible. Los banqueros de inversión dedican su considerable talento y energía a sacarse de la chistera complejas transacciones compuestas de deuda y acciones. Primero, crean unas formas de deuda endiabladamente complejas, tal como Eva había hecho en Lehman. A continuación, venden esos presuntos instrumentos de deuda a los especuladores, como los grandes fondos privados de pensiones, que desean obtener un rendimiento de las contribuciones de sus empleados y apuestan a que esos instrumentos de deuda subirán de precio. Acto seguido, los banqueros de inversión prestan todo el dinero que han amasado con esos instrumentos a sus clientes, quienes a su vez lo utilizan para invertirlo a lo grande en acciones muy concretas, que de repente se disparan de precio. Cuanto más alto sea el precio que alcanzan esos valores seleccionados, los bancos encontrarán más clientes que quieran comprar unos paquetes de deuda y acciones cada vez más complejos. Los precios de la deuda y las acciones se refuerzan mutuamente formando un círculo cerrado, y de esta manera el mundo del dinero se desvincula del mundo real, donde la mayoría de la gente pasa dificultades, hasta que al final se llega a una situación en la que un puñado de superfondos son los propietarios de casi todo.

Pero si sacamos las acciones negociables de la ecuación, toda la estructura se evapora. Ahora Costa se daba cuenta de que el único sentido que todavía tenían los bancos de inversión era permitir que los ciudadanos prestaran su dinero a empresas como la de Kosti. Y aunque en la *Otra Realidad* existen esa clase de intermediarios, los préstamos básicos reducen su poder a prácticamente cero. Kosti, como cualquier otra persona, puede acceder al sistema de pagos digital del Banco Central y, por lo tanto, tiene la libertad de prestar dinero de manera sencilla y transparente a cualquiera que forme parte de esa misma red mediante una de las muchas *apps* que hacen el papel de intermediarios. Ya no queda margen para que ningún financiero actúe como el todopoderoso intercesor.

Costa siempre había pensado que el fraude más extraordinario del mundo, en *Nuestra Realidad*, era la forma en que los bancos y sus principales clientes

crean de la nada el poder que luego se reparten entre ellos. Primero, los banqueros garantizan a sus clientes más ricos unos créditos desproporcionados para comprar acciones. Por lo tanto, utilizan un dinero completamente ficticio para comprar trocitos de distintas empresas. Entonces, en vez de tratar esas acciones como inversiones, los clientes preferentes de los bancos no se dedican a perder el tiempo esperando a que las empresas obtengan beneficios y paguen un dividendo. Todo lo contrario: se limitan a vender sus acciones a un precio más elevado. ¿A quién? A otros inversores y financieros que también utilizan un dinero ficticio que proporciona otra entidad de crédito.

Mientras el chanchullo continúa, la negociación crece y los precios aumentan. Si, además, las empresas obtienen beneficios, los precios de las acciones suben aún más deprisa. Mientras los precios suben, los inversores recogen unos inmensos beneficios en dinero contante y sonante, y dejan que los banqueros se lleven una jugosa tajada. Y cuando la burbuja explota, y los créditos concedidos se convierten en agujeros negros en la contabilidad de las entidades financieras, los banqueros marcan el teléfono de su político favorito, cuya campaña han contribuido a sufragar, y, antes de que nadie se dé cuenta, sus pérdidas se transfieren a los contribuyentes... mientras muchos de ellos son desahuciados de sus casas por orden de esos mismos bancos después de ejecutar sus hipotecas. «No me extraña que nuestros banqueros se creen los amos del universo», pensó Costa. Desconectado casi por completo de los beneficios reales, el capitalismo se alimenta de un capital ficticio que emana de unas enrevesadas transacciones sobre unos beneficios que aún no se han materializado... ¡y que quizá nunca lo hagan!

—¿Quién necesita la mitología cuando la realidad es tan irreal? —Costa se había preguntado en el pasado, cuando debatía con Iris sobre esta cuestión.

—Todos la necesitamos. Nunca subestimes la necesidad humana de oír una mentira reconfortante.

Apenas podía discrepar y, aun así, le desconcertaba que la gente creyera de corazón que el capitalismo consistía en fabricar cosas o proveer un servicio para obtener un beneficio. Le parecía extraordinario que la mayoría de la gente sintiera una profunda animadversión por los especuladores y que al mismo tiempo pensara que eran un fenómeno periférico, una burbuja inofensiva en medio de un flujo constante de iniciativa emprendedora.

—¡Son incapaces de darse cuenta de que la verdad es precisamente todo lo contrario! —le había dicho a Iris—. Que la iniciativa emprendedora se convirtió hace mucho tiempo en una burbuja en mitad de un remolino de

especulación. Que, en realidad, los trabajadores, inventores y ejecutivos son como unas maderas a la deriva que van dando tumbos de aquí para allá en un frenético torrente financiero que está fuera de control. De la gente que conozco, nadie lo ha comprendido aún: el poder real no emana de fabricar cosas reales, sino de este estrambótico flujo.

Mientras pasaba el control de pasaportes de Gatwick, el significado último de la abolición de las acciones negociables en la *Otra Realidad* no dejaba de retumbarle en la cabeza. Era, en sentido figurado, el equivalente a contener el torbellino de especulación financiera hasta que la corriente se redujera a un tranquilo arroyo... pero a un arroyo de energía real, no de mentira. En el aburrido mundo financiero de la *Otra Realidad*, un Lehman Brothers, un JP Morgan o un Goldman Sachs no podrían existir.

Cuando su taxi se detuvo frente a la casa adosada de Iris, en Brighton, los nervios que Costa sentía en el estómago rayaban la histeria. ¿Cómo explicar a unos amigos célebres por su escepticismo que un mundo diferente, donde el capitalismo ha muerto, no solo era posible, sino que de hecho ya existía? ¿Que TATIANA estaba viva, y que había adoptado la forma de una próspera sociedad sin bolsas, jefes, bancos ni estimaciones de beneficios? ¿Que a pesar de que la gente aún tenía sus defectos, y de que la tecnología aún estaba a años luz de lo que podía verse en *Star Trek*, ese mundo era real?

—Se reirían en mi cara —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—¿Está bien, señor? —preguntó el taxista.

—Sí, sí, estoy bien —dijo algo nervioso—. De momento.

En cuanto bajó del taxi, Eva salió a la calle para recibirle. Y antes de que tuviera la oportunidad de llamar a la puerta de Iris, ella sacó la cabeza por una de las ventanas del piso de arriba y se limitó a decir:

—Ah, ya estás aquí. Bien.

No pasaría mucho tiempo antes de que Costa tuviera que ofrecer la presentación más difícil de su vida, y ante el público más hostil.

Los rebeldes OC

Incluso si los mensajes de Kosti le permitían convencer a Iris y Eva de la verosimilitud de la *Otra Realidad*, el principal problema todavía consistía en explicar cómo había llegado a suceder. Entre otras razones, porque Kosti demostraba mucho más entusiasmo explicando cómo funcionaban las cosas en el presente que contando historias sobre «los tres años que cambiaron el

mundo», la expresión con la que se refería al periodo comprendido entre 2008 y 2011. Costa tenía poco material para continuar. Lo mejor que podía hacer con los fragmentos que Kosti le había enviado era empezar por el principio: por el movimiento Occupy, que todos conocían muy bien.

En la *Otra Realidad*, el movimiento Ossify Wall Street (Osificar Wall Street), como se acabaría conociendo, surgió en Nueva York, como el Occupy Wall Street (Ocupar Wall Street) de *Nuestra Realidad*. Sin embargo, allí el movimiento se fue expandiendo hasta convertirse en un fenómeno global bautizado como Ossify Capitalism (Osificar el Capitalismo); OC para abreviar. En su momento, Costa se entusiasmó con el movimiento Occupy Wall Street y las diferentes réplicas que fueron apareciendo por todo el mundo: los «Indignados» en España, donde decenas de miles de personas tomaron las plazas de las principales ciudades del país; los «Aganaktismenoi» griegos, que convirtieron la plaza Syntagma en su propia casa durante tres felices meses, en la primavera de 2011; las reuniones de la «Nuit debout» unos pocos años antes en París. Pero aquellas promesas se apagaron tan rápido como llegaron, sobre todo tras las rendiciones de la Administración Obama a Wall Street a principios de 2009 y del Gobierno de izquierdas griego a la Oligarquía Sin Fronteras en el verano de 2015. La gran diferencia entre ambos movimientos era que los rebeldes del OC se dieron cuenta de la futilidad de ocupar espacios, fueran plazas, calles o edificios.

—El capitalismo no vive en el espacio, sino en el tiempo, y en el flujo y el reflujo de sus transacciones financieras —con estas palabras lo expresó Esmeralda, una de las líderes espontáneas del movimiento.

El equipo que dirigía Esmeralda llevaba el nombre de los «Crowdshorters». En palabras de Kosti, fue el primer grupo que demostró la vulnerabilidad del capitalismo financiero y el poder de una rebelión digital bien orientada. Su primer éxito se produjo con el lanzamiento de un ataque directo contra los instrumentos financieros de destrucción masiva que habían jugado un papel fundamental en la crisis de 2008: las obligaciones de deuda garantizada o colateralizada (CDO, por sus siglas en inglés).

Esas CDO eran una forma de deuda sintética con la que Eva estaba íntimamente relacionada, ya que había colaborado en su diseño y confección. En cierto modo, son como unas cajas en las que sus creadores depositan pequeños fragmentos de deuda: unas pocas libras esterlinas de la hipoteca de David con su banco local, unos pocos yenes que Toyota debe a un fondo de pensiones japonés, unos cuantos dólares que el Gobierno federal de Estados Unidos debe a JP Morgan, etcétera. Cada CDO estaba llena de infinitos

fragmentos de distintos tipos de deuda, cada uno de ellos con su propio riesgo de impago y su propia tasa de interés.

El gran gancho comercial de las CDO era la ilusión de que se trataba de una apuesta segura. Como contenían tantos tipos de deuda diferente, que recaían sobre los hombros de una gran variedad de personas y organizaciones, la información que recibían los compradores defendía que, en el peor de los casos, solo podían echarse a perder unos pocos fragmentos de todo el paquete. Además, cada CDO era tan compleja que resultaba imposible que cualquier ser humano, incluso sus propios creadores, pudieran calcular su valor, así que su precio de venta no tenía un límite real: quienes creaban, vendían y negociaban con esas CDO se limitaban a dejar que el mercado decidiera, y nadie habría podido asegurar que sabía algo más del tema. Eran un invento más propio de un villano de una película de James Bond; algo así como el ungüento de serpiente perfecto: trozos de papel que eran, al mismo tiempo, completamente opacos y que, sin embargo, parecían seguros y lucrativos. La falsa sensación de seguridad que ofrecían generó una demanda muy superior —y a unos precios más elevados— a la que habían previsto los creadores de las CDO. Ante la sorpresa de los banqueros por aquellos precios tan altos, otros muchos acudieron en manada para poner sus órdenes, lo que disparó aún más las cotizaciones.

Como estaban haciendo tanto dinero, los banqueros que habían creado las CDO enseguida olvidaron su objetivo inicial, que no era otro que encasquetar deuda de baja calidad a víctimas inocentes. Incapaces de quedarse quietos mientras otros se aprovechaban de sus creaciones, banqueros como Lehman perdieron sus ventajas y empezaron a recomprar sus propias CDO. Cuantas más compraban, más subían los precios —que por aquel entonces ya eran estratosféricos—, mayor era el valor contable de aquellas montañas de CDO en sus libros y más elevadas eran las primas que ellos cobraban. Presos de un delirio por los beneficios, los banqueros se prestaban entre sí enormes montañas de dinero para comprar más y más CDO.

En pocas palabras, los banqueros cayeron de pleno en su propia trampa. Y cuando en 2008 toda la deuda de mala calidad que contenían las CDO se echó a perder y el mercado se vino abajo, los financieros cayeron en un pozo sin fondo que ellos mismos habían cavado. Mientras caían, los políticos y los bancos centrales más importantes —la Fed, el Banco de Inglaterra, el BCE y unos cuantos más— salieron en tromba para reflotarlos. Y ahí fue cuando los Crowdshorters de Esmeralda dieron el golpe.

Tecno-rebeldes

Esmeralda, como Eva, había trabajado para una de las grandes empresas del mundo de las finanzas antes del *crack*, por lo que entendía a la perfección todos sus tejemanejes. Gracias a sus conocimientos y experiencia, los Crowdshorters desbarataron los esfuerzos de los bancos centrales con una precisión quirúrgica y toda una demostración de estilo. Se dieron cuenta de una cosa que muy pocos comprendían: en su empeño por privatizarlo todo, el capitalismo se había vuelto extraordinariamente vulnerable a una guerra de guerrillas financiera. En particular, Esmeralda advirtió que la creación de las CDO a partir de deuda pura y dura —un proceso denominado, con tanta soberbia como ironía, como «titularización»— brindaba la oportunidad perfecta para una revolución pacífica desde las bases.

La consecuencia de privatizar todas las empresas de servicios básicos era que las facturas del teléfono, el agua o la luz que habían contraído los residentes de Croydon o las pequeñas empresas de Preston pertenecían a una única empresa privada. No obstante, la empresa había vendido por anticipado todos aquellos pagos, y hacía muchos años, a algún financiero. ¿Y qué había comprado exactamente el financiero? El derecho a recoger los futuros ingresos de la gente normal y corriente. ¿Y qué hizo el financiero con aquel derecho? Lo troceó en fragmentos muy pequeños y los metió en distintas CDO, que a su vez vendió a otros financieros... ¡por todo el mundo!

Esmeralda y sus camaradas tenían los conocimientos técnicos necesarios para desmontar los contenidos de las CDO. Con extrema minuciosidad, diseñaron un *software* capaz de identificar con precisión qué familia poseía cada trocito de deuda de las CDO; cuándo vencía cada factura o había que devolver su importe; a quién se le debía cada cantidad y quién era el propietario de las CDO en cada momento concreto del proceso. Gracias a esta vasta base de datos, contactaron entonces con cada familia —y la mayoría estaban muy enfadadas por el comportamiento de los banqueros y los rescates que estaban a punto de recibir— para invitarlas a participar en una serie de huelgas de pagos a corto plazo, de bajo coste y con objetivos claros; o *crowdshorting*, como Esmeralda llamaba a aquellas campañas.

La presentación de los Crowdshorters ante los ciudadanos era muy sencilla. De hecho, una de aquellas primeras presentaciones —una circular que Esmeralda envió a los residentes de Yorkshire— se conmemora ahora en la *Otra Realidad* con una placa que adorna las sedes del Parlamento británico, en Londres:

AYUDADNOS A DERROCAR A AQUELLOS QUE SE APROVECHAN DE VUESTRA DESORBITADA FACTURA DEL AGUA MIENTRAS PASÁIS DIFICULTADES PARA PONER UN PLATO EN LA MESA. SÓLO TENÉIS QUE RETRASAR DOS MESES EL PAGO DE VUESTRA FACTURA DEL AGUA, Y NO OS PREOCUPÉIS DEL RECARGO POR LA DEMORA EN EL PAGO. ESTAMOS RECAUDANDO FONDOS PARA COMPENSAROS. ¡ UNIDOS VENCEREMOS, DIVIDIDOS CAEREMOS!

Pueden verse placas similares en la entrada del edificio del Capitolio, en Washington D. C., e incluso en el Parlamento griego, en la plaza Syntagma.

La respuesta fue sobrecogedora. Los ciudadanos del Reino Unido, y pronto del mundo entero, empezaron a disfrutar del placer de seguir y cumplir las llamadas de los Crowdshorters. Sus huelgas de pagos, coordinadas con sumo cuidado, causaron cascadas de quiebras financieras en el mercado de las CDO, que se fueron extendiendo a las grandes bolsas. En tres semanas, los bancos centrales se dieron cuenta de que sería imposible reflotar los billones de dólares en deuda titularizada de los bancos mientras, al mismo tiempo, las empresas privadas de servicios básicos entraban en quiebra y también exigían un rescate.

Incapaz de convencer al Congreso para que bombeara los billones perdidos a Wall Street por una segunda —y después una tercera— vez en el espacio de unos pocos meses, el Gobierno federal de Estados Unidos tuvo que dejar caer a Goldman Sachs, JP Morgan y al resto de los mastodontes financieros. Las repercusiones fueron inmensas. Los bancos europeos, que estaban en una situación mucho peor que los estadounidenses, también bajaron la persiana. La City de Londres llegó al colapso. Los gobiernos se vieron obligados a nacionalizar las empresas de servicios públicos. La Fed, el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra, el Banco de Japón e incluso el Banco Popular de China no tuvieron otra alternativa que ocupar el vacío y proporcionar a cada ciudadano una cuenta bancaria: los inicios del PerCap.

Aunque habían desempeñado un papel esencial en el hundimiento del sistema financiero global, Esmeralda y sus Crowdshorters no hubieran podido poner en marcha la revolución OC sin la ayuda de otros grupos. Llevar al naufragio a un Wall Street que estaba en medio de una hecatombe era una cosa; dejar al capitalismo en los huesos era otra bastante diferente. Y aquí es cuando entró en acción un nuevo grupo de tecno-rebeldes.

Conscientes de que los fondos de pensiones eran los mayores propietarios de las acciones de las grandes corporaciones, un grupo de *traders* del centro

financiero de Bombay que se habían radicalizado después de quedarse en paro, y que se autodenominaban los «Solidarity Sourcing Proxies». («Agentes Abastecedores de Solidaridad»). —«Solsourcers» para abreviar—, decidieron que había llegado la hora de poner en el punto de mira al fraude más lucrativo de la globalización. Inspirados por los Crowdshorters, los Solsourcers pidieron a la gente que nominara a las empresas con el peor historial de contratos de cero horas, sueldos bajos, emisiones de dióxido de carbono o condiciones laborales, o incluso que tuvieran la tendencia a «hacer recortes» con el objetivo de inflar los precios de sus acciones. Millones de personas de todo el mundo participaron en la nominación de los mayores criminales. Entonces, los Solsourcers organizaron una retención masiva de las aportaciones a los planes de pensiones que eran los propietarios de las acciones de aquellas empresas. El simple rumor de que los Solsourcers se habían fijado en un fondo de pensiones en particular bastaba para hundir el precio de las acciones que tenía en cartera y, así, provocar el éxodo de los angustiados inversores. Al final, los Solsourcers solo tenían que enviar a cada fondo de pensiones una lista con las empresas de las que querían librarse... y el fondo lo hacía de inmediato, por temor a que el influjo de aportaciones de los pensionistas se cerrara de golpe.

Conscientes de su poder, los Solsourcers desplegaron sus alas por todo el mundo y empezaron a hacer exigencias más ambiciosas y sofisticadas, no solo para que la gente dejara de invertir en empresarios sin escrúpulos y corporaciones que destruían el medio ambiente, sino también para introducir reformas en la legislación mercantil. Inspirados por las estructuras de gestión horizontal que había ideado una empresa de Seattle, dieron los primeros pasos hacia la implantación legal del modelo corporativo «una persona, una acción, un voto».

A comienzos de 2010, un nuevo grupo de tecno-rebeldes se unía a los Solsourcers. Con el nombre de «Bladerunners», en homenaje a Rick Deckard, el personaje de ficción que se dedicaba a rastrear, cazar y matar androides en la película de 1982, se veían a sí mismos como una especie de *neoluditas*. Incluso escogieron como principal fuente de inspiración a Lord Byron, el laureado poeta del primer movimiento ludita. Pero los Bladerunners no tenían miedo de la tecnología. Homenajeaban a los luditas por ser las figuras más incomprendidas de la historia, ya que su vandalismo contra las máquinas no era en realidad una protesta contra la automatización, sino contra los acuerdos sociales que aprovechaban las innovaciones tecnológicas para privar a la mayoría de la población de su dignidad y perspectivas de vida. En

consecuencia, los Bladerunners habían adoptado las plataformas digitales, e incluso el auge de la Inteligencia Artificial (IA), pero subrayaban que las máquinas debían servir a la causa que defendía la prosperidad común, en vez de utilizarse como instrumentos para implantar un neofeudalismo, o como armas de una guerra de clases de unos pocos contra la mayoría.

El primer objetivo de los Bladerunners fueron las grandes tecnológicas: las megacorporaciones con un poder monopolístico, que les habían reportado unos beneficios tan gigantescos que ya ni siquiera necesitaban a Wall Street o los fondos de pensiones para obtener capital. Akwesi, uno de sus líderes, había trabajado en Microsoft a principios de los años noventa. A comienzos de 2009, Akwesi anunció que Google había inventado de manera involuntaria un nuevo derecho humano: el derecho a acceder instantánea y gratuitamente a la información.

—El problema de inventar un derecho humano —explicó un alegre Akwesi al director de Google— es que pierdes el derecho de monopolizar su abastecimiento y, claro está, de obtener un beneficio por ser su proveedor.

Los Bladerunners organizaron huelgas masivas de consumidores, dirigidas a una única empresa tecnológica en cada ocasión. La primera movilización que tuvo un verdadero éxito estaba dirigida contra Amazon. Akwesi hizo un llamamiento global a boicotear a Amazon durante un día entero, con el objetivo de apoyar la petición de doblar la tarifa horaria que pagaba en sus almacenes. El Día de la Inacción, como lo bautizaron los Bladerunners, provocó una caída inferior al 10 por ciento en los ingresos habituales de Amazon. Pero fue suficiente para que esta empresa aprobara de inmediato un aumento del 50 por ciento en la nómina. Animados por aquella victoria, los Bladerunners se embarcaron en nuevas campañas que tendrían un alcance cada vez mayor.

Con los apoyos que reunían en las redes sociales, los Días de la Inacción de los Bladerunners se convirtieron en acontecimientos mundiales que contaban con una participación masiva, especialmente entre los más jóvenes, hasta llegar al punto de que ya solo necesitaban anunciar su próximo objetivo para que el precio de sus acciones cayera en picado y, a partir de ahí, para que sus gerentes y sus políticas en la red sufrieran un implacable escrutinio. Cuando, a principios de 2012, tumbaron Facebook y lograron que la legislación recogiera que todo individuo es el propietario de sus datos privados, los Bladerunners sabían que ya disponían del poder suficiente para hacer historia y provocar un cambio social de primer nivel.

Por aquel entonces, los Bladerunners decidieron unir sus fuerzas con los Environs para acelerar la desaparición de la industria de los combustibles fósiles. Juntos, obligaron a los aterrados gobiernos a introducir estrictas limitaciones a los productos contaminantes, reducir a cero los objetivos de emisiones de dióxido de carbono para 2025 e incluso limitar la deforestación y la producción de cemento. Entre las empresas más influyentes, hubo unas cuantas que vieron en aquellas limitaciones la oportunidad de ganar un buen dinero con las energías limpias, pero los rebeldes OC pusieron como condición, si no querían convertirse en sus próximos objetivos, abandonar la cotización en bolsa y entregar una única acción, no negociable, a cada miembro de sus plantillas, en una medida que marcaba el inicio de la transformación de las corporaciones al modelo anarcosindicalista.

En menos de tres años, los Crowdshorters, los Solsourcers, los Bladerunners y los Environs habían construido una red de activistas muy eficiente y con los objetivos bien claros, que la Oligarquía Sin Fronteras no fue capaz de contrarrestar.

Kosti se refería a esta red con la expresión «tecnosindicalismo», adaptando un término acuñado a mediados de los años sesenta por John Kenneth Galbraith, un eminente economista estadounidense del siglo xx que había descrito la red de poder del capitalismo, con su aglomeración de megaempresas y megabancos, como la «Tecnoestructura». De primeras, aquella elección sorprendió bastante a Costa. Nunca había conocido a nadie familiarizado con el término. Y entonces recordó que, hasta 2008, Kosti y él habían sido una misma persona.

Esa circunstancia sería al mismo tiempo una maldición y una bendición. A Costa le habría encantado hablar con Esmeralda, Akwesi y el resto de los protagonistas del movimiento OC, los pioneros que habían llevado al capitalismo más allá de su capacidad de resistencia mientras diseñaban y ponían en práctica unas medidas sociales y económicas increíblemente innovadoras. ¡Cómo le habría gustado preguntarles por su propia versión de los acontecimientos relacionados con aquella tremenda transición! Pero, por supuesto, Cerbero le recomendó evitar la comunicación con cualquier persona de la *Otra Realidad* que no compartiera su ADN. La dependencia absoluta de Kosti no solo limitaba la variedad de la información disponible, sino también su cantidad. Según pasaba el tiempo, Kosti parecía cada vez más impaciente por las «cansinas preguntas históricas» de Costa.

—¿Cansinas?! —exclamó Costa—. ¡Yo más bien diría que esas personas se merecen que alguien escriba un gran libro sobre ellas!

Pero, para mayor frustración de Costa, desde aquel momento Kosti se negó a responder a sus preguntas sobre el pasado con poco más que vaguedades, mientras, por el contrario, le bombardeaba con minucias que reflejaban sus propias preocupaciones. Y, aun así, por las impresiones que Costa se iba formando a partir de los escasos detalles que Kosti revelaba, aquellas bandas de rebeldes expertos en las nuevas tecnologías desplegaron una singular mezcla de genio, valentía y moderación; virtudes de las que habían carecido todos los grandes revolucionarios de éxito hasta la fecha. Hubo otro grupo, los «Flying Pickets», que personificaría una solidaridad internacional inédita desde las Brigadas Internacionales que acudieron a España en 1936, en un inútil intento de defender la democracia frente a las hordas fascistas de Franco. Se propusieron la noble tarea de impedir que las multinacionales trasladaran sus prácticas explotadoras desde los países donde el movimiento OC no dejaba de crecer a otros territorios donde era más débil. Así, si una multinacional intentaba exprimir a la mano de obra nigeriana para compensar las concesiones que había hecho al movimiento OC de Estados Unidos, los Flying Pickets organizaban huelgas en América contra la misma empresa, mientras cooperaban con los Solsourcers y los Bladerunners para atacar sus acciones, bonos y ventas.

Los «Wikiblowers» fueron uno de los grupos rebeldes más importantes. Estos anarquistas fanáticos de las nuevas tecnologías desempeñaron un papel trascendental al impedir que el orden establecido pudiera reagruparse y sofocar la rebelión OC. Comprendieron que la gran ventaja que tenían los gobiernos y las corporaciones sobre la población general —y los propios rebeldes— era su acceso a la información de seguimiento, rastreo y vigilancia. La única forma de detener al Gran Hermano era igualar el terreno de juego: crear un ojo digital y entrenarlo para que todo el mundo pudiera ver lo que hacía.

Su gran arma fue un pequeño *software* al que llamaron «Código Panóptico». Creado de forma colaborativa usando herramientas de código abierto, era un virus informático con una capacidad infecciosa muy alta que permanecía durmiente e indetectable, por lo que pudo infectar en secreto todas las redes informáticas del mundo. Cuando logró penetrar en todos los dispositivos conectados del planeta, los Wikiblowers lo activaron. El resultado fue una transparencia informativa total e inmediata. Todo el mundo podía verlo todo. Los ciudadanos tenían acceso a cualquier secreto de Estado. Los empleados podían leer los informes que sus jefes redactaban sobre ellos. Cualquier persona podía conectarse con la cámara de vigilancia que quisiera,

en cualquier lugar del mundo, desde las que estaban en las farolas a las que iban a bordo de un dron militar. Por primera vez, los pobres y los débiles podían acceder a la misma información que los ricos y los poderosos, al nivel incluso de la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense (la NSA, por sus siglas en inglés)^[12]. En unos minutos, el mundo cambió. Los gobiernos y las empresas se quedaron paralizados ante los miles de millones de ojos que ahora se fijaban en ellos. Muchas familias se dividieron cuando sus respectivos miembros descubrieron los horribles secretos del resto. Las amistades de toda una vida se pusieron a prueba. Pero con el tumulto también llegó la tranquilidad. El mundo se sumió en una calma inquietante mientras la gente se enganchaba a sus pantallas sin saber dónde o qué mirar a continuación.

Los rebeldes OC se aseguraron de que la atención de mundo se centrara en las actividades de quienes se aferraban al poder a su costa. El descubrimiento de una conspiración entre varios gobiernos para realizar una intervención militar simultánea contra el movimiento OC provocó el clamor del mundo entero. Pero, de manera gradual, la indignación por las recientes revelaciones fue dando paso a un llamamiento a las reformas: por la democratización de los centros de trabajo, por el fin de la vigilancia por parte de unos pocos, por la desmilitarización. Los Wikiblowers no solo habían impedido el ataque coordinado, y seguramente letal, de varios Estados contra los activistas del tecnosindicalismo. Además, habían conseguido algo mucho más importante: habían dejado que el genio del poder popular saliera de su lámpara. Una vez liberado, el *establishment* no pudo hacer nada para obligarlo a volver a su interior.

El último grupo del que Costa aprendió unas cuantas cosas eran los «Infiltrators», cuya tarea le pareció la menos divertida. Arrancaron sus campañas infiltrándose en los partidos políticos ya existentes, de todos los colores y en todos los países, con la idea de infectarlos del espíritu OC. En los lugares donde la operación de «entrismo» no tenía éxito, los Infiltrators ayudaban a los activistas OC a formar nuevos partidos, movimientos y sindicatos. Su principal objetivo era la institución de formas participativas de democracia, como las que gobernaban la empresa de Kosti, y que no podrían haber perdurado, suponía Costa, sin un espíritu similar que energizara la democracia a escala regional, nacional y transnacional.

Naturalmente, la rebelión OC se manifestó de formas diferentes en cada país. Los reveses obstaculizaban los avances, y en muchos casos los rebeldes se vieron obligados a ceder. No obstante, ningún país fue inmune a la ola

transformadora de la rebelión, del mismo modo en que las revoluciones de 1848 y 1991 afectaron a cualquier individuo, de una u otra forma, en todo el mundo. Las instituciones políticas cambiaron en todas partes, incluso cuando parecían conservar muchas características de las preexistentes. En Estados Unidos, por ejemplo, aquella transformación tan radical se presentó como la evolución natural del propósito original de los Padres Fundadores. El Congreso fue obligado a acoger las asambleas ciudadanas, como ocurrió también en los edificios del Parlamento del Reino Unido. En China, los cambios en el derecho mercantil se presentaron como una evolución lógica de la ruptura con el maoísmo de Deng Xiaoping durante los años noventa. En la Europa continental, nuevos tratados permitieron reflotar una Unión Europea que se rompía en pedazos. En un alarde de ironía, sería en los países que habían emergido de la antigua Unión Soviética, en especial Rusia, donde el capitalismo oligárquico demostraría su mayor resiliencia.

—Lo más extraño —escribió Kosti— es que la izquierda tradicional tuvo muy poco que ver con el derrocamiento del capitalismo y la institución de una democracia económica que los izquierdistas habíamos soñado antes de que nadie se atreviese a hacerlo.

«Este es el tipo de mensaje que podría ablandar a Iris», pensó Costa.

De vuelta al ruedo

Y así, Costa se encontraba ahora frente a la puerta de Iris, preparado para compartir aquella historia tan sensacional con las únicas personas en quienes podía confiar. Normalmente, la parte del reencuentro que temía y deseaba a partes iguales eran los obligatorios preliminares: los abrazos, los «¿cómo estás?», la obligatoria charla intrascendente. Esta vez, en cambio, lo que más temía y deseaba era su conclusión. Como era de esperar, después de pasar a la cocina y de que Eva se reuniera con ellos, y de poder dar así el recibimiento por concluido, la pregunta liberadora de Iris no tardó demasiado en llegar:

—Entonces... ¿qué te trae por aquí? ¿Sería mucho pedir que Tatiana fuera una novia y no una obsesión?

5 Comienza el ajuste de cuentas

Crear en lo imposible

Iris no se tragaba nada. Durante unas dos horas, todo lo que hizo fue reírse y burlarse de Costa, hasta frustrar cualquier intento de describir lo que Kosti le había revelado. Y cuando mencionó que Kosti y él compartían un mismo pasado hasta otoño de 2008, su desprecio sacó lo mejor de ella.

—¿Y cómo sabemos que esa línea temporal no se bifurcó también en 1929? —preguntó sarcástica—. ¿O en el momento álgido de la Segunda Guerra Mundial? ¿O justo cuando barrieron Hiroshima del mapa? ¿O durante la guerra de Vietnam? ¿O aquel día de 2020 cuando un estúpido virus nos obligó a todos a confinarnos durante meses y meses? O, por qué no, cada vez que los Wolverhampton Wanderers marcan un gol.

—¡Quizá lo hiciera! —respondió Costa—. Quizá haya, en cada instante, infinidad de realidades alternativas a nuestra propia versión de este mundo. Es la única explicación plausible. Pero ¿y qué? Por el motivo que sea, resulta que me he encontrado con esa realidad. Quizá el HALPEVAM me llevó hasta ella, al saber que era la más cercana a mis sentimientos. En todo caso, la existencia de otras bifurcaciones ahí afuera, que conducen a una infinidad de realidades diferentes, resulta irrelevante; tan irrelevante como el resto de los «y si...» que se te ocurran, pero que nunca podremos comprobar. Los mensajes de Kosti son una oportunidad única. ¡Tenemos que aprovecharla al máximo!

La ayuda llegaría de un lugar inesperado. Aunque Eva compartía la creencia panglosiana de que, por más infelices o insatisfechos que nos sintamos, vivimos en el mejor de los mundos posibles, sí parecía dispuesta a participar en un experimento mental basado en lo imposible. Y, además, a pesar de su propia incredulidad, no iba a dejar pasar la oportunidad de poner en evidencia a Iris por su terquedad y cerrazón mental.

—A mí no me importa asumir que tu Kosti está vivo, es real y vive en *Otra Realidad* mítica —confió Eva a Costa, mientras disfrutaba visiblemente del enfado de Iris—. Aceptar conjeturas increíbles puede abrir la puerta a la iluminación. Quizá recordarás, Iris, que Descartes inventó un número imposible e inexistente, la raíz cuadrada de menos uno, para burlarse de aquellos que estaban dispuestos a aceptar cualquier tontería como una hipótesis plausible, igual que los ateos más irrespetuosos ridiculizan a los creyentes por tener un amigo imaginario con barba en el cielo. Sin embargo, más o menos dos siglos después, unos genios de las matemáticas llamados Euler y Gauss demostraron que muchos problemas fundamentales pueden resolverse si somos capaces de creer en lo imposible y asumir que ese número imaginario sí existe. De hecho, la tecnología moderna sería imposible sin ese pequeño número imaginario. Venga, Iris, sé comprensiva. Veamos adónde llegamos si asumimos que el mundo de Kosti existe. Metámonos en la ratonera de Costa, y a ver qué pasa.

Iris se quedó de piedra ante la exhibición de tolerancia de Eva.

—Es increíble que vosotros, los economistas, ante cualquier delirio de grandeza científica, os volváis tan increíblemente receptivos a las conjeturas más absurdas —dijo Iris—. Pero nunca con aquellos que ponen en cuestión el capitalismo.

Aunque de mala gana, Iris estaba impresionada por la inesperada predisposición de Eva a aceptar *Otra Realidad* poscapitalista, así que dejó de lado su negativa a hablar de los mensajes que Costa había traído desde San Francisco. De repente, la partida había comenzado.

Durante seis horas seguidas leyeron atentamente los párrafos que habían logrado cruzar el agujero de gusano. Meses después, Iris reconocería que, aquel día —el jueves 12 de junio de 2025—, el proceso de leer, debatir y cuestionar el relato de Kosti acercó y unió a sus tres participantes de una manera que no tenía precedentes en el pasado. El proceso los llevó a compartir un mismo punto de vista que, desde entonces, ya no podrían abandonar, y al que nadie más se podría sumar. Unir las piezas y comprender la *Otra Realidad* se convirtió en una obsesión antes incluso de que Iris y Eva creyeran de verdad en su existencia.

Pero ¿por qué ocurría todo aquello? ¿Qué había en esa *Otra Realidad* que era capaz de unirlos de aquel modo? Mi hipótesis es que compartían una historia de desilusión y desencanto: la fe de Eva en un capitalismo liberal y benigno; la fe de Iris en que las revoluciones podían traernos la emancipación, y no el horror; la fe de Costa en que la tecnología podía democratizar la

sociedad... Todo se había roto en mil pedazos. A pesar de su melancolía compartida, los mensajes de Kosti abrían la puerta a que todo aquel derroche de fe no se hubiera perdido por el camino; a que el mundo pudiera ser de otra manera. El año 2008 había sido muy relevante para los tres. Así, el estudio de los mensajes de Kosti se convirtió en un esfuerzo común por recomponer sus sueños rotos.

Eva abordó los mensajes como si fueran un artículo académico, y despachó el mismo trato a la descripción de Kosti sobre la vida corporativa en la *Otra Realidad* que, en el pasado, Euler y Gauss habían dispensado al número imaginario de Descartes. Iris enseguida se implicó emocionalmente en su lectura, por la posibilidad de que las alternativas radicales que habían dado un sentido a su vida pudieran hacerse al fin realidad. Costa, mientras tanto, disfrutó del respiro que dio a su soledad.

Variedades de opresión

Iris no se lo creía: no tener jefes sonaba estupendo, pero en realidad estaba convencida de que todo aquello escondía un sinfín de pecados, a pesar de lo que Costa sostenía.

—La gestión horizontal no significa el fin automático de las jerarquías opresoras —dijo Iris—. La empresa de Kosti podría ser con mucha facilidad un centro de trabajo despótico, a pesar de carecer de una pirámide de poder formal. Al fin y al cabo, los seres humanos han creado sistemas de opresión implacables antes de que ninguna ley, civil o empresarial, se pusiera negro sobre blanco.

Era una lección, explicó, que había aprendido a las malas. Cuando, como joven profesora, pasó a formar parte de la autodenominada «comunidad académica» durante los años setenta, sus colegas varones daban por sentado que ella dedicaría una parte de su tiempo a preparar el té. Y no era la ley. Era algo peor: una expectativa compartida que residía en medio de la sala de profesores, tal como hacía el patriarcado en mitad del ancho mundo.

Crear que las leyes y las normas escritas crean las redes de poder es un error muy común. No, las redes de poder aparecen primero. Lo hacen de manera orgánica, y solo entonces se cristalizan en códigos, normas, reglas y, por último, leyes. Eliminar las normas que consagran las jerarquías en el código jurídico no acabará con las estructuras del poder, más o menos como la retirada de la religión organizada no ha significado el fin de la superchería.

Iris no estaba poniendo en duda que en la empresa de Kosti todo el mundo disfrutara de una autogestión formal.

—Pero apuesto a que algunas personas están más autogestionadas que otras.

Su objeción no se limitaba al cuestionamiento de la horizontalidad del sistema de gestión que Kosti había descrito. Por su experiencia con las redes de poder dominadas por el género masculino, Iris había llegado a la conclusión de que la naturaleza humana odia los vacíos en las jerarquías, y que siempre encuentra mil formas de llenarlos de nuevo con sutiles expresiones de opresión y control. Al fin y al cabo, es en el igualitario patio del colegio donde los abusones encuentran la libertad necesaria para construir sus pequeños y enfermizos imperios. Las jerarquías protegen a los débiles incluso cuando también los oprimen; ese es su *quid pro quo*. Había visto a demasiados camaradas que se hacían con el control absoluto de instituciones democráticas, desde sindicatos a asambleas ciudadanas, pasando por cooperativas y asociaciones vecinales. Y ese era el motivo por el que ella, una sindicalista consumada, se había retirado a Brighton, a su minúscula esfera privada; y la misma razón por la que sentía el instinto de sospechar de unas empresas sin jefes.

—Si me dan a escoger entre una jerarquía opresiva formal y otra informal —dijo Iris—, creo que seguramente preferiría la opresión formalizada a una coerción oculta que se presenta como una muestra de compañerismo.

La objeción de Eva a la gestión horizontal era más prosaica.

—Suena bien —soltó con una risita—, hasta que intentas conseguir que se haga algo sin que nadie diga a los demás lo que tienen que hacer.

Según su argumentación, la colaboración democrática podía funcionar durante un periodo de tiempo limitado y dentro de un círculo de arquitectos o abogados bien educados; siempre y cuando nadie pida a los socios que acepten la absurda idea de que el personal de las categorías inferiores disfrute del mismo derecho al voto. Pero, incluso entonces, Eva insistía en que esa clase de relaciones nunca sobreviven al éxito o al paso del tiempo: cuando las sociedades crecen, la gestión consensuada se convierte en un sistema engorroso y complejo. La inevitable ineficiencia genera descontento. Las jubilaciones y las nuevas incorporaciones siempre ponen palos en las ruedas. Tarde o temprano, las quejas llevan a la descomposición. Eva estaba convencida de que, si la gestión horizontal fuera un sistema fiable, se habría puesto en práctica en *Nuestra Realidad*.

Al llegar a esta cuestión, Costa, que hasta entonces había disfrutado de su papel de discreto invitado, decidió tomar la palabra. Le recordó a Eva que, en *Nuestra Realidad*, y solo en el Reino Unido, hay un mínimo de veinte millones de personas trabajando en el sector del voluntariado a las órdenes de unos jefes que no tienen el poder de despedirlas, obligarlas a hacer algo que no quieran o incluso reprenderlas. Y que los equipos formados por esos voluntarios, que incluyen las tripulaciones de la guardia costera, los cuerpos de bomberos y otros servicios sociales fundamentales, siempre demostraban su eficiencia. Sin todas esas organizaciones voluntarias, la epidemia de 2020 se habría cobrado muchas más vidas. Desde la perspectiva de Costa, la cuestión era si el conjunto de la economía podía emular al sector del voluntariado.

Iris sacudía la cabeza, no a Costa sino a Eva, que no parecía tener la intención de entender su punto de vista.

—No es que la colaboración democrática sea ineficiente de por sí —dijo Iris—. Como apunta Costa, el orden siempre puede generarse de forma espontánea, incluso si nadie ha nombrado a un jefe formal. No, lo que ocurre es que la colaboración democrática es demasiado eficiente cuando se trata de empoderar a los privilegiados, mientras que al mismo tiempo nos quita el poder a todos los demás sin hacer apenas ruido.

Según su argumentación, el derecho formal a no tener jefe, mientras en realidad uno se pasa el día recibiendo órdenes, podría ser mucho peor que estar sujeto a un superior cuyo poder se ha establecido por vías legales, y que, por lo tanto, puede ser objeto de discusión.

—Como liberal —ahora Iris se dirigía a Eva—, seguro que estás de acuerdo en que las verdaderas preguntas que hay que responder son las siguientes: ¿cómo contener el poder que se ejerce sobre otras personas? ¿Cómo se mantiene a raya a los acosadores en los centros de trabajo y otros espacios? ¿La gestión horizontal es un buen punto de partida en la lucha contra el patriarcado?

Iris siguió hablando y planteó que las pruebas eran contradictorias. Por un lado, los peores abusos tienen lugar en espacios que, sobre el papel, son igualitarios; el caso más llamativo sería el domicilio familiar. Por otro, como Costa les había recordado, cada día hay millones de personas que demuestran que es perfectamente posible que una organización funcione bien bajo una gestión consensuada.

—¿No crees que quizá estás colando un mosquito y te estás tragando un camello? —respondió Eva^[13].

Para Eva, el mayor motivo de preocupación —el camello— no era la ausencia de jerarquías, sino la prohibición de negociar con las acciones de la empresa. Preocuparse por un compañero mandón que tiene un poco más de poder del que debería, como hacía Iris, era todo un lujo en comparación con la brutal amenaza a la razón y la libertad que representaba la prohibición de vender acciones de una empresa que intentaba arrancar o expandir sus actividades.

—Impedir que la gente pueda invertir en una empresa ya es bastante negativo —dijo Eva—, pero hacerlo en nombre de la democratización del poder es como echar aún más sal a la herida.

En realidad, Eva no sabía de dónde venían los mensajes de Costa, pero asumía que, de alguna forma, eran una expresión de sus propias fantasías utópicas. Como tales, le pareció esperanzador que Costa no se planteara la sustitución de los mercados libres —que ella llevaba años defendiendo ante sus amigos de izquierdas— por la habitual pesadilla colectivista. Estaba encantada, de hecho, con que la utopía de Costa incluyera unas empresas en las que el personal tenía libertad absoluta de movimientos, sin ninguna traba de un *Estado niñera*. Que Costa hubiera evolucionado, de una oposición total al capitalismo de libre mercado a la idealización de los mercados sin capitalismo, solo podía verse como una notable mejoría. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en su propuesta, más se daba cuenta de que aquel refrito del socialismo era quizá una mayor amenaza a la libertad y la racionalidad que el viejo proyecto estalinista. Aceptar los mercados, pero prohibir la negociación con acciones, era una jugada brillante, y Eva sentía que debía refutarla con todas sus fuerzas.

—Impedir que una persona pueda vender una parte de su negocio es el primer peldaño de la escalera que lleva a la servidumbre —dijo acalorada—. Cuestiona el derecho inalienable a que los adultos hagan negocios entre sí. Si Juan quiere vender una manzana a María, o una parte de su empresa, y María quiere comprársela, ¿qué derecho tiene nadie a impedirselo?

Era como si Eva se hubiera propuesto transformar a Iris, de escéptica a defensora de la *Otra Realidad*.

Titularidad líquida

¿Negociar con acciones es tan simple y benigno como que Juan le venda una manzana a María? La prohibición de negociar con acciones que, según Kosti,

recoge la ley en la *Otra Realidad* ¿es una violación de la libertad y un acto de estupidez? ¿O era una excelente idea, el equivalente a prohibir la venta de votos en una democracia? Iris y Eva estaban de acuerdo en que esa era la cuestión. En lo que no estaban de acuerdo, naturalmente, era en la respuesta.

La respuesta de Eva no requería complejas argumentaciones filosóficas ni análisis históricos. Según ella, una acción solo es un contrato que otorga al comprador una parte de los beneficios futuros de una empresa. Si no hay ningún problema en que Juan venda a María una cierta cantidad de manzanas, ¿cómo puede estar mal venderle una acción sobre las futuras cosechas de sus tierras? La única diferencia es que, al comprar una parte de una cosecha de manzanas que aún no existe, María acepta un cierto nivel de riesgo. Si, por ejemplo, una granizada destruye una parte de las manzanas antes de la cosecha, al final habrá menos cantidad. Pero si María está dispuesta a invertir su dinero, a pesar de los riesgos, ¿quiénes somos nosotros para impedirselo?

El argumento de Iris defendía que la diferencia era más profunda — mucho más, de hecho—, y lo explicó de esta forma. Hasta finales del siglo XVI, incluso las grandes empresas dedicadas al comercio internacional, como la Compañía de Levante, eran gremios o sociedades, cuyos miembros juntaban sus recursos para hacer cosas que nadie podría haber conseguido en solitario. Pero entonces, el 24 de septiembre de 1599, en un edificio de vigas de madera cerca de Moorgate Fields, no muy lejos del lugar donde Shakespeare luchaba para acabar *Hamlet*, se produjo un acontecimiento trascendental. Se fundó una empresa cuya titularidad se había dividido en diminutos fragmentos que se podían comprar y vender con total libertad y de manera anónima, como si fueran lingotes de plata. Cualquiera podía poseer una parte de la nueva empresa sin estar involucrado en ella, y sin que nadie lo supiera. Había nacido la primera sociedad accionarial del mundo; sin lugar a dudas, el invento más revolucionario de la Inglaterra de los Tudor. ¿Su nombre? La Compañía de las Indias Orientales.

Un observador de la época estableció una analogía entre la estructura accionarial de la Compañía de las Indias Orientales y el espléndido caudal del río Támesis, que decía lo siguiente: «Sigue siendo el mismo río, aunque las partes que lo componen cambian a cada instante». Cuando los derechos sobre la titularidad de una empresa se separan de las personas que la han creado y trabajan en ella, se convierte en un gran organismo cambiante. Adquiere vida propia. Puede crecer hasta superar cualquier dimensión humana. De hecho, como un río, se convierte en potencialmente inmortal.

Iris comentó que la historia es una lucha constante por acumular poder sobre lo demás. El dinero compra los recursos necesarios para amasar todo ese poder, ya sea para un rey o para la Coca-Cola. El derecho a emitir una cantidad ilimitada de acciones negociables de manera anónima, junto con la institución de un mercado líquido destinado a este fin, creó algo completamente nuevo: empresas con un poder tan inmenso que dejaban en ridículo al de sus naciones de origen, y que además podía ejercerse en lugares remotos siempre que fuera necesario con el fin de explotar a personas y recursos.

Las estructuras accionariales y unos mercados de valores bien gestionados pusieron en marcha la historia. Separar la titularidad del resto de las actividades de la Compañía de las Indias Orientales desató una fuerza fluida, irresistible. Sin control alguno, la Compañía de las Indias Orientales fue creciendo hasta ser más poderosa que el Estado británico, y solo tenía que rendir cuentas ante sus accionistas. En Inglaterra, su burocracia corrompía y en gran medida controlaba el Gobierno de Su Majestad. Lejos de sus fronteras, su ejército privado de doscientos mil hombres protegió la destrucción de economías bien gestionadas, tanto en Asia como en unas cuantas islas del Pacífico, al mismo tiempo que garantizaba la explotación sistemática de sus pueblos.

Sin embargo, la Compañía de las Indias Orientales no fue ninguna aberración. Sería el modelo para muchas otras empresas posteriores, como la Compañía Petrolera Anglo-Persa, que en 1953 ordenó a los servicios secretos británicos y estadounidenses derrocar al último Gobierno de Irán elegido democráticamente. O como ITT, el gran conglomerado de las telecomunicaciones, que jugó un papel determinante en el sangriento y brutal golpe de Estado en Chile veinte años después. O como, de hecho, otras empresas mucho más recientes, como Amazon, Facebook, Google y ExxonMobil, que ejercen un control muy eficaz sobre cualquier Estada-nación.

Iris defendió que los liberales se traicionan a sí mismos en el mismo momento en que hacen la vista gorda ante esta modalidad de poder hiperconcentrado. La libertad tiene el mismo valor en una sociedad bajo el yugo de la Compañía de las Indias Orientales que en los países controlados por regímenes totalitarios, o sea, nada. Por eso, negociar con manzanas no guarda la menor semejanza con negociar con acciones. Una gran cantidad de manzanas puede producir, en el peor de los casos, un montón de botellas de sidra mala. Pero una gran cantidad de dinero invertido en acciones

negociables puede desencadenar una fuerza demoníaca que ningún mercado o Estado puede controlar.

—La hipocresía fatal del liberalismo —dijo Iris— fue regocijarse en el virtuoso Juan y la virtuosa María, en los carniceros, panaderos y bodegueros del barrio, con el objetivo de defender a las viles Compañías de las Indias Orientales, los Facebook y los Amazon, que no admiten vecinos, no tienen socios, no respetan ningún valor moral y no se detienen ante nada para destruir a la competencia. Al sustituir a los socios por accionistas anónimos, hemos creado unos leviatanes que acaban socavando y desafiando todos los valores que los liberales como tú, Eva, tanto decís celebrar.

A su pesar, y en parte animada por su propio discurso, Iris se percató de que se estaba entusiasmando con el mundo que Kosti describía en sus mensajes.

¿Seguir el flujo evolutivo o coquetear con la extinción?

—Te agarras a un clavo ardiendo, Iris —dijo Eva con una nada disimulada expresión de misericordia—. La belleza de los mercados es que son el hábitat natural en el que sobreviven las formas organizativas mejor preparadas. Todo lo demás solo existe en las películas. Si las corporaciones democráticas, basadas en la norma «una persona, una acción», fueran mejores en algún sentido, ya existirían aquí y ahora. Pero, tal como están las cosas, solo existen en los mensajes fantásticos de Costa.

Costa se tomó aquella respuesta como la señal para intervenir.

—Que un sistema se haya desarrollado en un entorno determinado solo demuestra que es el mejor en replicarse, en reproducirse, en ese entorno concreto —dijo—. Eso no lo convierte en un sistema en el que queramos vivir. Y tampoco, y esto es lo más importante, es la prueba de su capacidad para sobrevivir a largo plazo. Los entornos cambian, a veces muy deprisa, a veces por los propios efectos negativos del sistema. Competir y vencer a otros sistemas, en vez de convivir con ellos en armonía, puede ser autodestructivo con el tiempo. Los virus son un buen ejemplo. El virus del Ébola, aunque extremadamente infeccioso y con una buena capacidad de replicación, mata a sus huéspedes con mucha más eficacia que, por ejemplo, la COVID-19. El hecho de que el coronavirus sea relativamente inofensivo fue el factor que le

permitió poner de rodillas al sistema capitalista en 2020. La pregunta no es si la negociación bursátil y el capitalismo han derrotado a otros sistemas hasta ahora, ¿sino si sus efectos son compatibles con la supervivencia de su huésped! Y, para eso, debemos tener en cuenta un factor que ninguna de las dos habéis considerado todavía.

—¿Ah, sí? No me digas —apostilló Eva—. Muy bien. Entonces, por favor, ten la amabilidad de decírnoslo. ¿Qué hemos pasado por alto?

—La tecnología, por supuesto —respondió Costa.

Liquidez electrificada

—Si queremos evaluar de manera adecuada los efectos de los mercados bursátiles en la actualidad —prosiguió Costa—, no podemos limitarnos a su nacimiento en el siglo xvii, como ha hecho Iris, o a la simple cuestión de su preponderancia en el presente, como has hecho tú, Eva. Debemos tomar en consideración cómo han evolucionado en relación con su entorno. En teoría, puede que la introducción de las acciones negociables haya permitido que las empresas ya no tengan límites, pero, en la práctica, solo han podido convertirse en entes ilimitados gracias a la invención de unas tecnologías muy concretas: me refiero a las tecnologías que se hicieron realidad con el descubrimiento y el dominio del electromagnetismo en 1865, de la mano de James Clerk Maxwell.

»Ahora, reconozco con mucho gusto que si Maxwell hubiera inventado sus ecuaciones en, digamos, el siglo xv, solo habrían entusiasmado a unos pocos colegas matemáticos. Nada más. Tuvo que ser Thomas Edison quien convirtiera esas ecuaciones en una red eléctrica que acabaría dando energía al mundo entero. Y Edison nunca hubiera podido conseguirlo sin las vastas sumas de dinero que los mercados bursátiles pusieron a su disposición. Estoy convencido de que no es necesario que te recuerde, Eva, que su estación de Pearl Street, el primer centro suministrador de energía eléctrica, estaba en manos de grupos de accionistas.

—Ese es precisamente mi argumento —sonrió Eva—. Sin las ecuaciones de Maxwell, está claro que no hubiera existido la energía eléctrica, ni tampoco teléfonos, radares, láseres o cualquier dispositivo digital. Pero sin un mercado de valores que proporcione la gigantesca financiación necesaria para crear las empresas que trabajan en la red —las General Electric, las Bell Corporation o las Amazon—, los proyectos de los científicos estarían

expuestos en un museo, al lado de los diseños de helicópteros de Da Vinci. Por eso creo que es una auténtica locura imaginar una sociedad avanzada que prohíba los mercados.

—Pero, espera un momento, Eva —le advirtió Costa—. Cuando la bolsa se combina con la tecnología, las cosas cambian. Una transforma a la otra, ambas evolucionan. Juntas han creado algo nuevo: la Tecnoestructura. Y, en el proceso, también han cambiado su entorno.

El nacimiento de la Tecnoestructura

Costa les explicó que la fuerza real que había acelerado la Historia hasta alcanzar una velocidad de vértigo no era el mercado de valores. Era tan sencillo como que las bolsas no tenían la liquidez necesaria para financiar una ambición tan grande como la de Edison. En los primeros años del siglo xx, ni los bancos ni los mercados de valores podían recaudar la cantidad de dinero necesaria para construir todas esas centrales de energía, redes eléctricas, fábricas y sistemas de distribución. Para hacer realidad esos enormes proyectos, se requería una fuente de crédito de un tamaño equivalente.

Codo con codo, los títulos negociables y la tecnología llevaron a la creación de unos megabancos que estaban en manos de accionistas, dispuestos a prestar dinero a esas nuevas megaempresas gracias a la generación de una nueva especie de megadeuda. Este invento adoptó la forma de una vasta línea de crédito para los Thomas Edison y los Henry Ford del mundo. Por supuesto, el dinero que les iban a prestar no existía en realidad... todavía. De hecho, era como si estuvieran pidiendo prestados los futuros beneficios de las megaempresas con el objetivo de financiar la creación de esas mismas megaempresas.

Los ríos de dinero que generaron esas líneas de crédito facilitaron la construcción de los altos hornos de Bessemer, de las tuberías, las máquinas, los transmisores y los cables. También pagaron las fusiones y las adquisiciones que generaron unos cárteles industriales mucho más grandes que las primeras megaempresas en red. Emergió un sistema planificado al estilo soviético, pero de titularidad privada y con una magnitud global, que permitió a los capitanes de la industria y a los dueños de las finanzas, juntos, modelar un futuro para sí mismos, a su imagen y semejanza. Costa explicó que eso era lo que John Kenneth Galbraith llamaba la «Tecnoestructura», y lo que, según Kosti, los tecnosindicalistas de la *Otra Realidad* querían derrocar.

—Una y otra vez a lo largo del siglo xx —dijo Costa—, la Tecnoestructura ha ido creciendo hasta escapar de nuestro control, sobrepasando cualquier concepto de disciplina de mercado o virtud pública. Como un virus, ha hecho enfermar a su huésped en repetidas ocasiones. Su extravagante apetito por la deuda privada causó el gran *crack* de 1929, la Depresión de los años treinta y, en última instancia, la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Durante el periodo posterior, los gobiernos de posguerra castraron a los megabancos y le pusieron la correa a la Tecnoestructura. Pero, a principios de los años setenta, la Tecnoestructura se escapó de su correa y se quitó de encima todas las restricciones estatales, con la ayuda y la complicidad de la insurgencia política de Thatcher y Reagan.

»Cuando recuperó de nuevo el control, el expolio del valor futuro perpetrado por la Tecnoestructura alcanzó nuevas cotas, lo que causó un nuevo *crack* en 2008. Esta vez, sin tener que limpiar los escombros de una guerra mundial, no pasó mucho tiempo hasta que todos nosotros revivimos de nuevo la Tecnoestructura con ríos de dinero público, que ahora imprimían los bancos centrales. Pero, a estas alturas, el virus había hecho enfermar al huésped de tal manera, había saqueado de tal modo su propio entorno, que la recuperación completa era imposible. Inflada y abotargada, la Tecnoestructura fue incapaz de convertir esa nueva liquidez en capacidad productiva real, en trabajos de buena calidad, en una economía de cero emisiones que utilizara nuevas formas de energía para salvar el planeta. Tuvo que aparecer un virus real en 2020, nacido del pillaje medioambiental, para que la mayoría de nosotros nos diéramos cuenta de la aterradora precariedad de nuestra situación. Y, aun así, una vez más, los gobiernos creyeron conveniente inyectar billones de dólares en la Tecnoestructura, aferrándose a la causa de nuestra enfermedad como si fuera un bote salvavidas. En 2023, la Tecnoestructura y sus dueños oligarcas controlaban como nunca antes en la Historia un planeta atrapado por una crisis social y medioambiental que estaba fuera de control. Por eso me temo que la prohibición de la negociación con acciones puede que no sea suficiente para restaurar la cordura en el planeta Tierra —concluyó Costa—. Pero, si me lo preguntas, los rebeldes OC tenían toda la razón del mundo: ¡es necesario!

El cesto y las manzanas podridas

Eva no era contraria a esta crítica del capitalismo —a saber, que tendía a beneficiar a las grandes empresas— ni tampoco a la reprobación de los megabancos como Lehman, que habían creado unas inestables montañas de deuda que empuñaban el Everest. El mercado libre era su obsesión, solo igualada por su temor al colectivismo; no lo era la defensa de los chanchullos de Goldman Sachs, ni el derecho de Amazon a destruir las pequeñas empresas ni tampoco la incineración del planeta que llevaba a cabo ExxonMobil.

Al fin y al cabo, sabía de primera mano lo que habían sido capaces de hacer. Había visto a los consejeros delegados metamorfosearse en gurús de las finanzas con objeto de apropiarse, y no de contribuir, a la riqueza de la sociedad. Incluso antes de la crisis de 2008, Eva se había dado cuenta de que sesenta y cinco de las cien entidades más ricas de la Tierra eran corporaciones *financiarizadas*, no Estados.

—Y creedme —había dicho a sus amigos—, estos tíos no son precisamente los guardianes de los valores de la sociedad.

»No necesito que nadie me dé lecciones sobre los peligros de que haya tanto poder en manos de tan pocos hombres de negocios, y tan corrompibles —respondió a Costa—. Pero, y se trata de un gran “pero”, tirar todo el cesto por culpa de unas manzanas podridas ¿es inteligente? Que los mercados de valores faciliten el nacimiento de verdaderos enemigos públicos, como la Compañía de las Indias Orientales, Lehman Brothers o Walmart, no es una razón de peso para prohibir las acciones negociables. A ver, está claro que los coches provocan colisiones múltiples. Pero eso no es razón para prohibirlos. Es, más bien, una razón para hacer cumplir con mayor rigor el código de circulación. Y lo mismo ocurre con las empresas. Desde ahora mismo, dejemos que la sociedad tome partido para guiarlas, con los palos y las zanahorias que sean necesarios, en la dirección que marca el interés común.

—Espera un momento, espera un momento —saltó Costa ante la oportunidad de señalar una rara incoherencia en el argumento de Eva—. Desde que te conozco cuestionas la simple idea de que exista un interés común.

Eva acusó el golpe. Ella era, de hecho, una de esas economistas que creían que calcular objetivamente lo que quería la sociedad no solo era difícil, sino en realidad imposible. En términos técnicos, Eva y los economistas de su especie rechazaban la posibilidad de que existiera *algún* método imparcial que permitiera sintetizar las preferencias contradictorias de distintas personas en una lista única, razonable y factible de prioridades sociales. Por esta razón, creían que la competencia en un mercado libre era la única forma sensata y

eficiente de asignar los recursos. De hecho, el rechazo radical a la existencia de un interés común era el concepto al que había hecho alusión Margaret Thatcher en una entrevista para *Woman's Own*, en septiembre de 1987, cuando se preguntaba de manera retórica: «¿Quién es la sociedad? ¡No existe! Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias».

—Si es imposible definir el interés común, la voluntad colectiva de la sociedad, como desde hace años llevas diciendo a tus estudiantes, y de hecho a todos nosotros —prosiguió Costa—, entonces ¿cómo puede tomar partido la sociedad? ¿Hacia qué objetivo común va a guiar a las grandes empresas? ¿O es que has cambiado de opinión?

—No te equivocas, Costa —reconoció Eva después de una pequeña pausa—. Todo intento de discernir la voluntad de la sociedad está condenado a dejar la puerta abierta a su manipulación por parte de ciertos grupos e individuos, más influyentes que otros. Pero, aunque nuestro sentido del interés común siempre sea imperfecto, podemos hacernos una idea bastante aproximada... y es lo que debemos hacer si queremos evitar que los mercados, en su conjunto, pierdan su capacidad creadora de riqueza.

—¡No lo permitiré! —atronó Iris desde el banquillo—. No te permitiré sacrificar lo único que te salva. ¡Al menos mantente firme, Eva!

A ojos de Iris, lo único que salvaba a Eva siempre había sido su distanciamiento total, muy al estilo de Thatcher, de aquellos vagos fariseos pseudoprogresistas que parloteaban sin cesar sobre el «interés común» sin darse cuenta de que simplemente estaban defendiendo un moribundo *statu quo*. En realidad, Iris apoyaba la implacable negación de la existencia de unas prioridades comunes, tan propia de Eva, aunque fuera por motivos opuestos.

—¿Cómo puede haber alguna afinidad —dijo Iris— entre una chica que vive sin agua corriente con menos de un dólar al día y uno de esos dueños del universo que cobran primas más grandes que todo el presupuesto educativo de un país subsahariano?

—Y tampoco puede haber una competencia justa entre ellos ¿verdad? —dijo Costa—. Nadie puede ganar contra empresas tan poderosas como Amazon o Walmart.

—Solo hay una opción —continuó Iris—. O nos rendimos a una oligarquía que, en nombre del liberalismo, arrasa con los valores y las libertades que de verdad importan, o admitimos que debemos dar marcha atrás a la invención del capitalismo, lo que solo nos deja un camino para seguir avanzando: el que los rebeldes OC han abierto en la *Otra Realidad*, si es que podemos creer a Kosti.

—Muy bien —dijo Eva—. Estoy de acuerdo. Es probable que tengas razón. Quizá sea inútil intentar domar a la bestia capitalista. Y, en ese caso —dijo mirando a Iris a los ojos—, igual que tú hubieras preferido a Thatcher antes que a los decrepitos centristas de principios de los años ochenta, yo escojo ahora la libertad de negociar con acciones, incluso si eso significa que mi hijo crecerá en un mundo gobernado por unas horribles corporaciones todopoderosas. No hay soluciones perfectas, Iris. Todos debemos escoger nuestro veneno, las servidumbres con las que tenemos que vivir. Y yo escojo no vivir en una sociedad que me impide vender una acción de mi pequeño negocio o adquirir una minúscula participación de uno mucho mayor. Y te diré por qué: porque, al final, es lo que nos ha sacado a todos de la pobreza y lo único que nos ofrece la opción real de hacer lo mismo por los millones que aún la sufren.

¿La apuesta de un tonto?

—Mira a tu alrededor —continuó Eva—. 2008 fue horrible, sin duda. Pero solo un hipócrita de clase media es incapaz de maravillarse ante los avances tecnológicos del último siglo, de sentir el desahogo de los miles de millones que han dejado atrás la pobreza durante el mismo periodo y que ahora pueden aspirar a una multitud de ventajas, desde ropa barata y comida abundante a un *smartphone* que los conecta con el resto de la humanidad. Y todo eso ha sido posible porque los mercados han permitido que el presente pudiera pedir prestado del futuro para así construir una vida mejor que en el pasado. Sin eso, las empresas tendrían que depender exclusivamente de los préstamos para cubrir todas sus necesidades de financiación, como hacen en la *Otra Realidad* de Kostí. Si ese fuera el caso, todavía viviríamos como lo hacíamos en el siglo XVI.

—¿En serio que no has aprendido nada de 2008? —preguntó Iris—. La licencia para prestar un dinero que no existe, cuando se combina con los mercados de valores, nos lleva directos a la ruina. No solo concentra la propiedad de cualquier empresa en manos de una minúscula minoría, sino que, fundamentalmente, desestabiliza la economía. ¿Por qué? ¿Porque el futuro solo es la apuesta de un tonto, Eva! El futuro es una posibilidad, un «¿quién sabe?» o, en el mejor de los casos, un «quizá». Al confundirnos con tanta deuda, el capitalismo se ha asegurado de que el futuro ya no sea lo que solía ser. Hace cinco años, la COVID-19 pinchó nuestra burbuja de deuda,

exponiendo la increíble fragilidad del capitalismo. Dio un portazo a todo aquel sinsentido sobre una recuperación económica a partir de 2008. Lo que el capitalismo demostró que sí era capaz de hacer después de 2020 —y lo mismo después de 2008— fue aplicar una fascinante inversión de la selección natural: cuanto más grande sea el fracaso de una institución y más pronunciadas sean sus pérdidas financieras, mayor es su capacidad para apropiarse del superávit de la sociedad a través de enormes rescates. Capitalismo, tu nombre es *Quiebrocracia*: ¡el gobierno del banquero que declara la mayor quiebra!

Eva seguía imperturbable.

—Esa Tecnoestructura capitalista, como dice Costa —respondió—, ¿por qué negar sus grandes logros? La forma en que ha transformado China en una potencia, ha sacado provecho de los millones de brillantes tecnólogos de la India, ha acabado con la escasez de alimentos en la mayor parte de África, ha hecho posible que personas que carecen de una cuenta corriente puedan enviar y recibir dinero usando sus teléfonos móviles. Por todos sus innegables fracasos, ¿resulta inteligente poner en peligro sus logros con la prohibición de la negociación con acciones?

Costa interrumpió la conversación cuando detectó un posible callejón sin salida. Una vez más, sentía que sus dos amigas no entendían la magnitud de la cuestión.

—Las empresas son capaces de llegar muy lejos para tener en su nómina a verdaderos genios: tecnólogos, diseñadores, ingenieros financieros, economistas, incluso artistas. Lo he visto con mis propios ojos —dijo—. Pero ¿qué han hecho con ellos? Canalizan todo ese talento y toda esa creatividad hacia la destrucción de la humanidad. Incluso cuando es creativo, Eva, el capitalismo es extractivo. Buscando el beneficio del accionista, las empresas han ordenado a esos genios que extraigan el último pedazo de valor que queda en los seres humanos y el planeta Tierra, desde los minerales que hay en sus tripas a la vida en sus océanos. Y han utilizado a esas mentes tan brillantes para engatusar a los gobiernos, para que acepten sus ataques a los recursos del planeta creando mercados para ellos: mercados para el dióxido de carbono y otros contaminantes; ¡mercados de mentira controlados por sus propietarios! A diferencia de la Compañía de las Indias Orientales, la Tecnoestructura no necesita su propio ejército. Posee nuestros Estados y sus ejércitos, porque controla lo que pensamos. Cuanto más sucia es una industria, cuanto más rica y más odiada, mayor ha sido la capacidad de sus capitanes para bañarse en los ríos de dinero derivado de la deuda, y con él comprar influencia y desarmar a

la oposición. Antes compraban periódicos y montaban canales de televisión; ahora utilizan ejércitos de cabilderos, crean laboratorios de ideas, contaminan internet con sus troles y, por supuesto, destinan donaciones monumentales a las campañas de quienes están facilitando la extinción de nuestra especie: los políticos.

—Costa tiene razón, Eva —dijo Iris—. El futuro solo es la apuesta de un tonto, y los más tontos son aquellos que permiten y fomentan que la Tecnoestructura apueste con nuestro futuro. Un Próspero moderno hubiera saludado con un «desvanecerse en el aire, en el aire impalpable», el destino final de esa riqueza ficticia. En 2008, lo que se desvaneció fue el mundo de las finanzas. En 2020 fueron todos los mercados del planeta, salvo los dedicados a los respiradores, el gel desinfectante y el papel de váter. En 2023 ya se había superado el punto de no retorno de la catástrofe climática... ¡con la práctica desaparición de los últimos glaciares del mundo!

Eva se sentía aún más molesta que sus amigos frente al cambio climático inducido por el capitalismo. A diferencia de Iris y Costa, tenía un hijo a quien estaba legando un planeta moribundo. Pero no creía que del fin del capitalismo pudiera salir nada bueno. Creía que se necesitaban montañas de dinero para revertir los catastróficos efectos del capitalismo sobre la naturaleza y el clima del planeta. Lo que significaba que necesitamos unos mercados bursátiles orientados a la financiación de inversiones verdes, bajo la dirección de un impuesto justo sobre las actividades nocivas, como, por ejemplo, las emisiones de dióxido de carbono y demás amenazas a nuestro hábitat.

—¿Es que has olvidado, Eva, la vieja máxima que dice que la banca siempre gana? —Así arrancó la reprimenda de Iris—. Da igual cuántos mercados diseñas o finges crear, o cuántos impuestos introduces, cuando el Capitalismo S. A. apuesta con nuestro futuro, ya no tenemos futuro. ¿Por qué la vida humana es insostenible hoy en día? Porque hay personas inteligentes como tú que siguen defendiendo la negociación con acciones, a pesar de saber que el derecho a invertir en un futuro flujo de beneficios refuerza la incontenible Tecnoestructura y diluye todas sus limitaciones. Felicidades, hermana. ¡Les has dado la posibilidad de doblar la apuesta a favor de nuestra extinción!

—Da igual lo que digas sobre el capitalismo —replicó Eva—; hay sobradas garantías de que cualquier otra alternativa va a ser peor. Por eso la mayoría de la gente siente que el capitalismo es inevitable.

—Así era, hace tiempo, con el derecho divino de los reyes. Hasta que ya no lo fue —dijo Costa.

—Por supuesto —dijo Eva—, pero ¿de verdad crees que con la gestión horizontal y las acciones únicas y no negociables va a ser suficiente? ¿Que producirán una revolución verde capaz de salvar el pellejo de nuestra especie?

—No estoy seguro, Eva —confesó Costa—, pero tengo la confianza de que lo que Kosti está describiendo es lo que más se acerca a una utopía realista por la que vale la pena luchar.

—¿Sabes cuál es mi problema con cualquier utopía, Costa? —preguntó Iris con cierta dureza—. ¡Los hombres! Como pasa con todo aquello que esconde el potencial de convertirse en algo hermoso..., vosotros, los hombres, siempre intentáis darle la vuelta y convertirlo en algo malvado. Y lo que es peor: en el proceso, la mayoría de las mujeres delegan en vosotros.

Eva permaneció en silencio.

La controversia de la cafetería

Para Eva, la idea de unos mercados sin capitalismo no era una meta inalcanzable. De hecho, le gustaba cómo sonaba la idea, incluso si se mantenía totalmente escéptica ante lo que podría significar en la práctica. Pero también tenía una objeción ética, que planteó en aquel momento a sus compañeros.

—Vamos a imaginar que tú y yo abrimos un café. Invertimos una cantidad enorme de horas de trabajo y le ponemos mucho amor, por no hablar del dinero. Entonces, nos vemos obligadas a contratar a alguien, por ejemplo a una persona que atienda las mesas por las tardes. ¿De verdad me estás diciendo que sería aceptable que el Estado nos obligara a entregar una acción de nuestro café, idéntica a la nuestra, a la camarera que decidamos contratar? ¿Que el Estado debería disfrutar del derecho a conceder a esta persona un poder de decisión idéntico al tuyo y al mío? Y, por favor, ¿puedes responderme a la pregunta sin darme primero otra paliza histórica?

Por miedo a acabar haciendo precisamente lo que decía Eva, Iris murmuró algo sobre «una incapacidad mental generalizada para reconocer la aberración que representa pensar en la gente como si fueran fardos de mano de obra que se pueden comprar y vender».

—Pero como me pides una respuesta con un «sí» o un «no» —continuó—, te daré una: sí, creo de verdad que es perfectamente correcto, y necesario

además, que el Estado nos obligue a darle a la camarera el mismo poder de decisión. Digámoslo así. Estoy de acuerdo contigo, Eva, en que tú y yo no podemos ser iguales en un sentido matemático. Resulta inevitable que nuestras contribuciones, energías y talento sean desiguales. Y, aun así, te sientes cómoda con la idea de compartir la propiedad de la cafetería al 50-50 conmigo, ¿correcto? Si las acciones pueden dividirse entre nosotras dos sin ningún problema, ¿por qué no con la camarera?

—Bueno, como mínimo por tres buenas razones —respondió Eva sin inmutarse—. Primero, tú y yo tuvimos la idea de la cafetería y nos encargamos de todo el trabajo duro para poder hacerla realidad, mientras que la camarera ha entrado en escena bastante después. Segundo, invertimos la misma suma de dinero, a diferencia de la camarera. Y, tercero, por haber invertido mucho menos tiempo, dinero y capital social en toda la empresa, ¿es imposible que la camarera tenga el mismo compromiso que nosotras!

—Puede que tú y yo hayamos tenido la idea —respondió Iris—, y puede que hayamos hecho todo el trabajo inicial, pero un negocio vive y muere día a día. En el momento en que la camarera entra en escena, empieza a realizar una contribución diaria que será diferente a la nuestra, pero que tiene idéntica importancia. Además, ¿queremos que la titularidad de una empresa se determine a partir de la regla «quien llega primero se la queda»? ¿Qué ocurre si la camarera consigue captar a una gran cantidad de clientes nuevos, que ni tú ni yo hubiéramos podido atraer? Sin embargo, reconozco que tu segunda razón tiene mucho más peso. Pero vamos a suponer que estamos de acuerdo en que las acciones deben repartirse en proporción al dinero que cada socio inyecta en el negocio, o sea, que las acciones pueden comprarse. Por lo tanto, la lógica dice que lo correcto es que también podamos venderlas, aunque hayamos dejado de trabajar en la cafetería hace tiempo, ¿o no? Pero, en el mismo instante en que dejemos que otras personas que no trabajan en la cafetería puedan invertir en ella, todo habrá terminado. Acabará cerrando, o se convertirá en otro miserable Starbucks; un apéndice de la Tecnoestructura.

Iris creía que la tercera razón de Eva era la más convincente, pero que tampoco resultaba decisiva.

—Incluso si la camarera no demostrara su compromiso —continuó—, tú y yo todavía tendríamos la mayoría de las acciones de la cafetería, lo que nos permitiría despedirla o reducir sus primas. Y si eso significa que, cuando contratemos a un segundo o tercer camarero, debemos tener especial cuidado en evitar una coalición de personas que no se merecen tener tanto poder, la medida solo puede ser justa y adecuada. La cuestión urgente —Iris planteó a

su amiga— no es en realidad quién es el propietario de las acciones. Al fin y al cabo, tener las mismas acciones no significa tener las mismas recompensas. Pero es la única forma real de reconocer y resolver ese problema del que llevas hablando desde hace siglos: que es imposible medir de manera objetiva las aportaciones personales a un esfuerzo conjunto. ¿No es este el motivo por el que, cuando publicamos un trabajo académico, optamos por una convención: la autoría conjunta y la relación alfabética de nuestros nombres?

—Siempre es un placer contemplar a un progre que abandona la peligrosa idea de que todas las personas son iguales en términos efectivos —dijo Eva de buen humor.

—Cierto, así que debemos replantear la cuestión y olvidarnos de quién tiene cuántas acciones y las consecuencias que de ello se derivan. La verdadera pregunta es la siguiente: ¿de verdad queremos que los ingresos netos de una empresa se distribuyan según una dictadura instaurada en los centros de trabajo, lo que resulta inevitable si se negocia con acciones? ¿O queremos que el reparto del botín de una empresa se decida por vía democrática en el mismo centro de trabajo, lo que solo es factible si se produce un reparto igualitario de acciones no negociables?

Habían llegado al quid de la cuestión.

—Tienes razón, Iris —dijo Eva—. Voto por el capitalismo y las acciones negociables, a sabiendas de que es un voto a favor de la dictadura en los centros de trabajo; pero es una dictadura interna de la que cualquiera puede liberarse presentando la dimisión, y el prerequisite imprescindible para la libertad a gran escala.

—Y yo voto —dijo Iris, sonriendo— por un centro de trabajo democrático; el único tipo que no convierte la democracia en una farsa, y nuestro planeta, en un vertedero.

Ya no podían acercarse más sus puntos de vista, y Eva tuvo la tentación de evitar cualquier futura discusión. Pero todavía tenía que hablar de la idea que, desde su perspectiva, había creado la institución más perversa de la *Otra Realidad*: el Índice de Utilidad Social y los Jurados Ciudadanos, que tenían el poder de disolver cualquier empresa si, según sus propios criterios, no servía al bien común.

—¿Puedes imaginar una tiranía peor —preguntó Eva— que vivir con el miedo de que un jurado aleatorio tenga la capacidad de valorar nuestro trabajo y cerrar nuestro café?

—Estoy de acuerdo con Sartre: el infierno son los otros —interrumpió Costa para responder—. Pero de todas las formas en que nuestras vidas

pueden convertirse en un infierno, esos jurados me parecen muy preferibles a las agencias que evalúan la calidad crediticia, a unos mercados dominados por una Tecnoestructura imperial y, por supuesto, a la vigilancia de las grandes tecnológicas, que nos convierten, a través de nuestros datos, en sus productos.

Iris pensó que era el momento perfecto para meter a China en la conversación.

—Entiendo que el Partido Comunista chino advierte a los propietarios de las empresas del país que puede confiscar todas sus acciones si son incapaces de servir a la sociedad. Prefiero morirme antes que confiar en un organismo electo, por no hablar de un partido comunista, que tuviera ese poder. Pero, al final, nadie tiene el derecho divino a poseer nada, así que somos nosotros quienes debemos decidir de alguna manera, y prefiero que sea una selección aleatoria de mis conciudadanos quien desempeñe ese papel, en vez de cualquier otro organismo. De hecho, no se me ocurre una forma mejor de controlar al poder, público o privado.

Y así continuó el debate. Iris dudaba entre asumir el papel de abogado del diablo o apoyar con todas sus fuerzas la verosimilitud y el atractivo de la *Otra Realidad*. Eva demostraba una fascinada hostilidad. En un momento se entusiasmaba con la idea de que los bancos centrales ofrecieran una cuenta corriente y una renta universal a todos los ciudadanos; y al siguiente, se burlaba de la idea de que las empresas debieran pagar impuestos por sus ingresos, en vez de por sus beneficios. En momentos puntuales, Iris ponía a Costa y su igualitarismo recalcitrante en el punto de mira; también en esas ocasiones en las que Eva no podía evitar coincidir con ella. Costa, mientras tanto, afectado por el *jet lag* y contento de ser un mero espectador, echó una cabezada en el sofá mientras la batalla de ingenios se alargaba hasta bien entrada la noche.

El sabático

Por la mañana al levantarse, Costa descubrió que unas agotadas Iris y Eva seguían enfrascadas en el debate. Durante los tres días siguientes, continuaron las reuniones y las discusiones mientras Costa no dejaba de tomar notas, con la idea de armarse de preguntas que después plantearía a Kosti cuando volviera a San Francisco. La última noche antes de la fecha prevista para coger el vuelo de vuelta, Eva e Iris se sentaron con él para completar la lista de preguntas que debía plantearle. Pero cuando llegó el día de su marcha, y

mientras compartían una última taza de té, Iris y Eva le dijeron que aún no estaban preparadas para dejarle marchar.

En lo que para Costa era una preciosa muestra de unidad, ambas confesaron que se sentían mucho más vivas por sus extraordinarias revelaciones y el complejo experimento mental que había desatado. Iris le dijo que había disfrutado repasando algunos de los puntos más conflictivos de su pasado. Eva, por su parte, sintió un inesperado alivio después de haber podido expresar sus puntos de vista sobre el efecto perjudicial de las grandes empresas.

—Tengo pendiente darle las gracias —dijo— al bromista que te ha convencido de que es tu versión alternativa.

—Pero ¿cómo estás tan segura de que todo esto es solo un engaño? —preguntó Costa.

—¿Además de que es imposible desde un punto de vista físico? Simplemente no me lo trago..., no me trago que las masas pudieran llegar a coordinarse para derrocar el capitalismo. La solidaridad digital, lo que tú llamas la «rebelión OC», que conduce a una revolución incruenta capaz de cambiar el mundo... Suena muy bien, la verdad, más o menos como la idea de que hay hadas viviendo escondidas en un rincón del jardín. Pero, aun así, nos entristecería mucho que te fueras tan pronto.

—La física es completamente real, te lo aseguro. En cuanto a la política, bueno, ninguna revolución parece posible hasta que por fin sucede. Pero piensa un momento en todo lo que ha conseguido la acción colectiva en *Nuestra Realidad*. Tenemos la huelga de las enfermeras en Portugal en 2019, que se financió con las aportaciones de decenas de miles de ciudadanos, hasta que al final derrotaron al gobierno. Antes, en Finlandia, miles de personas participaron en un experimento sobre la renta básica universal durante dos años enteros, donando importantes sumas de dinero a completos extraños. En Nueva Zelanda, un grupo de *hackers* incluso planeó atacar las CDO de una forma muy parecida a la de los Crowdshorters. ¿Por qué, en medio de la pandemia de 2020, un hombre centenario consiguió que la gente donara más de treinta millones de libras para tu NHS (el Servicio Nacional de Salud británico) con solo dar vueltas a su jardín?^[14]. Si cualquiera de aquellas campañas hubiera decidido ir más allá y no solo ayudar a los más desfavorecidos, sino que también se hubiera propuesto castigar a los financieros responsables de la crisis económica, o a las corporaciones que destruyen el planeta, o a los gobiernos que han demostrado ser incapaces de

protegernos contra la enfermedad..., en ese caso, yo apuesto a que todo es posible.

Era evidente, por la expresión de Eva, que ella no estaba nada convencida. Pero, en aquel momento, Costa sorprendió a sus amigas con una propuesta que tampoco había pensado antes:

—¿Por qué no venís las dos conmigo, a San Francisco, para interrogar a vuestros *alter ego*?

En cuanto las palabras salieron de su boca, sonaron como la opción más evidente. La seguridad de Cerbero solo permitía el intercambio de mensajes entre remitentes que compartieran el mismo ADN. Por lo tanto, Costa no podía hacer nada más que charlar con Kosti, que ya parecía cansado de sus intercambios de mensajes. Sin embargo, no había razones técnicas por las que Iris y Eva no pudieran enviar nuevas preguntas a sus homólogas, si es que las dos estaban vivas en la *Otra Realidad* y Costa podía seguirles la pista.

—Estoy seguro de que podríais preguntarles millones de cosas que Kosti no sabría responder —dijo Costa.

Eva se encomendó a Iris, que llevaba un rato en silencio con la mirada fija en el suelo de la cocina. Cuando por fin levantó la vista y se encontró con los ojos de Eva, Costa ya sabía la respuesta.

—Quizá podría decirle a Thomas que se uniera a nosotros —dijo Eva en voz baja.

Thomas había vivido en Estados Unidos los últimos dos años, después de dejar el colegio tras la educación obligatoria, y Eva no le había visto en todo este tiempo. Evitaba el contacto, y decía a su madre que solo estaba intentando recuperar la relación con su padre y «encontrarse a sí mismo» lejos de ella. Cada vez que su nombre aparecía de repente en la conversación, Eva no podía evitar un suspiro. Pero, en esta ocasión, había pronunciado su nombre con alegría. Quizá podía proponerle un viaje a Silicon Valley, la oportunidad de visitar un laboratorio de última generación, quizá incluso echar una ojeada a un auténtico agujero de gusano...

—No obstante, debo advertirte —dijo Costa—. Si miras dentro del agujero de gusano, te arriesgas a ver verdades muy personales, y difíciles de asumir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iris.

—Justo antes de coger el vuelo y venir a veros, Kosti mencionó de pasada a alguien que se llamaba Cleo, y dijo que la adoraba. Pues, bueno, resulta que es su hija. —Costa hizo una pausa, tomó un sorbo de té y suspiró un instante—. ¡El muy cabrón tiene una vida! —Se giró hacia sus dos amigas y entonces

añadió—: Espero que estéis más preparadas que yo para esa clase de sorpresas.

6

Mercados sin capitalismo

Más personal que político

Acordar las preguntas que cada una enviaría a través del agujero de gusano fue sencillo. Pero idear un plan para presentar a Iris y Eva a Siris y Eve, los apodos con los que Costa bautizó a sus *alter ego* de la *Otra Realidad*, no lo fue tanto.

A su regreso a San Francisco, Costa presentó su idea a Kosti, quien enseguida la hizo suya. Seguía en contacto permanente con su vieja amiga Siris, y podía imaginar el modo de dar con Eve, quien, como enseguida descubrirían, era una figura destacada de la *Otra Realidad*. De hecho, Kosti ya había empezado a pensar en la mejor manera de compartir con ellas el secreto. Inspirado por el afortunado viaje de Costa a Brighton, dijo que al menos lo intentaría. Una semana después, escribió a Costa para contarle que Siris y Eve, a pesar de sus reservas, se apuntaban a la idea, aunque sería necesario demostrar unas grandes dotes de persuasión para convencerlas de que una mínima parte de aquello era real. Una semana después, a principios de junio, Iris y Eva llegaban a California para refugiarse en el laboratorio de Costa, donde compartirían una espaciosa habitación en el mismo pasillo donde, a un par de puertas, se encontraba la instalación principal del HALPEVAM. Estaban a punto de entrar en contacto con unas personas con quienes, en teoría, habían compartido la misma vida hasta septiembre de 2008. Las misivas de presentación serían vitales para convencer a ambas partes de que el agujero de gusano era real y establecer una relación de confianza.

—Antes de que empecéis a hacer preguntas —les recomendó Costa—, aseguraos de mencionar alguna anécdota que solo vosotras podáis conocer, para que puedan confiar en vosotras. Así es como conseguí que Kosti empezara a creer en mí.

A Eva ya le parecía bien que sus amigos pensarán que la caída de Lehman, en septiembre de 2008, había sido el peor momento de su vida. Le ayudaba a esconder el auténtico instante en que tocó fondo de verdad: el final de su relación con el padre de Thomas, poco tiempo después de llegar a Princeton embarazada de su hijo. La catástrofe financiera y la desintegración del modelo de mundo que llevaba en la cabeza caían en la más absoluta irrelevancia si se comparaban con el momento en que Eva se dio cuenta de que no significaba nada para él, después de haber creído que lo significaba todo. No había compartido aquel trauma con nadie.

—¿Todavía sientes su pérdida como yo la siento? —preguntó a Eve.

Mientras esperaba la respuesta de Eve, cada vez se sentía más incómoda por haber sonado tan necesitada, por no hablar de la desolación inexplicable que la invadía desde su marcha. Cuando llegó la respuesta, Eva no sabía si sentirse aliviada o avergonzada: Eve apenas le recordaba.

La sorpresa se transformó enseguida en simple curiosidad.

—¿Qué tal Thomas? —preguntó Eva.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al leer la respuesta de Eve. No había Thomas en la *Otra Realidad*; pero sí había una Agnes, su hija de nueve años. Iris siempre le recordaba a Eva un eslogan feminista de los años setenta: «Lo personal es político». Ahora se daba cuenta de que lo contrario también era verdad.

Como dos gemelas idénticas que se reencuentran, Eva y Eve profundizaron en sus respectivos pasados, ansiosas por conocer lo que habría podido ser. Eva fue quien abrió primero su corazón, y describió que la bancarrota de Lehman la había sumido en un largo periodo de inactividad, del que solo el padre de Thomas era capaz de sacarla en contadas ocasiones. Que al final, y a pesar de él, fue capaz de vencer su letargo al solicitar un puesto en el programa de doctorado en economía de Princeton. Que él nunca la dejaba sola, aprovechando la debilidad que ella sentía por su figura. Que huyó al enterarse de su embarazo. Que había dado a luz a Thomas rodeada de extraños. Que tuvo que emplearse a fondo para completar su doctorado como madre soltera. Que decidió escapar a Brighton.

Eve la compensó con creces, y le contó que el maleficio desapareció aquel mismo 2008 con la llegada de un correo electrónico a su bandeja de entrada, enviado por una persona que firmaba como Esmeralda. No era un correo personal, sino un mensaje dirigido a los muchos analistas de Wall Street que habían perdido el trabajo. Esmeralda los estaba invitando a unirse a los Crowdshorters: la banda de ingenieros financieros que, de una vez por todas,

usarían las armas de Wall Street para hundir el mercado de derivados CDO y, con él, los bancos de inversión. Atormentada por la culpa, tras haber participado en aquel fraude masivo que habían vendido como «banca de inversión», Eve pudo sentir la tentación. Cuando se lo contó a su pareja, él entró en cólera. Como había sido su jefe en Lehman, todavía se sentía con derecho a darle órdenes. Pero las opciones de Eve estaban claras: un trabajo como miembro del cuerpo especial de la nueva Administración Obama que tendría la misión de reflotar Wall Street, y que ella iba a liderar. O unirse a los Crowdshorters de Esmeralda. En realidad, no tenía elección.

Y así fue como Eve se vio en medio de la rebelión OC. Mientras Barack Obama se instalaba en la Casa Blanca, Eve se convertía en un miembro integral del equipo de los Crowdshorters en la Costa Este. Su experiencia en Lehman sería muy valiosa para desmontar los derivados que las autoridades trataban de reintroducir con el fin de reconstruir un imperio de las finanzas que acababa de implosionar.

—Vivíamos tiempos apasionantes. Nada como una tecno-revolución para agudizar los sentidos y diluir la soledad. —Con estas palabras describió a Eva aquel momento.

Un año después, Eve empezó a salir con Ebo, un compañero Crowdshorter que había iniciado su carrera revolucionaria trabajando con los Bladerunners de Akwesi, en Ghana. Había llegado a Nueva York para trabajar en una campaña conjunta que tenía como objetivo la organización de una serie de huelgas de pagos, mientras al mismo tiempo otros rebeldes lanzaban un ataque contra los instrumentos financieros que dependían de los flujos de ingresos más afectados. Mientras la revolución OC daba sus primeros frutos, Eve y Ebo trabajaban las veinticuatro horas para poder establecer las nuevas instituciones de la *Otra Realidad*.

Ebo fue subiendo de rango hasta liderar el Proyecto Movimiento Humano, una agencia internacional que facilitaría la migración de cualquier persona. Eve, gracias a su pasado en el mundo financiero, trabajó para el Proyecto Monetario Internacional —el sucesor del Fondo Monetario Internacional—, que regulaba el sistema monetario del planeta. Pero todo aquel trabajo pasó a un segundo plano cuando su hija, Agnes, vino al mundo en 2016. Aquel día, Esmeralda envió a Eve una nota manuscrita en la que podía leerse: «Que cuando crezca se convierta en una alegre enemiga de la represión».

Eva sonrió cuando se enteró de la noticia. La idea de que Thomas tuviera una especie de hermanastra resultaba extrañamente reconfortante.

Fontaneros contra camareros

A medida que pasaban las semanas, la correspondencia adquirió el inevitable tono político. La primera pregunta de Eva tenía que ver con el tema que más le preocupaba desde la lectura de los mensajes de Kostí: que las empresas no pudieran contratar a un trabajador sin antes convertirlo en socio, y en igualdad de condiciones.

—Seguro que cuando quieres cubrir un puesto de poca relevancia debes poder contratar a alguien a cambio de una simple suma de dinero, ¿no? —preguntó.

—Claro —respondió Eve—, siempre que la tarea a realizar cumpla con el Criterio de Desvinculación.

Le explicó que, en la *Otra Realidad*, se introdujo el Criterio de Desvinculación —o CD para abreviar— para diferenciar entre el valor de producción que requiere un trabajo en equipo y el valor que puede crearse y medirse individualmente. Por ejemplo, cuando alguien llama a un fontanero para que repare una cañería reventada, el trabajo que realiza puede valorarse sin tener en cuenta el resto de las tareas que otras personas efectúan en el mismo edificio. Por lo tanto, aquí se aplica el Criterio de Desvinculación y los fontaneros no tienen derecho a reclamar una acción de la empresa; solo les pagan por el servicio que ofrecen.

En cambio, los actores aportan a una obra de teatro su gracia, talento y compromiso individual. Además, uno o dos aportan su categoría de estrellas al espectáculo, lo que estimula la venta de entradas. Unos cuantos tienen papeles relevantes que les permiten lucirse. Y unos pocos son simples figurantes. Sin embargo, cualquier obra de teatro es un buen ejemplo de una producción conjunta, en el sentido de que es imposible medir objetivamente la contribución de cada uno de los participantes; desde cada uno de los actores hasta el director, el escenógrafo, el iluminador y las muchas personas involucradas. Aquí el CD no es de aplicación. En esta clase de empresas basadas en el trabajo en equipo, se mantiene la norma «una persona, una acción, un voto» por la imposibilidad de medir de manera objetiva las contribuciones individuales. Las distintas aportaciones personales se recompensan, por supuesto, con bonos y primas por cuantía de importes diferentes. Sin embargo, no legitiman la existencia de diferentes cuotas de titularidad.

—¿Y qué ocurre con el camarero eventual de una cafetería? —preguntó Eva—. ¿Aquí el CD no se aplica?

—No, no se aplica —respondió Eve—. A diferencia de un fontanero eventual, los camareros forman parte de la cultura del café, de su producto.

Explicó que, además de poner cafés, participan en la creación de la atmósfera por la que pagan los clientes. Y lo mismo ocurre también en una oficina, en una fábrica, en el estudio de un arquitecto... Allí donde el producto final refleje la cultura del lugar de trabajo y las sinergias entre todos los participantes, el CD no se aplica.

—Pero parece una locura introducir semejante grado de rigidez en el mercado de trabajo —dijo Eva—. Seguro que representa un gran obstáculo a la disposición y capacidad de las empresas para contratar nuevos empleados.

—Ahí es donde te equivocas —respondió Eve—. No puede existir nada parecido a un mercado de trabajo, y de hecho tampoco ha existido nunca.

Eve insistió en que, incluso bajo el capitalismo, en el momento en que una persona es contratada y abandona el mercado laboral, se sumerge en su perfecto opuesto: un sistema planificado, la empresa. En cualquier mercado, sobre todo en el digital, te limitas a vender y comprar, muchas veces de manera anónima. Más allá de la transacción financiera, no hay ninguna relación con la otra parte. Cuando entras en una empresa, por el contrario, cooperas, convences, propones, discutes, apoyas, prometes, inspiras, creas coaliciones, te quejas de tus compañeros..., en resumen, entras en una *relación* no regulada por los precios, igual que cuando te casas o te alistás en el ejército o formas una compañía teatral. La única diferencia entre el capitalismo y la *Otra Realidad*, continuó Eve, es el tipo de relaciones que los trabajadores viven en su día a día. Bajo el capitalismo, las relaciones dentro de la empresa son despóticas, como lo es la distribución de sus ingresos netos. Bajo el corpo-sindicalismo de la *Otra Realidad*, las relaciones son democráticas. Y también lo es la distribución de primas.

Aún insatisfecha, pero consciente de que había topado con un obstáculo, Eva decidió pasar página a regañadientes y abordar otra de las muchas preguntas que quería hacer. Una importante.

Dinero

En las clases de Eva en la universidad, el dinero era lo más difícil de explicar, incluso a los alumnos más espabilados. De hecho, la propia Eva tuvo que pasar unos cuantos meses trabajando en Wall Street para liberarse por completo de su concepción errónea sobre la creación del dinero. Como

experta en física, y antes de ensuciarse las manos en Nueva York, siempre había asumido que el banco central de un país era quien imprimía el dinero, y que desde ahí se distribuía a los bancos comerciales. Pero, si bien es cierto que así es como se crea el dinero en efectivo, esa partida solo representa el 3 por ciento del total existente. ¿Qué ocurre con el 97 por ciento restante?

Sorpresa al principio, y una corazonada después, eran las reacciones de todos los estudiantes a quienes había explicado cómo se creaba ese restante 97 por ciento... y por quién: no por los bancos centrales, sino por la banca comercial y de inversión. En aquel momento, sus alumnos solían preguntar:

—Sin acceso a unas máquinas de imprimir billetes certificadas por el Estado, ¿cómo crea dinero la banca privada?

—Simple —respondía ella—. Cada vez que un banquero aprueba un préstamo de, digamos, un millón de dólares a Juan, el típico cliente empresarial, el banquero se limita a teclear «1 000 000» en la cuenta corriente de Juan. Por increíble que parezca, no hace falta nada más. ¡Los banqueros crean dinero al conceder préstamos y teclear unos cuantos números!

El aspecto crucial, explicaba a continuación, es que esos números se teclean en una base de datos compartida —o libro mayor— a la que solo pueden acceder los banqueros. Cuando sus clientes se transfieren este *dinero* entre ellos —cuando Juan transfiere las cifras de su cuenta a la de un proveedor, digamos María, o de un constructor, Antonio, o de una empleada, Ana, y cuando a su vez María, Antonio y Ana transfieren sus números, de la misma manera, a otros a quienes deben dinero..., esas cifras solo migran de una celda de la base de datos a otra diferente. Para que este sistema sea sostenible, y no un simple esquema piramidal, solo hay una única condición: que, en algún momento del futuro, el millón de dólares que algún banquero trajo al mundo en nombre de Juan —con solo pulsar unas teclas— genere nuevos bienes y servicios cuyo valor total de mercado exceda ese millón de dólares. Es de ese excedente de donde el banquero se lleva su interés y Juan, su beneficio. A eso se refería Iris cuando hablaba de la «apuesta de un tonto» al decir que los banqueros saqueaban el valor del futuro, o cuando Costa había declarado en el pasado que el capitalismo, como la ciencia ficción, negocia con activos futuros usando dinero ficticio.

Por su propia naturaleza, cuanto más ricos se hacen los banqueros creando dinero, más dinero suelen crear. El peligro de esta clase de sistema, por supuesto, es que los banqueros acaben tecleando sumas de dinero muchísimo más grandes que el valor de mercado de los bienes y servicios creados como resultado de los esfuerzos de Juan, Ana, Antonio y María. En el instante en

que el conjunto de los banqueros ha creado unas sumas de dinero superiores a los valores resultantes, el presente ya no puede reembolsar al futuro por el dinero que le ha pedido prestado. En el momento en que Juan, Ana, Antonio y María se huelen lo que está pasando, es muy posible que pidan el reintegro en efectivo de sus cuentas corrientes, ya que tienen la sensación de que el valor total registrado en la base de datos de los banqueros es inferior al valor real de los activos de sus clientes.

—En ese momento, se produce un pánico bancario —decía Eva a sus alumnos—, y ahí es cuando el sistema se viene abajo.

En el Salvaje Oeste del capitalismo, lo que también se conoce como el «mercado de dinero y crédito», el Banco Central interpreta el papel del *sheriff* para frenar a los banqueros e impedir que inunden el mundo con cantidades ilimitadas de dinero y provoquen pánicos bancarios. Y lo consigue apuntándoles con una escopeta de dos cañones. Un cañón contiene la amenaza de que el Banco Central les dejará de prestar dinero durante un pánico bancario. El segundo cañón está cargado con un aumento de las tasas de interés, que les impondrá si al final se ve obligado a prestarles dinero. Subir las tasas de interés, o amenazar con cortar por lo sano con las entidades que prestan demasiado, son los medios de los que disponen los bancos centrales para contener la tendencia de la banca privada a engendrar más y más dinero. El truco consiste en encontrar el equilibrio perfecto: dar el margen suficiente a los banqueros para que la economía sea capaz de crecer, pero no tanto como para que el influjo de dinero supere la producción de nuevos bienes, lo que causaría que cada dólar o cada libra tuvieran menos valor en términos reales; lo que se conoce como inflación.

Pero ahora, en la mente de Eva, lo más importante era otra noticia incluida en los mensajes de Kosti: que los bancos se habían convertido en estructuras redundantes después de la revolución OC, y por dos grandes razones. La primera era la defunción de las bolsas mundiales, que bajo el capitalismo eran la causa de un gran porcentaje del dinero creado por los bancos privados. La otra, y fundamental, era la provisión por parte de los bancos centrales de una cuenta PerCap a todos los residentes, que se dividía en otras tres cuentas gratuitas: Patrimonio (un fondo fiduciario para cada niño), Dividendo (donde se deposita el dividendo básico universal de cada persona) y Acumulación (una cuenta de ahorro estándar donde se acumulan todos los ingresos privados). Todo esto le parecía bastante sencillo, pero Eva no acababa de comprender un par de cosas. ¿Cómo se creó el PerCap? ¿Y cómo regula el Banco Central la reserva total de dinero para permitir el crecimiento

económico, pero sin que la inflación se les vaya de las manos? ¿Se limitaba a incrementar el Dividendo, por ejemplo, para aumentar la cantidad de dinero en el sistema? Si los únicos préstamos disponibles para las empresas provenían de personas individuales y estaban avalados por los ahorros, ¿se limitaba a dictar el incremento de la tasa de interés que el prestamista debía imponer, en el caso de que el Banco Central quisiera enfriar un poco la economía? ¿El Banco Central, en otras palabras, tenía un monopolio absoluto sobre la creación de dinero y crédito, o sea, sobre todo el sector financiero? ¿No era aquello una concentración de poder increíblemente peligrosa, por no mencionar su ineficiencia? Las respuestas de Eve le dieron una buena cantidad de material para reflexionar.

Eve le explicó que la migración de las cuentas de los bancos comerciales al nuevo sistema, basado en un único banco central, fue gradual, y que se aplicó a distintas velocidades en cada país. En Estados Unidos empezó en 2012 y se completó en 2018. En Gran Bretaña empezó un poco más tarde, para terminar en 2019. En Europa, Latinoamérica, la India y otros territorios aún requirió más tiempo. China fue el país que se movió más deprisa, y para finales de 2012 ya había puesto en marcha su propia versión del sistema.

Todo empezó en Estados Unidos, con el propósito de demostrar a los ciudadanos que la Fed, el Banco Central del país, estaba ahí cubriéndoles las espaldas. A comienzos de 2011, mientras la rebelión OC se iba consolidando, todas las personas con un número de la Seguridad Social recibieron una cuenta de la Fed llamada «Capital Personal», su PerCap. Arrancó a pequeña escala, ya que la Fed abonaba cantidades modestas, de unos doscientos dólares al mes para cada cuenta. Aquel dinero no podía convertirse en efectivo, pero sí podía transferirse a cualquier otra cuenta PerCap con total libertad, usando un PIN, y también podía utilizarse para pagar impuestos. De este modo, se convirtió en un método de pago aceptado entre personas que tuvieran que pagar impuestos, o que realizaran transacciones con empresas o particulares que pagaran impuestos... ¡en la práctica, todo el mundo!

La gente se gastaba aquellas pequeñas cantidades bastante rápido, ya fuera para pagar impuestos o para saldar deudas entre particulares. Pero como la suma mensual de cada PerCap era muy modesta, la gente aún dependía de sus cuentas en los bancos comerciales. Para animar a la ciudadanía a transferir sus ahorros desde los bancos comerciales a su cuenta PerCap de la Fed, las autoridades lanzaron una oferta muy atractiva. Primero, crearon una segunda cuenta para todo el mundo, a la que llamaron «Acumulación» para diferenciarla de la primera, que ahora llevaría el nombre de «Dividendo».

«Este es el trato —explicaron a todos los residentes en Estados Unidos—: por cada mil dólares que transfieras a tu cuenta Acumulación del PerCap, podrás ahorrar en tus impuestos hasta cincuenta dólares, o un 5 por ciento, siempre que tengas el dinero en la cuenta un mínimo de un año». En otras palabras, los estadounidenses tendrían la posibilidad de ahorrarse el 5 por ciento de sus impuestos si los pagaban con un año de antelación, mientras aún conservaban el derecho a cambiar de opinión y gastarse el dinero en cualquier momento. Como los bancos comerciales nunca podrían permitirse ofrecer a sus clientes una tasa de interés del 5 por ciento de sus ahorros, y carecían de la autoridad para ofrecer beneficios fiscales, el dinero empezó a migrar de las cuentas de los bancos comerciales al fondo PerCap de cada ciudadano en la Fed.

Cuando los clientes recibieron tarjetas de débito y *apps* móviles asociadas a sus cuentas Acumulación y Dividendo del PerCap, la mayoría tuvo la tentación de transferir su dinero a la Fed. El gran atractivo era la perspectiva de obtener un beneficio fiscal del 5 por ciento, o sea, una cuenta con un 5 por ciento de interés; pero también lo era la ausencia de comisiones, burocracia y escándalos de todo tipo. Después de retirar sus depósitos de los bancos comerciales y enviarlos a las cuentas Acumulación, los ciudadanos ya no tenían la necesidad de transferir su dinero desde su cuenta actual a otro fondo especial de ahorro para poder recibir un interés; y no había ventanillas, todo se hacía automáticamente. ¿Por qué ceñirse a unos bancos comerciales que pagaban un interés minúsculo y que cobraban comisiones por cualquier transacción?

El siguiente incentivo llegaría con el anuncio de la Fed de que cada recién nacido tendría una cuenta Patrimonio. Al principio, contendría 100 000 dólares; aunque, por supuesto, aquella cantidad no podría utilizarse hasta que el niño se convirtiera en adulto y tuviera un plan para usar el dinero. Los agradecidos padres, atraídos por las becas Patrimonio de sus hijos, empezaron a utilizar sus cuentas PerCap aún con mayor frecuencia.

En 2019, la mayoría de las transacciones habían abandonado la base de datos compartida de la banca, el sistema de pagos interbancario, y ya se alojaban en los libros de la Fed, donde estaban todas las cuentas PerCap. Este sistema alternativo de titularidad pública, basado en la infraestructura de la Fed, estaba evolucionando de manera natural para llegar a convertirse en una institución formidable. Un año antes, se abolieron todos los impuestos individuales y el impuesto al consumo, el IVA, pero las autoridades decidieron mantener el tipo de interés efectivo en el 5 por ciento, como incentivo para que la gente ahorrara más. ¿Cómo aplicar la oferta cuando ya

no era posible ofrecer beneficios fiscales a título individual? Muy sencillo: por cada 100 dólares ahorrados y sin gastar en un PerCap, el titular de la cuenta recibiría cinco dólares extra a los doce meses. El sistema de pagos inclusivo de la Fed enseguida se convirtió en un bien tan querido ypreciado como las bibliotecas públicas del pasado. Incluso adoptó un nombre muy apropiado: «Jerome», una inspirada propuesta de un Crowdshorter con ganas de dejar las cosas bien claras después de descubrir que san Jerónimo (Jerome, en inglés) era el santo patrón de los bibliotecarios. Para 2020, Jerome, la base de datos de la Fed que contenía las tres cuentas PerCap (Patrimonio, Dividendo y Acumulación) de cualquier ciudadano, y que permitía transferencias instantáneas y gratuitas, había provocado la extinción del sistema privado de pagos interbancario, plagado de comisiones, y que los banqueros comerciales controlaban desde hacía siglos bajo el régimen capitalista.

Eva se llevó toda una sorpresa cuando descubrió que los rebeldes OC también tenían el instinto de desconfiar de los bancos centrales, incluso después de ponerlos bajo su control. Sobre la entrada de la Reserva Federal, en Washington D.C., el equipo de Esmeralda grabó una advertencia inequívoca: CUIDADO CON EL PODER DE CREAR DINERO, PORQUE HACE A LA ÉTICA LO QUE EL AGUA HACE A LA SAL. Como explicó Eve, los rebeldes OC tenían muy presente la forma en que, a principios de los años setenta, los gobiernos habían engañado a los trabajadores: a pesar de que veían subir sus salarios, los bancos centrales habían creado tal montaña de dinero fresco que el valor real de sus nóminas se hundió por la rampante inflación.

Para evitar que los encargados de Jerome pudieran hacer un mal uso del sistema, los rebeldes OC impusieron una política de absoluta transparencia. Todas las transacciones de Jerome se coordinaban a través de un ingenioso algoritmo que, en palabras de Eve, permitía que todos los pagos o transferencias fueran absolutamente privados, mientras, al mismo tiempo, cualquiera podía ver cuánto dinero en total chapoteaba dentro del sistema. En otras palabras: las autoridades no podían crear más dinero —por la presión, por ejemplo, de intereses particulares— sin que se enterara todo el mundo.

Eva se quedó muy impresionada cuando descubrió que unos rebeldes de izquierdas también se preocupaban de la inflación, lo que entraba en total contradicción con su idea de que esas cuestiones eran exclusivas de los economistas liberales y los políticos conservadores. Al fin y al cabo, Margaret Thatcher y Ronald Reagan se habían hecho un nombre por atacar sin demasiada concreción a los gobiernos de centroizquierda alegando que la

inflación campaba a sus anchas por haber impreso demasiado dinero, y todo para ganarse el favor de los pobres y los sindicatos.

Sin embargo, los miedos de los rebeldes OC tenían una inspiración distinta: la convicción anarcosindicalista de que la ética se diluye cuando se combina con la concentración de poder; y que, por lo tanto, resulta necesario proteger de la inevitable tentación a quienes toman las decisiones en los bancos centrales. Mientras su simpatía por los rebeldes aumentaba con todo lo que aprendía, Eva se preguntaba qué pensarían esos banqueros anarcosindicalistas de la *Otra Realidad* si supieran del comportamiento de los bancos centrales de América, Gran Bretaña y Europa después de 2008 y, por supuesto, después de 2020: creando billones de dólares, libras y euros para el 0,1 por ciento ultrarrico, mientras las masas se partían la espalda trabajando por una miseria.

Entre las prestaciones de Jerome que habían despertado el entusiasmo de Eva, había que destacar su arquitectura digital completamente descentralizada. Este punto tenía una gran importancia, tanto desde una perspectiva tecnológica como política. En cuanto a la tecnológica, significaba que todos los datos relacionados con los pagos de Jerome sobrevivirían en caso de daño o destrucción. En cuanto a la política, las consecuencias eran aún más importantes, porque nadie podría tener un acceso o un control absoluto sobre la información; ni siquiera el Banco Central. A Eva, aquel sistema descentralizado de pagos le resultaba familiar. Así que preguntó a Eve quién lo había diseñado.

—Por lo que parece —respondió Eve—, el código informático que al final se convertiría en la base de Jerome surgió de la nada en octubre de 2008. Creo que un *hacker* anónimo lo publicó en un chat de internet. El nombre del usuario era «In-Cognito», pero, fuera quien fuese, su nombre nunca salió a la luz pública para reclamar la gloria que merecía.

Eva pensó que tenía sentido. In-Cognito debía ser el mismo equipo o individuo anónimo que decidió llamarse Satoshi Nakamoto, el inventor del Bitcoin. Sus sistemas parecían idénticos. Por supuesto, la diferencia era que, en *Nuestra Realidad*, el Bitcoin fue evolucionando hasta convertirse en un esquema piramidal de hiperespeculación, mientras que, en la *Otra Realidad*, donde el dinero y las empresas se habían democratizado, el sistema se convirtió en la plataforma para construir un sistema de pagos simple y de titularidad estatal, parecido a las aburridas, pero siempre magníficas, bibliotecas públicas.

Mientras tanto, la introducción de la legislación corpo-sindicalista, que había puesto fin a las acciones negociables, asestó el golpe definitivo a la banca de inversión. En pocos años, el dinero en efectivo y los mercados de valores, las bolsas, habían desaparecido casi por completo, y solo el dinero digital que llevaba el imprimátur del Banco Central y que circulaba de un PerCap a otro era la moneda de curso legal. El final de la banca comercial y de inversión no se tradujo, sin embargo, en un monopolio estatal sobre los préstamos y el crédito. Ocurrió todo lo contrario.

Aparecieron infinidad de grupos basados en entes locales que se dedicaban a ofrecer préstamos, subiendo así al carro de Jerome el sistema de pagos gratuito y digital del Banco Central. Aquellos agentes monetarios cooperativos reunían los fondos de los ahorradores dispuestos a prestar una parte del PerCap que tenían en sus cuentas Acumulación o Dividendo, y los usaban para dar créditos a las empresas que consideraban más eficientes y que, por lo tanto, tenían un menor riesgo, mientras cobraban una modesta comisión a ambas partes. Las dos grandes diferencias entre aquellos corredores monetarios y los banqueros capitalistas eran, primero, que se trataba de sociedades que no se dividían en acciones y, sobre todo, que solo podían prestar un valor que individuos y empresas ya habían creado y almacenado, ya que tenían prohibido saquear el futuro a través de estructuras de crédito ilimitado.

Respecto a la pregunta de Eva sobre la cantidad total de dinero que circulaba en la economía, el acta constitutiva del Banco Central no podía ser más clara. La cantidad de dinero se ajustaba constantemente para regular los precios y facilitar la producción de bienes y servicios que resultaran valiosos a la sociedad. Cuando el promedio de los precios superaba un determinado umbral, el Banco Central incrementaba el interés que ofrecía a los ciudadanos que ahorraban con sus PerCap, estimulando de este modo que el público redujera el gasto. En otros momentos, cuando se consideraba que la actividad económica se había ralentizado, el Banco Central reducía el tipo de interés o aumentaba la cantidad universal que pagaba a todas las cuentas Dividendo del PerCap.

Cuando Eva preguntó si los bancos centrales seguían siendo independientes del gobierno de turno, como en teoría lo son el Banco de Inglaterra o la Fed en *Nuestra Realidad*, obtuvo una nueva respuesta típicamente *Otra-Realidad-ista*: los bancos centrales seguían siendo independientes del gobierno, pero no de la sociedad. Sus comités, que tomaban todas las decisiones relativas a la masa monetaria, se convocaban y

se supervisaban desde una asamblea ciudadana dedicada a la materia, formada por un comité rotativo elegido al azar usando un algoritmo que garantizaba una justa representación de todos los miembros de la sociedad.

El terror ancestral de Eva a la idea de un monopolio estatal sobre los servicios financieros empezó a desvanecerse cuando oyó todo aquello de un bullicioso mercado de crédito descentralizado. Amainó aún más cuando se enteró de la existencia de asambleas monetarias ciudadanas. Y casi desapareció del todo cuando descubrió, gracias a Eve, que existía una multiplicidad de divisas locales que convivían con la del Banco Central. Como explicó Eve, cualquier grupo que quisiera crear su propia divisa recibía las herramientas digitales necesarias y una licencia de actividad, y solo se imponía una pequeña tasa cuando alguien quería canjearla en moneda nacional. Como resultado, desde el norte de California a la Creta natal de Kosti, las autoridades locales habían lanzado sus propias monedas digitales para hacer transacciones en sus comunidades a partir de un modelo muy similar al de Jerome, con la ventaja de que conservaban el valor producido dentro de su mismo territorio. A diferencia de lo que ocurre en *Nuestra Realidad*, donde el valor que se produce en Aberdeen puede emigrar a Londres con total libertad, en la *Otra Realidad* se puede regular cualquier transferencia de riqueza con solo aumentar o reducir la tasa que se impone al cambio de la moneda local por la nacional, en proporción al desequilibrio de riqueza y flujo comercial entre ambas ciudades.

Impresionada por las innovaciones aplicadas en las administraciones locales, Eva estaba impaciente por averiguar cómo funcionaban las cosas en el ámbito internacional. Si había un sistema que regulaba los desequilibrios entre Aberdeen y Londres, ¿se habrían instaurado otros mecanismos similares para reducir los desequilibrios comerciales, por no mencionar las injusticias, entre, por ejemplo, Gran Bretaña y Botsuana? Como respuesta, Eve empezó a describir lo que a Eva le parecería la característica más intrigante del sistema monetario internacional de la *Otra Realidad*.

Comercio

Como trabajadora del Proyecto Monetario Internacional, el PMI, la institución que sucedió al FMI, Eve se encontraba en el lugar perfecto para responder a las preguntas de Eva. La primera sorpresa llegaría en la forma de una acusación contra el FMI, antes de que en 2013 se transformara en el PMI.

—Nuestro trabajo en el PMI —anunció Eve— es hacer exactamente lo contrario de lo que el FMI solía hacer.

En efecto, el FMI tiene bastante mala fama en *Nuestra Realidad*. Desde los años setenta, ha prestado dinero a países en bancarrota bajo unas condiciones que, para sus ciudadanos, son el equivalente a vivir esclavizados por la deuda. En general, cuando un país de África, Latinoamérica o, en los últimos tiempos, Europa ya no puede devolver las deudas que su gobierno ha contraído con los banqueros extranjeros, el FMI da un paso adelante para prestar el dinero bajo unas condiciones neocoloniales: transferencia completa de las propiedades públicas a la oligarquía internacional, cierre de escuelas y hospitales, recortes en las pensiones y los salarios para la gran mayoría hasta caer por debajo del nivel de la pobreza. Cada vez que el FMI hacía una de sus visitas, dejaba a su paso un agujero negro cargado de dolor.

Pero, según Eve, el PMI no se dedicaba al negocio de prestar dinero. Con la desaparición de la banca privada, el mundo ya no necesitaba a un despiadado recaudador internacional, que es precisamente en lo que se había convertido el FMI. La misión del PMI era, por un lado, estabilizar la economía global y, por otro, invertir dinero en las regiones del mundo que lo necesitaran para desarrollarse, pero sin llegar a contraer una deuda enorme.

—¿Me estás diciendo que los socialistas han inventado por fin el árbol mágico del dinero que siempre habían soñado? —preguntó Eva.

Impertérrita, Eve tuvo que recordar a su *alter ego* una cosa que ambas ya sabían: el árbol mágico del dinero se había inventado hacía unas cuantas décadas, por obra y gracia de banqueros como Lehman, su antiguo patrón. Eve respondió que no, que el PMI imponía un par de tasas a los exportadores netos de dinero y bienes que permitían estabilizar el comercio mundial y el flujo monetario global. Los ingresos de esas tasas se canalizaban entonces como fondos gratuitos destinados al desarrollo de las regiones menos aventajadas del planeta.

Desde hace décadas, algunos países de *Nuestra Realidad* son exportadores netos, mientras que otros son importadores absolutos. Por ejemplo, Alemania siempre ha exportado mucho más a Grecia y otras naciones de lo que ha importado de esos mismos países. Para Alemania, ese fenómeno se traduce en un superávit comercial; un reflejo en el espejo del déficit comercial de Grecia. Se trata de una situación muy común, incluso entre países ricos. Por ejemplo, Gran Bretaña vive en un permanente déficit comercial con Alemania y, de hecho, con el resto del mundo desde la Segunda Guerra Mundial, como también le ocurre a Estados Unidos. Desde los años sesenta del siglo pasado,

Estados Unidos compra más productos a Alemania, Japón y China de los que exporta a esos países. El problema aparece cuando esos permanentes desequilibrios comerciales crecen... y crecen... y crecen.

Un déficit comercial que no para de crecer siempre acaba dando problemas, porque para pagar, por ejemplo, las importaciones de coches alemanes, un país deficitario como Grecia cada vez tiene que pedir prestado más dinero al país con superávit, o de lo contrario no podrá permitírselas. Lo mismo ocurre con Estados Unidos: después de décadas de déficits comerciales con Japón, Europa y China, el único sistema que ha encontrado para conservar su condición de superpotencia ha sido aumentar su dependencia de Wall Street con el objetivo de atraer el dinero de los bancos chinos, los capitalistas japoneses y los oligarcas europeos. Pasarse la vida pidiendo dinero a Juan para pagar a Antonio es una estrategia condenada al fracaso, pero solicitar créditos a Antonio para pagar a Antonio resulta aún más estúpido, ya que los países con déficit entran en una espiral de deuda todavía mayor, además de aumentar su dependencia de unos banqueros en los que nunca se ha podido confiar.

El problema empeora cuando los préstamos para pagar las importaciones netas de un país se contabilizan en una moneda ajena. Por ejemplo, a Argentina, que tiene el peso como moneda, le resulta imposible pedir dinero en su propia divisa a los bancos estadounidenses para pagar, por ejemplo, sus importaciones de petróleo. El motivo es que los bancos norteamericanos temen que el peso se acabe devaluando, lo que al final les haría perder mucho dinero. Así pues, Argentina se ve obligada a pedir dinero en dólares, a pesar de que el Banco Central argentino solo puede imprimir pesos. De forma parecida, Grecia utiliza el euro, una moneda que no puede acuñar.

En el momento en que los banqueros estadounidenses dejan de prestar dinero a Argentina, el país es incapaz de refinanciar su montaña de deuda en dólares. En Grecia, de nuevo, ocurre algo parecido. A pesar de que tiene la misma divisa que Alemania, el euro, el déficit comercial crónico de Grecia con Alemania se traduce en un flujo constante de euros prestados desde Alemania a Grecia, para que así los helenos puedan seguir comprando más y más productos germanos. Cualquier interrupción en el flujo de nuevos préstamos desde el país con superávit al país con déficit provoca que todo el castillo de cartas se venga abajo. Y ahí es cuando entra el FMI. Sus empleados se trasladan a Buenos Aires o Atenas, se dirigen en sus limusinas negras al despacho del ministro de Economía y plantean sus condiciones: te dejaremos los dólares o los euros que necesitas, pero con la condición de que

empobrezcas a tu gente y vendas la cubertería de plata de la familia a nuestros colegas, los oligarcas de este país y del resto del mundo. O algo muy parecido.

Ahí es cuando las pantallas de televisión se llenan de imágenes de manifestantes iracundos, y muchas veces hambrientos, en Atenas o Buenos Aires. En repetidas ocasiones, la historia nos ha enseñado que las recesiones económicas periódicas que surgen como resultado de los desequilibrios comerciales envenenan la democracia del país deficitario mientras fomentan el desprecio hacia su población en el que tiene superávit, lo que a su vez provoca la aparición de una creciente xenofobia en el primero. En pocas palabras, los países con un déficit comercial sostenido —y con superávit, el reflejo en el espejo— nunca acaban bien.

¿Y qué hace el PMI en la *Otra Realidad* para evitar semejante tragedia? Eve lo explicó con mucho gusto. Para empezar, el PMI emite una nueva moneda digital, llamada «Kosmos». Esta medida se acordó en el congreso inaugural del PMI, celebrado en Bombay en 2015. Allí se decidió que los Estados nunca imprimirían los Kosmos en papel, y que tampoco los usarían para realizar transacciones reales entre personas o empresas. Solo se utilizarían en operaciones contables entre distintos países y bloques comerciales. En las calles de Londres o Birmingham, la gente sigue haciendo sus transacciones en libras; los estadounidenses, en dólares; los japoneses, en yenes. Del mismo modo, nadie nota ninguna diferencia al viajar al extranjero o importar bienes. Los británicos que viajan a China o que compran un ordenador en Japón todavía necesitan el renminbi y el yen.

La gran novedad fue que, desde aquel momento, todo el comercio entre países o bloques afiliados al PMI se realizaría en Kosmos, o «K» para abreviar. Cuando, por ejemplo, un coche alemán cruza el Atlántico para venderse en Estados Unidos, el comprador paga en dólares y el fabricante germano cobra en euros. Salvo que, en el proceso, los dólares se convierten primero a K antes de transformarse de nuevo en euros. El PMI, que anota en un registro todas las transacciones, añade entonces esa suma de K al cómputo total de importaciones de Estados Unidos y al cómputo total de exportaciones de Alemania. Con cierta periodicidad, el PMI penaliza a cada país en proporción a su déficit o superávit comercial. Por ejemplo, si el comercio entre Alemania y Estados Unidos está demasiado descompensado, ambos países tienen que pagar la Tasa de Desequilibrio Comercial. Funciona de manera automática, a partir de un principio muy sencillo: el PMI retiene una cantidad de K de la cuenta del Banco Central alemán equivalente al superávit

comercial de Alemania con Estados Unidos. Y también retiene una cantidad equivalente de K de la cuenta de Estados Unidos en el PMI en proporción al déficit comercial de Estados Unidos con Alemania.

Eva quería saber qué hace el PMI con esos K que retiene.

—Se transfieren a un fondo común llamado «Depósito de Desarrollo y Redistribución Internacional». (DDRI) —explicó Eve—, que los utiliza para financiar inversiones sostenibles, especialmente en sanidad pública, educación, redes de energías renovables, sistemas de transporte y agricultura ecológica. La mayoría se invierte en las regiones menos desarrolladas del mundo, entre las que también se incluyen zonas de Estados Unidos o incluso de Alemania; regiones con niveles muy bajos de ahorro doméstico. Además, los fondos DDRI financian los flujos migratorios en asociación con el Proyecto Movimiento Humano, donde trabaja Ebo, mi pareja. Lo que hace que todo ese dinero sea tan eficiente es que no son préstamos, sino transferencias.

»—Para no tener que pagar esa tasa —continuó Eve—, un país necesita exportar en Kosmos más o menos el mismo valor en bienes y servicios que importa. Al principio, se decidió que la tasa debía fijarse en un 5 por ciento de los déficits y los superávits, para subirla al 10 por ciento antes de 2031. En la práctica esto significa que, durante este año, 2025, cualquier país que tenga un déficit comercial de 100 000 millones de K tendrá que pagar al PMI 5000 millones de K, un dinero que irá a las regiones y personas más pobres del planeta. Y lo que aún es más importante: se aplica la misma tasa a un país que tenga un superávit comercial por valor de 100 000 millones de K.

»—La belleza de la Tasa de Desequilibrio Comercial es que funciona bien incluso cuando no cumple su cometido. Si penalizando los desequilibrios se pueden compensar los flujos comerciales, pues fantástico. Pero, incluso cuando la tasa demuestra ser incapaz de eliminar del todo los desequilibrios comerciales, sigue generando unos fondos que se invierten directamente en regiones subdesarrolladas a través del DDRI. Y eso no es todo.

»—El secreto de la armonía económica y política en el mundo —explicó Eve— reside en la reducción de todos los desequilibrios a escala global; no solo los desequilibrios en el flujo de bienes y servicios, sino también en el flujo monetario de un bloque económico a otro, de un país a otro.

Eve siguió explicando que, durante el congreso del PMI celebrado en 2021 en Shanghái, se amplió el sistema de pagos en Kosmos para evitar las entradas repentinas de dinero especulativo en las economías de los países más pobres. En *Nuestra Realidad*, esas invasiones se asemejan a una plaga de

langostas. Cada vez que Wall Street huele la oportunidad de un lucrativo negocio en un país pobre —el descubrimiento de un yacimiento petrolífero, una gran subida de los precios de la vivienda, una nueva cosecha de soja—, inunda el lugar con su dinero fácil. En muy poco tiempo, esa riada infla los precios de la vivienda y la bolsa del país. El aparente enriquecimiento nacional lleva a sus habitantes a hacer cosas estúpidas: piden dinero prestado para subirse al carro de los beneficios, normalmente invirtiendo en *elefantes blancos*^{15]}. En poco tiempo, la burbuja explota. Como Wall Street siempre reacciona deprisa y tiene acceso a la mejor información, recoge su dinero en cuanto se huele el peligro y, poco después, el conjunto de la economía se hunde.

Para controlar esas invasiones de dinero y los éxodos de capital que se producen a continuación, el PMI instituyó una segunda penalización: la Tasa al Repunte de la Financiación. Es, en pocas palabras, una tasa que grava el dinero transferido a otros países, que se aplica a partir de un cierto umbral, y que aumenta en proporción a la velocidad y el volumen de dichas transferencias. Cuando se aplica la tasa, el PMI retiene una determinada cantidad de K de cualquier transacción entre, por ejemplo, Estados Unidos y Brasil, en proporción al volumen del repunte. Como ocurre con la Tasa al Desequilibrio Comercial, los K que retiene el PMI se transfieren de manera automática al DDRI.

—De hecho, al mover la riqueza al sur del planeta —añadió Eve—, estas medidas han dado a los gobiernos de los países en vías de desarrollo la libertad para acordar unos límites de emisiones más estrictos, como parte de nuestro *Green New Deal* internacional.

La última pregunta de Eva era de naturaleza técnica:

—¿Cómo se fija la tasa de cambio entre los K del PMI y todas las divisas nacionales?

—Lo hago yo —respondió Eve, medio bromeando.

Eve explicó que trabajaba en la Directiva de Subastas de Divisas del PMI, un departamento que cada día organiza una licitación internacional para fijar las tasas de cambio apropiadas, con la idea de que la demanda de cada moneda, expresada en K, se corresponda de la forma más exacta posible con la cantidad en oferta de dicha divisa por parte de su Banco Central y otros actores privados.

El PMI, en resumen, había instituido un sistema de disciplina global, prácticamente automático y basado en el concepto de mercado, con el potencial de nivelar los flujos comerciales y monetarios. El sistema

incorporaba un mecanismo para generar un dinero que financiara la transición de las regiones en vías de desarrollo hacia formas de energía de bajas emisiones, transporte sostenible y cultivos de agricultura ecológica, además de proporcionar unos sistemas de sanidad y educación más que decentes. Y todo ello dependía del acuerdo internacional —que se alcanzó primero en Bombay, en 2015, y después se amplió en Shanghái, en 2021— que estipuló que todos los flujos comerciales y monetarios pasarían a través de los registros digitales del PMI y se contarían en K.

Eva tuvo que reconocer que estaba bastante impresionada.

La tierra

El 27 de enero de 1967, el mismo día que tres astronautas de la NASA murieron durante un simulacro de lanzamiento, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña firmaron el Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre. Determinaba que cualquier país tenía derecho a explorar la Luna y el resto de los cuerpos celestes, pero que nadie podría atribuirse la propiedad de una parte o la totalidad de un satélite o planeta «por reivindicación de soberanía, uso u ocupación, ni de ninguna otra manera». Desde que Eva había descubierto la existencia de aquel oscuro tratado, siempre había deseado que pudiera aplicarse también en la Tierra.

Como verdadera liberal, Eva desdeñaba los monopolios. Y en su cabeza no podía existir un mayor monopolio que la propiedad de un trozo de tierra. Su figura histórica favorita en Inglaterra, John Stuart Mill, escribió que los terratenientes «se enriquecen, como si estuvieran durmiendo, sin trabajar, arriesgarse o economizar... ¿En qué habrían de salir perjudicados —se preguntaba Mill— si la sociedad, desde un principio, se hubiera reservado el derecho de gravar los aumentos espontáneos de la renta, hasta la cantidad más elevada requerida por las exigencias financieras?». Otro de los héroes de Eva, el economista francés Léon Walras, había ido aún más lejos. Defendía que la tierra debía ser de titularidad estatal; y las rentas devengadas, pagadas a la ciudadanía como un dividendo social, ya fuera en forma de dinero o de servicios públicos.

Así pues, Eva se quedó aún más impresionada cuando descubrió que, en la *Otra Realidad*, la idea de Walras había sido adoptada y convertida en ley. En sus mensajes, Eve explicó que, en una sorprendente revocación de la ley de cercamientos, que en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX había

privatizado las tierras comunales y desatado el capitalismo, en la *Otra Realidad* todas las escrituras de propiedad sobre la tierra se habían transferido a las autoridades regionales. La Ley de Reforma del Suelo aprobada en el Reino Unido en 2017 establecía una autoridad común sobre las tierras en cada municipio. Algo similar apareció en Estados Unidos un año más tarde, cuando el Congreso aprobó la Ley de Fideicomisos sobre el Suelo. A ambos lados del Atlántico, las escrituras de propiedad vitalicia de cada municipio se transfirieron enseguida a sus gComms, la abreviatura con la que se bautizó a los organismos que regulaban las tierras locales. Para tranquilizar a los actuales propietarios de los terrenos, las leyes incluían unas disposiciones transitorias que garantizaban a los terratenientes privados un alquiler gratuito de carácter vitalicio. En cuanto a las empresas, el cambio al «una persona, una acción, un voto» simplificó los acuerdos con las autoridades sobre el uso de las tierras.

En pocas palabras, Eve describió que cada gComms dividía sus tierras en zonas sociales y zonas comerciales. Cobraba un alquiler en las zonas comerciales para financiar vivienda pública y nuevos espacios para iniciativas comunitarias en sus zonas sociales. Había dos clases de zonas comerciales. La primera correspondía a los terrenos para construir viviendas, que ocuparían quienes tuvieran la capacidad y la disposición de pagar los precios del mercado. La segunda clase era el espacio comercial para las empresas. La clave de todo el sistema era el Plan de Subarrendamiento Permanente por Subasta (PSPS), un mecanismo que los rebeldes OC habían diseñado para que los ayuntamientos pudieran obtener la mayor renta posible de sus zonas comerciales.

La esencia del PSPS era muy simple. A disposición del público en las webs de cada gComms, el PSPS era una lista completa de todos los edificios de una zona comercial. A principios de año, cualquier ocupante de un edificio de una zona comercial, ya fuera una empresa o un residente, tenía que visitar la web del PSPS y, junto al nombre del inmueble donde vivía o trabajaba, introducir una cantidad que, según su criterio, equivaliera a su valor de mercado. Entonces, el PSPS se encargaba de calcular su alquiler mensual, a partir de un porcentaje fijo del valor de mercado que la persona había declarado. Sin inspecciones. Sin ventanillas. Sin regateos con los gComms sobre el precio del alquiler o el «verdadero» valor de mercado del inmueble.

¿Y qué impedía que los ciudadanos que usaban el suelo de una zona comercial infravaloraran sus inmuebles? La respuesta se hallaba en otra característica del PSPS: una sala de subastas virtual donde cualquier visitante

de la página web podía pujar por el edificio que quisiera —cualquier tienda u oficina, cualquier casa o piso— dentro de una zona comercial. Quien ofreciera un alquiler anual más elevado que el ocupante actual tendría derecho a convertirse en el nuevo inquilino; después de un periodo de transición adecuado, por supuesto, cuya duración dependía de la clase de edificio y las circunstancias de sus ocupantes. Esta subasta permanente garantizaba la honestidad de los ocupantes. Asigna un valor demasiado elevado al local que ocupas, y pagarás un alquiler excesivo. Bájalo demasiado, y te arriesgas a que te echen.

En el PSPS, Eva reconocía eso que los economistas académicos denominan un «diseño de mecanismos por el principio de revelación»: acuerdos que animan a los individuos a actuar con honestidad, como en el famoso método de dividir un pastel entre dos personas, en el que uno corta el pastel y el otro escoge la porción que desee. Cuando, más adelante, Eva habló con Costa sobre el PSPS, él también reconoció el modelo, pero en un contexto un poco diferente.

—Suenan como una antídosis inversa —murmuró.

Eva tuvo que buscar el término por internet. Descubrió que, en la Antigua Atenas, el *demos* había decretado que los ciudadanos ricos tenían el deber de pagar por unos servicios públicos concretos, las liturgias. La justificación de la medida se basaba en la creencia generalizada de que, como la ciudad hacía posible la riqueza privada, el *demos* que gobernaba la ciudad tenía el derecho de plantear esta clase de exigencias a los ricos. Los individuos que, según había decretado la asamblea, debían pagar por, digamos, la representación de una obra de teatro, tenían dos opciones: pagar o, si creían que su designación era injusta, presentar una antídosis.

Una antídosis era una demanda legal. Cuando la asamblea decidía, por ejemplo, que Critón tenía que pagar por una obra de teatro o una ceremonia religiosa, él tenía el derecho de alegar que la ciudad debería haber escogido a, digamos, Fedón porque, en opinión de Critón, sus circunstancias eran mucho mejores. Si Fedón no estaba de acuerdo, tenía el derecho a negarse, pero solo si estaba dispuesto a aceptar que todas sus propiedades pasaran a manos de Critón, mientras que él, a cambio, recibía las de este último. Con este sistema, Critón tenía que pensárselo muy bien antes de declarar que Fedón era más rico, y Fedón reflexionaba un buen rato antes de manifestar su desaprobación.

El PSPS se había diseñado de forma parecida, pero al revés: en vez de actuar como una salvaguarda para los ciudadanos a quienes se atribuía

injustamente una mayor riqueza, impedía que un ocupante de un local o una vivienda declarase un valor inferior al real y mangoneara a la comunidad.

Las dudas y preguntas de Eva eran numerosas. ¿Cómo se distribuían el suelo y las casas en las zonas sociales? ¿Quién se quedaba con las casas más bonitas de titularidad municipal? ¿Cómo te cambiabas de casa? Y, sobre todo, ¿quién dirigía los gComms? Sin embargo, y a pesar de una cierta inquietud por que todo el sistema abriera la puerta a un colectivismo autoritario, Eva no podía esconder su admiración por el PSPS: un mecanismo de mercado automatizado y desarrollado que, en ausencia de propiedad privada, revelaba el verdadero valor del suelo y contribuía enormemente a la creación de proyectos públicos en condiciones de total transparencia. Una refrescante ausencia de burocracia, por no hablar de la desaparición de las agencias inmobiliarias... apasionantes atractivos de los que era difícil burlarse.

La siguiente remesa de mensajes respondía algunas de las preguntas de Eva, aunque no todas la dejaron satisfecha. Una asamblea ciudadana de toda la zona, la Asociación del Municipio, supervisaba primero la división de la tierra entre zonas comerciales y sociales, después la catalogación de las zonas comerciales entre usos residenciales y empresariales, y por último la asignación de las propiedades dentro de las zonas sociales. Una vez más, sus miembros eran escogidos aleatoriamente con la ayuda de un algoritmo que garantizaba una justa representación de los distintos grupos y comunidades que había en el municipio.

Reservar demasiada tierra para las zonas sociales significaría menos dinero para invertir en ellas. Por otro lado, ampliar demasiado las zonas comerciales dejaría poco margen para las viviendas sociales. De forma similar, priorizar las empresas dentro de las zonas comerciales a costa de las áreas residenciales limitaría la oferta de inmuebles para los residentes más ricos, cuya mayor capacidad de gasto podría atraer a empresas de éxito a la zona y, en términos generales, echar más leña a la economía local. Una de las decisiones más difíciles que debía tomar la Asociación del Municipio era determinar la cantidad de espacio reservado para los recién llegados: mucho, podía causar malestar entre los actuales vecinos; poco, impediría que la sangre joven enriqueciera la comunidad local.

Como Eva había supuesto, la tarea más delicada de la Asociación del Municipio era la distribución de las viviendas sociales ante la inexistencia de un mecanismo basado en los precios. ¿Quién cumplía los requisitos? Y de aquellos que cumplieran los requisitos, ¿quién conseguía las viviendas más deseadas?

Eve explicó que, para mantener la calma y la paz en la comunidad, después de que se realizara el proceso de asignación de propiedades en una zona social, todos los inquilinos que habían obtenido una vivienda tenían garantizada su titularidad. Pero, cuando alguien decidía mudarse, o fallecía, o se construían nuevas viviendas, las propiedades disponibles se asignaban mediante un sorteo digital completamente aleatorio. Cualquier persona que quisiera trasladarse al municipio y que presentara su solicitud tenía aseguradas unas mínimas probabilidades de obtener una propiedad. Así se garantizaba que todo el mundo tuviera una oportunidad real. Sin embargo, las posibilidades de ganar eran más elevadas entre los candidatos que hubieran causado una buena impresión en las entrevistas, mientras que se reducían en proporción a la cantidad disponible en la cuenta Acumulación del solicitante; en otras palabras: el sistema penalizaba a aquellos que podían permitirse pujar por una vivienda o un pedazo de tierra en las zonas comerciales.

El fantasma del exceso de control social aterrorizaba a Eva. Ella idolatraba a los mercados por una importante razón: la libertad que concedían, más allá de obligaciones sociales y dinámicas de poder. Para conseguir algo solo tenías que pagar por ello, de manera anónima, sin tener que negociar ni hacerte amigo de nadie, y, evidentemente, sin tener que convencer a un grupo de desconocidos de que en realidad te lo mereces. Sin embargo, Eva reconocía que, en lo referente al suelo y la vivienda, el capitalismo había negado esa libertad a la mayoría de la población.

«¿Qué sentido tiene disponer de la libertad para comprarte un ático con terraza en Kensington —pensó— si estás sin blanca y los precios de la vivienda seguro que suben más rápido que tus ingresos, sin importar lo mucho que trabajes?».

En cualquier caso, que la *Otra Realidad* recurriera a las subastas permanentes en las zonas comerciales y a los sorteos en las zonas sociales le parecía mucho más liberal que los mercados inmobiliarios capitalistas que amaba y odiaba a partes iguales, ya que proporcionaban una línea de defensa mucho más efectiva contra el monopolio.

«¿Es que me estoy convirtiendo a la causa?», garabateó Eva al margen de uno de los mensajes de Eve.

Fronteras

En los últimos diez años, mientras otros liberales se rendían al «pragmatismo» de unos controles migratorios cada vez más estrictos, la soledad espiritual de Eva iba en aumento. Por puro instinto, se oponía a las vallas vigiladas por guardas armados, que financiaban y legitimaban algunos Estados-nación etnocéntricos. De 2016 en adelante, solo podía sentir pavor ante el auge de lo que ella consideraba pura xenofobia entre los integrantes de su misma familia política. Así que, cuando descubrió que Ebo, la pareja de Eve y el padre de Agnes, dirigía algo llamado el «Proyecto Movimiento Humano», enseguida quiso saber más del tema.

Bajo el capitalismo, la globalización dependía de que el dinero y las mercancías cruzaran las fronteras con total libertad. Billones de dólares daban la vuelta al mundo incesantemente, y a la velocidad de la luz. Una infinidad de contenedores marítimos cargados de bienes de consumo cruzaban los océanos y cualquier otra frontera que la humanidad hubiera erigido. Y, sin embargo, en muchos lugares, la gente vivía encerrada tras una verja, sin disfrutar de las libertades que sí se otorgaban al dinero tóxico, los juguetes de plástico o la fruta de temporada. Una multitud de mexicanos se reunían a la sombra del muro fronterizo con Estados Unidos, sopesando el riesgo de escalar por el alambre de espino, mientras camiones cargados de recambios de automóvil, ordenadores y cerveza cruzaban libremente a suelo estadounidense. Los africanos se ahogaban por miles en el Mediterráneo mientras trataban de seguir el camino de las frutas y verduras que su continente exportaba a Europa. En nombre de la reconfiguración del mundo en una especie de aldea sin fronteras, la globalización estaba levantando nuevos muros mientras reforzaba los viejos en todas partes.

El Proyecto Movimiento Humano (PMH), en palabras de Eve, tenía una misión muy simple: facilitar la libertad de movimientos para todos los seres humanos sin inflamar el descontento de las comunidades que acogían a los recién llegados. En su discurso inaugural como coordinador del PMH, su pareja señaló que los inmigrantes siempre habían aportado riqueza a sus países de destino —incluso bajo el capitalismo—, pero como los ricos habían recogido esos beneficios de una forma completamente desproporcionada, la gran mayoría de la población local no había disfrutado de ninguna de sus ventajas. Solo veía que había una mayor competencia a la hora de conseguir unas viviendas, unas comodidades, una atención sanitaria y unas escuelas que cada vez escaseaban más y contaban con menos recursos. Para los habitantes del sur de Europa, por ejemplo, obligados a despedirse de sus hijos cuando tenían que emigrar buscando un sueldo decente y un poco de dignidad en

cualquier país del norte, la llegada de inmigrantes solo intensificaba su rencor y su deseo de reclamar algo para sí mismos.

—Tenéis razón cuando decís que queréis recuperar vuestro país. —Ebo anunció en su discurso—. Tenéis razón cuando decís que queréis recuperar el control. Pero primero debéis tomar el control de vuestra comunidad.

Ebo, como muchos otros rebeldes OC, estaba convencido de que empoderar a la gente y otorgarle una mayor sensación de participación y estatus social era fundamental para abrir la puerta a una valoración más positiva de los beneficios de la inmigración. Los gComms y las Asociaciones de los Municipios eran los principales instrumentos con los que podrían lograr sus objetivos en cada región. Los Jurados Ciudadanos, que hacían rendir cuentas a las corporaciones, eran otra fuente fundamental de poder de base. La desaparición de la negociación con acciones, mientras tanto, redujo la desigualdad drásticamente, mientras que las cuentas Dividendo y Patrimonio borraron las arrugas que la angustia había grabado en el rostro de muchas personas. Ebo explicó que esos elementos serían los cimientos de un apoyo mayoritario a una política migratoria liberal.

Pero la política migratoria también necesitaba un cambio radical. Uno de esos cambios era transferir el poder de conceder visados a las gComms regionales. En vez de que el Estado decidiera cuántos visados conceder y a quién, ahora era responsabilidad de las Asociaciones de los Municipios estudiar las solicitudes de visados que enviaban directamente los potenciales migrantes. El Proyecto Movimiento Humano y el DDRI del Proyecto Monetario Internacional asignaban recursos adicionales para construir nuevas viviendas y otros equipamientos en los municipios que decidían conceder visados de inmigración. En este caso, los potenciales migrantes participaban en el mismo sorteo para conseguir una vivienda social que cualquier otro recién llegado, mientras que sus posibilidades de ganar dependían de su actuación en las entrevistas a distancia realizadas por un comité de ciudadanos escogidos al azar.

—Solidaridad global que se manifiesta a escala local. —Fue la fórmula que Eve utilizó.

«¿A alguien le extraña que no hayan tenido que enfrentarse al Brexit o a Donald Trump?», escribió Iris en su diario.

Renacimiento digital

En 2020, cuando llegó la COVID-19 y el paro subió de repente, Eva descubrió una pintada en una pared cercana al *pub* de su barrio, en Brighton: «Si no tienes trabajo, no tienes tiempo libre». En aquel momento, entendió que se refería a que, sin un trabajo con un sueldo digno, cada instante del día se convierte en una agonía y resulta imposible encontrar un momento de descanso; el trabajo y el tiempo libre se habían convertido en dos conceptos inseparables. Cinco años después, se sorprendió recordando aquella pintada mientras leía los mensajes de Eve sobre la economía digital de la *Otra Realidad*, pero empezó a ver aquella declaración de principios desde una óptica bastante diferente.

Al principio, Eva pensaba que la recolección de datos que Facebook, Google y otras empresas llevaban a cabo con fines publicitarios era una forma bastante inofensiva de que las personas en edad adulta pudieran vender un trocito de su privacidad a cambio de unos servicios de ocio y entretenimiento gratuitos bastante atractivos. Pero Costa, a la menor oportunidad, siempre señalaba que Facebook y Google, Twitter e Instagram, Amazon y todos los demás, no eran meros proveedores de servicios. Y sus beneficios tampoco eran la recompensa a los servicios que proporcionaban. No, eran máquinas gigantescas que modificaban el comportamiento, que provocaban y creaban adicción, que hostigaban e indignaban a sus usuarios con el objeto de aumentar su implicación y su aportación de datos personales... y los beneficios que venían con ellos.

—Las grandes tecnológicas solo permiten que dos personas se comuniquen entre ellas si pueden manipular su comportamiento —insistía Costa en los raros momentos en que Eva y él discutían sobre la cuestión.

Eso era precisamente lo que quería decir cuando defendía que las redes sociales nos estaban proletarizando a todos. Los usuarios de Facebook proporcionaban tanto el trabajo que entraba en la máquina como el producto que vendía.

—Incluso Walmart, una empresa conocida por su capacidad para exprimir cada gota de valor de sus propios trabajadores, destina el 40 por ciento de sus ingresos totales a pagar salarios —objetaba Costa—. Pero Facebook solo paga el 1 por ciento de sus ingresos a sus empleados, ¡y exactamente nada a sus usuarios!

Eso ocurría en 2019. Para 2025, Eva se había convencido de que ningún liberal que realmente se mereciera el calificativo podía condonar las técnicas de manipulación masiva de las grandes tecnológicas, ni tampoco defender sus beneficios como una recompensa justa por su emprendimiento. Aquellos

beneficios solo podían haberse materializado gracias a una especie de tecno-feudalismo que había conseguido que miles de millones de personas trabajaran gratis para ellas.

Y, así, cuando leyó la detallada descripción de Eve sobre la economía digital que había forjado la rebelión OC, Eva se sorprendió a sí misma celebrándolo. El punto de inflexión fue la convocatoria de una huelga dual contra Facebook que tuvo lugar el 5 de noviembre de 2012. Como en el anterior Día de la Inacción contra Amazon, la huelga «Afronta las Consecuencias» consistió en un boicot de los usuarios a Facebook, pero esta vez no protestaron como clientes, sino como obreros de datos no remunerados. Así, decidieron ir a la huelga en solidaridad con los verdaderos empleados de Facebook, y dejaron de visitar las páginas de la red social. En conjunción con la nueva legislación corpo-sindicalista, que reduciría y, en último término, eliminaría los mercados de valores —deshaciéndose de aquellas perpetuas máquinas de acumular pérdidas, como Netflix y Uber, que habían crecido a lomos de la especulación, y no de los beneficios—, la oleada de huelgas contra las tecnológicas sumió en el caos a las grandes empresas cosechadoras de datos. El golpe mortal, sin embargo, llegó de la mano de la Ley de Derechos Digitales, que concedía a todos los seres humanos del planeta la propiedad absoluta sobre sus datos personales.

Aquello transformó la economía de internet de la noche a la mañana. Llevó a la extinción a las máquinas de manipulación de la conducta y fomentó en su lugar un diverso ecosistema de incontables empresas digitales, que compartían muchas de sus características con las asociaciones de consumidores. Sin acceso a los beneficios de la publicidad personalizada, ni tampoco a los mercados bursátiles, los nuevos accionistas de Google, Facebook y otras empresas similares —trabajadores que poseían una sola acción— se vieron obligados a buscar el apoyo financiero de su comunidad de usuarios. En un periodo de tiempo sorprendentemente breve, lo que en el pasado habían sido los monopolios privados más grandes y codiciosos del mundo se habían transformado en unas amplias comunas digitales.

La clave del Renacimiento Digital, como Eve lo llamaba, fue la plataforma de micropagos que los rebeldes OC denominaron con bastante descaro «Penny For Your Thought»^[16]. En términos operativos, combinaba el modelo de suscripción de Netflix con el principio de servicio público universal del NHS británico.

Los desarrolladores de *apps* que necesitaran datos personales tendrían que pagar a los usuarios para poder obtenerlos, siempre que dieran su

consentimiento, y sin perder la capacidad de decidir qué información querían vender y a quién. Al mismo tiempo, todo aquel que usara una *app* tendría que pagar a su desarrollador para poder acceder a la misma. Las sumas en cuestión eran muy pequeñas a título individual, pero podían representar una cantidad muy considerable para una *app* con una amplia base de usuarios. Y aún más importante: la cantidad que esos usuarios recibían a través de los micropagos les permitía cubrir gran parte de su uso de internet. Pero si un usuario o desarrollador no podía permitirse los micropagos que exigía Penny For Your Thought, siempre podía solicitar que el cargo se domiciliara en su cuenta Patrimonio del PerCap. A nadie se le negaba el acceso a datos anónimos o a las *apps* más deseadas, incluso cuando los servicios y datos digitales gratuitos habían dejado de existir.

Libres al fin de la depredación de los gigantes tecnológicos, surgieron millones de pequeñas empresas dentro del sector, y nació un bullicioso mercado digital que nunca habría podido florecer bajo el tecno-feudalismo de *Nuestra Realidad*.

—Penny For Your Thought consiguió que los tiempos de la publicidad personalizada, basada en los servicios digitales «gratuitos», se convirtieran en lo más parecido a una Edad Media digital —comentó Eve.

El único posible inconveniente de esta nueva y vibrante ecología era que carecía de las enormes proporciones de los gigantes tecnológicos; un factor que explicaba por qué sus datos eran tan potentes. Sin acceso a una base de datos de tamaño equivalente, muchas tecnologías —entre ellas, herramientas de diagnóstico que salvaban vidas— estarían de repente lejos de nuestro alcance. En el 2019 de *Nuestra Realidad*, por ejemplo, Google colaboró con el NHS. A cambio de poder acceder a la enorme base de datos de los pacientes del NHS, desarrolló una aplicación de aprendizaje automático capaz de diagnosticar una peligrosa enfermedad ocular con la misma eficacia que los mejores oftalmólogos. Sin embargo, el contrato estipulaba que, después de unos pocos años, el NHS tendría que adquirir la *app* a Google, como cualquier otro cliente comercial. Google se quedaba con el pan y con las tortas. Los rebeldes OC, que querían poner el aprendizaje automático a disposición de los servicios públicos, pero a partir de unos principios que reflejaran el verdadero valor de los datos personales, crearon una nueva y gloriosa institución: el Fondo de Datos Soberanos, una ingeniosa forma de obtener valor de todos esos datos para después retornarlo a la comunidad.

Eve explicó que todos los datos, tanto los públicos como los privados, se almacenaban de manera anónima en la red de ordenadores en la nube del

Fondo de Datos Soberanos. Las empresas que quisieran utilizarlos como Google había usado los datos del NHS tendrían que pagar para obtener la correspondiente licencia a la sucursal del Fondo en cada país. Cuanto más éxito tuviera la *app* o la tecnología en cuestión, más ingresos recogía el Fondo por las licencias; un dinero que podía utilizar para financiar muchas más innovaciones tecnológicas.

A Eva le parecía que, de nuevo, el tiempo libre y el trabajo eran cada vez más difíciles de distinguir. Solo en la *Otra Realidad* el sentimiento de alienación que transmitía aquella pintada en Brighton había sido reemplazado por otra cosa diferente, algo más parecido a su perfecto opuesto: el empoderamiento.

Un PIB sumamente degradado

«Contabiliza las cerraduras de seguridad tanto para nuestras puertas como para las cárceles que encierran a las personas que intentan forzarlas... Contabiliza el napalm y las cabezas nucleares y las tanquetas de la policía para sofocar los disturbios en nuestras ciudades... Y, sin embargo, no tiene en cuenta la salud de nuestros hijos, la calidad de su educación o el placer de sus juegos. No incluye la belleza de nuestra poesía... Lo mide todo, en resumidas cuentas, menos aquello que hace que la vida valga la pena».

La célebre repulsa de Bobby Kennedy al Producto Interior Bruto (PIB), la medición en dólares de los ingresos totales de un país, siempre había enervado a Eva a pesar de su evidente calidad poética... o quizá, precisamente, por culpa de ella. Cuando era una posgraduada en Económicas, a finales de los años noventa, las críticas al PIB empezaban a convertirse en un lugar común, aunque Eva creía que aquella moda era lo más parecido a descalificar un sistema de navegación marítimo por ser incapaz de apreciar la belleza del océano y su impacto en la psique humana.

—Por supuesto, el PIB aumenta cuando un terremoto mata a miles de personas —aseguraba a sus estudiantes en los seminarios—. Y eso es lo que se supone que tiene que hacer: contar el gasto monetario de los equipos de rescate en la fase inicial de la tragedia y el coste de la reconstrucción que se lleva a cabo después. Y, por supuesto, la aguja del contador no sube cuando un gesto de tu pareja te levanta el ánimo o una quema de matojos se lleva un bosque por delante. El objetivo del PIB no es justificar el terremoto o volvernos indiferentes a la belleza intangible o a los desastres

medioambientales. Es medir todo eso que ha sido diseñado para medirse: el gasto monetario de unas personas que, cuando se suma, equivale a los ingresos de otras.

El beneficio económico es lo que mueve el capitalismo. Bajo el capitalismo, nos guste o no, la predicción de un mayor beneficio atrae los recursos de la sociedad, mientras que cualquier cosa que reduzca el balance final los ahuyenta. A ojos de Eva, el PIB es una instantánea de todas esas fuerzas en acción, y muy efectiva, además, pero no quiere ser nada más ni tampoco nada menos.

—Quiere capturar la dinámica del capitalismo y trazar el mapa de los sectores económicos que generan dinero; «la alienada esencia de nuestras vidas», como creo que dijo en una ocasión vuestro adorado Karl Marx. Desechar el PIB y sustituirlo por una medida arbitraria de algo más bonito sería como dejar de tomar el pulso al capitalismo..., deshacerse de la única herramienta que tenemos a nuestra disposición para calcular el comportamiento de la bestia.

Cada vez que un ecologista exigía una nueva métrica, mucho más tierna y adorable, con la que reemplazar el Producto Interior Bruto, Eva perdía la paciencia.

—Si queremos proteger unos árboles o unos lagos que no tienen precio de mercado —defendía—, eso es lo que tenemos que hacer: ¡estamparles encima una orden de conservación! ¿Qué sentido tiene inventarse un sustituto basado en un precio arbitrario con el que medir su valor intangible?

«La ironía es —pensaba Eva para sus adentros— que estos *hipsters* anticapitalistas son su peor enemigo». Bajo el capitalismo, la única forma de asignar un valor cuantificable a un árbol o un lago es ponerlos a la venta para ver el precio que alcanzan. Eva solía decir a sus alumnos que, en ausencia de cualquier alternativa al capitalismo, tenemos que dejar de criticar el PIB y, en cambio, invertir en servicios públicos inmensurables como la salud de nuestros hijos o la belleza de nuestra poesía.

Al menos, esa era la opinión de Eva cuando, como casi todo el mundo, creía que no había alternativa al capitalismo. A la luz de los últimos mensajes de Eve, empezaba a cuestionárselo.

Por una parte, los mercados de la *Otra Realidad* parecían más sanos que un roble a pesar de —o quizá por— la desaparición del capitalismo; en la sociedad de Kosty y Eve, gran parte de la actividad económica todavía podía medirse en términos de ingresos monetarios. Por otra parte, la mayoría de las actividades del sector privado no estaban impulsadas por la maximización de

los ingresos netos ni por las fuerzas del mercado, sino por instrumentos como el Índice de Utilidad Social, que desempeñaba un papel crucial en el momento de asignar recursos a las distintas actividades. Calculado por clientes, vecinos, artistas y la sociedad en su conjunto, el índice asignaba una cifra a cada actividad económica que no reflejaba ni el precio ni la cantidad suministrada. O pensemos un momento en el poder de los Jurados Ciudadanos, capaces de disolver empresas por ir en contra del interés público. Estas dos instituciones representaron un fuerte incentivo para que las empresas se alejaran de los planes de negocio que maximizaban los beneficios. Liberadas de la tiranía del precio de las acciones y del miedo a ser víctimas de una adquisición hostil, las corporaciones se volvieron mucho más sensibles a las necesidades de la sociedad. Lo mismo ocurría con las Asociaciones de los Municipios, cuyos miembros repartían las tierras en beneficio de las comunidades locales. Aunque aprovechaban las fuerzas del mercado para generar financiación con finalidades sociales, sus decisiones ya no estaban condicionadas por los precios que marcaba el negocio inmobiliario capitalista.

Tras la muerte del capitalismo, y cuando los mercados se liberaron de sus propietarios privados, un nuevo tipo de valor ocupó su lugar. En vez de juzgar un producto o servicio por su valor de cambio —el precio que podía alcanzar al canjearlo por otra cosa—, la *Otra Realidad* determinaba dicho valor en función de la experiencia: el beneficio que el producto o servicio en cuestión aporta a la persona que lo usa. Los precios, las cantidades y los beneficios económicos ya no eran los únicos dueños de la sociedad. Y cuanto más se liberaba el valor de la experiencia de la hegemonía del valor de cambio, menos significativo o relevante era el Producto Interior Bruto. Eve confirmó que así ocurría en la *Otra Realidad*. Aunque seguía desempeñando su papel cuando había que medir los ingresos monetarios, el PIB solo era un indicador más de los muchos que monitorizaban la economía; una degradación que no habría tenido sentido antes de la muerte del capitalismo.

¿Al rescate del mercado?

Los mercados siempre fallan. Eva lo sabía tan bien como cualquiera. Pero, hasta hacía poco tiempo, su fe en los mercados nunca había fallado. No podía permitir que fallara porque era incapaz de concebir otro sistema de distribuir los recursos que funcionara mejor a largo plazo y, sobre todo, porque no

otorgaba todo el poder a una autoridad central que tomaba las decisiones referentes al «quién se queda qué».

En los años veinte y treinta del siglo pasado, sus antepasados liberales habían atacado a los socialistas que querían sustituir los mercados por un sistema centralizado para repartir las materias primas, los bienes y el trabajo con una crítica muy potente: ninguna organización o cerebro humano, por más inteligentes y bienintencionados que sean, pueden saber lo que quiere la sociedad, qué capacidades tiene o cómo debería usar sus recursos. En opinión de los liberales que defendían el libre mercado, no era un problema derivado de una capacidad de cálculo insuficiente. Si encontrar la cuadratura del círculo no solo es muy complicado, sino que es más bien una misión imposible, determinar qué queremos *todos* nosotros, y cómo deberíamos conseguirlo, es directamente inviable. La única posibilidad de resolver lo que quiere cada persona y lo que somos capaces de hacer es tantear el mercado como consumidores y productores individuales. O, al menos, ese era el cuento que contaban.

Eva se lo creyó. Pero entonces, un día de 2019, su fe se puso a prueba. Mientras visitaba la web de Amazon, repasando la lista de los libros que el sistema le recomendaba, se dio cuenta de que su algoritmo era terroríficamente preciso y capaz incluso de adivinar sus gustos reales. Por curiosidad, echó una ojeada a las recomendaciones musicales. Las grandes empresas tecnológicas la tenían bien calada. Amazon, Spotify y Apple Music seleccionaban las canciones que le gustaban, y unas cuantas más que le apetecía escuchar por primera vez. Solo tenía que teclear uno o dos caracteres en el buscador de Google y la máquina completaba la palabra. Netflix, mientras tanto, la bombardeaba con propuestas que solo un amigo que conociera sus gustos cinematográficos de arriba abajo habría podido sugerirle. De repente, comprendió que ya no era cierto que un sistema de diseño centralizado, a pesar de que no fuera perfecto del todo, no pudiera saber lo que queremos.

Como los argumentos liberales contra la ineficiencia inherente al comunismo habían quedado desmentidos por las tecnologías capitalistas, la fe de Eva en el sistema pendía ahora de un único hilo: su convicción de que un sistema de planificación centralizada, incluso si resultaba eficiente, representaba una grave amenaza a los derechos humanos y la libertad personal. Pero ¿con eso había suficiente? La victoria del capitalismo en 1991 no se debió tanto a que los ciudadanos de la Unión Soviética o la Alemania Oriental no tuvieran libertad, sino a las colas que debían soportar para

conseguir cualquier cosa, desde una barra de pan a un televisor. Si solo se hubiera tratado de una cuestión de libertad, Eva temía que la bandera roja aún ondearía sobre las torres del Kremlin... y quizá también sobre la Casa Blanca.

Después de que las grandes tecnológicas desmintieran el recurrente argumento liberal de que las preferencias individuales no pueden satisfacerse mediante un sistema centralizado, Eva llegó a la conclusión de que el mayor beneficiario de Silicon Valley, y quizá el único, había sido el Partido Comunista chino. No encontraba ningún motivo por el cual Pekín no pudiera, con el tiempo y el trabajo necesarios, adoptar las mismas tecnologías que permitían a Alibaba —el equivalente chino de Amazon— predecir con precisión lo que querían sus clientes con el objetivo, en este caso, de gestionar toda la economía del país. Ya tenía la autoridad para hacerlo; solo necesitaba los medios. Y cuando la inteligencia artificial avanzara un poquito más, ¿qué podría evitar que el comunismo de inspiración china superara y desbordara por completo los mercados?

Todas aquellas cuestiones ya torturaban a Eva antes de su visita al laboratorio de Costa en San Francisco, en 2025. De hecho, aquellas inquietudes eran las responsables de su buena predisposición a los mensajes de la *Otra Realidad*, que no dejaban de sorprenderla. En condiciones normales, hubiera despotricado contra la sociedad que describían. Los rebeldes OC habían prohibido las bolsas, abolido el mercado de trabajo y desterrado el sistema bancario. Habían decretado que las tierras serían de titularidad pública, y negado a las grandes tecnológicas el aire que respiran. Entonces ¿cómo podía ser que Eva, una liberal arquetípica, viera en la *Otra Realidad*, que en muchos sentidos era la peor pesadilla de un liberal, una oportunidad gloriosa para los mercados?

La razón era que la *Otra Realidad* estaba llena de atractivos a los que pocos liberales podían resistirse: ausencia de impuestos sobre la renta y el consumo; trabajadores con total libertad para ir de una empresa a otra con su capital social a cuestas; restricciones al poder de las grandes empresas en el mercado; libertad universal frente a la pobreza, pero también frente a un Estado del bienestar que exigía a los receptores de ayudas la pérdida de su dignidad en la puerta de algún despacho de los servicios sociales; un sistema de pagos que era gratuito, eficiente y que no entregaba el poder a unos pocos para imprimir dinero a expensas de la mayoría; una subasta permanente de los terrenos comerciales que aprovechaba al máximo las fuerzas del mercado en beneficio de las viviendas sociales; un sistema monetario internacional que estabilizaba el comercio y el flujo de dinero a través de las fronteras; una

actitud abierta hacia los inmigrantes que se basaba en transferir la capacidad de decisión a las comunidades locales y en ayudarlas a absorber a los recién llegados.

Sí, casi todo lo que Eve le había explicado la había hecho sentir incómoda, pero también apuntaba hacia un mundo donde los mercados, por fin, cumplían con su presunto cometido. Con la desaparición absoluta de la propiedad privada, los imperios corporativos y la sobrealimentación financiera, los rebeldes OC habían descubierto que era posible, y deseable, construir mercados que fueran genuinamente competitivos; la clase de mercados que, bajo el capitalismo, un verdadero liberal solo podía soñar.

Eva seguía dando vueltas a los mensajes de Eve, peinando la *Otra Realidad* para encontrar pruebas que demostraran lo contrario, pero después de haberlos repasado una tercera vez, en su cabeza se instaló firmemente una idea absurda: el verdadero renacimiento de los mercados requiere el fin del capitalismo.

Por aquel entonces, Eva e Iris ya habían pasado un par de meses con Costa. Eva había solicitado una excedencia en la Universidad de Sussex para prolongar su estancia después del final de las vacaciones de verano. Aunque la excusa oficial era que Thomas había prometido reunirse con ella en noviembre, Costa e Iris sabían que el verdadero motivo era su fascinación por la *Otra Realidad*. Tanto ella como Iris habían desterrado ya cualquier duda de que fuera real.

Pero mientras el interés de Eva en un presente alternativo no dejaba de aumentar, Costa se había movido en la dirección contraria. Desde hacía cierto tiempo, los mensajes de Kosti cada vez le generaban menos interés. A finales de septiembre, sus comunicaciones con Kosti se limitaban a diálogos técnicos sobre el mantenimiento del agujero de gusano. De hecho, mientras Eva e Iris intercambiaban mensajes con sus personalidades alternativas, Costa y Kosti tenían serias dificultades para mantener la estabilidad del agujero. El estricto racionamiento de los datos que pasaban a través del agujero era ahora una cuestión fundamental si querían evitar su colapso. Según las notas de Costa, Eva había demostrado que era la más entusiasta, mientras que Iris se tomaba su tiempo para reflexionar entre mensajes. Para finales de octubre, Eva ya había agotado la práctica totalidad de su cuota de datos, mientras que Iris no había llegado siquiera a la mitad.

Eva acababa de recibir un mensaje de Eve que hacía una tentadora mención «a la profunda crisis monetaria de 2022», cuando Costa le dijo que su tiempo se había acabado. Eva estaba destrozada. Por un lado, se sentía

frustrada e irritada por que Eve no hubiera mencionado antes aquel acontecimiento; por otro, sentía un extraño alivio frente a la revelación de que la *Otra Realidad* no era inmune a las crisis. Suplicó a Costa unos cuantos kilobytes adicionales, pero él se mostró inflexible:

—Tienes el equivalente a un párrafo breve —le dijo.

Así que Eva se dirigió a Iris e intentó convencerla de lo importante que era utilizar una parte de su cuota para averiguar más cosas sobre la crisis a la que Eve había hecho referencia. Porque Eva quería usar su último mensaje a Eve para preguntarle por otra cuestión:

—¿Qué tal lleva Agnes la adolescencia? —preguntó.

—Cree que soy bastante insoportable —respondió Eve—. Ebo no tanto... Pero, en general, parece bastante satisfecha y feliz.

Eva se sintió extrañamente reconfortada. Nerviosa por su reencuentro con Thomas después de unos años difíciles, se dio permiso para pensar que, quizá, aquella constante lucha cuesta arriba que había dado forma a su vida no era inevitable, y que, desde una óptica más egoísta, tampoco se debía a su ADN.

7

Problemas en el paraíso

Una cucaracha dura de pelar

Cuando Eva empezó a incordiar a Iris para que averiguara más cosas de la crisis de 2022, los mensajes de Iris con Siris la llevaban en una dirección completamente diferente: a un lugar donde los mercados, los precios y los ingresos parecían distantes, inmateriales, tediosos.

No habían empezado con buen pie. Siguiendo el consejo de Costa, como Eva también había hecho, Iris se presentó ante su homóloga con un detalle autobiográfico que nadie más podía conocer: un incidente que había tenido lugar en 1974, durante una escandalosa fiesta que se alargó durante cuarenta y ocho horas, y que se celebró en la casa de campo del encantador aristócrata que más adelante aseguraría su independencia financiera gracias a una sorprendente herencia.

Durante medio siglo, Iris había querido creer que la herencia no guardaba relación con aquel incidente; que no era una disculpa silenciosa por haberla dejado indefensa. Para no volver a revivir la violencia y el terrible pánico que tuvo que soportar aquel fin de semana, había borrado el recuerdo de su memoria. ¿Por qué lo había recuperado ahora? Convencer a Siris de su identidad no era la única razón. Al escribir aquel primer mensaje, Iris estaba encarando por fin una vieja necesidad, reprimida hasta entonces. Sin embargo, la inflamada respuesta de Siris la hizo sentirse como una estúpida, y confirmó la profundidad de un dolor que en la *Otra Realidad* aún era más persistente.

Pero, poco a poco, la incomodidad se fue disipando cuando descubrieron que, a pesar de los dieciocho años de separación y unas experiencias respectivas radicalmente diferentes, las dos sentían el mismo pesar por el espectro permanente de la violencia masculina. Para profunda decepción de Iris, pero no para su sorpresa, Siris confirmó que la revolución OC no había

cambiado demasiado las cosas en este aspecto concreto. Las empresas eran democráticas, las asambleas ciudadanas brotaban por todas partes, los bancos y las agencias inmobiliarias ya no existían, pero la relación entre hombres y mujeres, estructural y psicológicamente —incluso en los círculos más progresistas—, continuaba siendo un juego de suma cero, y sus ganadores históricos seguían dominando la partida.

—Las montañas se mueven, la banca conoce su extinción, incluso el capitalismo muere —escribió Siris—, pero el patriarcado sigue vivo como una cucaracha dura de pelar. La diferencia es que ahora se disfraza bajo una capa aún más espesa de corrección política.

Los acalorados mensajes de Siris dejaron aún más preocupada a Iris. Por un lado, si le hubieran dicho que la rebelión OC había puesto fin al patriarcado, habría pensado que la *Otra Realidad* era un burdo fraude. Le parecía completamente inconcebible que el patriarcado se marchitara como consecuencia de una revolución política, por más transformadora que pudiera ser en cualquier otro aspecto. No obstante, la fuerza de la rabia de Siris contra la combinación de patriarcado y corrección política de la *Otra Realidad* la dejó de piedra, incluso cuando consiguió arrancarle una sonrisa: por primera vez en su vida, se veía recibiendo los golpes que sus amigas llevaban encajando desde hace años.

La correspondencia con Siris reafirmó la convicción de Iris de que cualquier utopía ideada por mentes educadas en un mundo patriarcal —por más bienintencionadas y progresistas que pudieran ser— estaba destinada a convertirse en un lugar desolador para las mujeres. Tenía esa convicción desde los catorce años, cuando su abuela paterna, Anna, una figura valiente que había luchado por la liberación de las mujeres cuando aún no estaba de moda y suponía un verdadero estigma, le pidió que también se viera a sí misma como una sufragista.

—Imagínate, Iris —le había dicho—, que no hubiera Estado, ni leyes ni instituciones o autoridades como la BBC o el Banco de Inglaterra, ni la Federación de Fútbol ni la Royal Opera House.

La joven Iris intentó en vano satisfacer su petición.

—Ahora imagina también —continuó Anna— que todos pudiéramos, tanto los hombres como las mujeres, tener la oportunidad de sentarnos tranquilamente alrededor de una gran mesa, como iguales, para hablar delante de muchas tazas de té de las leyes que queremos desarrollar y bajo las que queremos vivir, las instituciones que necesitamos, la mejor forma de gobernar nuestro país, nuestra comunidad, nuestros asuntos familiares. Por último,

imagínate que esa gran asamblea consiguiera acordar por unanimidad las leyes y las instituciones que habría que poner en práctica. ¿No sería esa una buena sociedad? ¿No sería fascinante tratar de imaginar qué aspecto tendría una sociedad así?

El brillo de la ilusión en el dulce rostro de su abuela hizo que Iris decidiera contenerse. Pero Anna sentía el intenso escepticismo de Iris e insistió en que le explicara la causa. Al final, Iris fue clara:

—Las mujeres no estarían sentadas a la mesa, abuela —afirmó con su habitual confianza, tan aterradora—. Estarían de pie, nerviosas, sirviendo las bebidas y la comida para los hombres, que son quienes se dedicarían a pontificar y, por supuesto, a decidirlo todo.

A decir verdad, Iris no dudaba únicamente de la posibilidad de que hombres y mujeres pudieran debatir como iguales sobre las cuestiones de Estado y las relativas al poder. Pero, hasta su primer año en la universidad, no fue capaz de articular con precisión el porqué de su vehemente rechazo al experimento mental de su abuela. Como estudiante, había descubierto el desprecio de Marx a la idea de que la burguesía pudiera dialogar algún día con los trabajadores de las fábricas de igual a igual. Las mentes menos capaces habrían planteado la objeción de Marx como equivalente a la suya: solo había que sustituir a los trabajadores por las mujeres. Pero Iris no lo veía así. A pesar de las evidentes semejanzas, ella insistía en que ambas hipótesis no eran equivalentes.

Como antropóloga en ciernes, Iris había observado que, en contradicción con la creencia de Marx, había hombres de distintos entornos y clases sociales que sí eran capaces de encontrar un territorio común, como muchas veces habían demostrado. A mediados de los años sesenta, no era inusual que los hombres de la clase trabajadora fueran invitados a las cámaras de comercio y las salas de juntas; incluso a Whitehall y Downing Street. ¿Cómo era posible? La opinión pública decía que, después de que los trabajadores se hubieran organizado en sindicatos efectivos, los jefes estaban interesados en acercarse a sus líderes para firmar la paz industrial y alcanzar acuerdos favorables para ambas partes.

Iris descartaba aquella explicación por inaceptable e incompleta. Ella defendía que la tragedia de la humanidad es que la existencia de intereses comunes no garantiza la cooperación, incluso cuando hay demasiadas cosas en juego. Se necesita algo más para unir a la gente primero. Un vínculo de confianza y lealtad. Algún tipo de identidad compartida. ¿Y qué identidad compartían los miembros de esas clases sociales enfrentadas? ¿Qué

compartían como personas, que les permitía encontrar un terreno común al hablar de salarios y condiciones laborales, de legislación y cuestiones de Estado? La respuesta de Iris causó una gran consternación tanto en los hombres como en las mujeres que la escucharon: era su derecho compartido como hombres a utilizar a las mujeres.

—Detrás de cada hombre de éxito hay una mujer sorprendida. —Iris solía bromear—. Y detrás de cada acuerdo de éxito entre hombres de distintas clases sociales, hay un contrato sexual que les concede la propiedad conjunta, aunque desigual, sobre el trabajo de las mujeres... y muchas veces sobre sus cuerpos.

Los jefes tenían sus *esposas-trofeo* y un ejército de secretarias, administrativas y personal auxiliar, mientras que los trabajadores varones a quienes explotaban a diario tenían, cuando volvían a casa, a una trabajadora doméstica gratuita aún más explotada y oprimida.

—Puede que no sea mucho —recuerdo que Iris me dijo en una ocasión—, pero es más que suficiente. Al fin y al cabo, muchas personas con una hipoteca por el 90 por ciento del valor de sus casas están convencidas de que son las propietarias de sus viviendas. Por tanto, no debería sorprender a nadie que, con sentirse los dueños del trabajo de sus esposas, los hombres de clase trabajadora tengan suficiente para creer que ya comparten algo con sus jefes.

Guerra al amor

La mayoría de las mujeres huían horrorizadas cuando Iris compartía su creencia de que hasta los pactos sociales más progresistas estaban apuntalados por un contrato tácito de esclavitud femenina. Sus amigas, orgullosas de los avances del feminismo, entraban en cólera cuando Iris despreciaba sus logros con cierta indiferencia. Aunque admitía que el feminismo había obtenido victorias parciales, sobre todo el hecho de que millones de mujeres habían podido escapar de la servidumbre exigiendo puestos de autoridad —Maggie Thatcher era el mejor ejemplo—, solo lo habían logrado convirtiéndose primero en varones honoríficos. Y únicamente si antes habían encontrado a otra mujer, normalmente con la piel más oscura, para que ocupara su puesto en el frente doméstico como una proletaria marginalizada más.

La audaz teoría de Iris decía que, al menos desde la Revolución francesa, cada vez que los movimientos progresistas obtenían una victoria, las mujeres se adentraban un poco más en la esclavitud colectiva, incluso cuando había

algunas que lograban prosperar y tener éxito a título individual. Cada vez que la franquicia se ampliaba para incluir a hombres con menos recursos y un estatus inferior, las mujeres habían pagado el precio hundiéndose todavía más en el orden jerárquico. Así, en los años setenta, cuando la mayoría de los progresistas pensaban que la posición de las mujeres en la sociedad estaba mejorando poco a poco, Iris solo veía un deterioro constante.

Y cuando en los años ochenta sus amigas celebraban la liberación sexual y el empoderamiento femenino, el análisis de Iris aún adoptó un aire más sombrío. El sexo se estaba redefiniendo, desde su punto de vista, como otra clase de intercambio equitativo, mientras los hombres trabajadores, que veían disminuir su fortuna en proporción a la desindustrialización, se fijaron en el sexo para recuperar el poder que se les escapaba rápidamente de las manos. El sexo como transacción era, por supuesto, mucho mejor que el sexo bajo coacción. Pero no había hecho nada para enriquecer, empoderar o liberar a las mujeres... o incluso a los hombres. Solo la predisposición a enamorarse podía lograr algo parecido, porque enamorarse era, en su opinión, el perfecto opuesto al sexo entendido como una transacción de libre mercado.

—¡Enamorarse es uno de los grandes actos de resistencia contra las obras completas del thatcherismo! —proclamaba—. En unos tiempos en que tener el control, ya sea de las acciones, los inventarios, los trabajadores y los propios horarios, se valora por encima de todo lo demás, enamorarse significa entregar el control al «otro». Amenaza la ideología fundacional, la ideología del valor de cambio, la voluntad individual y la libre determinación del capitalismo financiero.

»—¿Poder alcanzar la felicidad solo con una alegre intimidad, sin tener que pagar por nada? —decía, adoptando la voz profunda y el tono severo de uno de los capitanes de la industria—. ¿Rendirse incondicionalmente a otra persona, sin esperar nada a cambio, y sentirse completamente lleno y satisfecho al hacerlo? Es tan jodidamente anticapitalista, tan subversivo como idea, una amenaza tan enorme a nuestro estilo de vida, que si el gobierno se hiciera a la idea declararía de inmediato la guerra al amor, una guerra tan salvaje como la guerra contra las drogas.

A finales de los años ochenta, por supuesto, Thatcher se había salido con la suya: la idea de que pudiera darse algo por simple placer era casi incomprensible, e Iris detectó un triunfo parecido en la arena de la política sexual. Estaban preparando a los jóvenes para entender la sexualidad como algo que, de manera natural, es egoísta y explotador. Admitir que te habías enamorado dejó de estar de moda, ya no era moderno. Las chicas tenían que

estar atractivas a todas horas, pero todavía recibían el desprecio de los demás si se acostaban con alguien, adoctrinadas por la mentalidad monopolística de que para maximizar los beneficios hay que restringir la oferta. Y, mientras tanto, esas mismas personas que cada vez eran más incapaces de concebir una dinámica sexual distinta al «él-coge-ella-ofrece» adoptaron un lenguaje políticamente correcto sobre la igualdad sexual, que estaba en las antípodas de su propia conducta y forma de pensar.

—El thatcherismo le robó la sensualidad al sexo —me dijo Iris en una ocasión—, y lo ha convertido en una forma de masturbación mutua, teñida de una siempre presente amenaza de violencia.

Todo aquello ocurría poco después de la tercera victoria electoral de la Dama de Hierro, en 1987, y solo un poco antes de que Iris decidiera retirarse a su crisálida de Brighton para siempre.

Amor y muerte después del capitalismo

Cuando era una adolescente, a Iris le gustaba imaginar que la muerte del capitalismo sería un triunfo del amor, la justicia y, por extensión, la emancipación de la mujer. Para finales de los años setenta, toda aquella fe había desaparecido. Y, ahora, los mensajes de Siris confirmaban sus temores.

Durante los primeros años de la rebelión OC, el romanticismo protagonizó una gran vuelta a los escenarios. Como en todas las revoluciones, hubo grandes actos de valentía que desencadenaron grandes rupturas, y que, a su vez, dieron paso a otras grandes historias de amor. No obstante, también era verdad que muchas de aquellas relaciones brillaron con gran intensidad, pero muy deprisa, y que al final se acabaron extinguiendo. Sin embargo, incluso en un año tan tardío como 2013, la hija más famosa de la revolución, Esmeralda, lanzó un provocativo llamamiento a que los valores de la revolución «penetraran en nuestras relaciones sexuales», en una histórica alocución que se acabaría conociendo como el «Discurso del Soho».

Cuando me acuesto con alguien, exijo ser al mismo tiempo un objeto y un sujeto.

Así como rechazo ser una trabajadora asalariada o una empresaria capitalista, rechazo ser un objeto feminizado o un sujeto masculino.

Así como me río de aquellos que me dicen que solo debería entregarme a alguien con quien vaya a tener un futuro, me río de la gente que me dice «solo fue sexo». Rechazo colaborar en la denigración del sexo, igual que rechazo apoyar su ascensión a algún divino pedestal.

¿No ha llegado el momento de que rechacemos todos esos falsos contrarios: el sexo contra el amor, el sujeto contra el objeto?

Al menos nos hemos deshecho de la opresiva creencia de que el sexo lo era todo, pero ¿acaso debemos sustituirla ahora por la alienante convicción de que no significa nada?

¿No ha llegado el momento de que renunciemos a cualquier definición del sexo? ¿Y a darnos cuenta de que tiene que ver con todo a la vez: con el placer corporal, el amor, el juego y la diversión, pero también con el poder?

Nuestra revolución ha cuestionado el individualismo posesivo en todas sus formas. Nuestras nuevas leyes e instituciones participativas han significado el final de la propiedad privada de las empresas, las tierras, el crédito y la creación de dinero. Hemos conseguido reconciliar lo económico con lo político, la moral con la eficiencia, lo funcional con lo que es justo.

Después de haber luchado tanto para hacer realidad nuestros nuevos acuerdos sociales, ¿no sería una verdadera lástima dejar que el sexo siguiera siendo una forma de transacción mercantil, como una relación de poder?

¿Recordáis la radicalidad con la que nos ocupamos del poder del mercado? No nos conformamos con dar nuestro apoyo a una agencia de supervisión de la competencia. No, nos liberamos de las bolsas y promulgamos una ley para que cada trabajador tuviera una acción. Sustituimos las evaluaciones de calidad crediticia de los financieros por los índices de utilidad social de la comunidad. Camaradas, debemos demostrar la misma audacia y la misma radicalidad en lo referente al sexo.

Veamos la cuestión del consentimiento. ¿Vamos a seguir dependiendo de abogados y estructuras legales para definir el consentimiento? ¿Vamos a seguir pidiendo al Estado que haga cumplir las leyes en nuestros dormitorios, en nuestras vidas? O,

por el contrario, ¿no deberíamos empezar de cero y echar un vistazo a nuestro propio interior, con la misma actitud crítica con la que observamos nuestras instituciones políticas y financieras en los años recientes?

Si hablo por mí, exijo el derecho a dar mi consentimiento al sexo, y a que nadie me toque si no se lo doy. Pero también reconozco que, sin el deseo, no hay nada a lo que quiera dar mi consentimiento. Y sé en mis entrañas que el deseo no se puede evitar. Grita. Ruega. Suplica. Si tengo que pedirle a él su consentimiento, es que mi deseo debe ser muy manso. Y, para ser honestos, camaradas, si él tiene que pedirme mi consentimiento, todo ha terminado antes incluso de que pueda empezar.

Para acostarme contigo, debo desearte. Y yo solo puedo desearte porque tú me deseas porque yo te deseo porque, en otras palabras, nuestros deseos crean y refuerzan los del otro, formando una relación en la que yo soy al mismo tiempo el sujeto y el objeto, el donante y el recipiente. Camaradas, que no os quepa la menor duda: eso es lo opuesto a la reciprocidad, la antítesis de un intercambio mercantil.

Pensadlo un momento: el sexo no puede ser bueno y, por lo tanto, verdaderamente consentido, si yo te estoy dando algo con el fin de recibir otra cosa a cambio. Solo puede ser bueno y, por lo tanto, verdaderamente consentido, si lo hago porque no me puedo contener. Solo es bueno si he perdido el control y me encanta que sea así. El buen sexo, el sexo verdaderamente consentido, nunca puede ser contractual, con unos términos concretos que definan el intercambio. Y tampoco se puede regir por códigos de ecuanimidad, o estar confinado a ciertos tiempos de relación.

Como dos espejos colocados uno frente a otro, los dos amantes generan un reflejo infinito. Sea lo que sea lo que se dan el uno al otro, nunca podrá ser cuantificado o enumerado.

Camaradas, organizamos nuestra revolución para sustituir la rivalidad por la cooperación en todas las facetas de la vida. El sexo es tan incuantificable como experiencia como cualquier otra cosa que compartan los seres humanos; tanto si escriben

una canción o adivinan el rastro de un cometa en el cielo nocturno.

Nuestra revolución terminó con la división entre salario y beneficio, para que las personas pudieran hacer cosas juntas de manera lucrativa, pero sin explotarse las unas a las otras. Terminó con la división entre lo político y lo económico por esa misma razón. Llevó la sociedad a las empresas, e integró las empresas en nuestras sociedades.

Dejadnos ahora, conscientemente, aprovechar la oportunidad que hemos creado para todos y acabar con la división entre el sexo y el amor, entre el sujeto y el objeto, entre el deseo y el consentimiento.

No tenemos nada que perder, y todo un universo de placer que ganar.

Semanas después de leer el «Discurso del Soho» de Esmeralda, sus frases aún hacían aflorar lágrimas en los ojos de Iris. Era un recordatorio de que toda revolución tiene sus Aleksandra Kolontái y sus Rosa Luxemburgo; mujeres trágicas, magníficas, decididas a aprovechar la rara oportunidad que la historia les brindaba para reducir la subyugación que sufrían como colectivo, mientras a la vez defendían los intereses más genéricos de la humanidad. Como los suyos, los sueños de Esmeralda también estaban malditos, en opinión de Iris porque la mayoría de las mujeres habían demostrado no estar a la altura de la misión.

Siris había enviado el «Discurso del Soho» a través del agujero de gusano no como una prueba del triunfo de la revolución sexual que tanto habían deseado los rebeldes, sino como una visión del glorioso camino que no habían seguido. Después de la explosión inicial de radicalidad, Siris le contó que las instituciones políticas y económicas de la *Otra Realidad* empezaron a crear unos significativos niveles de prosperidad compartida, y con ella también llegó un renovado conservadurismo social.

Para 2020, la corrección política dominaba el discurso público de tal modo que el lenguaje que Esmeralda había utilizado en su alocución fue considerado inapropiado. La definición de consentimiento fue exigida, debatida y recogida en el ordenamiento jurídico. De hecho, todos los acontecimientos posteriores a 2013 en la *Otra Realidad*, y que Siris había descrito en sus mensajes, llevaron a Iris a la conclusión de que el fin del capitalismo había fracasado en su intento de acabar con el contrato sexual sobre el que dependía aquel mismo capitalismo.

—¿Recuerdas nuestras campañas en los tiempos del Frente de Liberación Gay? —preguntó Siris a Iris.

—Claro que las recuerdo —respondió.

—Luchamos por la liberación, no por la igualdad —dijo Siris—. No me hubiera importado salir de la cama, por no hablar de montar manifestaciones en las calles, por mi derecho a compartir la miseria de algún *hetero* reprimido sexualmente.

—¿Cómo olvidarlo? —respondió Iris.

—Nuestro sueño era cambiar la sociedad de manera radical, no solo ganarnos su aceptación —continuó Siris, para después describir durante varios mensajes la visión por la que ambas habían luchado con tanta valentía.

Iris tenía cada vez más claro que, reviviendo juntas aquellos tiempos, Siris estaba respondiendo a una especie de necesidad arraigada en lo más profundo de su alma, pero que aún estaba insatisfecha. Iris se preguntaba qué podría ser. ¿Es que Siris no tenía amigos en la *Otra Realidad*? ¿O era algo más siniestro? ¿Quizá se estaba poniendo en peligro con solo mencionar aquellas ideas?

«¿Qué ha salido mal? —pensó Iris para sus adentros—. ¿Qué pasó con el compromiso de aquellas jóvenes lesbianas con la construcción de un amplio movimiento de liberación que involucrara a organizaciones feministas, sindicales y antirracistas? ¿Cómo permitimos que un movimiento que luchaba por la emancipación abrazara una opresiva y triste corrección política y, en el proceso, sofocara la vibrante y difusa libertad por la que luchábamos? ¿Cómo una visión de la libertad degeneró en una patética narrativa sobre la igualdad que, en su peor versión, se ha traducido en poco más que en la comercialización del orgullo gay y el derecho a celebrar bodas horteras?».

Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba Iris de que la estupenda resiliencia del contrato sexual —la fuente de la incapacitante alienación contra la que se había manifestado desde que tenía uso de razón— era la peor noticia que había llegado de la *Otra Realidad*; y que eclipsaba todo lo bueno que había logrado, poniendo en peligro su ya débil fe en la humanidad. Quizá, pensó Iris, fuera el momento perfecto para cambiar de tema y hablar de cualquier otro fracaso, aunque solo fuera para distraerla de una revelación tan dolorosa.

Y así, después de resistirse unos cuantos días, Iris accedió a las peticiones de Eva y escribió a Siris sobre un tema distinto.

—Entiendo que 2022 fue un año de crisis económica. ¿Fue seria?

Siris confirmó que lo había sido. Describió con brevedad que los sistemas de pagos de la *Otra Realidad* casi llegaron al colapso, y que, por primera vez desde la rebelión OC, hubo escasez de productos y manifestaciones en las calles. También hubo ataques informáticos organizados que revivieron el espíritu y los métodos de la rebelión OC:

—Sí, 2022 fue un año horrible —escribió Iris—, en particular porque fue el año que perdimos a Esmeralda.

—¿Qué quieres decir con «perdimos»? ¿Qué ocurrió? —preguntó Iris.

—Una noche la mataron de una puñalada cuando volvía a casa —respondió Siris.

Conmocionada, Iris pidió más información, pero Siris no podía añadir mucho más. Explicó que nunca se detuvo al asaltante y que todavía se desconocía su identidad. También le contó que la escena del crimen estaba vigilada por cámaras de seguridad, que debían desencadenar una rápida respuesta de la policía en casos de agresión. Pero la policía no respondió con la suficiente rapidez y, después del crimen, la utilización de las imágenes de las cámaras de seguridad para identificar al culpable hubiera supuesto la violación de sus derechos sobre sus propios datos; derechos que, en el sistema legal de la *Otra Realidad*, estaban grabados en piedra.

Muchos creyeron que la motivación del asesinato no era otra que la rabia por la crisis. Como líder de la rebelión contra el sistema financiero del capitalismo, Esmeralda era, a ojos del mundo entero, la diseñadora del sistema de pagos de la *Otra Realidad*, al que muchos culpaban de la crisis. Otros discrepaban.

Iris estaba destrozada por la noticia del asesinato de Esmeralda. La noche que recibió el mensaje, se refugió en sus amigos buscando un poco de consuelo. Eva estaba ocupada con sus propios problemas, con su hijo Thomas para ser más exactos, pero Costa demostró que sabía escuchar de verdad, incluso cuando Iris tenía claro que él no podía compartir su dolor del todo. Después de librarse de una parte de la carga, Costa se quedó mirando a través de la ventana con un deje de tristeza.

—En la Edad Antigua —dijo al final—, las mujeres morían asesinadas por resistirse a la autoridad absoluta de unos hombres que eran sus propietarios. Las Cassandra y las Antígona mueren apuñaladas por hombres desconocidos en callejones oscuros. No estoy seguro de que todo esto represente un avance.

La crisis de 2022

Iris lloró a Esmeralda como habría llorado a su propia hermana. Su escaso interés por la crisis de 2022 desapareció del todo cuando se enteró de su muerte. Así que, cuando Siris envió un largo mensaje que exponía los detalles básicos de la crisis, la manera en que había infectado al conjunto de la economía internacional y la respuesta de las autoridades al desastre, Iris se limitó a dárselo a Eva.

Desde el primer párrafo, Eva disfrutó de que estuviera escrito con diligencia y de que fuera tan detallado como cabía esperar de una persona que no era economista. Misteriosamente, el problema había empezado de una forma que le resultaba familiar. Con el fin de la banca comercial, en todas las ciudades emergieron agencias de crédito que prometían poner en contacto a ahorradores y prestatarios. Pero, mientras todas las transacciones se realizaran a través de Jerome, el sistema de pagos digital y gratuito del Banco Central, en teoría las crisis eran imposibles; incluso si algunos prestatarios no podían pagar y algunos prestamistas perdían dinero, la ausencia de créditos bancarios y de un mercado de deuda evitaba un fallo sistémico que causara pérdidas mundiales. Pero todo cambió cuando ciertas agencias opacas encontraron la forma de realizar una cantidad significativa de transacciones al margen de Jerome, dentro de una oscura red que las autoridades monetarias no pudieron detectar.

Siris explicó lo que ocurrió describiendo la experiencia de una amiga suya, Joyce, que estuvo a punto de perder todos los ahorros de su PerCap de esta manera. Un día, recibió un mensaje de uno de estos malvados intermediarios, que se hacía llamar Delaware Community Credit Services (DCCS, «Servicios Crediticios Comunitarios de Delaware»). DCCS le ofreció el contacto de un prestatario que le pagaría, por un crédito a cinco años, más del doble de la tasa de interés que obtendría del Banco Central. Además, DCCS le aseguró que, si todo iba según lo previsto, ni siquiera tendría que sacar el dinero de su cuenta PerCap. Todo lo que tenía que hacer era firmar un contrato que, primero, le prohibía utilizar el dinero que había prestado y, segundo, concedía a DCCS el derecho a exigirle su transferencia a una cuenta concreta durante los cinco años que duraba el acuerdo: «¿Qué podría salir mal? —pensó Joyce—. Ni siquiera se encargan de sacar el dinero de mi cuenta». Lo que ella no sabía era qué quería hacer DCCS con el libre acceso a su dinero que les había prometido.

Después de que unos cuantos millones de Joyce firmaran el contrato, DCCS y otras agencias similares poseían el derecho de mover vastas sumas de dinero a quien ellas quisieran. A continuación, contactaron con las gComms —las autoridades municipales que supervisaban la distribución del suelo público—, ya que sabían que estaban deseando invertir en el desarrollo de nuevas zonas comerciales (con la idea de financiar viviendas sociales en las zonas destinadas para ese fin), y les ofrecieron financiación inmediata e ilimitada a cambio de una tajada de los futuros beneficios de las gComms. Una vez que el contrato estaba firmado, y obtenían así el derecho a recoger unos ingresos monetarios en el futuro, DCCS se aseguraba el acceso directo a dos clases de dinero de los ciudadanos: los ahorros ya existentes, que pertenecían a Joyce y al resto de la gente, y los alquileres públicos del futuro, que recaudarían las gComms.

Eva sabía por su experiencia en Lehman que, si das a las entidades financieras acceso a dos flujos de ingresos diferentes, enseguida encuentran la manera de combinarlos para ganar dinero. Y eso es exactamente lo que hicieron. DCCS redactó un contrato que concedía a su portador el derecho a sacar una parte del dinero de Joyce y, al mismo tiempo, entregar a cambio una porción de los ingresos futuros de las gComms. Estos contratos, llamados Derechos Crediticios Combinados (MCR, por sus siglas en inglés), se pusieron después a la venta en una improvisada plataforma de negociación digital que ellos mismos habían diseñado. Aunque no contaba con cobertura legal, esta plataforma digital tampoco estaba prohibida por la ley, seguramente porque a nadie con responsabilidad se le había ocurrido que pudiera suceder algo parecido. Cuando, más adelante, algunos de sus instigadores fueron puestos en manos de la justicia, su dudosa justificación fue que «aquello que no es ilegal es ético». Eva sonrió al leer aquello, por lo mucho que le recordaba a los embriagadores días de 2008.

El derecho de acceso al dinero real de Joyce aumentó su valor ante las expectativas de los futuros beneficios de las gComms, y por eso se vendía a un precio muy superior al necesario para poder devolverle a Joyce los intereses que DCCS le había prometido. En poco tiempo, los MCR se vendían como rosquillas, y las empresas como DCCS tuvieron otra idea. «¿Por qué nos limitamos a vender esas malditas cosas? ¿Por qué no las compramos también con la idea de volverlas a vender más adelante cuando su precio haya subido aún más?». Mientras los MCR se vendieran al día siguiente a un precio superior, tenía sentido.

En menos de un año, un gran porcentaje de los ahorros PerCap de la ciudadanía se había transferido a las plataformas de *trading* improvisadas y no reguladas que DCCS y otras agencias habían creado. Como el dinero fluía a las autoridades locales a través de sus gComms, el valor de sus divisas digitales también empezó a aumentar. La demanda de tierras en las áreas prósperas se incrementó, lo que disparó aún más los precios e inflamó la negociación con MCR. Como los terrenos se desarrollaban mucho más deprisa, tanto en las zonas comerciales como en las sociales, el poder adquisitivo del conjunto de la comunidad aumentó, y florecieron todo tipo de empresas locales. Todo el mundo salía ganando... mientras el precio del suelo siguiera subiendo.

Mientras leía el mensaje de Siris, Eva sintió una dolorosa sensación de *déjà vu* porque sabía qué ocurriría a continuación. Fue un suceso aleatorio — una inundación no sé dónde, según Siris— lo que hizo bajar los precios de las tierras en el sureste de Inglaterra. Los MCR que habían computado los grandes incrementos de valor de aquellas tierras se hundieron en las plataformas informales de *trading* de la noche a la mañana. La cascada de quiebras de los MCR tardó menos de un día en arrasarse con el poder adquisitivo de las divisas de cada municipio. Las empresas que realizaban la mayor parte de sus operaciones en aquellas divisas entraron en bancarrota. Para solventar sus propios problemas de liquidez, aquellos turbios intermediarios crediticios, con DCCS a la cabeza, ejercieron inmediatamente su derecho a transferir el dinero de las cuentas PerCap de Joyce y del resto de la población, dejándolas en muchos casos a cero.

A Eva, todo aquel desastre le resultaba tan depresivo como familiar. Pero lo que ocurrió a continuación no lo fue. En cuanto las autoridades abrieron los ojos a lo que ocurría, actuaron muy deprisa. Por fortuna, las herramientas necesarias para detener aquella ruinosa cascada ya estaban operativas. Los bancos centrales volvieron a llenar las cuentas PerCap de Joyce y de cualquier otra persona que hubiera sufrido un duro revés, por lo que la gente enseguida recuperó su poder adquisitivo. También añadieron un poquito más de dinero a todas las cuentas, por si acaso. Al ajustar al alza la cantidad total de dinero mediante este sistema, las autoridades tuvieron la capacidad de disipar la pesadumbre y alentar el instinto animal de la sociedad.

Las empresas que habían perdido ventas como resultado de la devaluación de su divisa local recibieron inyecciones de efectivo. Y en una reunión de emergencia, el Proyecto Monetario Internacional decidió apoyar a las monedas nacionales que habían sufrido de manera desproporcionada. Cuando

las aguas volvieron a su cauce, las autoridades redactaron una serie de leyes que fortalecían las asambleas monetarias ciudadanas que regulaban las divisas locales, dismantelaron todas las plataformas informales de *trading* y prohibieron todos los contratos entre ahorradores e intermediarios, similares a los que habían creado la burbuja y puesto en peligro los ahorros de Joyce.

A principios de 2022, la crisis había quedado atrás. La capacidad de la naturaleza humana para actuar con maldad había demostrado una vez más que era irrefrenable, pero en esta ocasión las defensas de la *Otra Realidad* habían aguantado. La ágil reacción de las autoridades había parado la crisis en seco, y la nueva normativa impediría que nadie volviera a aprovecharse de los futuros beneficios de la sociedad. Eva estaba impresionada.

—Qué contraste con la comedia de errores que tuvo lugar tras el desastre de 2020 —subrayó.

Iris, mientras tanto, se sumió un poco más en su melancolía.

Con verter lo superfluo no hay bastante

En aquellos viejos tiempos de nuestra juventud, pocas obras de teatro conseguían conmover a Iris como *El rey Lear*. Recuerdo estar sentado a su lado durante un montaje de la obra en el teatro Old Vic de Londres y, mientras el escenario atronaba con las famosas palabras de arrepentimiento de Lear, descubrir una única lágrima resbalando por sus mejillas.

*¡Pobres y desnudos miserables, allí donde estéis,
que soportáis la descarga de esta implacable tempestad!
¿Cómo van a defenderse de estas inclemencias
vuestras cabezas desnudas y vuestros estómagos vacíos,
vuestros revueltos harapos llenos de agujeros? ¡Oh, qué
poco me he ocupado de ellos! Pompa, prueba tu medicina,
exponte a sentir lo que sienten los miserables,
para que puedas verter sobre ellos lo superfluo,
y mostrar así que los cielos son más justos.*

Cuando más tarde le pregunté por qué la epifanía del rey caído le había emocionado tanto, se molestó.

—¿Quién, ese viejo estúpido? —dijo—. ¿Que se pone socialdemócrata con nosotros cuando ya es demasiado tarde?

—Bueno, si es así como te sientes, sí. ¿Por qué la lágrima por el lamento de un viejo estúpido? —pregunté.

Iris respondió que era la obra, y no el personaje, lo que le había llegado. Le había recordado que las fuerzas del mal nunca fallan cuando tienen que reconocerse y ayudarse entre ellas, y cómo cooperan conscientemente, sin ningún esfuerzo. Mientras que, por el contrario, las fuerzas del bien solo saben traicionarse y abandonarse mutuamente en el momento decisivo. Su lágrima era de frustración... o al menos eso fue lo que dijo.

Que Iris no demostrara ninguna simpatía por Lear tenía sentido, ya que sentía una profunda animadversión hacia esa clase de redistribución paternalista del exceso de riqueza —lo superfluo— a la que él hace alusión durante la obra. Iris estaba totalmente a favor, por supuesto, de reducir las desigualdades, pero también temía que la propuesta de redistribución de la renta practicada por los gobiernos laboristas en el Reino Unido, y también por otros partidos socialdemócratas en la Europa de los años setenta, tuviera una vida más bien corta, y que, en último término, resultara contraproducente, ya que en realidad solo ofrecía al capitalismo la coartada necesaria para apropiarse un poco más de «lo superfluo» en nombre de un círculo cada vez más reducido de accionistas.

«Verter sobre ellos lo superfluo», recuerdo que dijo aquella noche durante las copas que tomamos después de la función, «mostrar por un momento que los cielos son más justos... solo para que lo sean menos después».

Siempre a punto para aprovechar cualquier oportunidad de soltar un «te lo dije», Iris comenzó su respuesta al último mensaje de Siris con un recordatorio de su actual oposición a conceptos tan románticos, para a continuación señalar que, al quitarle el poder a una panda de marrulleros — los banqueros—, la rebelión solo había servido de coartada a otros.

Sí, también creía que la gestión de la crisis de 2022 por parte de las autoridades de la *Otra Realidad* era digna de elogio. Sí, era impresionante que se hubieran librado del sinsentido de que las empresas estuvieran en manos de personas que no trabajaban en ellas, y no en las de aquellos que sí lo hacían. Y sí, claro que estaba a favor de que los fondos Patrimonio y Dividendo hubieran puesto fin a una pobreza abyecta. Pero, a pesar de todo lo anterior, nada lograba vencer su profundo escepticismo hacia el mundo de Siris, Eve y Kostí. Decía que sospechaba de las instituciones de la *Otra Realidad*; de su capacidad para evitar la destrucción medioambiental que venía con el crecimiento económico, por ejemplo, o de su capacidad para controlar el impulso mercantilista, como había confirmado la crisis de 2022.

—Sí, poner las empresas y las tierras y el dinero bajo control democrático suena maravilloso, pero el problema es que no me lo trago: acabar con el capitalismo, sin nada más, no tiene por qué suponer que la sociedad sea verdaderamente justa. Dime, Siris, con total honestidad, ¿de verdad podrías decirme que así ha sido?

La respuesta de Siris no consiguió convencerla. En todo caso, tuvo el efecto contrario. Admitió que las asambleas ciudadanas eran imperfectas. A pesar de sus esfuerzos, los rebeldes OC habían fracasado en su intento de instaurar la *isegoria*: un antiguo ideal ateniense por el que cualquier opinión planteada en una asamblea debe juzgarse únicamente por sus méritos, y no por quién es la persona que pronuncia las palabras. Siris también recurrió al sarcasmo ante la afirmación, habitual entre los rebeldes, de que la solidaridad internacional había prevalecido.

—La psique imperialista, que racionaliza el sufrimiento de sus víctimas asignándoles el tratamiento de «los otros», sigue absolutamente presente —informó.

Y aunque Facebook, Cambridge Analytica y todos los capitalistas de la vigilancia electrónica habían desaparecido, la tecnología era tan omnipresente y avanzada que la gente aún vivía con el miedo constante a que la estuvieran espionando, a que monitorizaran y controlaran su comportamiento, si no por parte de la NSA, entonces por sus propias camaradas feministas. «El panóptico no necesita al capitalismo para existir», escribió.

La única nota positiva de la respuesta de Siris fue que el trabajo sin propósito alguno —la infinidad de empleos de mierda, desmoralizantes y carentes de sentido, que la gente estaba obligada a aguantar para que los gobiernos pudieran alardear del bajo porcentaje de paro— había sido erradicado casi por completo.

—La disponibilidad de una renta básica para cualquier persona y la democratización de las empresas nos ha obligado a invertir en la automatización de la mayoría de las tareas más rutinarias, así que los trabajos más deprimentes, simplemente, ya no existen.

Si Iris se alegraba por la noticia, no lo compartió con ella:

—Está muy bien saber que por ahí los malos van a la baja —dijo—, pero apuesto a que su erradicación no ha hecho nada por eliminar la soledad.

¿Qué se escondía detrás de su obstinada negatividad? ¿Por qué no podía reconocer los éxitos de la *Otra Realidad*, la prueba de que era posible superar el capitalismo, y de que podía hacerse de manera eficaz? Aquella testarudez sorprendió incluso a la misma Iris, hasta que, al final, después de revisar su

correspondencia con Siris, se dio cuenta del sentimiento que anidaba en su corazón: la inevitable convicción de que el mercado y el patriarcado seguirían envenenando la sociedad incluso después de que el capitalismo quedara reducido a cenizas.

Liberarse del mercado

Aquello era nuevo para Iris. Durante décadas había dirigido toda su rabia contra la adicción absoluta del capitalismo a conceder la propiedad sobre las tierras, los bienes inmuebles y la maquinaria a una minoría que, como resultado, disfrutaba de un inmenso poder extractivo sobre la mayoría. Como antropóloga, solía explicar a sus estudiantes que todas las sociedades tenían mercados, pero que habían permanecido en la periferia de las vidas de la gente hasta el establecimiento del capitalismo. Antes del siglo XVIII no había existido nada parecido a un mercado laboral o un mercado de la vivienda. O eras un campesino o eras un terrateniente, y no había más. Tras la llegada del capitalismo, sin embargo, todo estaba en venta; no solo el trabajo y la tierra, sino con el tiempo incluso los vientres, los genes y los minerales del espacio exterior. Las sociedades con mercados se convirtieron en sociedades de mercado, y, al final, cada aspecto de la iniciativa humana se canalizaba a través de un único mercado global que lo abarcaba todo. Eso es lo que hacía del capitalismo algo diferente, y un peligro para nuestro planeta, para nuestras almas, para nuestra humanidad.

En sus tiempos de activista, cuando alguien le preguntaba qué había que cambiar, ella respondía contundente:

—Prohibir la propiedad privada de la tierra, las viviendas, la maquinaria; de todos los medios con los que producimos nuestros bienes materiales y espirituales.

Pero ahora se daba cuenta de que aquello no era suficiente. En la *Otra Realidad* había visto que era posible socializar los medios de producción de formas muy ingeniosas, pero también se había dado cuenta de su propia negligencia: el problema no era quién poseía qué antes de dar paso a los intercambios en el mercado. El problema era el mercado en sí. Era el principio básico de intercambio condicional, en lugar de otro incondicional: «Te doy una manzana... *pero solo* si tú me das una naranja». Al final, y gracias al «Discurso del Soho» de Esmeralda, su precioso alegato a favor de

la reciprocidad no mercantil, por fin fue capaz de verlo claro: ¡era incluso más radical de lo que creía!

Después de años enjaulada en su santuario de Brighton, un espacio verdaderamente libre de cualquier intercambio mercantil, su contacto con la *Otra Realidad* la había radicalizado contra las sociedades de mercado en todas sus formas, incluso en la versión poscapitalista de aquella dimensión paralela. Iris había llegado a la conclusión de que la única salvación de la sociedad eran aquellos rebeldes, tan raros como virtuosos, que utilizaron su independencia para abrazar una colaboración incondicional. Que la *Otra Realidad* dependiera de los mercados desentonaba con la aspiración de vivir en un mundo donde el bien fuera el amo y señor, en vez de un simple subproducto de un diseño óptimo del mercado. Todos sus logros parecían ahora sucios y poco apetecibles.

La noticia de la crisis de 2022 había sido el catalizador. El relato de Siris sobre la estafa diseñada por DCCS fue el detonante.

«Apuesto —escribió Iris— a que los gestores de DCCS eran hombres con todas sus necesidades bien cubiertas, salvo su hambre de poder sobre la gente normal y corriente».

Incluso con la desaparición del capitalismo, y mientras la sociedad siguiera privilegiando los mercados, los manipuladores más malvados podrían comerse vivos a los virtuosos rebeldes de Iris en su desesperada búsqueda del próximo gran chollo. Aquello le daba el mismo mal presentimiento que le causaba *El rey Lear*.

Iris no ponía en duda que la *Otra Realidad* había vertido todo lo superfluo de un modo impresionante. Pero ¿a qué precio? Al de liberar a los mercados de las cadenas del monopolio de las megacorporaciones y los megabancos. ¿Y por qué era un precio a pagar demasiado alto? Porque, desde su punto de vista, los mercados libres, que en realidad quizá necesitaban del fin del capitalismo para poder hacerse realidad del todo, no son la solución. Los mercados, capitalistas o de cualquier otra clase, crean el hábitat en el que sobreviven el patriarcado y el resto de los poderes opresivos.

Iris llegó a la conclusión de que su oposición a la *Otra Realidad* no era tan distinta a su desprecio por Lear. Así como una mínima reducción de la desigualdad en nombre de la socialdemocracia solo había allanado el terreno para su reaparición un poco más adelante, la *Otra Realidad* solo había prolongado el dominio de los mercados sobre las sociedades; lo que era, por supuesto, la razón por la que Eva había abrazado al final su causa.

Cuando sus diálogos con Siris llegaban a su conclusión, Iris por fin lo vio claro. Su sueño era liberarse del mercado, no liberar el mercado; un sueño que la *Otra Realidad* había frustrado de una manera más decisiva que el propio capitalismo. ¿Es que el corpo-sindicalismo de la *Otra Realidad* no era mejor que el capitalismo? Por supuesto que lo era. Pero ¿valía la pena si su resultado era una sociedad en la que Esmeralda y su «Discurso del Soho» podían eliminarse con tanta facilidad?

8

Vuelve el ajuste de cuentas

Toxoplasmosis digital

Thomas se presentó en el laboratorio de Costa el lunes 3 de noviembre de 2025. Por aquel entonces, Iris y Eva ya estaban agotadas, no solo por sus descubrimientos sino también por la confección de sus propios mensajes, en los cuales describían *Nuestra Realidad* desde 2008: cómo había funcionado el capitalismo durante ese periodo, y también cómo había fracasado. Después de cuatro meses de un duro toma y daca, concluyeron que era el momento de evaluar la situación y dedicar toda una semana a estudiar por separado los mensajes durante el día, para después reunirse por la noche con el propósito de intercambiar impresiones. Fue durante el primer día de aquella semana de estudio, como decidieron llamarla, cuando Thomas se reunió con ellas.

Aunque había escrito a Eva durante la semana anterior para confirmar su visita, ella había preferido no contar con su llegada. En parte, era una manera de gestionar sus propias expectativas, así que, en cuanto apareció, sintió una alegría extraordinaria que se guardó para sí misma, aunque también le invadió el miedo de que, una vez más, algo pudiera salir mal entre los dos. Consciente de la aversión de su hijo a sus muestras de afecto, intentó no incordiarle a preguntas y le dejó a su aire durante los días siguientes. La semana de estudio fue un buen colchón para madre e hijo, y les dio la excusa que ambos necesitaban. Durante el día, mientras Eva e Iris estudiaban sus mensajes, Thomas tenía libertad para hacer lo que quisiera, pero los cuatro se reunían exactamente a las siete de la tarde para degustar las cenas que Costa preparaba meticulosamente.

Thomas decidió pasar sus días con Costa, intrigado por sus extraños modales cretenses y fascinado por lo que su madre había insinuado sobre el laboratorio que había en la puerta de al lado; un lugar donde, como Eva expresó con unas palabras muy sugerentes, «acechaban toda clase de

maravillas tecnológicas». Y Costa, como descubrirían enseguida, iba a convertirse en el compañero ideal de aquel joven atormentado. Tras su viaje a Brighton, y después de volver a San Francisco, una rabia sosegada había ocupado el espacio donde antes residía la esperanza; su entusiasmo inicial por el descubrimiento de la *Otra Realidad* había desaparecido y, en su lugar, había dado paso a una obsesión por mantener los instrumentos de su laboratorio a salvo de los tiburones corporativos de *Nuestra Realidad*. Thomas se sentía a gusto cerca de aquel ingeniero de mediana edad tan frágil, melancólico y feroz. Valoraba mucho que Costa nunca le hiciera preguntas personales, y que, en cambio, le invitara a participar en unas encantadoras conversaciones tan extrañas como inesperadas, unas veces extravagantes y otras macabras. Thomas consiguió incluso descubrir su pasión por las grandes recetas de la cocina cretense.

Una de las mañanas que pasaron juntos, Thomas estaba jugando con su tableta mientras Costa preparaba unas lentejas para la cena de la noche. Tras dejarlas en remojo en una mezcla de agua y vinagre balsámico, Costa se acercó a Thomas y, de buenas a primeras, le preguntó:

—¿Has oído hablar de la toxoplasmosis?

Thomas dijo que no.

—La toxoplasmosis es una enfermedad causada por un parásito, que reconfigura el cerebro de los roedores de tal modo que pierden el miedo a los gatos —explicó Costa—. Cuando los gatos se comen a esos ratones tan temerarios, el parásito se reproduce en los intestinos de los felinos y, poco después, se propaga a través de sus heces para infectar a más ratones que, a su vez, también se vuelven vulnerables a los gatos. Y vuelta a empezar.

«Este tío es un bicho raro, pero de verdad —pensó Thomas—. Me gusta».

—Te he estado observando —siguió Costa— mientras estabas ocupado jugando con tu tableta. Eres la personificación de todos los síntomas de la toxoplasmosis digital.

Thomas se sentía bastante más intrigado que ofendido.

—Si yo soy el roedor —preguntó, siguiéndole el juego—, ¿qué es el parásito entonces? ¿Y dónde están los gatos?

—No quería decir que tú fueras el roedor —respondió Costa—. No, lo es *tu atención*. Las grandes tecnológicas se la están comiendo con esos juegos a los que juegas, mientras el parásito invisible se reproduce a través de sus *apps* y motores de búsqueda, y eso hace que te sea cada vez más y más difícil conservar tu autonomía, tu capacidad para dirigir tu atención donde tú

escojas. Como eres libre del miedo a la esclavitud, te rindes cada vez más a sus deseos.

A Thomas no le molestaba la insinuación de que era un memo, un juguete en manos de las tecnológicas. En las conversaciones con Iris y su madre siempre había una cierta tensión, causada por la necesidad de ambas partes de resolver la disputa y demostrar quién tenía razón. Costa y Thomas se llevaban bien porque no querían llegar a ninguna conclusión, y tampoco buscaban la victoria. Las preguntas se planteaban porque sí, no se cuestionaban las afirmaciones del otro, las diferencias podían quedar sin resolver. Por primera vez, Thomas sentía que podía relajarse en compañía de otra alma, incluso de un genio.

Costa también se sentía cómodo. Disfrutaba de las largas pausas durante sus extrañas conversaciones. Apreciaba que nadie estuviera esperando a que llenara los silencios con algún diálogo profundo. Eva le había pedido ayuda para intentar aliviar la melancolía y la soledad de su hijo creando una conexión con él, pero enseguida fue Costa quien encontró la paz y la tranquilidad en el tiempo que pasaban juntos. La libertad de interrumpir los silencios con pensamientos al azar elaborados desde la incoherencia le resultaba extrañamente satisfactoria. También le permitió vislumbrar ciertos aspectos de la mentalidad de Thomas que, de cualquier otra forma, habrían permanecido ocultos.

—A veces me pregunto —Thomas se atrevió a plantear en un momento dado— si al final la vida solo se reduce a una lucha por el control. Así que, como los demás solo quieren ganarme la partida, lo único que puedo hacer yo es ganarles la partida a ellos primero. ¿Soy por eso un bicho raro?

—No más raro de lo que soy yo —respondió Costa—. A veces me preocupa que todo este asunto no sea más que una ilusión. Que la individualidad no exista, y que en mi cabeza no haya un «yo» que de verdad me represente a mí. Pero déjame decir, por el bien de la conversación, que tienes razón. Que en este mundo es imposible evitar que otros te controlen, a no ser que tú los controles a ellos primero. Si he aprendido algo —dijo con solemnidad— es que, para controlar a los demás, primero debes obtener un poder exorbitante; y que, antes de que te des cuenta, ese poder te controlará a ti y te convertirá en su trofeo.

Thomas permaneció en silencio mientras procesaba las observaciones de Costa.

—Imagínate que pudieras hacer realidad tus sueños —prosiguió Costa—. Imagínate que pudieras pulsar un botón y transportarte a un mundo donde

tienes el control absoluto sobre todo y sobre todos. Un lugar donde nadie puede meterte una idea o un deseo en la cabeza. Al contrario, un lugar donde tus deseos determinan literalmente cada aspecto del mundo que te rodea. Un *multiverso* donde no solo puedes hacer todo lo que quieras, sino donde puedes hacer todo lo que quieras *a la vez*. ¿Pulsarías el botón?

Thomas tenía algunas preguntas, por supuesto, pero después de dejar bien claros los términos del experimento mental de Costa —que, por supuesto, eran las características del HALPEVAM en su versión inicial— su respuesta fue inequívoca:

—¡Por supuesto que pulsaría el botón!

Para Costa, había llegado la hora de la verdad.

—¿Y seguirías pulsando el botón si no pudieras dar marcha atrás? —preguntó—. ¿Si, una vez acomodado a aquel mundo digital de placeres ilimitados, nunca pudieras regresar?

—¿De verdad, tío? Estaría loco si dijera que no —respondió un Thomas incrédulo sin pensárselo dos veces.

Costa esbozó una tímida sonrisa y volvió a la cocina a remojar los biscotes en limón y aceite de oliva para la ensalada *dakos* de la cena.

—Y ahí se va el poder liberador del para siempre... —farfulló para sí mismo.

Corona contra crisis

El domingo por la noche, al terminar su semana de estudio, los cuatro se reunieron como estaba previsto para cenar en el «comedor», el nombre que Costa daba a un espacio donde la cocina se ampliaba con una mesa. Eva trajo una botella de champán bien frío «para celebrar el final de una semana fascinante», en sus propias palabras. Costa tuvo la sensación de que las ganas de fiesta de Eva se debían tanto a su reunión con Thomas como a las ideas sobre la *Otra Realidad* que habían podido compartir. Estaba claro que Eva se sentía feliz por disfrutar otra vez de la compañía de su hijo, y por descubrir que la expresión de angustia de su rostro se había suavizado, lo que demostraba que la semana que había pasado con Costa había surtido el efecto deseado.

Cuando pasaron del espumoso a su sopa *trahana*, acompañada del obligatorio vaso de *raki*, Costa anunció las malas noticias. El agujero de gusano se había plegado y solo dejaba pasar una minúscula cantidad de

información. La comunicación con Kosti se había reducido a ráfagas ocasionales de código morse, que Costa había aprendido de su padre; quien a su vez lo aprendió de un soldado neozelandés que su familia escondió en casa durante la ocupación nazi de Creta.

—¿Y no hay ninguna forma de restablecer el agujero de gusano? —preguntó Thomas, que veía a Costa como un genio capaz de cualquier cosa.

Costa explicó que mantenerlo abierto durante tanto tiempo había sido una verdadera pesadilla. Para volver a abrirlo, Kosti y él estaban trabajando en una técnica bastante drástica.

—El miércoles sabremos si funciona, aunque, para ser sincero, tengo que decir que no tiene buena pinta —reconoció.

Iris le recordó que el jueves debía tomar el vuelo de vuelta a Inglaterra.

—No sé vosotros, amigos míos —dijo—, pero por mi parte creo que ya ha llegado la hora de volver a Brighton. Llevo encerrada en esta casa todo el verano. ¡Ya basta!

Fue en aquel momento cuando la conversación viró hacia los trascendentales acontecimientos que habían cambiado el mundo cinco años atrás. Eva estaba bastante obsesionada con la crisis de 2022 en la *Otra Realidad* y sus similitudes con la crisis del confinamiento de 2020 y la depresión económica que siguió a continuación. Todas aquellas reflexiones pusieron la gasolina; el apunte final de Iris fue la chispa. Como era de esperar, la conversación empezó con una discusión entre las dos, pero cuando plantearon el tema del confinamiento, la cuestión pasó a dominar el resto de la velada, mientras Costa, y también Thomas, en ocasiones, llevaba la voz cantante.

—No es la primera vez que nos enjaulan a todos —dijo Eva.

—¡No me lo recuerdes, por favor! —contestó Iris.

—¿Recuerdas, Iris —continuó Eva muy tranquila—, lo culpable que me sentía por acercarme a tu puerta para tomar una copa de vino, mientras tú parecías tan indiferente? ¿Y la ansiedad que sentía cuando pensaba en hacerlo, incluso meses después?

—Sí —respondió Iris—. Para ser honesta, pensaba que era bastante patético.

—Es tan típico ¿o no? —dijo Eva—. Mientras yo estaba dispuesta a cumplir unas medidas razonables que el Estado nunca debería tener derecho a imponer, tú apoyabas las extralimitaciones del gobierno mientras al mismo tiempo incumplías la prohibición siempre que te venía en gana.

—Las leyes poco oportunas están hechas para romperlas —dijo Thomas—. No te pillaron, así que hiciste lo correcto.

Las dos se quedaron de piedra ante el inquietante comentario de Thomas. Como no quería provocar un enfrentamiento con su hijo, Eva desvió la conversación en otra dirección.

—Reconozco mi poca predisposición a admitirlo, pero, en comparación con los desastres que nuestras autoridades causaron con el coronavirus, en la *Otra Realidad* la gestión de su propia crisis económica fue sobresaliente. Es verdad que la crisis de 2022 fue una desgracia de una categoría completamente diferente, mucho más parecida a nuestro *crack* de 2008. Sin embargo, estoy convencida de que las instituciones de la *Otra Realidad* habrían gestionado la pandemia mucho mejor que las nuestras.

Por primera vez, Iris y Costa eran conscientes de la extraordinaria conversión de Eva. Sorprendidos, al principio se vieron incapaces de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Dis... disculpa? —dijo Iris—. ¿En qué te basas para decir algo así?

Eva ofreció la típica respuesta de economista.

—En primer lugar, veamos la cuestión de los bancos centrales —comenzó—. Como todos los ciudadanos y las empresas tienen una cuenta en el Banco Central de su país, el banco puede ingresar directamente una suma de dinero a cualquiera. Sin intermediarios, sin estudios socioeconómicos, sin preguntas, sin formularios; el funcionario de turno solo tiene que pulsar unos cuantos botones y, de repente, todo el mundo dispone de un dinero extra que puede gastar en lo que quiera. En nuestra situación, solo los bancos comerciales tienen cuenta en el Banco Central, por lo que la única forma de reflotar una economía en pleno hundimiento es entregarles el dinero a ellos, con la esperanza de que lo hagan llegar a la sociedad en forma de préstamos. Pero ¿qué es lo que siempre dices, Iris, sobre la directriz principal de cualquier banco comercial?

—Nunca prestes a alguien que de verdad necesite el dinero —respondió Iris, extrañada de que le diera la razón.

—Exacto. En el momento en que colocas un banco comercial entre el dinero del banco central y la gente de la calle, ocurren dos cosas: la mayor parte de ese dinero nunca llega a la gente, y el que sí llega suele acabar en los bolsillos de quienes no lo necesitan. Si en 2020 hubiéramos tenido un banco central similar al de la *Otra Realidad* en 2022, habríamos podido cubrir los ingresos que habían desaparecido, evitando al instante la mayoría, cuando no todas, de las quiebras de las empresas.

La segunda característica que había permitido poner freno a las recesiones económicas era, según explicó Eva, la ausencia de mercados bursátiles. Para Iris y Costa, que habían observado en primera persona la indignación de Eva ante aquella posibilidad cuando se reunieron en Brighton, aquello representaba una concesión sobrecogedora.

—Como para un montón de personas de mi mundo —explicó Eva—, para mí 2008 fue una llamada de atención. A partir de aquel momento, empecé a preocuparme de la creciente desconexión entre la economía real y los mercados financieros. Pero recuerdo que, en 2020, aquella desconexión se convirtió en un abismo. A pesar de que la mitad de la población mundial estaba encerrada en casa, de que las empresas iban a la quiebra por todas partes y de que el desempleo engullía al planeta entero, los mercados de valores, sin embargo, funcionaban a las mil maravillas. ¿Por qué? Porque todos aquellos préstamos que la generosidad de los gobiernos y los bancos centrales habían hecho realidad no llegaron a la gente, como bien dices, sino a los directores de las grandes empresas, quienes no tardaron ni un segundo en usarlos para comprar de nuevo sus propias acciones. Por eso los precios de las acciones se dispararon mientras la economía real se venía abajo, y no tengo la menor duda de que, como resultado, sus primas también se dispararon. Es tan simple como que nunca pierden. Mientras el resto del mundo sufría —y aquí también hay que incluir a las grandes empresas—, sus directivos y los banqueros ganaban dinero a manos llenas.

—¿Me estás diciendo que acabas de darte cuenta de eso? —preguntó Costa.

Eva confesó que, antes de que el agujero de gusano le ofreciera la posibilidad de vislumbrar otras alternativas, era incapaz de imaginar una sociedad de mercado sin bancos o mercados bursátiles. Pero ahora sí podía, y por el camino ciertas cuestiones le habían quedado muy claras.

—La *Otra Realidad* ha comprendido esa cuestión a la perfección —dijo con rotundidad—. En épocas de crisis económica, los bancos comerciales y los mercados de valores destrozan la capacidad del banco central para contribuir a que la sociedad cure sus heridas, y no son más que un lastre para la economía de mercado.

La tercera gran ventaja de la *Otra Realidad* que, según Eva, habría resultado de gran ayuda en *Nuestra Realidad*, en caso de haber existido, era el Proyecto Monetario Internacional, que podría haber hecho por otros países y regiones lo mismo que los bancos centrales de la *Otra Realidad* habían hecho por sus ciudadanos. Les explicó que todo lo que debía hacer el PMI en un

momento de crisis global era abonar en las cuentas de cada país diferentes cantidades de Kosmos en función de la gravedad de los daños causados a sus economías.

—Y si algunos de los países más débiles sufren una pérdida permanente de los ingresos de la industria, la agricultura o el turismo —concluyó—, las tasas al desequilibrio comercial y al repunte de la financiación que ingresaba el Depósito de Desarrollo y Redistribución Internacional habrían compensado las pérdidas con las necesarias inversiones a largo plazo.

—Voy a decirte lo que también podríamos haber hecho en 2020 —interrumpió Costa—. Su Fondo de Datos Soberanos. La gran y única ventaja que los seres humanos tenemos sobre cualquier virus es que nosotros podemos —en teoría— organizar un gran esfuerzo coordinado a escala global contra él, siempre que contemos con las ganas y los medios. Cuando el virus se propaga por todo el mundo, el virus de China no puede compartir información con sus homólogos de África o América. ¡Pero nosotros sí podemos! Por lo tanto, si hubiéramos tenido un depósito global de datos de código abierto, piensa un momento en la rapidez con la que habríamos podido controlar su evolución y desarrollado una vacuna. ¡Podríamos haber sofocado la pandemia al poco de nacer!

Jeff contra Akwesi

Mientras Costa y Eva analizaban las cuestiones técnicas, la impaciencia se iba apoderando de Iris. Para ella, las cosas eran más sencillas.

—En *Nuestra Realidad*, miles de millones de seres humanos estaban, y todavía están, a una sola nómina de la ruina. Cuando el virus atacó en 2020, quedó muy claro, y todos pudimos verlo. Camareros, jornaleros, cocineros, oficinistas, sanitarios, conductores, limpiadores y toda clase de trabajadores vivían al día, sin apenas ahorros en el banco a los que poder recurrir. Lo mismo ocurría con las pequeñas empresas, que seguían adelante con un margen de beneficios muy estrecho. Con uno o dos días sin clientes tenían bastante para irse a pique. Toda esa verborrea sobre reflotar la economía ignora el problema subyacente, y el más importante. ¿Recuerdas, Eva, aquel artículo de Arundhati Roy que me enviaste y que publicó precisamente el *Financial Times*?

Las frases que Iris tenía en la cabeza estaban recogidas en su diario:

Históricamente, las pandemias han obligado a los seres humanos a romper con el pasado e imaginar el mundo de nuevo. Esta vez no es diferente. Es un portal, una puerta entre un mundo y el siguiente. Podemos escoger atravesar esa puerta llevando a cuestas los cadáveres de nuestros odios y prejuicios, nuestra avaricia, nuestros bancos de datos y nuestras ideas muertas, nuestros ríos moribundos y nuestros cielos contaminados. O podemos cruzarla ligeros de equipaje, dispuestos a imaginar un mundo diferente.

—¿Recuerdas, Eva —continuó Iris—, que en 2020 tú fuiste una de las personas que se negaron a imaginar otro mundo y que, por el contrario, siguieron llevando a cuestas los cadáveres de nuestras ideas muertas?

—Quizá tú y la gente como tú —respondió Eva, sonriendo— fuisteis la razón por la que me negué a imaginar ese otro mundo. Tus fantasías y tu autoritarismo colectivistas eran lo que las hacía tan peligrosas. Lo que ahora te fastidia, reconócelo, Iris, es que al final resulta que yo he demostrado ser mucho más abierta de lo que tú has sido nunca a un mundo diferente que, de hecho, da respuesta a tus inquietudes, mientras a la vez respeta las libertades humanas básicas que siempre he defendido.

Desde muy corta edad, Thomas había aprendido a no escuchar a la «pareja en disputa», el apodo con el que se refería a Iris y Eva. En cuanto a él, la sociedad era un lugar despreciable y brutal que solo le causaba dolor, y el sinsentido de sus obsesivas disputas sobre el cómo y los porqués de la cuestión solo conseguía sacarle de quicio. Por eso Thomas había permanecido en silencio, más interesado en la cena de Costa que en el debate de Iris y Eva. Pero a Costa la ausencia de Thomas en la conversación no le parecía una buena señal. Sabía que, en general, Thomas estaba más interesado por los aspectos técnicos del agujero de gusano que por lo que se encontraba al otro lado, pero en un intento de traerlo de vuelta a la conversación, Costa decidió pulsar la tecla que, en su opinión, podía despertar la imaginación del joven.

Antes de que Iris tuviera oportunidad de responder al desaire de Eva, Costa miró a Thomas y dijo:

—Si me lo preguntas, la diferencia más interesante entre *Nuestra Realidad* y la suya durante las respectivas crisis tuvo que ver con el poder.

Para satisfacción de Costa, los oídos de Thomas se destaparon al instante.

—Y si quieres comprender qué hace que algunas personas sean poderosas y otras, simples muñecos —continuó—, entonces solo tienes que comparar las historias de Chris y Akwesi.

Al ver que Costa había atrapado la atención de su hijo, Eva indicó a Iris que guardara silencio.

Costa empezó a explicar la historia de Chris Smalls, un trabajador de Amazon que se atrevió a organizar una huelga en las instalaciones de la empresa en Staten Island, en protesta por las condiciones laborales durante la pandemia. Su nombre saltó a la fama cuando se descubrió que, después de despedir a Chris, los directivos superricos y todopoderosos de Amazon trazaron un plan por videoconferencia para redirigir el discurso de los medios de comunicación y, de ese modo, ridiculizar su causa y su persona. Pero, a pesar de que un número nada desdeñable de personajes públicos salieron en defensa de Chris y denunciaron las tácticas de Amazon, el escándalo no tuvo mayores consecuencias. Costa les explicó que, en 2020, Amazon salió del confinamiento mucho más rica, fuerte e influyente que en el pasado. En cuanto a Chris, cuando desaparecieron sus cinco minutos de fama sufrió una terrible humillación y se quedó sin trabajo.

—No era la primera vez que una corporación salía reforzada de una catástrofe global, y con una espléndida reputación entre el agradecido público —dijo Costa—. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Ford y General Motors ascendieron a los altares de la mitología estadounidense como las empresas patrióticas que habían ayudado a derrotar al Eje. Durante las décadas siguientes, si defendías, como muchos hacían, que «Lo que es bueno para General es bueno para Estados Unidos» te encontrabas con un montón de norteamericanos que asentían conformes. ¿Os preguntáis quizá si alguna otra empresa ha podido mejorarlo? Pues bien, Amazon lo hizo en 2020.

Costa explicó que, durante la pandemia, mientras la mayoría de las empresas perdían puestos de trabajo, dejando en el paro a treinta millones de estadounidenses en un solo mes, Amazon fue en contra de la tendencia general y, para una cierta franja de norteamericanos, se convirtió en un cruce entre la Cruz Roja, que entregaba paquetes imprescindibles a los ciudadanos confinados, y el New Deal de Roosevelt, contratando a cien mil empleados extra a los que, para colmo de males, pagaba un par de dólares extra a la hora. Por supuesto, detrás de aquella fachada, la realidad contra la que protestaban los Chris Smalls era espantosa: en sus almacenes, Amazon trataba a sus trabajadores humanos como material fungible, desechable, reducidos a su capacidad física para recoger y embalar paquetes. Buena suerte para aquel que protestara por las instalaciones insalubres o la falta de material de protección o una ínfima baja por enfermedad. Aquella era la fea realidad tras

la elevación a los altares de Amazon, desde un cuasi monopolio a algo más parecido a un Estado dentro del Estado.

—¡Todo el poder para Bezos! —dijo Thomas—. Si ese tipo, Smalls, no podía aguantar la situación en Amazon, pues igual debería haberse largado. Nadie le pidió que trabajara en Amazon. Si no puedes cuidar de ti mismo, es tu problema.

Costa esperaba, y deseaba incluso, aquella reacción. Adivinó que Thomas consideraría a Chris un debilucho cuyo sacrificio era el inevitable corolario de la fascinante voluntad de poder de Jeff Bezos. De hecho, simpatizaba con la incapacidad de Thomas para preocuparse de la ética de Amazon. ¿Podría haber sido de otra forma para un joven que destilaba tristeza de un modo tan perceptible y que se sentía tan impotente? Las ansias de poder del chaval le obligaban a rendirse y admirar aquel sentimiento cada vez que se cruzaba con él.

—Quizá... —dijo Costa—. Pero hay otra clase de poder. Muy diferente, pero igualmente arrollador. Más poderoso que Amazon y Bezos, la verdad. Y tenemos un buen ejemplo en la historia de Akwesi y sus Bladerunners.

Costa describió los Días de la Inacción y sus victorias, que habían logrado aumentos de sueldo para la mano de obra de Amazon, pero Thomas todavía se mostraba escéptico.

—Bezos les tiraría un hueso para que se callaran —dijo Thomas—, pero no veo cómo un grupo de consumidores puede llegar a perjudicar tanto a un mastodonte como Amazon como para dejar que los Chris Smalls de este mundo tomen el control de la empresa.

—El poder siempre se basa en la ley de los grandes números —respondió Costa—. No hay ningún déspota, oligarca o emprendedor que tenga el poder necesario para dominar a millones de personas sin su tácito consentimiento. La fuerza del poder despótico no se encuentra en las armas, las cuentas bancarias o los servidores informáticos del dictador, sino en las mentes de aquellos a quienes controla. Mientras la mayoría crea que está indefensa, lo estará. En este sentido, Bezos y Akwesi no eran tan distintos como podrías pensar.

»—La clave para amasar un poder inmenso —continuó Costa— consiste en sumar las pequeñas capacidades de muchas muchas personas. Bezos lo ha hecho poco a poco. Ha ido creando esa imagen tan atractiva, tan apabullante, que presenta a Amazon como el camino más fácil para infinidad de consumidores, vendedores y trabajadores. Solo necesitaba que millones de personas aprendieran a pensar en Amazon por instinto cada vez que quieren

comprar un libro, un aparato o un electrodoméstico con cierta urgencia. Y, claro está, Amazon tenía que ofrecer unos precios más bajos, por cortesía de un ejército de trabajadores que no tenían otra opción que aceptar empleos de almacén mal pagados, robóticos y que acaban con la moral de cualquiera. El ejército de Akwesi, en cambio, siguió los diminutos pasos de los liliputienses que inmovilizaron a Gulliver.

A la gente normal y corriente le cuesta creer que tiene poder, explicó Costa. Necesitó un liderazgo inspirador para convencerse de que lo tenía, y después, para que esa convicción surtiera efecto, hizo falta una organización madura que puso en práctica una estrategia inteligente. El plan de Akwesi había consistido en empezar a pequeña escala, pero apuntando a las alturas. El Día de la Inacción de los Bladerunners solo exigía a los consumidores un pequeño sacrificio, pero ofreció a cambio una recompensa que aumentó la confianza de todos los participantes. A los clientes, dejar de visitar una página web apenas les costaba nada, pero, desde un primer momento, y gracias al alcance global de Akwesi, la medida se tradujo en unos enormes costes para empresas como Amazon. De inmediato, los liliputienses vieron el efecto que podían causar, y los Días de la Inacción se convirtieron en la oportunidad para sentirse parte de un movimiento efectivo. Mientras los movimientos de protesta anteriores requerían el esfuerzo y el compromiso de todos los implicados, la gran innovación de Akwesi, en opinión de Costa, fue ofrecer a los tipos más desanimados la oportunidad de marcar la diferencia sin sacrificar demasiado a título personal.

Igual que Bezos construyó Amazon aumentando sus fuentes de autoridad —de vender cosas por internet a acorralar al sector de la informática en la nube y entrar en el campo de la inteligencia artificial—, los Bladerunners de Akwesi también ampliaron su base de apoyo combinando los Días de la Inacción con las campañas de los Crowdshorters de Esmeralda y las de los Solsourcers, los Environs y el resto de los rebeldes OC.

—Bezos y Akwesi tenían el mismo talento para amasar poder —concluyó Costa—. La diferencia fundamental era que Bezos usaba a las personas para exprimir a la gente; mientras que Akwesi las utilizaba para entregarles el poder.

Thomas había escuchado con atención. Por su silencio, Costa dedujo que no sabía si manifestar su desdén o confesar su admiración. Como sentía sus dudas, Costa escogió un enfoque diferente.

—Olvídate de la política y límitate a verlo desde la estética —sugirió—. La fuerza reunida por Akwesi es mucho más hermosa que el obtuso y

aburrido poder de un hombre ultrarrico y sus serviles secuaces. Si pudieras convertir en música esas dos fuerzas, Bezos sonaría como la Cabalgata de las valquirias de Wagner, y Akwesi, como la Novena Sinfonía de Beethoven.

Mientras Thomas y Costa seguían con su discusión, Eva reflexionaba sobre el carácter de su hijo y la relación que iba cobrando forma ante sus ojos. El joven se había perdido con las referencias musicales de Costa, por lo que tuvo que intentarlo de nuevo con una analogía diferente. Pero si Thomas hubiera conocido ambas composiciones, Eva estaba segura de que siempre habría escogido las Valquirias. El Himno a la Alegría de Beethoven requería un optimismo en el espíritu del que su hijo carecía. Estaba absolutamente convencida de que la ausencia de una figura paterna en su vida le hacía vulnerable al poder patriarcal absolutista. Un Jeff Bezos, un Rupert Murdoch, un Darth Vader, y sobre todo un Mefistófeles, lo hubieran tenido muy fácil para reclutar a Thomas para sus proyectos, en lo que sería una tempestuosa reafirmación de poder masculino que le prometería aquello de lo que había carecido en su vida, y de un modo que el poder democrático, a pesar de su interés intelectual y belleza estética, jamás podría igualar. Así, mientras Eva detectaba una vaga señal de que Costa estaba, en cierto modo, satisfaciendo el anhelo de Thomas por un *padre padrone*, incluso cuando él cuestionaba la existencia de ese deseo, se descubrió a sí misma conteniendo las lágrimas.

Los infelices años veinte

Mientras Eva entendía en términos psicológicos la vulnerabilidad de Thomas frente al poder absoluto, Costa lo veía como un reflejo de un malestar político más amplio, que había enraizado durante los últimos cinco años hasta moldear el cerebro adolescente de aquel joven. Tras ganarse el interés de Thomas, Costa siguió hablando para dejar claro el quid de la cuestión:

—Tú no te acordarás —dijo— porque eras muy joven en aquella época, pero antes de 2020 la política en los países democráticos era diferente. Era casi como un juego, donde los partidos políticos parecían equipos que tenían días buenos y malos en el campo, marcando o encajando goles que los hacían subir o bajar en una tabla clasificatoria que, a final de temporada, determinaba quién se llevaba el premio gordo: la oportunidad de formar gobierno... sin, por supuesto, tener realmente el poder. Pero en 2020, de repente, la sensación general de que los políticos no tenían el poder fue desapareciendo para dar paso a un gran descubrimiento: los gobiernos del mundo entero, no solo en

China, Rusia y el resto de los Estados autoritarios, sino también en los países que, sobre el papel, eran liberales, poseían en realidad un poder inmenso. Con la irrupción del virus llegó el toque de queda de veinticuatro horas, el cierre del bar de la esquina, la prohibición de dar un paseo por el parque, la suspensión de las competiciones deportivas, el vacío en los teatros, el silencio de las salas de conciertos. La sensación de que vivíamos en un Estado empequeñecido, consciente de sus propios límites y dispuesto a ceder el poder a los individuos, salió volando por la ventana. Muchos salivaron ante semejante demostración de poder estatal puro y duro. Incluso los partidarios del libre mercado, como nuestra Eva, que se habían pasado toda la vida criticando cualquier medida que pudiera significar un aumento ridículo del gasto público, exigían un control estatal sobre la economía que no se veía desde los tiempos en que Leonid Brézhnev dirigía el Kremlin. En todos los países del mundo, el Estado financió las nóminas de las empresas privadas, renacionalizó los servicios públicos y adquirió acciones de las líneas aéreas, de los fabricantes de automóviles y hasta de los mismísimos bancos. Ya desde la primera semana de confinamiento, la pandemia eliminó la capa de barniz que recubría la política para revelar la grosera realidad que había debajo: que algunas personas tienen el poder de decir a los demás lo que tienen que hacer.

—Eso es exactamente lo que quería decir —señaló Thomas—. Si no controlas a los demás, ellos te controlarán a ti. Es irremediable.

—Sí, en ese sentido tienes razón —reconoció Costa—. Como dijo Lenin, la política consiste en quién hace qué a quién, nada más. Pero lo que 2020 no hizo, y lamento decirlo, es lo que algunos izquierdistas ingenuos esperaban que hiciera: revivir el poder del Estado como un poder benefactor.

—No todos éramos unos ingenuos, déjame que te diga —lo interrumpió Iris—. Como solía recordar a los tontos que en aquella época hacían gala de un optimismo absurdo, creo que en realidad las derechas nunca han estado en contra del poder del Estado. Cuando Thatcher se largó, el Estado británico era más grande, más poderoso y estaba más concentrado que antes de su llegada. Nunca se trató del panadero del pueblo o del carnicero de la esquina. El thatcherismo entendió que era necesario tener un Estado autoritario para respaldar unos mercados controlados por los bancos y las grandes empresas. En 2008 o 2020, ¿por qué iban a dudar un solo instante antes de desencadenar una intervención gubernamental masiva para conservar su poder? Los izquierdistas que fantaseaban con el renacimiento del bien común, de los servicios públicos, de un nuevo consenso sobre el interés social, confundieron por completo el poder del Estado con el poder del pueblo. Y, además,

olvidaron la lección fundamental de los años treinta del siglo pasado: la depresión económica es terreno abonado para los monstruos políticos.

—Quizá te parezca inconcebible —prosiguió Costa dirigiéndose a Thomas—, pero el mundo que conoces, en el que Amazon reparte la compra a todo el mundo y se aplica la ley del más fuerte, no siempre nos pareció tan inevitable. Fue nuestra incapacidad para oponernos a los poderosos, primero en 2008 y después otra vez en 2020, el factor que lo hizo posible. Créeme, el pueblo *entregó* el poder a Bezos, por lo menos en la misma medida en que él lo obtuvo de nosotros. Como dice Iris, las grandes empresas siempre han necesitado al Estado para imponer y reforzar los monopolios; sobre la propiedad, los recursos, los fondos, los mercados de los que dependen. Cuando fortalecimos el Estado en respuesta al coronavirus, nunca se habló de la posibilidad real de empoderar a los que siempre han carecido de ese poder. Está claro que quienes más se beneficiaron fueron las Amazon de este mundo. A las líneas aéreas les costó un poco más volver a surcar los cielos, es verdad, pero el dinero reanudó enseguida su viaje por todo el planeta a la velocidad de la luz, y cuando las líneas de producción volvieron a ponerse en pie y el comercio mundial se recuperó, todas aquellas emisiones letales que habían desaparecido temporalmente volvieron a asfixiar la atmósfera como siempre habían hecho. Responde a esto: ¿quién crees que sufrió más durante la pandemia del coronavirus? ¿Crees que fue América o China? ¿Europa o África?

—Al final los datos no fueron concluyentes, ¿no? Por lo visto nadie tenía datos fiables, o eso es lo que creía —respondió Thomas.

—Todos lo deberíais saber: en todos los países, en todos los continentes, fueron los débiles quienes más sufrieron, como siempre debe ser. En 2020, el virus afectó al primer ministro británico, al príncipe de Gales y hasta a la estrella más simpática de Hollywood. Pero ellos sobrevivieron. Fueron los pobres y los que tienen la piel más oscura a quienes se llevó la parca. ¿Por qué? Del mismo modo en que entregó el poder a Bezos, la sociedad asignó a aquellas personas la condición de débiles. Quitarles el poder fue lo que generó su pobreza. Y fue la pobreza lo que las hacía envejecer más deprisa y las volvía más vulnerables a la enfermedad. Y fue el creciente abismo entre esos dos grupos de personas, entre los beneficiados del confinamiento, Amazon, Google, Netflix, Microsoft y sus accionistas y financiadores, y los miles de millones que pasaron por serias dificultades durante el periodo posterior, lo que nos ha llevado a los monstruos que ahora nos gobiernan, y de los que Iris antes nos advertía.

Costa describió a Thomas que el bucle infernal que refuerza la desigualdad y el estancamiento económico, tan familiar en las postrimerías de 2008, volvió para cobrarse su venganza a principios de la década de 2020. En lugar de cooperación internacional, se levantaron fronteras y se bajaron persianas. Los líderes nacionalistas ofrecieron a unos ciudadanos desmoralizados un trato muy simple: poder autoritario a cambio de protección de los virus letales... y de retorcidos disidentes.

—Si las catedrales fueron el legado arquitectónico de la Edad Media —dijo Costa—, nuestros años veinte, hasta ahora, solo nos han dado las vallas electrificadas y las bandadas de drones que zumban a su alrededor. Las finanzas y el nacionalismo, que ya estaban en auge antes de 2020, han sido los claros vencedores desde entonces. La gran fuerza de estos nuevos fascistas, sin embargo, es que, a diferencia de sus predecesores de hace un siglo, nunca han tenido que ponerse una camisa marrón o llegar al gobierno para conseguir el poder. Los aterrorizados partidos del *establishment*, los liberales y los socialdemócratas, se han afanado por hacerles el trabajo cediendo el poder a las grandes tecnológicas. Solo desde el momento en que empezamos a vivir nuestras vidas con miedo a infectarnos, los derechos humanos se han convertido en un lujo que no nos podemos permitir. Las *apps* y las pulseras con las que los gobiernos rastrean nuestros movimientos se presentaron al principio, aunque quizá no te dieras cuenta, como una forma de impedir nuevos rebrotes. Los sistemas diseñados para escanear la tos ahora también escanean la risa. Han conseguido que el KGB y Cambridge Analytica parezcan reliquias del Neolítico.

Costa se dio cuenta de que llevaba un rato hablando, y de que el buen trabajo realizado involucrando a Thomas en la conversación corría peligro de quedarse a medias.

—¿Cambridge qué? —preguntó Thomas.

A esas horas, la cena ya había terminado y los párpados empezaban a pesar por el champán que habían bebido y el *raki* que sirvieron después.

—Da igual, solo es un recordatorio de que formo parte de la historia antigua —respondió Costa con tacto. Se levantó y empezó a recoger los platos.

Mientras se incorporaba despacio para ir a la cama, Eva dijo:

—Es cierto, el virus ha plantado un espejo delante de nuestro rostro colectivo. En el momento no me di cuenta. Pero ahora, y debo reconocerlo, no me gusta lo que ha revelado sobre nosotros.

Trece años después de que la casualidad las uniera, Iris y Eva parecían hablar por primera vez con una misma voz. Impresionado, Thomas les preguntó si descubrir juntas la *Otra Realidad* había sido su «momento de lucidez», lo que podía abrir la puerta a una reconciliación.

—Los momentos de lucidez son una fantasía —dijo Iris, y añadió—: La lucidez va apareciendo de manera natural, Thomas. Nunca hubo un momento o un hecho concreto que acortara las distancias entre la forma de pensar de tu madre y la mía. Las epifanías son una ilusión que crean nuestras mentes para explicar nuestra incapacidad para darnos cuenta mucho antes de lo que es evidente.

Divertida, y quizá un poco emocionada porque Iris admitiera su convergencia, Eva dio las buenas noches y se fue a dormir sin decir nada.

En el fregadero, Costa estaba entretenido con su elaborado sistema para lavar los platos, mientras en su cabeza no dejaba de trabajar en los cálculos necesarios para restaurar el agujero de gusano, pero incluso así fue capaz de captar la deriva de la conversación. Entonces planteó la cuestión que le reconcomía por dentro desde hacía años.

—Nuestro momento de lucidez se presentó en 2008 —dijo—. Pero como la fastidiamos entonces, en 2020 ya fue demasiado tarde.

Sin embargo, una vez más, Iris debía tener la última palabra antes de dar por concluida la velada.

—Como en las epifanías, la teoría de una encrucijada en la Historia es una mentira muy conveniente —dijo—. Sí, Costa, los desechos de la crisis de 2008 allanaron el terreno para los intolerantes y los financieros que se impusieron después de 2020. Pero la verdad es que en nuestras vidas nos enfrentamos a una encrucijada cada día. Cada día somos incapaces de aprovechar las oportunidades que tenemos a nuestro alcance para cambiar el curso de la Historia. ¿Y sabes cómo nos consolamos? Nos fijamos en el pasado, escogemos un momento «decisivo» y tratamos de aplacar nuestra culpa diciendo que *ese* fue el momento que no supimos aprovechar. No, colega. Perdemos esos momentos decisivos cada día, cada hora, cada maldito instante.

Dóciles en la buena noche

Pasarían unas cuantas horas antes de que Thomas o Costa estuvieran preparados para irse a la cama. La noche coincidía con ellos, y les ofreció un

tranquilo telón de fondo para disfrutar de los largos silencios, que solo interrumpía algún diálogo ocasional. Con el comedor ya limpio y ordenado, Costa se sentó a la mesa, absorto en la pantalla de su portátil, repleta de unos cálculos indescifrables. Thomas se sentó a su lado, también inmerso en su videojuego.

—Hay una cosa que dijiste esta mañana —dijo Thomas, rompiendo el silencio—. No puedo sacármela de la cabeza. —Costa no dijo nada, así que Thomas continuó—: Ese poder exorbitante que al final esclaviza a quienes lo obtienen.

—Un hecho que nunca les impide hacer lo que haga falta para conseguirlo —replicó Costa.

El silencio cayó una vez más.

Un poco más tarde, le tocaba a Costa romperlo.

—Quizá sea un buen momento para compartir algo contigo —dijo—. Mi pesadilla recurrente, si quieres verlo de esa manera. Nadie más conoce esta información, pero los corporativos están a punto de entrar en el HALPEVAM. Y a estas alturas es inevitable. Como mucho, es cuestión de días.

Al instante, Costa se preguntó por qué había sido tan sincero con Thomas, ya que su revelación podía ponerle en peligro. Quizá fuera por haber entendido que, a pesar de todos sus esfuerzos por cambiar los puntos de vista de aquel adolescente, los dos tenían una cosa en común: ambos sabían lo que era anhelar el poder absoluto sobre los demás; y haberlo comprendido era el motivo de que lo temieran. Thomas, desde su ignorancia, lo deseaba para mantener a raya el poder controlador de los demás. Costa, víctima de la misma estupidez, había ansiado el poder para liberar a la humanidad de la tiranía de los deseos prefabricados. Al fin y el cabo, ¿no era ese el motivo por el que había diseñado el HALPEVAM? ¿No era una expresión de megalomanía que, a pesar de sus nobles intenciones, había alumbrado un potencial demonio si caía en manos de las grandes tecnológicas?

Thomas recompensó su confianza. A diferencia de Iris y Eva, quienes solían mostrar un cierto desdén ante sus miedos, por no hablar de lo mucho que se aburrían al oírlos, aquel chaval de dieciocho años sí los entendía. Sabía muy bien que las grandes tecnológicas ya lo tenían secuestrado por medio de los brutales juegos a los que era adicto. Le resultaba muy sencillo imaginar lo que ocurriría si ponían sus zarpas sobre el HALPEVAM. Por supuesto, él sería el primero en apuntarse, pero sabía que las grandes tecnológicas se cobrarían un precio terrible. La belleza del «para siempre» no estaría a disposición de los clientes. No, solo los sumergirían en su *multiverso* de

placeres durante un breve instante, el mínimo necesario para hacerles desear mucho más. Entonces los sacarían de allí y les exigirían dinero si querían volver. Y lo harían otra vez. Y otra. Hasta que no hubieran monetizado por completo aquella nueva tecnología, sus mejores clientes solo serían los últimos en acabar despedazados por ella, tras lo cual serían internados en alguna especie de asilo.

Solo con pensar en lo que ocurriría, Thomas podía sentir que la rabia lo invadía. Y cuanto más pensaba en ello, más rabia sentía. Si Costa estaba a punto de perder el control sobre el HALPEVAM, había que destruirlo. Y había que hacer lo mismo con el agujero de gusano: las grandes tecnológicas impondrían unas tarifas considerables para poder conectarte a tu propia versión de la *Otra Realidad*. En un instante, la buena gente de ese otro mundo se vería bombardeada por las misivas de los clientes de pago de *Nuestra Realidad*. Thomas sabía muy poco del mundo que había al otro lado del agujero de gusano, pero había entendido lo suficiente para temer la posibilidad de que una lluvia de mensajes envenenara para siempre la *Otra Realidad*.

Tras una breve conversación con Thomas, Costa confirmó lo que ya sabía: el HALPEVAM debía ser destruido. No podía arriesgarse a perder el control sobre él. Y, en cualquier caso, estaba cansado de vivir con miedo. La única pregunta era cuándo.

Kosti y él habían acordado que intentarían restaurar el agujero de gusano el próximo miércoles. Incluso si lo conseguían, no duraría demasiado. ¿Valía la pena arriesgarse por unos pocos días más? ¿Debía destruir el HALPEVAM en aquel mismo instante? ¿O mejor esperar hasta el miércoles?

Thomas le sorprendió por su seriedad y consideración.

—¿Hay algo que aún no has preguntado a Kosti y que necesites saber? ¿Algo importante que mamá querría saber de Eve, o Iris de Siris?

El corazón de Costa se llenó de arrepentimiento por sus reservas en el momento de preguntar por Cleo, la hija de Kosti en la *Otra Realidad*. Thomas tenía razón: necesitaba que el agujero de gusano aguantara un poco más. Y no solo por él. Thomas tenía derecho a saber de la existencia de Agnes, su hermana en la *Otra Realidad*, de la que Eva no se había atrevido a decirle nada. Vivir con miedo unos días más era un precio modesto por una conclusión adecuada.

—Puede ser —respondió a Thomas, y añadió—: Creo que el experimento del miércoles debe seguir adelante.

Thomas estuvo de acuerdo.

Lo que había comenzado, unas horas antes, como un debate teórico sobre puntos de inflexión y momentos de lucidez, había dado paso a una decisión que, dos días después, el miércoles 12 de noviembre de 2025, conduciría a su indiscutible punto de inflexión, a su momento de lucidez.

9 Éxodo

Demasiado bien

Los tres días siguientes fueron los más felices de Thomas. Tras haber jurado que mantendría el secreto, Costa no tardó en darle la bienvenida al santuario del HALPEVAM. Allí, en el extraño mundo de Costa, entre la maraña de aparatos que ocupaban el enorme y bien iluminado laboratorio, se sentía a salvo. Era el primer lugar que conseguía absorber su atención con más eficacia que los mundos de fantasía donde vivía mientras jugaba. Que solo Costa hubiera entrado antes en el laboratorio le hacía sentir especial.

Costa trabajaba metódicamente, rápido pero sin prisas, con un dignificado sentido del deber. Thomas observaba atento mientras el maestro pasaba de un ordenador a otro, añadiendo nuevos dispositivos a los ya existentes, con alguna pausa ocasional para intercambiar mensajes en Morse con Kostí. Con cuidado de no molestarle, Thomas aguardó su oportunidad y esperó a que Costa se acercara a la máquina de café para llenar su taza antes de preguntar:

—Entonces... ¿exactamente cuál es el plan?

—Como dijo en una ocasión el gran Mike Tyson —respondió Costa con una sonrisa—, todo el mundo tiene un plan hasta que le dan un puñetazo en la cara. Estoy seguro de que eso es lo que piensa el HALPEVAM sobre mi plan mientras manipulo sus entrañas.

Thomas envidiaba a Costa tanto como le veneraba. Los videojuegos habían ofrecido a Thomas la soledad que tanto ansiaba, pero no le habían concedido la gloria, ni tampoco autoestima. Jugar en el universo de otra persona no era lo mismo que crear uno. El HALPEVAM era el loable resultado de la prístina reclusión de Costa. Igual que era imposible que el apóstol san Juan se hubiera sentido solo en su cueva de Patmos mientras escribía frenéticamente el Libro de la Revelación, el trabajo en el laboratorio de Costa le había protegido de la soledad constante que afligía a Thomas.

Con su taza de café, Costa intentó calmar la admiración del joven compartiendo algunos de sus pensamientos más oscuros. Confesó que, en algunas ocasiones, tenía miedo de que solo una fina línea le separase del enloquecido adolescente que, encerrado en el garaje de sus padres, planea la próxima masacre en un instituto. Durante los años que había dedicado a diseñar y construir el HALPEVAM dentro de su propia prisión tecnológica, y para evitar perder la cabeza, todos los veranos pasaba cuatro semanas flotando a la deriva en las aguas del sur de Creta, a bordo de un pequeño barco de madera, sin conexión a internet y sin leer nada que no fuera poesía.

—¿Por qué poesía? —preguntó Thomas.

—Porque es todo lo que tenemos para evitar que nuestros sueños se conviertan en pesadillas.

Futurista convencido desde que leyera a muy temprana edad el *Manifiesto Futurista* de Marinetti de 1909, la fe de Costa en el futuro empezó a resquebrajarse en 1976, el año en que escuchó a sus adorados Sex Pistols cantar que «no hay futuro». Desde entonces, hacía equilibrios en una cuerda floja sobre un abismo cubierto de sueños de emancipación destruidos por el poder alienante de sus tecnologías. El HALPEVAM iba a ser su redención, su regalo especial a la humanidad.

—Ahora mírame. Vivo con el terror de que caiga en manos de los peores enemigos de la humanidad. Incluso si restauramos el agujero de gusano —explicó a Thomas con toda su empatía— debemos destruir esta maldita cosa en menos de una semana.

Tras compartir todos los detalles técnicos que Thomas era capaz de digerir, Costa describió el accidente que había creado el agujero de gusano. Le contó que el HALPEVAM dependía del CREST, la estela de la cantidad de nuestras experiencias pasadas que Iris había denominado «un río de la vida», y que había diseñado a Cerbero para evitar que las grandes tecnológicas pudieran acceder a él. Pero cuando puso a prueba la capacidad de Cerbero para codificar diminutos fragmentos del CREST, el agujero de gusano apareció de manera inesperada.

Aquel joven nunca había vivido con tanta intensidad la sensación de tener un propósito.

—Entonces, ¿ahora cuál es el plan para restaurarlo? —preguntó.

Costa le explicó que para conseguir que el agujero siguiera abierto y más o menos estable, sería necesario llevar a cabo un proceso muy similar al anterior, aunque esta vez debería realizarse con gran delicadeza y en total coordinación con Kostí, quien estaría repitiendo el mismo procedimiento en el

otro extremo. Kosti y él habían previsto que la operación tendría lugar a las once de la mañana de aquel miércoles.

Iris tenía que volver a Inglaterra al día siguiente, pero los planes de Eva eran más abstractos.

—¿Qué pasa con tu madre? ¿Sabes cuáles son sus planes? —preguntó Costa como quien no quiere la cosa.

—Me estaba presionando para pasar el Día de Acción de Gracias con ella y con su madre en Nueva York, y se molestó bastante cuando le dije que antes quiero ir a casa de mi padre. No me atreví a preguntar qué planes tenía ahora.

Como no sabía si el experimento para restaurar el agujero de gusano funcionaría, o si convertiría el edificio en un gran cráter en mitad de la calle, Costa decidió no complicarse la vida y evitó comentar el tema con Iris y Eva. Así, cuando mencionaron que el miércoles por la mañana querían salir a dar un paseo, la segunda vez que iban a alejarse del edificio desde su llegada a San Francisco, Costa las animó a hacerlo. Thomas también estaba de acuerdo en que era mejor no decirles nada hasta después del experimento. Si el agujero de gusano ganaba unas horas más de vida, ya habría tiempo de ofrecer a Iris y Eva una última oportunidad de comunicarse con Siris y Eve.

—Y creo que sería mejor que tú también te alejes del edificio —dijo Costa—. Sería mejor que te fueras con ellas. E intenta mantenerlas lejos de casa todo el tiempo que te sea posible. Diles que te gustaría comer con ellas. Nunca te dirán que no.

Thomas se sentía algo decepcionado, pero entendía la situación: no había forma de saber la magnitud del caos que podía desencadenar el experimento.

Y, de este modo, aquel miércoles, justo después de la una de la tarde, tras haber pasado una extraña mañana dando vueltas por el paseo marítimo con Iris y su madre antes de acabar en un restaurante, Thomas se inventó una excusa para volver pronto a casa y las dejó disfrutando de la comida. Se quedó mucho más tranquilo en cuanto vio que el edificio todavía seguía en pie. A toda prisa, subió las escaleras que conducían al laboratorio.

Desde el comedor, todo parecía normal. Tan normal que empezó a temer que el experimento no hubiera funcionado. Llamó a Costa por el intercomunicador; no se atrevía a entrar en el laboratorio sin su invitación expresa. Costa tardó en aparecer, con el rostro ceniciento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó un Thomas jadeante.

—Demasiado bien —dijo Costa mientras se sentaba despacio en una banqueta. Se echó hacia atrás y miró al techo, con una ligera sonrisa—. Demasiado bien... —repitió, con un reconocible gesto cretense de sorpresa.

¿Venís?

—¿Qué significa que has cruzado al otro lado? —Eva exigía saber más, todavía incrédula.

Era tan innegable como increíble. Durante las semanas previas, Costa las había protegido de los aspectos técnicos involucrados en el proceso. Aunque Iris y Eva no podían alejarse demasiado del HALPEVAM para comunicarse con sus homólogas, siempre era Costa quien se ocupaba de enviar y recibir la información, y solo después les entregaba copias impresas de los mensajes entrantes y traducía sus misivas al código apropiado para poder proceder a su envío. No sabían nada de un orificio apenas perceptible, similar a un diminuto punto azul, que había en la pared contigua al transmutor del HALPEVAM. Y Costa tampoco tenía ningún motivo para explicarles que enviaba sus mensajes apuntando una antena de microondas a aquel minúsculo punto azul que había aparecido en una pared anodina. Pero, ahora, a Costa no le quedaba más remedio que dejar que fueran ellas quienes descubrieran qué había en lugar del punto azul.

A primera vista, era como si un artista hubiera pintado en la pared un óvalo irregular de color negro, de unos tres metros de ancho. Pero todo cambiaba cuando te acercabas e intentabas tocarlo. A Iris le recordaba una estatua de Anish Kapoor, que utilizaba una forma convexa de un perfecto color negro para crear la ilusión de una superficie que podías cruzar con la mano... hasta que intentabas tocarla. Thomas fue el primero en atreverse a intentarlo; era como si la pared no estuviera. Se llevó un buen susto al ver que su dedo desaparecía, y lo retiró enseguida.

—¿Os imagináis qué hay al otro lado? —preguntó Costa sin inmutarse.

Lo imaginaban. Era un portal a la *Otra Realidad*.

—Entonces... ¿venís? —dijo Costa para presionarlas—. Tenéis menos de una hora para tomar la decisión antes de que desaparezca del todo. Es perfectamente seguro —añadió con la misma naturalidad con la que propondría una visita al *pub*.

—¿Cómo narices puedes saberlo? —preguntó Eva.

—Te lo he dicho: he cruzado. Y, como podéis ver, he vuelto. De una pieza. Pero no va a seguir abierto mucho tiempo. Así que decidíos ya.

¿Adónde?

Por última vez, los cuatro se sentaron alrededor de la mesa del comedor, con las tazas de café en la mano, mientras hacían un importante esfuerzo para asimilar la noticia. Presa de un entusiasmo que no había sentido en muchos años, Costa rompió con la tradición y puso música. Iris se dio cuenta de que había escogido *Both Ends Burning*^[17], de Roxy Music. Pronto sabría por qué.

—Nuestro esfuerzo coordinado por estabilizar el agujero de gusano esta mañana —dijo Costa de muy buen humor— ha sido, hablando en plata, un desastre mayúsculo.

Explicó que el truco consistía en utilizar la tecnología de Cerbero en ambos extremos del agujero al mismo tiempo. El concepto tenía sentido, y funcionó. El agujero de gusano quedó estabilizado. Salvo que, como no tenían información sobre la que basar sus cálculos de entrada y salida, Kosti y él cometieron un pequeño error al calcular la energía acumulada que iban a liberar.

—Y ardieron ambos extremos —reconoció—, y mi diminuto agujero de gusano azul fue creciendo hasta convertirse en un túnel negro de tres metros de ancho.

De ese modo, el agujero se había estabilizado y ampliado hasta convertirse en un túnel de gusano... pero solo durante unos instantes. El resultado había sido una ventana de oportunidad temporal a la que ahora debían enfrentarse: cruzar a la *Otra Realidad*, si así lo deseaban, y vivir allí el resto de sus vidas; o escoger *Nuestra Realidad*, a sabiendas de que nunca volverían a tener una oportunidad como aquella.

—Pero ¿has cruzado de verdad? ¿Qué hay al otro lado? ¿Hablaste con alguien? —preguntó un Thomas sediento de conocimiento.

Costa les contó que había pasado algo menos de una hora con Kosti en su laboratorio.

—La parte más difícil no fue la ida, sino la vuelta.

Su viaje a la *Otra Realidad* había sido posible por la presencia de Kosti en el otro extremo, ya que compartía su propio ADN. Pero ¿cómo emprender el viaje de vuelta cuando ambos estaban en el mismo lugar?

—Para asegurarme de que podría volver a este mundo, dejé por el camino un poco de mi ADN, para que funcionara como una baliza que señalase el camino a casa. —Tras malinterpretar sus expresiones de sorpresa por un genuino interés en los aspectos técnicos del viaje, Costa siguió hablando—: Por si lo queréis saber, era un frasco de bolas de algodón empapadas en mi saliva. —Ahora ya era imposible malinterpretar sus expresiones: al instante se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Pero ¿cómo era? —preguntó Thomas.

—Un poco como reencontrarse con un hermano gemelo a quien has perdido la pista hace mucho tiempo —dijo emocionado.

Sin embargo, no se había reunido con Eve ni con Siris, por la sencilla razón de que Kostí había decidido alejarlas de su laboratorio aquella mañana, como él había hecho con Eva e Iris. Pero, ahora, las dos estarían en el otro extremo, tras acudir a la llamada de Kostí y descubrir la increíble noticia de la visita sorpresa de Costa. Su presencia en el laboratorio de Kostí significaba que, si Eva e Iris estaban dispuestas a meterse en el agujero negro de la pared, ellas también viajarían a la *Otra Realidad*.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Thomas, mientras pensaba a toda velocidad—. ¿Mi *doppelgänger* también estará en el laboratorio de Kostí?

Iris lanzó una mirada furtiva a Eva, cuyo gesto torcido hablaba por sí solo. Pero fue Costa quien decidió explicar la situación. El tiempo escaseaba, y lo que era necesario decir en voz alta no podía esperar más. Reveló la noticia sin apenas inmutarse:

—No, Thomas —dijo—. Tu «otro yo» no está en el laboratorio de Kostí. De hecho, me temo que no hay otra versión de ti mismo en la *Otra Realidad*.

Thomas parecía aturdido mientras intentaba comprender el significado de la noticia y sus implicaciones.

—Eve escogió un camino distinto al mío —dijo Eva en voz baja—. Ella tiene una hija, Agnes.

—Entonces... ¿eso significa que no puedo ir a la *Otra Realidad*? —dijo Thomas enseguida—. ¿Qué pasaría si me meto en el agujero de gusano? —Por lo visto, el descubrimiento de que en la *Otra Realidad* ni siquiera había nacido, y de que además tenía una especie de hermana, no le importaba demasiado.

—Sí —dijo Eva mirando a Costa con la misma urgencia, después de comprender las consecuencias—. ¿Qué ocurriría?

—Bueno —respondió Costa—, si cualquier criatura viviente sin un ADN equivalente en el otro extremo intentara entrar en el agujero de gusano, en teoría Cerbero detectaría una violación del protocolo de seguridad y destruiría el CREST, destruiría el HALPEVAM y presumiblemente... destruiría a esa persona.

Thomas se quedó blanco.

—Tranquilo —siguió Costa, mirando a Thomas con una expresión tranquilizadora—. Aunque no tienes un ADN equivalente, si cruzaras el agujero abrazado a alguien que sí tuviera un homólogo al otro lado, llegarías a

la *Otra Realidad* en perfecto estado, ya que el ADN de tu acompañante garantizaría un buen viaje para los dos.

—¿No es un poco irresponsable hacer esa clase de hipótesis, sin ninguna prueba? —preguntó Eva ansiosa.

—Tengo todas las pruebas que necesitamos, Eva —respondió Costa más despreocupado—. Lo hemos probado con *Balú*, el perro de Kosti. En el viaje de vuelta, yo entré primero en el agujero de gusano, y Kosti lo hizo después llevando en brazos a *Balú* para probar nuestra teoría. Y, ¡oh sorpresa!, los dos completaron el viaje como si nada, ya que Cerbero se limitó a tratar al Labrador como simple información adicional. Después, Kosti volvió a meterse en el agujero de gusano, con *Balú* todavía en brazos. Y los dos llegaron a casa en perfecto estado, por cortesía de una montaña de muestras de ADN que había dejado en su mundo.

Los ojos de Thomas se iluminaron.

—Lo que significa que puedo ir contigo, Costa, ¿verdad? —preguntó mirando a su madre.

La soberanía del bien

Iris intervino.

—Déjame que te cuente una historia de tu pasado, Thomas. Solo tenías diez años cuando ocurrió —dijo con su tono de voz más amable—, pero desde entonces nunca me ha abandonado. Y, desde mi punto de vista, antes de que nadie tome una decisión tan importante, creo que valdría la pena contarla.

Sin rival conocido en el arte de desviar la conversación, Iris había conseguido atraer toda la atención de sus compañeros.

—Una noche, en Brighton, tu madre vino a verme un poco alterada y me pidió que te vigilara durante unas horas para poder salir a dar una vuelta a solas y aclararse las ideas. Parecía desmoralizada, como si estuviera a punto de perder toda esperanza. Cuando le pregunté cuál era el problema, me dijo que cuando te había recogido aquel mismo día en el colegio, te vio pegando a un niño más pequeño para robarle un coche de juguete. Me explicó que había intentado regañarte por lo que habías hecho, pero que tú insistías en defender tu comportamiento. Le dijiste que tu actitud no tenía nada de malo, y que solo te habías equivocado en no haber tenido más cuidado de que no te pillaran. Todos los esfuerzos de tu madre por convencerte de lo contrario no sirvieron de nada. Había intentado explicarte que las personas inteligentes, por su

propio bien, renuncian a ejercer la violencia sobre los demás, y que eso era lo mejor que podías hacer si querías tener una vida plena y satisfactoria. Pero todos sus argumentos se habían estrellado contra las rocas, contra una lógica tan brillante como precoz. La dejaste sin respuestas.

»—Le dije que cuidaría de ti —siguió Iris—, así que tu madre salió a dar un paseo y tú pasaste la velada conmigo. Indagué un poco, te pregunté qué había pasado y tú me explicaste tu punto de vista. Debo decir —apuntó Iris, mirando a Thomas— que, para un acosador de diez años, eras bastante impresionante... ¡y aterrador! Rechazabas la idea de que para tener una vida plena haya que renunciar al derecho de ser violento con los demás, de coaccionarlos para que hagan lo que a ti te conviene. Tú te defendías diciendo que tenías una idea mejor: aprender a dar la impresión de que sí habías renunciado a la violencia, para que las personas que te rodean puedan relajarse, mientras tú estás siempre preparado para abusar de ellas en el momento en que a ti te convenga... siempre y cuando, por supuesto, puedas hacerlo sin que nadie te pille. En resumen, para tener una vida plena, aprende el arte de fingir bondad ante los demás, y aplícalo como estrategia. ¿Recuerdas qué te respondí?

Thomas reconoció que ya ni siquiera tenía un vago recuerdo de todo aquello.

—Te conté la historia de Ulises y las sirenas, aquellas criaturas míticas que moraban en una isla y cuyos seductores cánticos atraían a los marineros que navegaban por sus aguas hasta llevarlos a la playa, donde después los asesinaban. Como hombre de acción, Ulises quería quedarse con todo el pastel: satisfacer el ardiente deseo de oír el canto de las sirenas, pero también evitar que su deseo lo llevara a la muerte. Así que ordenó a la tripulación de su barco taparse los oídos con cera para que no pudieran oír nada y, a continuación, navegar bordeando la orilla de la isla; pero, primero, debían atarlo al mástil de la nave para que no pudiera sucumbir a la tentación y unirse a las sirenas. Recuerdo que estabas intrigado por la historia, pero, y esto era bastante comprensible, también confuso por la relación que la historia de Ulises pudiera tener con la bronca con tu madre. La respuesta que te di entonces es la que te doy ahora: una vida plena y satisfactoria exige que encontremos, como Ulises, un mástil fuerte al que podamos atarnos cuando sea necesario, o de lo contrario seremos esclavos de todos nuestros caprichos. Ese mástil debe ser bueno, y debe ser el que tú escojas, pero la cuestión crucial es que no puede ser otro deseo más intenso o más poderoso. Debe ser

algo separado e independiente de nuestro ego. Atarnos a él es la única forma de asegurarnos una verdadera autonomía y la libertad que tanto deseamos.

Costa comprendió de repente lo que Iris quería decir. Era su particular rodeo para anunciar a sus amigos que no iba a acompañarlos a la *Otra Realidad*. Y qué mejor manera de hacerlo que con una nueva interpretación de su tema favorito: la soberanía del bien; su convicción de que las grandes obras de arte no pueden hacerse realidad por obligación, por los cálculos de los deseos del artista; que, de un modo similar, la música más exquisita y las demostraciones matemáticas más brillantes emergen por su propia naturaleza, no por las confabulaciones egoístas de un músico o un matemático. Al aleccionar a Thomas sobre la cuestión de que la libertad solo puede basarse en el autocontrol racional, estaba allanando el terreno para anunciar que no pensaba moverse de su sitio. Una enrevesada concatenación de ideas, pero que Costa supo adivinar.

—¿Sabes qué me preguntaste, Thomas, hace tantos años? —continuó Iris—. Me preguntaste: ¿cómo es posible que mi mástil pueda estar hecho de algo que no quiero? Y esa es la pregunta más importante. Si el mástil de cada uno no está hecho de sus propios deseos, entonces ¿de qué se supone que debe estar hecho? Y mi respuesta es esta: debe estar hecho de la capacidad de hacer lo que es correcto, y de hacerlo por ningún motivo en particular, excepto porque es bueno y porque es lo correcto.

—Pero ¿qué sentido tiene hacer algo por ningún motivo? —preguntaba Thomas ahora.

Aquellas brillantes réplicas que salían de la nada siempre emocionaban un poco a Eva, quien disfrutaba de que le recordaran lo inteligente que su insociable hijo podía llegar a parecer.

—Los animales y los ordenadores *siempre* tienen razones prácticas para hacer las cosas —replicó Iris—. ¡Esa es la razón por la que nunca hacen *grandes* cosas! Para alcanzar la verdadera grandeza, la libertad genuina, debes ser como el escultor que deja a un lado su ego antes de esculpir una estatua, entregándose por completo al sentimiento de que se volverá loco si no consigue darle forma. No ser un acosador, un abusón, es como una gran obra de arte que te obliga a sudar la gota gorda hasta que consigues terminarla, y por ninguna otra razón que no sea por el simple sentido del deber. Del mismo modo en que el arte es, y solo puede ser, un fin en sí mismo, las cosas buenas solo ocurren por su propio bien, porque sí; no porque las provoquen nuestros deseos, sino precisamente porque somos capaces de refrenarlos. Irónicamente,

solo entonces nuestros deseos pueden verse satisfechos, como un subproducto de nuestro éxito por no habernos convertido en sus esclavos.

Para Iris, hacer algo sin esperar nada a cambio no solo era posible, sino el prerrequisito para tener una vida plena. Su subversiva convicción de que la reciprocidad da asco, de que la vida no debe vivirse a partir de un *quid pro quo* permanente, era la razón por la que se había sentido tan conmovida al leer el «Discurso del Soho» de Esmeralda... y tan devastada por la noticia de su muerte violenta. Porque las palabras de Esmeralda eran un panegírico a la sediciosa idea que había impulsado a Iris desde que era una niña: que el amor, la felicidad y la libertad significan perderse en el prójimo; y no limitarse a intercambiar o negociar con él.

Solo fue necesario un paso mental más para dejar de aleccionar a Thomas y ofrecer a sus amigos la explicación de su difícil decisión:

—Esas mismas cosas que las leyes y las instituciones de la *Otra Realidad* han hecho renacer, se han vuelto a hacer grandes y han revivido de nuevo (un mundo de transacciones, de valores de intercambio y de mercados), son las mismas cosas de las que quiero escapar. Así que ¿por qué tendría que adentrarme en lo que suena como mi peor pesadilla?

¿Poder para hacer qué?

Mientras escuchaba a su compleja amiga, Costa recordó uno de sus episodios favoritos de *Star Trek*. En él, la tripulación de la *USS Enterprise* se encuentra con una nave especial de varios siglos de antigüedad, en la que descubren a tres humanos conservados mediante un proceso criogénico. Por lo visto, a principios de la década de 1990 los tres pasajeros descubrieron que sufrían enfermedades incurables, y pagaron vastas sumas de dinero para que los congelaran y enviaran al espacio con la esperanza de que, algún día, alguien los encontraría, reanimaría y curaría gracias a la avanzada tecnología médica de alguna especie extraterrestre. Tras revivir —y, por supuesto, curar— a uno de ellos, Ralph Offenhouse, en el pasado un rico industrial, el capitán Picard le informa de que ha tropezado con unos seres humanos del siglo XXIV, que viven en una sociedad donde la tecnología cubre todas las necesidades básicas de la especie. La acumulación de riqueza y propiedades, que había preocupado tanto al hombre durante toda su existencia, ahora se consideraba infantil. Abochornado, Offenhouse le explica a Picard que en realidad no lo ha entendido bien:

—No se trata de las posesiones. Se trata de poder.

—¿Poder para hacer qué? —pregunta Picard.

—Poder para controlar tu vida, tu destino —responde Offenhouse.

Picard le mira condescendiente y le dice:

—Esa clase de control es una ilusión.

—¿En serio? Estoy aquí, ¿verdad? —señala Offenhouse.

Costa describió la conversación de Picard con Offenhouse, y entonces dijo a Iris:

—Tú te quedas, y apuesto a que esta es la razón: porque en una verdadera utopía, como el comunismo de la abundancia del siglo XXIV en *Star Trek*, la forma de pensar de Offenhouse ya no tiene cabida. Pero en la *Otra Realidad* por supuesto que la tiene.

En un momento de duda, Costa sintió la necesidad de preguntar:

—¿Estoy en lo cierto?

—Sí —dijo Iris—. Si tu agujero de gusano nos llevara al mundo de Picard, me metería de un salto sin dudarlo. Pero, a pesar de que la *Otra Realidad* es un mundo mucho mucho mejor que el nuestro en muchos aspectos, me niego en redondo a ir allí.

Como feminista yonqui de la libertad, Iris sabía que el pasado era un lugar horrible, en especial para las mujeres, pero también que ese hecho no era motivo suficiente para alabar el presente. Del mismo modo, los horrores de *Nuestra Realidad* no eran un buen motivo para marcharse a la *Otra Realidad*, incluso si representaba una mejora considerable.

—Aplaudo a Esmeralda, Akwesi, Eve, Ebo y al resto de los rebeldes OC por erradicar el capitalismo, y no los critico por conservar el dinero y los mercados y todos esos instrumentos financieros para lograr que las cosas se hagan. Hasta que no vivamos en un mundo donde las necesidades materiales hayan sido erradicadas del todo por una banda de imitadores de *Star Trek*, cosas como el dinero o las subastas seguirán siendo esenciales. Hasta que eso ocurra, la única alternativa es un sistema de racionamiento de corte soviético que confiere un horrible poder arbitrario a los burócratas más indeseables.

—Pero si, como dices, crees que es un lugar mucho mucho mejor, ¿por qué no cruzas al otro lado?

—Porque prefiero —respondió Iris— permanecer en *Nuestra Horrible Realidad* que vivir en una versión mucho más perfeccionada de la misma, que solo aleja aún más la posibilidad de llegar a un comunismo de corte *trekkie*.

Iris estaba llegando a la misma conclusión por la que, en algún momento del pasado, había despreciado a otros izquierdistas: que a veces las cosas

tienen que empeorar antes de poder avanzar de verdad; que las simples mejoras solo entorpecen la generación de las fuerzas que traen los cambios radicales.

—No malgasté mi juventud luchando contra la campaña de Thatcher para reducir todo valor a un precio, solo para emigrar ahora a un lugar donde los mercados son aún más estables, duraderos y admirados; ¡y hasta incluso amados! Cuando reconfiguramos las sociedades para poner los intercambios en el centro de todo, Thomas, violamos nuestra naturaleza. Los humanos prosperaron cazando juntos, cocinando en grupo, tocando canciones y contando historias alrededor de un fuego por la noche. Por supuesto, las sociedades que reemplazaron aquellas prácticas comunitarias por los intercambios de mercado desataron unas fuerzas enormes, que les permitieron oprimir a otras que no habían hecho lo mismo. Pero había que pagar un precio. Los intercambios de mercado disuelven lo que nos hace humanos. Esa es la razón por la que sentimos que tenemos el alma enferma. Al dejar que los intercambios de valor hayan vencido sobre el simple deseo de hacer las cosas por su propia naturaleza —porque sí y punto—, cada noche tenemos que llorar nuestras penas antes de poder conciliar el sueño. Eso es lo que nos deprime, y lo que enriquece a los gurús de la autoayuda y las grandes farmacéuticas. Reconozco que estoy fascinada, impresionada, deslumbrada incluso, por lo que han conseguido los rebeldes OC en la *Otra Realidad*, en particular por la democratización de las empresas, del dinero, de la propiedad sobre las tierras y los mercados. Salvo que los mercados democratizados todavía priorizan la mentalidad transaccional del *quid pro quo* que socava la soberanía del bien y, en última instancia, nuestro bienestar fundamental. Las sociedades de mercado democratizado, libres de capitalismo, son infinitamente preferibles a lo que tenemos aquí, excepto por un aspecto fundamental: consolidan el valor de intercambio y, por lo tanto, me temo, hacen que sea imposible llevar a cabo una verdadera revolución que nos lleve al derrocamiento final de los mercados, y así, Costa, al nacimiento de la sociedad de Picard. En todo caso —concluyó en un tono más pausado—, cualquiera que piense que la felicidad se encuentra en otra parte es un cretino.

Costa y Eva se miraron. No necesitaban tener telepatía para saber qué estaba pensando el otro: verter toda su rabia sobre el sistema era la forma de ser de Iris, la única que tenía, su vacuna contra la soledad. La *Otra Realidad* era demasiado agradable, demasiado sana como para verter su rabia sobre ella. Habría convertido la vida de Iris en algo intolerable.

El paso

—Ya es casi la hora —dijo Costa—. En menos de quince minutos el agujero de gusano empezará a perder su integridad. Iris, creo que has dejado clara tu postura.

—Cruza si así lo deseáis —dijo con mucha pompa—. La señora no va a cruzar.

—¿Y tú que piensas, Eva? —preguntó Costa.

—Asúmelo, Eva —interrumpió Iris—. Eres la personificación del *Homo systemicus*, que se adapta a cualquier sistema de autoridad y está preparado para hacer lo que se le pida. Si viviéramos en la Unión Soviética, tú serías una *apparatchik* del partido mientras yo me pudriría en algún gulag. Nunca una fierecilla, pero siempre domada, conservas tu pureza como Desdémona, por tu completa sumisión al sistema que se impone a los demás. Lo único que te salva es tu amor por este jovencito —dijo, mirando a Thomas—. Para ti, no hay mucha diferencia entre que te quedes o te vayas. Pero cruzar al otro lado es su mejor oportunidad de tener una vida decente.

Eva estaba consternada por coincidir con Iris. Si no fuera por Thomas, se habría encontrado entre dos aguas. La *Otra Realidad* parecía fascinante, pero *Nuestra Realidad* también se había portado bien con ella. Thomas era, sin embargo, el factor decisivo. Estar con Costa le había dado, por primera vez en diez años, serenidad y un propósito en la vida. Cruzar al otro lado lo alejaría de un mundo de dolor, por no hablar del monstruo que tenía como padre. Además, durante las semanas previas, Eva había empezado a pensar en Eve como si fuera una hermana, y en Ebo no solo como su cuñado, sino incluso como una influencia positiva. Y luego estaba Kostí, a quien deseaba conocer, aunque solo fuera para compararlo con Costa y descubrir sus diferencias, y también a Cleo y a Mari, la pareja de Kostí. Por no mencionar a Siris, por supuesto, faltaría más, porque estaría perdiendo a una Iris para ganar otra, ¡seguramente aún más fiera! Eva se dio cuenta de que, en la *Otra Realidad*, tendría todo aquello que le faltaba en este lado: una gran familia, que también incluía a una hermanastra para Thomas.

—Bueno, Costa, yo iré si tú vas —dijo Eva, a sabiendas de que, si él iba, Thomas estaría encantado de seguirle.

Costa también tenía muy claro que, desde el momento en que sus ojos se fijaron en él, aquel adolescente se moría de ganas por sumergirse en el agujero de gusano... siempre y cuando Costa entrara primero. Costa se dio cuenta de que dependía de él, no de Eva. Madre e hijo cruzarían si él daba el

paso, no al revés. Como Iris, Costa también creía que la *Otra Realidad* sería un lugar mejor para Thomas y, por lo tanto, también para Eva. Pero ¿cómo iba a explicarles que él no quería ir? ¿Cómo podía negarles su mejor opción para tener un futuro que valiera la pena si les contaba que había decidido quedarse para estar seguro de que el HALPEVAM no caía en manos de esos cabrones?

Fue entonces cuando decidió mentir. Había previsto que Thomas solo entraría en el túnel de gusano si él daba el primer paso, por lo que Costa decidió seguirle el juego.

—Yo entraré primero —dijo a Eva y Thomas—. Y los dos me seguís inmediatamente después. Y, por el amor de dios, no olvidéis cogeros bien fuerte de las manos, ¿entendido?

Nerviosos, prometieron obedecer.

—¿Y qué pasa con el HALPEVAM? —preguntó Thomas.

Costa explicó que había instalado un dispositivo de protección, que desencadenaba un pulso electromagnético tan potente que destruiría todos los aparatos tecnológicos del laboratorio después de que cruzaran al otro lado.

Thomas se dio por satisfecho y dijo que sí enseguida. Eva sentía que no tenía elección. Iris miró a Costa durante un instante, como si sospechara algo, pero a continuación se apartó, dispensó a los tres una austera despedida y se dirigió a su habitación.

Thomas corrió tras ella y la abrazó por la espalda. Eva se levantó y se dirigió hacia ellos. Abrazó a Thomas y luego abrió aún más los brazos para abarcar también a Iris. Los tres se quedaron allí durante un rato, sin dejar caer las lágrimas, pero incapaces de decir una sola palabra.

Costa rompió el silencio.

—Si queremos cruzar, nos tenemos que ir... ahora mismo.

Eva y Thomas se separaron de Iris. Costa miró a Iris a los ojos y le mandó un «hasta luego». Entonces siguió a Eva y a Thomas al laboratorio, y cerró la puerta al entrar.

Eva y Thomas estaban a su lado, cogidos de la mano, preparados para cruzar según las instrucciones recibidas. Costa sonrió y entró en la perfecta oscuridad de la pared con un aire de indiferencia. Eva y Thomas le siguieron después. De repente, el laboratorio quedó vacío y, salvo por el zumbido de las máquinas, en perfecto silencio.

La locura de Hefesto

Costa no quiso molestar a Iris aquella noche. Desconocía si ella había descubierto su plan para volver a hurtadillas a *Nuestra Realidad*, pero cuando por fin salió de su laboratorio unas horas más tarde, no se oía un alma en la casa. Imaginó que Iris estaría durmiendo y se fue a la cama sin hacer ruido. Prefería posponer la emboscada para la mañana siguiente; alrededor de las diez, pensó Costa, una hora antes de que Iris tuviera que marcharse al aeropuerto, lo que les daría un poco de tiempo, aunque no demasiado, para estar juntos.

Iris no dejó entrever la menor expresión de sorpresa cuando Costa apareció en la cocina por la mañana, mientras ella estaba sentada a la mesa tomándose el café.

—Es imposible destruir el HALPEVAM a distancia con absoluta seguridad. —Costa se animó a decir un poco avergonzado—. Tengo que hacer el trabajo yo mismo, *in situ*, con tiempo y mucho cuidado.

Mientras Costa se extendía en sus explicaciones, Iris no le quitaba los ojos de encima con una expresión que mezclaba compasión y, sin lugar a duda, un poco de lástima. Costa solo era, desde su punto de vista, la última incorporación a la larga lista de ingenieros de sexo masculino que, por algún motivo erróneo, habían fantaseado con insuflar vida a una creación mecánica. La lista empezaba con el dios griego de la tecnología, Hefesto, pasaba por el Dr. Frankenstein y terminaba con la inteligencia artificial, o la «idiotez artificial», como ella la llamaba. Lo único que habían conseguido todos aquellos hombres no era otra cosa que caer en desgracia. «Solo Dios sabe los horrores que el HALPEVAM podría engendrar», pensó Iris cuando Costa le explicó por primera vez su imponente proyecto. Su amor por él, sin embargo, le desaconsejó compartir sus pensamientos.

Y, sin embargo, el desprecio de Iris por el género defectuoso se equilibraba de algún modo con su desdén por su propio sexo. Le faltó poco para echarse a reír cuando pensó en las creaciones de Eva: los terribles modelos económicos que, como una Medusa, convertían en piedra el cerebro de cualquiera que se pusiera a estudiarlos. ¡Cómo iba a echarla de menos! El santuario de Iris en Brighton siempre le había proporcionado las libertades esenciales —silencio e independencia— que, según Virginia Woolf, eran los prerequisites de cualquier artista o escritor. Pero aquella habitación, suya y de nadie más, iba a quedarse ahora terriblemente solitaria, cuando Eva ya no estuviera al otro lado de la pared.

Por entonces, las explicaciones y justificaciones de Costa ya se habían transformado en su perorata habitual: los terribles usos que las grandes

tecnológicas darían a sus inventos en cuanto tuvieran oportunidad; la importancia de no dejar ningún rastro de sus huellas en la red; la paranoia de que, incluso con la destrucción del HALPEVAM, «ellos» podían volver a construirlo leyendo sus engramas, y etcétera.

Por fin, Iris le interrumpió.

—En tu caso, querido Costa, temo por algo mucho más próximo a nosotros.

—¿Y qué es? —preguntó.

—Que tu alma sea demasiado pura, demasiado delicada, para soportar la carga de haber mentido al joven Thomas.

Costa no respondió. Pero sabía que Iris tenía razón. Su corazón podía resistir la soledad de su laboratorio, el miedo a las grandes tecnológicas y la soledad que la familia de Kosti había hecho tan evidente. Pero no podría sobrevivir al peso de la mentira que había concebido, y que luego había hecho realidad con tan poco esfuerzo. La idea de haber decepcionado a Thomas le rompía el corazón.

El teléfono de Iris sonó; su taxi había llegado. Costa la ayudó a bajar las maletas por las escaleras.

Acostumbrados a las despedidas, fingieron por inercia que la situación no era para tanto y se prometieron volver a hablar pronto. Costa se quedó en la acera un instante mientras observaba el coche que se alejaba en silencio, en un pobre sucedáneo del adiós que nunca podría dispensar a Thomas y a Eva. Entonces dio media vuelta y subió corriendo las escaleras para proceder a la eliminación de cualquier rastro de la existencia del HALPEVAM.

No hay vuelta atrás

Un mes más tarde, Costa puso en venta el laboratorio. Su trabajo había terminado y tenía la intención de instalarse definitivamente en Creta para Año Nuevo. Tenía sesenta y cuatro años. No era una mala edad para jubilarse. Quizá aquel barco de madera que bordeaba la costa sur de la isla podría volver a ser su salvación: un salvoconducto a su propia *Otra Realidad*, donde un día su mentira a Thomas pudiera parecer más noble, menos condenatoria. Quizá también podría convencer a Iris para que fuera a verlo, para recordar a Eva, para imaginar juntos a un Thomas que crece en un mundo sin bancos, oligarcas ni bolsas. O, de nuevo, quizá no.

El día que debía viajar a Atenas, desde donde cogería un vuelo doméstico a Heraclión, cambió de idea. Decidió coger un vuelo a Londres. La tierra de la desesperación silenciosa resultaba más conveniente para su nuevo proyecto. Había decidido que con destruir el HALPEVAM no había suficiente. Si él tenía la inteligencia necesaria para acceder al CREST y construir aquella maldita cosa, las grandes tecnológicas también eran capaces de lograrlo. Ahora tenía una nueva misión: inventar los artilugios que sabotearan una y otra vez los intentos de las grandes tecnológicas. Debía tener cuidado, sin embargo. Una dirección fija, de cualquier clase, siempre puede rastrearse. Tendría que vivir en permanente movimiento, siempre un paso por delante de ellos, y dedicar su vida a ser su peor enemigo.

Cuando el avión ya había despegado de San Francisco, abrió su portátil con la idea de pasar el rato. Sin apenas pensarlo, creó un nuevo archivo y empezó a teclear. Diez horas después, cuando el avión se aproximaba a Heathrow y los asistentes de vuelo le pidieron que apagara el ordenador para aterrizar, descubrió que había escrito un par de capítulos. Antes de apagar el portátil, retrocedió a la primera página para poner un título al libro: *La locura de Hefesto*. Iban a ser unas memorias.

Epílogo

El botón de «enviar» me estaba mirando fijamente, muy tentador. Pulsarlo significaba el final de un viaje de un año de duración que parecía haber comenzado décadas atrás. La simple pulsación de una tecla enviaría al editor de Iris el libro que me había pedido escribir: el mismo por el que has logrado abrirte paso con tanta amabilidad, querido lector. Pero había algo que no estaba bien. Hoy es el aniversario de su funeral. Y no me parecía apropiado enviar el libro sin buscar antes su bendición. Así que, esta misma mañana temprano, con un clavel rojo en la mano, salí a hacer una visita al cementerio.

La lápida de mármol blanco parecía más vieja que el año pasado. «VIVÍ LO MEJOR QUE PUDE, Y DESPUÉS MORÍ», podía leerse en la sincera inscripción que Iris había compuesto. Me resultó difícil aceptar que aquella simple losa, con aquella simple frase, hiciera justicia a una persona para quien el mundo entero, con su versión alternativa, había demostrado no ser suficiente. La imagen del ataúd rojo y negro pudriéndose bajo mis pies me dejó desolado. Mientras dejaba el clavel rojo sobre la tumba, su pequeña nota de color me reconfortó un poco.

Al alejarme, busqué el plátano de sombra donde el año anterior había descubierto a Costa, y me acerqué. Apoyado contra el árbol, me di la vuelta para ver por última vez la tumba de Iris antes de irme a casa, y así liberarme por fin de la carga que ella me había asignado. Y fue entonces cuando la vi. Cuando vi a Iris caminando hacia su propia tumba, me quedé tan impactado que tardé unos instantes en descubrir a Costa andando unos pasos tras ella.

Convencido de que estaba perdiendo la razón, me senté de inmediato, me apoyé contra el árbol y esperé a que la alucinación desapareciera. Pero no desapareció. Costa llevaba un ramo de claveles rojos. Se reunió con Iris al borde de la tumba y le dio la mitad de los claveles. Juntos, observaron la tumba, colocaron sus claveles sobre el mío y se cogieron de las manos un momento. Costa estaba allí como una estela antigua, mientras Iris se inclinaba hacia la lápida y pasaba los dedos por la inscripción. Me levanté con la intención de salir corriendo hacia el aparcamiento, pero me mareé por el

cambio de presión. Costa me vio a lo lejos, mientras me tambaleaba, y empezó a acercarse.

—Sabía que tenías que ser tú —dijo—. El clavel en la tumba, quería decir. ¿Cómo estás?

Incapaz de articular palabra, me puse a andar a su lado, despacio, de camino hacia la tumba, donde Iris esperaba. Ella me miró, entornando los ojos por el desconcierto, hasta que, en lo que parecía una expresión sincera de sorpresa, me reconoció:

—Yango, ¿de verdad eres tú? Dios mío, ¡me alegro tanto de verte!

—¿Iris? —conseguí susurrar.

—Sí, mi viejo amigo, pero caramba ¿cuántas décadas hace? ¡Tienes buen aspecto!

Al volver la vista a Costa, me di cuenta de que él me estaba mirando, a la espera de que, por fin, cayera en la cuenta. Y, de repente, caí.

Mucho más tranquilo al comprender que no estaba viendo a un fantasma, cogí a Costa de los hombros con ambas manos, le miré a los ojos y le exigí que me explicara por qué no me había contado que, aquella noche, Siris había vuelto con él a *Nuestra Realidad*.

—Todo fue idea mía —confesó Siris—. Le pedí que os lo ocultara tanto a ti como a Iris. Y, por el amor de Dios —dijo mirando a Costa—, para referirte a mí me has estado llamando... ¿Siris?

—Solo es un apodo que me inventé para evitar confusiones —respondió Costa disculpándose.

Los tres juntos fuimos a una tetería cercana y, cuando por fin estuvimos sentados y nos sirvieron el té, Siris procedió a explicármelo todo: después del estallido de la rebelión OC, vendió su casa de Brighton y se fue directa a Nueva York para unirse a los rebeldes; Kosti también subió al primer vuelo que salía de San Francisco con la idea de sumarse a la causa, donando todo el dinero que había ganado después de vender en corto en Wall Street.

—En cuanto a Eva —añadió—, supimos de ella gracias al trabajo que había realizado para la rebelión OC, y al final decidimos reunirnos todos de nuevo antes de que el maldito asunto del agujero de gusano abriera la caja de Pandora.

—Por cierto, aquí la llamamos «Eve» —interrumpí.

Ignorándome, procedió a explicar que, hacía once años, Eve y ella habían recibido aquellas primeras y extraordinarias llamadas de Kosti, y que todos se habían reunido en su laboratorio, donde, para su sorpresa, se encontraron con los primeros mensajes de Iris y Eva. Describió su incredulidad al descubrir

que, en otra realidad —la nuestra—, Wall Street y la misma oligarquía inútil todavía tenían todo el control. Tristes y perplejos, iniciaron la correspondencia con sus homólogos hasta que, un día de noviembre de 2025, Kosti les hizo saber que el agujero de gusano se había hecho más grande de repente, y que el otro Costa les había regalado una visita sorpresa.

—En cuanto me enteré, dejé todo lo que estaba haciendo para ir al laboratorio de Costa, o más bien de Kosti, para poder admirar con mis propios ojos eso que él llamaba el «túnel de gusano». ¿Y a quién me encontré al llegar? Pues a Eva, o a Eve si insistes, que también había recibido la orden de comparecencia. Tendría que haber adivinado que allí se cocía algo más, porque Mari y Cleo también habían venido. Mientras admiraba la belleza del túnel de gusano, oscura como la boca del lobo, este Costa —dijo señalando a mi amigo— aparece de sus profundidades y me da el mayor susto de mi vida. Instantes después, es Eva quien se queda de piedra cuando su clon, que tiene un aspecto un poco extraño, sale del túnel de gusano abrazada a un joven, que imaginé que era Thomas. Mientras las dos Evas, Thomas, Cleo y Mari se iban a la habitación de al lado para hablar de dios sabe qué, me quedé sola en el laboratorio con mis dos Costas. Y ahí fue cuando este —señalando a Costa otra vez— deja caer la bomba y nos dice que su viaje solo es parte de una treta para conseguir que Eva y Thomas le acompañasen, y que estaba a punto de volver para destruir su laboratorio. Fiel a su palabra, y después de despedirse sin demasiada ceremonia, me mira y me sonrío, y entonces se adentra en el vacío tan tranquilo. Sin pensarlo —concluyó—, me limité a seguirle. Cuando segundos después aparecí de repente en su laboratorio, pareció molestarse un poco, pero no dijo nada. Después de inspeccionar sus instrumentos unos minutos, me miró de nuevo y dijo que lo habíamos conseguido: el agujero de gusano se había desvanecido.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se te ocurrió hacer algo así? —le pregunté.

—Seguro que, si hay algo que sabes de mí, Yango —respondió divertida—, es que soy una disidente. En el otro lado ya no había nada de lo que pudiera disentir, salvo toda esa corrección política, esa petulancia por haber creado la sociedad perfecta. Solo tuve que echar un vistazo a este hombre —dijo mientras señalaba a mi desaliñado amigo— para saber lo que tenía que hacer. Iba a ser mucho más útil aquí.

Siguió explicando que Costa no estaba seguro de qué hacer con su repentina aparición en el laboratorio, aunque insistió en que se escondiera allí hasta que su homóloga se hubiera ido al aeropuerto. Entonces, juntos, trazaron un plan. Acordaron que ella mantendría un perfil bajo, que no le

dirían nada a la otra Iris y que seguirían con sus vidas por separado. Costa le dio una considerable suma de dinero y organizó todo el papeleo. Adoptó un nombre falso y una nueva identidad: Catherine Beaumont, profesora jubilada de algún centro de estudios superiores de Austin, Texas. Los dos habían seguido en contacto, de vez en cuando y con todas las precauciones, para comprobar que estaban bien, pero desde que Costa se había mudado a Inglaterra, apenas se habían visto alguna vez, hasta ahora.

—¿Te arrepientes de haber cruzado? —le pregunté.

—Por dios, ¡no! —respondió con un dejo de acento americano—. *Esta Realidad*, mi querido Yango, es mi hábitat natural. Es tan jodidamente terrible que me siento viva y peligrosa, y útil. Después de haber vivido la rebelión OC y haber visto las instituciones que pudo crear, me siento más confiada que cualquier otra persona que haya conocido por aquí cuando atacó la estupidez de la clase dirigente y su sistema. ¡Es mucho más fácil subvertirlos aquí, si te soy sincera!

Mientras contaba su historia, Costa se había excusado para ir al aseo. Por la ventana, pude ver que había salido de la tetería y que estaba en la calle poniéndose el casco, a punto de consumir un nuevo acto de desaparición montado en su moto. A ella no le sorprendió.

—Eso es Costa para ti —dijo—. Andar sin rumbo es ahora su forma de vivir; un hecho horrible que debemos aprender a respetar.

Asentí y, en el breve silencio que se produjo después, me fijé bien en ella. Por primera vez, tuve la oportunidad de observar su rostro sin temer por mi salud mental.

Me devolvió la mirada y sonrió, me tomó la mano derecha con las suyas y me preguntó:

—¿Y tú cómo estás, Yango?

—Mejor que en muchos muchos años, Iris —respondí.

Solo deseaba contemplar el principio de una vieja y brillante amistad.

YANGO VARO,
unos minutos antes de la medianoche.
Sábado, 28 de julio de 2036



YANIS VAROUFAKIS (Atenas, Grecia, 1961). Es un economista con doble nacionalidad greco-australiana, catedrático universitario y escritor de varios libros de economía. Profesor de Teoría Económica en la Universidad de Atenas y colaborador, como economista, en la empresa Valve Corporation.

Desde enero 2004 hasta diciembre 2006 Varoufakis sirvió como asesor económico de George Papandreou, de cuyo gobierno se convirtió en un ferviente crítico unos pocos años más tarde. Autor de varios libros sobre teoría de juegos, Varoufakis también es un orador reconocido y aparece a menudo como analista invitado para los medios de noticias como la BBC Today, CNN, Sky News, Bloomberg TV entre otros.

En noviembre de 2010 él y Stuart Holland, un ex diputado del Partido del Trabajo y profesor de economía en la Universidad de Coimbra (Portugal), publicaron *Una propuesta modesta*, un conjunto de políticas económicas orientadas a la superación de la crisis del euro.

Fue elegido diputado del Consejo de los Helenos en las elecciones parlamentarias de enero de 2015 por la Coalición de Izquierda SYRIZA y luego nombrado ministro de Finanzas de Grecia. Con este cargo, fue miembro del primer gabinete del gobierno de Alexis Tsipras, desde el 27 de enero, hasta su dimisión, el 6 de julio.

En conjunto con otros activistas políticos europeos fundó el 8 de febrero de 2016 el movimiento DiEM25 (Democracy in Europe Movement 2025)

Notas

[1] La «Wapping dispute» fue una huelga organizada por los sindicatos de artes gráficas, en concreto de las rotativas que trabajaban para el News International Group de Rupert Murdoch, tras el anuncio del traslado de la producción a una planta automatizada situada en Wapping. El conflicto se alargó un año (1986-1987), y terminó con la derrota del movimiento sindical. *(N. del t.)* <<

[2] «Leones guiados por asnos», expresión que suele utilizarse para descalificar el comportamiento de los generales británicos con sus tropas durante la Primera Guerra Mundial. (*N. del t.*) <<

[3] *Libertarianism* en inglés, «liberalismo radical». El calco evita la traducción «libertario», que en español se asocia al ideario anarcosindicalista. (*N. del t.*)
<<

[4] Impuesto introducido por el gobierno Thatcher en 1989 que modificaba la financiación de los entes locales, que hasta entonces dependían en gran medida del Impuesto de Bienes Inmuebles, calculado a partir del valor de la propiedad. El *poll tax* era un impuesto per cápita, igual para todo el mundo (con tipos reducidos para algunas excepciones, como estudiantes y parados).
(N. del t.) <<

[5] Microordenadores de ocho bits que se popularizaron en la década de 1980.
(*N. del e.*) <<

[6] «Operar en corto» es invertir con la idea de que el precio de la acción baje. Para ello, se invierte la operativa habitual: primero se vende la acción, cuando el precio está alto, y después se compra, cuando ya ha bajado. (*N. del t.*) <<

[7] *Heuristic ALgorithmic Pleasure and Experiential Value Maximizer. (N. del t.) <<*

[8] *Cerebral Recursive Engram Subatomic Trail. (N. del t.) <<*

[9] *Crest* también significa *cima, cumbre. (N. del t.) <<*

[10] *Economía de bolos*: adaptación española del término *gig economy*. (N. del t.) <<

[11] TATIANA: *That Astonishingly There Is AN Alternative* («Que sorprendentemente sí hay una alternativa). (N. del t.) <<

[12] National Security Agency. (*N. del t.*) <<

[13] Referencia bíblica. Evangelio de San Mateo, 23:24. (*N. del t.*) <<

[14] National Health Service. (*N. del t.*) <<

[15] Un *elefante blanco* es un valor bursátil con un precio muy elevado, que nunca acabará reportando los beneficios esperados. (N. del t.) <<

[16] Frase hecha que significa «¿En qué piensas?»; la traducción literal «un penique por tus pensamientos» introduce el matiz económico. (*N. del t.*) <<

[17] «Arden ambos extremos». (*N. del t.*) <<